

Selección RNR

ALEXIA MARS



A la
caza de un
Impostor



Comedia Romántica

A la caza de un impostor

Serie Cazadoras 2

Alexia Mars



1.ª edición: junio, 2017

© 2017 by Alexia Mars

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-773-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Cam, el protagonista de mi historia. Gracias por darme alas e impulsarme a volar.

Por soñar mis sueños y ayudarme a hacerlos realidad

Y a ti, Luffy Antonio, por ese personaje que me has inspirado a crear.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Epílogo

Promoción

Prólogo

Julián Argüelles soltó un resoplido quejumbroso mientras ensartaba la llave en la cerradura. Abrió la puerta y con paso decidido se dirigió a la habitación cerrada mientras mascullaba la rabia que lo corroía. Tres malditas horas, ¡¡tres!! Ese era el tiempo que llevaba esperándolo como un necio. Algo que, por otra parte, se tenía merecido por creer que esa cabeza hueca asumiría sus responsabilidades por fin.

Pero esta vez no habría excusas; se acabaron las lisonjas con las que solía escapar airoso de sus desplantes. Sus días de holgazanear libremente estaban contados y Julián se relamía por ello. Odiaba ser el sensato de la familia, el hijo perfecto que jamás rompía un plato, el que le salvaba el culo siempre. No podían ser más diferentes y, aunque lo adoraba, a veces sentía ganas de estrangularlo, como ahora.

Se plantó frente al cuarto y separó las puertas corredizas blancas, penetró en el interior y chafó la moqueta color café en su paso hacia la ventana. Antes de correr la cortina nívea, echó un vistazo a su alrededor. El pequeño sofá tostado situado a la izquierda de la entrada se hallaba repleto de ropa femenina, la mesa marrón que estaba junto al cabezal se encontraba cubierta de lo que parecía un pantalón negro. Los cuadros que la decoraban estaban tirados por el suelo, donde había también una camisa azul y una corbata negra. Y justo donde él se situaba, más ropa de mujer.

Julián torció el gesto y enfocó la mirada hacia la lechosa cama en la que su hermano dormía plácidamente. Al distinguir los dos bultos que lo rodeaban, abrió los ojos con sorpresa. Divertido ante semejante escena, agarró la cortina y la movió, liberando la luz del exterior.

Julián sonrió, a pesar de su enfado, y tomó asiento en el sofá.

—¿Estás despierto, no?

El atractivo rostro de su hermano fue formando una sonrisa traviesa que confirmó sus sospechas. Luego, alzó los brazos, se desperezó y los colocó tras la nuca, mientras sus ojos cerúleos chispeaban divertidos.

—Te oí llegar, Juli —le contestó con el apelativo que utilizaba para llamarlo desde que eran niños. Del interior de la cama se oyeron quejidos y, a continuación, dos mujeres, desnudas, aparecieron de entre las sábanas. La de la derecha, rubia, y la otra, morena. Fue esta última la que advirtió la presencia de Julián y lejos de sentirse avergonzada, lo atravesó con una seductora mirada.

—¿Vienes a unirte, guapo?

—¿¡Qué!? —Julián tragó saliva, cohibido por la invitación de la mujer. Se aflojó el nudo de la corbata y se puso en pie, totalmente nervioso—. Yo... yo...

—¿Te ha comido la lengua el gato, bombón? —ronroneó la rubia.

Julián huyó de allí. Daniel soltó una carcajada y acarició el cabello de las dos jóvenes.

—A ti sí que te voy a comer yo, Sheila.

—Ehhh —protestó la morena.

—Para ti también hay, pero después. Ahora tengo que atender al aguafiestas de mi hermano.

—Dile que vuelva, nos lo pasaríamos muy bien.

—Ya. Lo dudo. Julián es demasiado formal, además está prometido. Muy pronto le pondrán las cadenas.

—Suerte que tú no te parezcas en nada —siseó Sheila mientras acariciaba su torso desnudo. Antes de salir de la cama, besó a una y luego a la otra. Se acercó al armario y cogió su bata.

—¿Volverás, Dani?

—Siempre lo hago. —Les guiñó un ojo y salió al salón.

Sin embargo, su promesa no se veía cumplida, y todo por culpa del cascarrabias de su padre que le había exigido acudir de inmediato a la agencia. Tuvo que lidiar con las protestas de las dos deliciosas mujeres y vestirse en tiempo récord, pues ya llegaban tarde. Encima, Julián andaba de morros porque le había dado plantón durante el desayuno. Se colocó las Ray-ban negras y oteó cuanto veía en el camino mientras hacía muecas por el dolor de cabeza. «¡Qué noche la de ayer! », pensó complacido.

Bajó la ventanilla y suspiró acomodándose en su asiento. Julián condujo en silencio hasta llegar a Argüelles Publicidad. Entraron juntos, y Daniel desplegó su encanto, primero con Marta, la recepcionista, después con Jessica, la becaria, y luego con Luisa, la irascible secretaria de su padre que lo contemplaba disgustada.

—Llegas tarde, niño. Tu padre está furioso —bufó esta.

—Ese es el estado natural de papá. Ay, Luisa, ¿te has dado cuenta de que cada día estás más bella? —Le agarró la mano y se la besó.

—¡No seas descarado, Daniel Argüelles! Deberías aprender de tu hermano y sentar la cabeza de una vez.

—Shh, Luisa. Eso ni se menciona.

—Ya te llegará el día, niño. Aparecerá la mujer indicada, ya verás.

—La única mujer a la que quiero eres tú, Luisi.

—Calla, zalamero. Anda, entra.

Daniel suspiró. Que el viejo lo llamase a su despacho no presagiaba nada bueno. Pasó sin llamar y se quedó sin habla al observar a quienes rodeaban a su padre. Todo el que tenía un cargo importante en la agencia se hallaba presente.

—A buenas horas, Daniel. —Fernando Argüelles clavó los ojos en su díscolo hijo, perforándolo con enfadado—. ¡Siéntate! —le ordenó, señalando una silla vacía—. Iré al grano. Te necesitamos.

Daniel arrugó la frente. Ya estaba otra vez con el sermoncito del trabajo y encima delante de toda esa gente.

—Papá, ya te dije, en la última reunión, que me encargaría de supervisar el departamento creativo. Me sentaré junto a Lucía esta misma mañana y me iré informando de las campañas que tenemos.

Fernando desechó su idea con la mano.

—No. Vas a asumir otra tarea.

—¿Departamento de cuentas? —su voz vibró de temor. Daniel contuvo el aliento hasta que vio como su padre negaba con la cabeza.

—Quiero que investigues para mí, Daniel. La competencia está robándonos clientes y por más que hemos intentado detenerlos, siempre van un paso por delante. Es el momento de tomar ventaja.

—¿Y qué podría hacer yo?

—A tu hermano se le ocurrió la idea y aunque confieso que al principio tuve mis reservas, ahora lo veo claro.

—¿Ah, sí? —Daniel fulminó a su hermano con la mirada; este se encogió de hombros y rio—. ¿Y qué tengo que hacer?

—Trabajarás para Dart Publicidad durante unos meses, creo que están a punto de firmar un contrato millonario con Robert Tolley, y quiero anticiparme. Jugaremos tan sucio como lo han hecho ellos este último año. Te hemos conseguido una entrevista como asistente personal de la directora creativa del proyecto. Serás su sombra día y noche hasta que descubras la estrategia de su campaña, y se la robemos. Destruiremos las ideas de esa mujer, del mismo modo que ellos han hecho con nosotros.

—Eso no será un problema. Puedo manejarla —se pavoneó, seguro de su atractivo. La conquistaría y en menos de una semana obtendría todos sus secretos.

—Bueno, hermano. No es tan sencillo. En esta ocasión no podrás echar mano de tu encanto natural.

—¿Y eso por qué?

Julián miró de un lado a otro pidiendo ayuda, pero todos, incluso su padre, lo ignoraron. Frustrado, asumió la desdichada tarea de anunciarle al gallito de Daniel que debía asumir un rol que no le gustaría nada de nada.

—Representarás un papel. Te harás pasar por un joven que es... es...

Calló y miró a su padre angustiado. Fernando puso los ojos en blanco y levantó las manos.

—¡Homosexual! Te harás pasar por un chico homosexual.

Daniel abrió y cerró la boca varias veces sin articular palabra. Luego movió la cabeza y susurró:

—¿¡Quéee!?

—Ya me has oído, hijo.

—¡Y una mierda!

—Daniel.

—No lo haré, papá. ¡¡Me niego!!

—¡Daniel, siéntate! No hemos acabado. Harás lo que te digo.

—¿Y cómo vas a obligarme?

—O lo haces o te cierro el grifo, tú decides.

—Pero...

—Vamos, Dani —terció su hermano—. Solo son unos meses.

—¡Es ridículo! Yo... yo... ¡Gay! ¡Nadie se lo creería, joder!

—Pues por la cuenta que te trae, hijo. Que así sea.

—¡¡Mierda!! ¿Y quién diablos será mi víctima?

—Su nombre es Ruth. Ruth Lago Maldonado.

Ruth contemplaba extasiada la pantalla de su teléfono móvil. En ella, se apreciaba la figura regordeta y sonrosada de su única sobrina, Sofía. El bebé de tan solo dos meses reía a la cámara. Era una auténtica preciosidad, y no lo opinaba porque fuese su tía, bueno, aunque también. Pero lo cierto es que la pequeña era una delicia. Y más en esa fotografía en la que lucía el vestidito azul de volantes que ella le había regalado.

El teléfono de su mesa comenzó a sonar y apartó de sí el móvil, diciéndose que más tarde le contestaría a su hermana Sara. Recogió el auricular con un movimiento cansado, pensando con rabia en lo poco que veía a su familia y amigos a causa del trabajo, que la absorbía completamente desde hacía casi un año, cuando su jefa la había dejado a cargo de varias cuentas.

Esa fue la manera en la que la imponente fundadora de Dart Publicidad, María Vicenta García Pulido, un ogro verde a la que secretamente apodaba la Hiena, la probaba. Su intención era delegar en Ruth, que durante años fue la responsable del departamento de creatividad y su mano derecha en casi todas las campañas, la dirección de la sede valenciana. Mientras que ella podría supervisar la nueva Dart que se estaba erigiendo en Girona.

La prueba de fuego era el contrato millonario que estaba a punto de firmar con Robert Tolley, propietario de Essence, la gran cadena de perfumerías de alta calidad a precios *low cost*. Ruth estaba decidida a hacerse con la campaña y demostrarle a Mavi que era capaz de asumir cualquier responsabilidad. Pero Alfredo Roig, el pelota e insufrible primo de su jefa, se había propuesto desbancarla y arrebatarle la oportunidad.

Él, junto a otros hombres de la agencia, se burlaban de sus propuestas siempre que podían, considerándolas sentimentalistas y poco agresivas. En más de una ocasión, Roig le dijo que se dedicase a dibujar y les dejase a los hombres tomar las decisiones importantes para cada cliente.

Harta del clima hostil, Ruth convenció a Mavi para que la dejase crear un equipo de plena confianza, formado exclusivamente por mujeres, que se encargaría de preparar la campaña de Robert Tolley. Como su jefa se divertía enormemente con la rivalidad existente entre sus empleados, estuvo encantada con la idea. Ruth sospechaba que ella misma incitaba a su primo y al resto para que les pusiesen zancadillas. Así era la Hiena, malvada hasta el tuétano. En fin, no todo iba a ser bueno. Ruth pensaba constantemente que en cualquier trabajo siempre había un pero y en el suyo tomaba nombre de María Vicenta García Pulido, o como se hacía llamar: Mavi.

Al otro lado del teléfono escuchó la voz de Marga.

—¿Ruth? —La voz de su amiga sonó temblorosa.

—Dime, Marga. —De repente una idea la asustó—. ¿Ha habido algún problema con los diseños que estabas acabando?

—No, no. *Es otra cosa.*

—¿Qué pasa?

—*No sé. Algo me huele a chamusquina, tía.*

—¿A qué te refieres?

—*Hace unos minutos ha llegado Roig y...*

—¿¡Ahora!?! Pero si son las once.

—*Ya sabes cómo es. Tiene sus propios horarios y reglas.*

—Si lo hiciésemos nosotras...

—*La Hiena nos comería. Pero bueno, escucha, el caso es que el muy engreído se ha acercado a mi mesa y me ha pedido que le lleve un café.*

—¿Pero qué se ha creído! Joder, voy a tener que hablar con él otra vez. Elena, María, Olivia y tú sois mi equipo, él no tiene que pedirnos nada.

—*Ya sabes que lo hace para molestar, tía. En fin, lo he mandado a la mierda, por supuesto. Pero la pobre María, que es más buena que el pan, no ha sabido negarse cuando se lo ha pedido, y menos mal porque me ha contado que al entrar en su despacho ha visto en su mesa un dossier enorme de una empresa llamada Rarax, lo he buscado por Google y es farmacéutica.*

—O sea que Mavi le ha encargado la cuenta.

—*Puede, aunque eso no es lo extraño. Lo que ha sorprendido a María es que en la hoja ha reconocido el logotipo Argüelles. ¿Y te acuerdas que hace unos meses Fernando Argüelles estuvo aquí liándola porque nos acusaba de robarles las campañas y los clientes?*

—Sí. La Hiena lo puso verde y lo echó. Pero si lo que María ha visto es cierto... Eso quiere decir que...

—*Que Roig está en el ajo.*

—Y que Mavi también.

—¿Qué hacemos, tía?

—Creo que deberíamos investigarlo más a fondo. Si nos equivocamos con esto, nos meteremos en un problemón con la Hiena, pero si comprobamos que es verdad, yo misma

acudiré al señor Álvarez.

—*Es su esposa, Ruth, no creo que mueva ni un dedo.*

—Te equivocas. Él es diferente, Marga. Estoy segura de que no tiene ni idea y de que no tolerará algo así. De momento, no se lo comentéis al resto. Dile a María que nadie más aparte de nosotras lo puede saber. No quiero que os involucréis en esto, yo misma lo descubriré.

—*Ah, no. Si tú te mojas, yo también. Y no vas a convencerme, así que no gastes saliva. Lo averiguaremos, pero juntas.*

—Está bien.

—*Otra cosa. Acuérdate que hoy tienes otra entrevista.*

Ruth resopló, incómoda.

—No lo recordaba.

—*Venga, no pongas esa voz, seguro que esta vez no es tan malo.*

—Ya me espero cualquier cosa, Marga.

Su amiga soltó una carcajada.

—*Hay que reconocer que has tenido mala suerte, la verdad. Primero, la señora de noventa años.*

Ruth rio acordándose del momento en el que se había abierto la puerta y una ancianita muy graciosa entró con el bastón presentándose como candidata para el puesto de asistente personal. A ella le dio pena rechazarla, así que decidió ponerla a prueba unos días. El resultado había sido desastroso, la pobre mujer no oía bien y la mayoría de las llamadas ni las cogía. No obstante, lo peor llegó cuando Tolley la llamó por primera vez.

Josefina, que así se llamaba, había descolgado el teléfono y como no entendía el inglés, simplemente le gritó que se había equivocado de país y le colgó. Ruth casi la ahoga al enterarse. Esa misma mañana, la pobre mujer le dijo que se iba, que estos eran unos tiempos demasiado modernos para ella y que prefería disfrutar de *Condena de amor*, la telenovela que solía ver a esas horas en casa.

—¿Y la rubia de las uñas? —continuó Marga—. *Te juro que nunca la olvidaré. Llegó con unos tacones de infarto y veinte minutos tarde porque supuestamente su perro se negaba a, ¿cómo dijo? Ah, sí, «a hacer popó».*

Ruth rio. Esa sí había sido buena. Tal y como decía Marga, había llegado tarde por la excusa del perro y, luego, cuando le estaba explicando sus funciones y dónde estaría su mesa, abrió la boca y gimió.

—Espera. ¿Tengo que usar el ordenador?

—Claro. Es esencial en este puesto.

La chica se había levantado negando con la cabeza.

—Lo siento, pero entonces no. Pensaba que simplemente sería coger el teléfono y apuntar alguna cosa en la agenda.

Ruth pensó que quizá no tenía dominio del ordenador y por eso se sentía insegura. Decidió darle una oportunidad.

—Los programas que manejarás son el Word, Power Point y Excel. Tranquila, puedo enseñarte cualquier cosa que no sepas, verás que es muy fácil.

—No, no —había exclamado ofendida—. No es por eso.

—¿Entonces?

La rubia alzó las manos con cara de pasmo. Y la miró como si fuese tonta y no entendiese lo que tan obvio era.

—Son de porcelana. —Le había mostrado las uñas que tenían hecha la manicura francesa con dibujitos de flores—. ¡Me las romperé! —Se levantó y se fue.

Sí, definitivamente era muy difícil encontrar un asistente personal. Tuvo que revisar dos veces el anuncio publicado en las webs de empleo y periódicos para cerciorarse de que todo estuviese bien.

«En Dart Publicidad se precisan los servicios de un Asistente Personal / Secretario (preferentemente mujer) para dar soporte a la gerencia de la empresa. Obligatorio carnet de conducir y dominio de ofimática a nivel de usuario. Se valorará conocimientos de la lengua inglesa u otros idiomas. Jornada completa. Sueldo 12.000 brutos / anuales».

Ruth arrugó la nariz al recordar la discusión con Mavi por el sueldo. En su opinión era demasiado pobre para las horas que se exigían, mas la bruja no había dado su brazo a torcer. Serían doce mil o nada.

—Y como no, la última —rememoró Marga—. *La pobre mujer asentía a todo lo que le decías hasta que mencionaste el teléfono.* —Rio fuertemente—. *Creía que la entrevistabas para un puesto de cocinera, no de secretaria.*

—Ojalá haya suerte hoy —emitió débilmente Ruth, sin mucha convicción de que así fuese.

Marga escuchó unas voces en el pasillo. Apartó el teléfono, giró en su silla y alargó el cuello para espiar mejor. De repente, agrandó los ojos y comenzó a reír sin tregua. Volvió a asir el auricular y exclamó:

—*Oh, Dios mío. ¡No puede ser! Esta sí que va a ser buena. Ruth, no sabes lo que te espera.*

Y tras esas últimas palabras, colgó y marchó al exterior.

Julián a duras penas aguantaba la carcajada que amenazaba con salir disparada de su boca. Sus ojos chispearon durante todo el trayecto hacia Dart; cada vez que miraba a su hermano, una sonrisa se dibujaba en su rostro. Tardaría décadas en borrar la expresión de total asombro de Daniel cuando se vio en el espejo. Sin duda, ese episodio era el mejor de toda su vida, pagaría por repetirlo una y otra vez. Y no era para menos porque el pobre tenía una pinta...

—No pienso entrar. ¡¡Me niego!!

—Vamos, Dani. Ya has llegado hasta aquí, ahora no te puedes echar atrás.

—¿¡Pero tú me has visto!? ¡Parezco una Spice Girl!

—Yo más bien diría una mezcla entre las Bratz, la Barbie y la novia cadáver porque, hijo, das un miedo...

Y ahí se acabó su contención, comenzó a reír sin parar. Y más cuando vio cómo su hermano se cruzaba de brazos y hacía un mohín. Daniel estaba pagando con creces todas sus transgresiones pasadas. La creativa de la agencia, responsable de su actual vestimenta, se había ensañado con él.

Su atuendo se componía de unos vaqueros demasiado apretados con los que el pobre no podía ni andar. Un top (sí, top) rosa chillón. Una chaqueta de pelo blanco, ideal para esa época otoñal. Y lo mejor, una diadema con una pluma rosa gigante, complementada con un bolso rosa también. Ah, y unos zapatos de tacón negros con los que mantenía el equilibrio a duras penas.

Los ojos azules de Daniel lanzaron dagas a su hermano. Alzó un puño en su dirección.

—Una sonrisa más y...

—Hola, ¿Dan?

Una mujer menuda se acercó a ellos.

—Eres Dan, ¿verdad? —insistió ella.

—Sí... —susurró, asesinando a su hermano con la mirada. Juró que si salía vivo de esta, se la cobraría.

—¡Estupendo! Mi nombre es Marga. Ven, sígueme. Te estábamos esperando.

—¡Oh, Marga! ¡Qué linda! —puso voz de falsete y gesticuló exageradamente con las

manos—. Encantado, corazón.

Julián rompió a reír una vez más. Daniel apretó la mandíbula y, cuando la joven no miraba, se pasó un dedo por el cuello simulando lo que le haría. Una muerte lenta y dolorosa. Julián se desternilló.

—Suerte, cariño. ¡A por todas! —lo animó, palmeando el culo de Daniel. Este gruñó y forzó una sonrisa destinada a la guapa morena que se esforzaba por mantenerse seria.

Abochornado, Daniel caminó hasta una puerta en la que se leía el letrero de Ruth Lago, directora creativa. Esperó a que Marga tocase y se infundió valor. La tal Ruth era una arpía que se merecía todo aquello y se recordó que alguien que pudiese robar a su competencia tan libremente sería horrible, por fuera y por dentro.

Esperó a que la joven se fuese, asió el pomo, respiró hondo y se metió en el papel de su vida.

—¡¡¡Holitaaaaa!!! —gritó con un tono muy agudo, moviendo el culo ostentosamente y la mano como si le fuese a dar un telele. Con tanto ritmo perdió el equilibrio y cayó al suelo. La maldita diadema se desplazó hasta sus ojos.

Ruth no tuvo tiempo de reaccionar. Tras la sorprendente entrada, escuchó un golpetazo y lo siguiente que vio fue a su entrevistado en el suelo. Corrió a ayudarlo.

Daniel se recolocó la diadema y aleteó las pestañas postizas. Al enfocar la mirada enmudeció.

—¿Tú eres... eres Ruth? —preguntó con voz ronca, olvidándose de su rol.

—La misma —respondió sonriente, y Daniel sintió un pinchazo en el pecho.

Ella le ofreció la mano, y él la miró arrobado. Luego recorrió su esbelto y delgado cuerpo enfundado en un vestidito rosa con estampado de colores y acabó enfocándose en esa cara de hermosa perfección. Unos ojos oscuros, de tonalidad marrón chocolate, grandes, redondos y seductores dominaban la carita pequeña de rasgos delicados y carnosos labios.

Por un instante olvidó su propósito y se dispuso a desplegar todo su encanto con esa diosa terrenal, hasta que su móvil sonó con la canción *Barbie Girl*, de las Spice Girls. Y lo único que pudo hacer fue forzar una sonrisa mientras planeaba las mil y una torturas que le infringiría a Julián.

—Y creo que eso es todo. Básicamente, esas son las tareas que deberás realizar. ¿Cómo lo ves?

—Sabré manejarme, cielo. —Daniel simuló una risita. Sin embargo, hervía de rabia por dentro y todo por culpa de esa hermosura. ¿Por qué tendría que estar tan buena? Encima se sentía menospreciado. Él, que tenía doble licenciatura y máster. Pero claro, ella creía que era un mero secretario. Lo enfurecía verse relegado a semejante estatus.

—¿Dan?

—Perdona, ¿qué?

—Decía que tu *curriculum* es excelente y que me asombra que dejases *Ellas* para trabajar en Dart. Tenemos muy buena relación con la revista, de hecho, Roberta Polletti viene de vez en cuando por aquí. Suele comer con Mavi, la directora general de la agencia. Le alegrará saludarte.

—Oh, sí.

«Perfecto. Lo que faltaba. ¡Julián, me las pagarás, te lo juro!».

—¿Y qué pasó?

—¿Cómo?

—En *Ellas*, ¿por qué te fuiste?

—Yo... —Desesperado, devoró la habitación mientras rogaba a su subconsciente una respuesta adecuada. De repente, se fijó en una de las revistas apiladas en la mesa de Ruth cuyo slogan rezaba: «Cambia de aires» y aparecía la imagen de una mujer llevando como maleta un aire acondicionado de la popular marca Gatsu—. Necesitaba un cambio de aires. Aquello era un súper estrés.

—Ya. Puedo imaginarlo. ¿Mucha presión, no?

Daniel asintió sin saber qué más hacer.

—Vale. Pues si tú estás de acuerdo, por mí comienzas ya, ¿tenías planes para hoy? —Él negó con la cabeza—. Bien, así te vas familiarizando con la empresa. Ah, mañana llévale la documentación a Teresa, que es la de Recursos Humanos. Una semana de prueba, esto es puro formalismo, y si todo va según lo previsto, seguirás un año y luego indefinido, ¿te parece bien? —Él asintió. Ella lo miró intensamente y rio—. Ay, te lo tengo que decir o reviento. ¿Sabes que tienes el apellido de la competencia? Como se entere Mavi, te mata, es que los odia a muerte. Me ha hecho mucha gracia al verlo. —El corazón de Daniel se disparó. Recurrió a lo primero que le vino a la mente.

—¿No me digas? —Abrió desmesuradamente la boca y se puso una mano en el pecho—. Qué curioso. Aunque es un apellido muy común, al menos en Asturias. Mi padre alardea de él, dice que es igualito a Agustín Argüelles y digo yo que como no sea en la forma de cagar...

—¿A quién? —preguntó Ruth risueña.

—Sí, chica, el *presi* de las Cortes de Cádiz, ese que fue tutor de la grande de España, la Isabelita II... —Daniel pensó que por una vez las tonterías que decía Julián le salvarían el culo—. A ver, que yo ni papa, pero mi padre lo saca a relucir siempre que puede, y pues se me ha quedado grabado en la mente.

—¿Así que vienes de Asturias?

—Oh, no, de la *capi*. Mi padre es el asturiano, aunque visitamos a la familia todos los veranos. —Daniel pensó que si le pudiese crecer la nariz, alcanzaría el doble de tamaño que la de *Pinocho*. Su padre era catalán de pura cepa, se enamoró de una valenciana y se trasladó. El origen de Argüelles procedía de alguna rama de esas perdida de la familia, a saber.

De pronto, el teléfono sonó. Ruth habló con alguien y resopló varias veces mientras contestaba con monosílabos. Finalmente colgó y lo miró.

—Dan, discúlpame cinco minutos. Al parecer ha habido un incidente entre dos empleados, vuelvo enseguida.

Él volvió a asentir, sonriente.

En cuanto Ruth cerró la puerta, Daniel se puso en pie y corrió hacia el ordenador encendido, buceando entre los archivos de la joven. Estaba introduciéndose en su correo cuando escuchó un estornudo. Se tiró al suelo, bajo la mesa, justo antes de que la puerta se abriese y la voz de una mujer pronunciase:

—¡¡Ruth!! ¿Cómo se os ocurre dejar esto en medio del pasillo? ¡Casi me caigo de morros! —Alzó la vista de la señal amarilla y se fijó en la silla vacía—. Oh, vaya. Y ahora, ¿dónde estás?

Iba a ir en busca de su amiga cuando reparó en algo rosa que se movía sobre la mesa. Extrañada, se acercó lentamente a lo que parecía una pluma. Se aproximó a la mesa y, al llegar, estiró fuertemente de la pluma, arrancándola, lo que provocó un quejido proveniente de debajo de la mesa. Bea chilló mientras un extraño individuo vestido de Barbie emergía frente a ella. En un acto reflejo, sacó del bolso su *spray* limpiagafas y lo roció con él.

El hombre comenzó a escupir tacos y a restregarse los ojos. Del bolso de la rubia loca sobresalía una botella de agua y se lanzó a por ella, deseando mojarse los ojos para evitar

el picor que ya iba en aumento. La mujer chilló histéricamente y comenzó a atizarle con el zapato. Él la abrazó en un intento de que parase de golpearlo, ella perdió el equilibrio, y ambos cayeron al suelo. Daniel tuvo que taparse la cabeza con los brazos, pues la otra sacó la artillería pesada, le arreaba con el zapato y el bolso.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga? ¡Contesta o no dudaré en molerte a palos!

—¡¡Soy su ayudante, maldita loca!! O, al menos, me estaba entrevistando para serlo. Pregúntale si no me crees.

Ella achicó los ojos, poco convencida. Luego, se puso a cuatro patas y olfateó el suelo mientras lo interrogaba.

—¿Y por qué vas disfrazado?

Daniel gimió exageradamente, metiéndose de nuevo en su papel.

—¡Por Gucci! No voy disfrazado, este soy yo.

—¿¡Vistes así siempre!?

—Sí —afirmó agriado. La observó fijamente y finalmente suspiró—. Está bien, aunque me arriesgue a otra paliza, preguntaré. ¿Por qué hueles el suelo?

Bea giró la cara e intentó enfocar la mancha borrosa, dirigiéndole una mirada airada.

—¡Estoy buscando mi lentilla! Deberías ayudarme porque la he perdido por tu culpa.

—¿¡Por mí!? —Se señaló los ojos que estaban rojos e irritados y gruñó—. ¡Has sido tú la que me ha dejado ciego!

—No seas rencoroso. Tú casi me matas de un susto, estamos en paz.

—Sí, claro.

—Venga, ayúdame. Soy Bea, por cierto.

—Dan.

Se agachó y se arrastró por el suelo, palpándolo con las manos.

La puerta se abrió.

—¿Pero qué...? —Ruth estaba pasmada ante la escena que tenía delante. Bea se movía como una culebra por el suelo. Y Dan lo tocaba con los ojos cerrados, hinchados y enrojecidos, la diadema caída y sin pluma, el top subido y el abrigo descolgado—. ¿Se puede saber qué hacéis? ¿Por qué sobáis el suelo?

—¡¡Estamos buscando la lentilla!! —exclamaron al unísono.

—Vale, creo que mejor no pregunto. A veces, y sobre todo cuando tú estás involucrada,

Bea, es mejor no conocer los detalles.

—¡Qué bruja! Cada día te pareces más a Sara. Te estás volviendo igual de gruñona que tu hermana.

Ruth rio.

—Sabes que eso es imposible, nadie iguala a mi hermanita. ¡Oh, por Dios! ¿Queréis levantaros del suelo? Es raro hablar a vuestros culos en pompa.

—Pues ayúdanos, Ruth, porque no veo tres en un burro.

—Tú siempre llevas las gafas en el bolso, pónelas.

—No.

—¿Por qué no?

—Estoy en una faceta de cambios. Ahora ya no uso gafas. Eso forma parte de mi pasado, este es mi nuevo look. De abogada a empresaria.

—¿Eras abogada? —curioseó Daniel.

—Bueno, técnicamente.

—¿Cómo técnicamente?

Bea refunfuñó y Ruth rio.

—Bea tiene la carrera de derecho, pero nunca ha ejercido. Estaba trabajando de secretaria en el bufete de mi hermana, pero lo abandonó para cumplir su sueño. Es diseñadora y tiene su propia tienda online.

—A veces echo de menos Rico & Vallejo Abogados. Pasé buenos momentos, sobre todo, con el pobre señor Rico. Mi antiguo jefe —explicó a Dan. Después se dirigió a su amiga—. ¿Te conté que me lo encontré hace unos días? Fue muy gracioso. Llovía y yo iba algo rápido, bueno, lo normal, ya sabes. El caso es que al verlo di un volantazo y frené a su altura con tan mala suerte que lo hice en un charco y al pobre lo empapé. Tenía unos papeles en la mano que debía entregar al Juzgado y como estaban mojados por mi culpa, insistí en ayudarlo. Pensé que podría secarlos con un mechero, pero no calculé bien y, al encenderlo, me quemé y lo solté sobre el papel. Prendió todo. Pobrecillo, la verdad es que se fue algo estresado, me ofrecí a llevarlo, pero echó a correr sin contestar.

Bea se encogió de hombros, y Ruth rompió a reír. Daniel, imaginándose la escena, sonrió. Menudo demonio de mujer.

—Eres única, amiga.

—¡La encontré! —Daniel alzó su hallazgo y se lo entregó a Bea, quien rebuscó entre su bolso hasta que encontró la cajita de lentillas. La mojó en el líquido y se la puso de nuevo.

—Perfecto. Pues ahora que todo está aclarado, te explicaré a qué he venido...

Bea no pudo continuar. Sus palabras fueron interrumpidas por un grito escalofriante y un sonido atronador. Ruth dio media vuelta y corrió al pasillo. Desde su despacho, los dos la escucharon gritar. Se quejaba de por qué nadie había señalado la zona húmeda del suelo. Al parecer, alguien había caído por las escaleras al resbalarse.

Bea y Dan giraron lentamente el rostro hacia la señal amarilla que decía: «Precaución. Suelo mojado». La rubia voluptuosa la cogió, la plegó y la escondió en el armario. Se giró hacia él y lo apuntó con el dedo.

—Si se te ocurre abrir la boca...

Daniel alzó las manos al aire y declaró:

—Seré una tumba. Lo prometo.

Ruth volvió a los pocos minutos, muy agitada. Miró a Bea con pesar.

—Lo siento, amiga, de verdad. Pero algún estúpido ha quitado la señal de precaución y Olivia se ha caído por las escaleras. La han llevado al hospital, pero pinta a esguince de tobillo. Hoy deberá guardar reposo.

Bea tragó saliva. Se sentía mortalmente culpable. Pobre Oli.

—¿Olivia? Oh, no. Mierda. ¿Y ahora qué hago? ¡Mi desfile es esta tarde!

Ruth se quedó pensativa. Contempló a Dan, que ahora miraba distraído sus uñas y sonrió.

—¡Lo tengo! Sé quién puede ayudarte, Bea. Tiene amplia experiencia en el mundo de la moda y según su *curriculum*, no será su primera vez.

Ruth cabeceó hacia Daniel, él seguía observando su mano. Bea arrugó la nariz.

—Dan —lo llamó Ruth.

—¿Síiii? —su voz sonó demasiado aguda.

—¿Te apetece volver al ruedo?

—¿Qué?

—Me refiero a ayudar a Bea. Sé que lo disfrutarás, tómatelo como tu primer día en Dart. Además, ya lo has hecho antes.

—¿Ah, sí?

—¡Claro! Tranquilo. Lo harás genial.

—Ruth, ¿seguro que es buena idea? En fin, mira como viste. No sé... Parece que su estilo es un tanto estrafalario. No te ofendas, Dan.

Él se encogió de hombros intentando descifrar lo que decían y, sobre todo, lo que supuestamente él tan bien hacía.

—Dan tiene mucho estilo y ha ayudado en desfiles muy importantes, Bea. Dale una oportunidad.

—Muy bien, pues contratado —entrelazó su brazo al de él y lo condujo hacia la puerta—. Nunca he tenido un asesor de moda masculino, será todo un reto.

La cara de Daniel dibujó el horror absoluto que sentía. Bea lo conducía hacia la puerta cacareando palabras ininteligibles. Él miró a Ruth suplicante, pero ésta se limitó a giñarle un ojo y darle la espalda mientras regresaba a su mesa. Daniel cerró los ojos. ¿En qué se había metido? «Tierra, trágame», rezó una y otra vez mientras subía al coche de la diseñadora.

Horas más tarde, Daniel miró la puerta blanca que se alzaba ante él y, con gesto contrito, la golpeó siguiendo las instrucciones que Bea le había dado antes de dejarlo en su piso e indicarle cuándo, dónde y cómo podría acceder al edificio en el que tendría lugar el desfile. Un golpe, dos, uno, tres, dos, dos, uno. Miró hacia un lado y el otro y, sintiéndose el ser más desdichado de la tierra, pronunció: «Angu ger, aungu ger, angur, angur ger», seguido de un grito a lo Tarzán. Bien, estaba hecho. Ahora la rubia loca oiría su canto tribal y le abriría la puerta de una jodida vez antes de que siguiese haciendo el ridículo de su vida. Otra cosa que le apuntaba a Julián. A este paso, las Navidades vendrían cargadas de muchos regalos porque su querido hermanito debía compensarlo a lo grande por todos estos padecimientos.

Como se negaba a repetir la bochornosa llamada de apareamiento africano de Bea, aguardó impacientemente en la entrada lo que a él le pareció una eternidad. Finalmente la puerta se abrió y una exquisita mujer, rubia, de una belleza etérea y ojos como dos mares, lo recibió. Era tan perfecta que parecía irreal; demasiado pura para cualquier mortal. Chorradas, seguramente, pero así le pareció.

—¡¡Bea!! No me puedo creer que lo hayas hecho. ¡Eres terrible! Y tú —el ángel lo señaló— cómo dejas que te tome así el pelo. No sé cómo le pudiste hacer caso y llamar a la puerta de esa forma. Te confieso que he tenido que aguantarme la risa antes de abrir.

—Me dijo que era un ritual aquí, una seña de identidad de todos sus empleados. De esa manera sabía cuándo llegaban.

La rubia alzó las cejas.

—¡La madre que te parió! ¿Y le creíste? Imagino que conoces poco a Bea...

—Sí. Esta misma mañana he tenido el placer de verme aporreado, insultado y arrastrado hacia el desfile por ella.

La bella mujer rio.

—Eso lo explica todo. Para la próxima, sigue mi consejo, no hagas nunca lo que te diga. Siempre está bromeando, la tía.

—Oye, Andrea. —Se escuchó desde detrás del ángel—. Deja de dar coba a mi ayudante, que tiene mucha faena y llega tarde. Te dije a las cuatro, no cuatro y media. Tienes que preparar varios tocados. —Alzó uno por encima de la cabeza de la rubia guapa llamada Andrea, y Daniel vio que llevaba varias plumas rosas gigantes. El ángel fue dejando paso a una Bea repleta de telas, diademas y demás complementos estrafalarios por la cabeza, cuello y brazos—. ¿Te gusta, verdad? Me he inspirado en tu atuendo, querido. Hoy mis preciosidades irán de pavo real. Vale, venga, ponte en marcha. Quiero que hagas

unos diez mezclando diferentes plumas, y si se te ocurre alguna otra idea, será bienvenida, pero recuerda que quiero solo lo más vistoso, a tu estilo, ya me entiendes. Oye —lo examinó de pies a cabeza, vestía como aquella mañana—. ¿No te ibas a cambiar de ropa? Bueno, es igual...

En ese momento, Daniel supo que si bien se creía conocedor de cualquier mujer, Bea Martínez era un raro espécimen del género femenino. Pobre del que le echase el guante, seguramente lo enloquecería en tres días, o bueno, quizá en menos.

—¿Qué haces ahí parado como una estatua! ¡Venga! —Lo apremió con una palmada—. Que tenemos mucho trabajo. Cuando lo acabes, busca a Andrea y se lo pruebas, que lo llevará ella.

—¿An... Andrea? —Daniel sintió que las manos le sudaban y que una gotita se deslizaba por su frente; tragó varias veces saliva. ¿Cómo demonios iba a inventar una diadema? Tenía que llamar urgentemente a Elisa, su cuñada sabría qué hacer...

—Sí, Andrea es la rubia que ha abierto la puerta. La hermana del semidiós Nicolás Rico, un auténtico bombón de chocolate blanco, delicioso y prohibido. Sé que te encantará, pero deberás contenerte, pajarito.

—¿Yo?

—Oh, vamos, no disimules conmigo. —Le guiñó un ojo—. Pero hazme caso, está lejos de tus posibilidades, el muy truhan se enamoró perdidamente de mi mejor amiga, Sara. Que dicho sea de paso, es la hermana de tu jefa. Dentro de poco llegarán, así que te conviene camelártela, serán la pareja que cierre el desfile con mi diseño estrella: los radiantes novios. Uy, lo que me recuerda que el velo está sin terminar, añádele perlititas. Lo encontrarás todo en la mesa. Vale, vale. —Miró hacia un lateral y gimió exageradamente—. ¡La Virgen! María, eso no va ahí. No es un cinturón, es un accesorio del cabello.

Daniel la observó alejarse entre gesticulación exagerada, la tal María rio de su ocurrencia y juntas colocaron esa cosa marrón, que a Daniel le pareció un cinturón en toda regla. Dio media vuelta y se desplazó por el ajetreado saloncito donde reinaba el caos. Todo el mundo gritaba e iba de aquí para allá. Al fondo divisó una mesa en la que había un gran cartel: «Zona privada de Dan. No tocar», tan típico de la chiflada diseñadora.

Tomó asiento y observó todo. Cogió las diademas y las plumas, y después buscó algo con que pegarlo. Al no ver nada, decidió dejarlo y llamar a Elisa.

—¿Sí?

—Te necesito, Eli. Ven cuanto antes.

—¿Dani, eres tú?

—Sí, maldita sea. Estoy en un buen lío, y tú tienes que ayudarme porque es culpa de tu

querido prometido. Mi hermano me ha metido en este follón.

—*A ver, más despacio, Dani. ¿Es por el trabajo en la otra agencia?*

—¡Sí!

—*Pero qué se yo de todo eso, lo mío es la moda.*

—¡Claro! Y ahora mismo estoy en un desfile como asesor de moda femenina. He de vestir las y decorarlas con plumas y perlas. ¡Yo, que lo único que he hecho en mi vida es lo contrario, quitarles la ropa!!

—¿Y qué haces ahí? ¿No se suponía que tan sólo ibas a desempeñar el puesto de secretario? Creo recordar que Julián me dijo eso.

—Así era hasta que apareció la loca de Bea, me golpeó, perdió la lentilla y luego provocó que su ayudante se cayese por las escaleras al robar la señal de precaución del pasillo. —Su voz sonaba mortalmente lastimera—. Entonces Ruth, que es mi jefa y que por cierto no es una harpía como imaginé, sino todo lo contrario, está como un tren...

Tras él se escuchó un taconeo apresurado.

—¿Quién está como un tren? No me digas que ya estás marujeando sobre Nicolás. ¡Eres un impaciente! Lo has buscado por Facebook, ¿a que sí? Yo también lo hice en su día, antes de que llegase al bufete para convertirse en nuestro jefe, bueno, eso creía él porque a Sara también le habían ofrecido el puesto y ambos compitieron por ser socios administrativos. Pero, bueno, Dan, este no es el momento para hablar de eso. —Se acercó a la mesa mientras él la miraba con la boca abierta—. ¡No has hecho nada! —Arrugó la frente—. No me gustan los haraganes, Dan. Sé que estás emocionado, pero necesito que te pongas las pilas. Oh, hablando de pilas. La pistola de silicona necesita un recambio, por eso no podías trabajar, ¿no? Te la traigo en un minuto. Espérame aquí.

—¿Y a dónde iba a ir? —masculló, malhumorado, Daniel. Del teléfono que aún tenía en la oreja salieron varias carcajadas.

—*Vaya, Dani, sí estás en un buen lío. ¿Esa es tu jefa?*

—No, su amiga. Bueno, supongo que hoy, ella es mi jefa.

—*Escucha, mándame la ubicación que voy enseguida.*

—Por favor, no tardes.

Colgó justo cuando Bea regresó blandiendo el instrumento de silicona. Se lo entregó y volvió a marcharse. Daniel se enfrascó en su tarea y tras varios intentos desastrosos y muchos quemazos, consiguió dar vida a una diadema. La contempló varias veces y sonrió satisfecho.

—¡Estrambótica! Muy tú, sí. ¿Ya has hecho el velo? Acaba de llegar Sara y lo

necesitamos.

Daniel dio un brinco y se puso la mano en el corazón. ¡Menudo susto le había dado! Era sigilosa como un gato. Se giró para responder, pero nuevamente Bea no estaba.

—Hola, *cuñis*, ¿en qué te puedo ayudar? —lo saludaron desde atrás.

—¡Elisa! ¡Qué alegría verte, joder! —Se levantó y la envolvió en un abrazo de oso—. Corre, siéntate. Tenemos que acabar el velo.

—¡Pero que...! ¿¿De qué vas disfrazado!?

—¡De pavo real! —manifestó Bea, apareciendo de repente—. Soy Bea, la diseñadora del desfile. ¿Nos conocemos?

—Yo... Esto...

—¡Es mi ayudante! Se llama Elisa —exclamó Daniel.

—¿¿Tienes ayudante!?! —Bea agrandó los ojos—. Qué mono y qué raro... Aunque viniendo de ti, poco me extraña, querido. Bueno, pues hechas las presentaciones... ¿Me puedo llevar ya el velo?

—Un segundo. Bea, ¿verdad? Quedan los últimos retoques y te lo entregamos.

—¡Perfecto! Pues mientras tanto, te robo a Dan, que se muere por conocer a Nicolás. Ya ha llegado, querido. Mira, allí. —Partió hacia su encuentro.

—Así que te mueres por conocerlo, ¿eh?

—Una palabra a mi hermano y te veto la entrada a la familia, *cuñadita* —le advirtió con el ceño fruncido.

Elisa se mordió el labio para no reír. Daniel agrió el rostro y siguió a la causante de sus desgracias. Al llegar, observó a un hombre alto, atractivo y muy sonriente.

—Aquí está nuestra joven promesa. Dan se está desarrollando muy bien hoy y tiene hasta una ayudante. Me da que va a acompañarme en más desfiles.

«No si puedo evitarlo». Daniel estrechó la mano que el otro le tendió.

—Dan está maravillado contigo, bombón. Hasta te ha buscado en Facebook.

—¡No es verdad! —exclamó, ofendido, Daniel.

—Oh, vamos, ahora no seas vergonzoso. Nico está acostumbrado a desatar pasiones allá donde va, lástima que se fijase en mi amiga —bromeó Bea.

—Bea, tú sabes que siempre serás la dueña de mi corazón, aunque a Sara le haga creer otra cosa —contestó Nicolás siguiéndole la broma.

—Muy bonito, cariño. Me alejo un segundo y ya estás haciendo conquistas.

Una rubia muy atractiva, de unos treinta y tantos, más o menos la edad de Bea según calculó Daniel, se acercó a Nicolás.

—¿Yo? Jamás. Sólo tengo ojos para ti, letrada.

—Más te vale o te llevaré a juicio.

—Siempre y cuando la pena sea estar encadenado a ti...

Él la abrazó y la besó.

—¡Ohhh! —Bea estrujó la boca—. ¡Seréis empalagosos! Huyamos, Dan, ahora que estamos a tiempo.

—No tan deprisa, Bea —exclamó Sara—. Quiero conocer a este ayudante tuyo tan pintoresco. Me ha dicho mi hermana que trabajas para ella, ¿no? Soy Sara.

—Encantado —respondió Daniel sonriente, estrechándole la mano. El apretón fue fuerte, signo de que estaba ante una mujer de gran personalidad y autoridad. Sara le cayó bien a la primera. En ella pudo leer varias similitudes con su bella hermana.

—¿Vendrá Ruth, Bea?

—Javi me dijo que recogería a Elena, y luego irían a por ella —intervino Nicolás, respondiendo a su mujer.

—Menos mal que tu estupendo amigo está en todo porque si no mi hermanita llegaría tarde como siempre. Bea, ¿puedes repetirme una vez más por qué ella no sale en tu desfile y yo sí?

—Ya te he dicho que tenías que ser tú.

—¡Pero si lo detesto!

—Pues por eso.

Bea soltó una carcajada y Nicolás rio.

—¡A veces te odio!

—Mentirosa, no podrías estar sin mí. Soy tu mejor amiga, ¿recuerdas?

—Buscaré otra. Carmina, quizá.

—¿Esa harpía cotorra? Te desquiciarías en un día. Vale, pareja. ¡A vestirse!

Sara y Nicolás se alejaron de ellos. Y Daniel no pudo evitar apreciar el contoneo de la mujer, ¡tenía un culo de infarto! De repente, notó algo en la barbilla. Sorprendido miró a Bea que tenía las cejas alzadas y expresión interrogante pintada en el rostro.

—¡Qué haces!

Daniel le dio un manotazo al vaso de plástico que ella sujetaba y se alejó un paso.

—Te recojo la baba antes de que encharques el suelo, querido. Pero no te culpo, Nico tiene el mejor trasero de toda España. Toma. —Le tendió el vaso—. Babea un poco más y no te preocupes, un día aparecerá tu Nicolás Rico. Quizá pueda echarte una mano, conozco buenos partidos...

—¡Ni se te ocurra!

—Ah, ya. Te van los *affair, mon cheri*. Muy bien, pues picotea todo lo que puedas, antes de que te echen el lazo. —Giró el rostro mientras pronunciaba esas funestas palabras—. Síiii. ¡Por fin! —Bea aplaudió, y a Daniel casi le dio miedo preguntarle. Siguió la dirección de su mirada y él también se alegró. Ruth acababa de aparecer acompañada de Elena, la chica que trabajaba con ella en la agencia, y un hombre, que sería el tal Javi. Pero de la nada salió otro. Y el buen humor de Daniel se esfumó al observar como plantaba sus zarpas en la espalda de Ruth y le sonreía cálidamente.

—¿Quién es ese? —Su tono fue muy brusco.

—¿Está bueno, eh? A mí también me dejó sin palabras la primera vez que lo vi. Y a mi amiga, aunque se esfuerce en disimularlo. Él está loquito por ella, lo leo en sus ojos cada vez que la mira. ¿Una lástima, verdad? No sufras, habrán más. Dejémosle este a Ruth y ya buscaremos tú y yo uno para nosotros.

—Pero ¿quién es? —Esta vez su voz sonó más ronca.

Ella rio.

—Te ha calado hondo, ¿eh? Pues tengo buenas noticias porque lo verás a menudo por la oficina. Es Robert Tolley, vuestro nuevo cliente, y si todo sigue así... El próximo novio de Ruth.

«Y una mierda. Sobre mi cadáver».

Desde su posición, Daniel observó cómo Ruth salía al exterior acompañada de ese idiota rubio y apretó los puños con rabia. ¿Qué más le daba a él? Que ella hiciese lo que le diese la gana. Ni que fuese la primera mujer hermosa que se cruzaba por su camino... Sin embargo, le molestaba. Le molestaba y mucho. Por alguna razón inexplicable, odiaba que ese *Thor* de pacotilla estuviese cerca de su jefa. Lo cual era jodidamente extraño, ya que Daniel Argüelles era un conquistador nato, un hombre que amaba la vida y huía de las ataduras. Quizá eso era lo que le atraía de ella, pues en Ruth observaba el mismo espíritu libre del que él hacía gala. Se estaba obsesionando. Se dijo que era mejor olvidarla y centrarse en su papel, pero tal y como lo pensó lo desechó. Echó un vistazo a Bea y la vio ajetreada con las modelos del desfile.

—Eli, ahora vuelvo.

Ella ni levantó la cabeza, se limitó a soltar un «ajá» y siguió enfrascada en los complementos que estaba creando. Daniel pensó que después de aquello le haría un altar. Su cuñada valía millones.

Huyendo de la vista de lince de la diseñadora, se escabulló por la puerta trasera. Para su sorpresa, la calle se encontraba vacía y no había ni rastro de la morena y del americano. Frustrado, volvió al interior y, al hacerlo, se dio de bruces con Bea, quien tenía el ceño marcado. Parecía enfadada.

—Tenemos que hablar. —Taconeó con sus zapatos morados—. Lo sé todo.

Daniel se encogió de miedo. ¿Lo había descubierto? Mierda, su padre lo mataría, y Ruth... mejor ni pensarlo.

—Bea, yo... —Ella alzó la palma de la mano, mandándolo callar.

—No intentes negarlo, no quiero excusas.

—Sé que lo que he hecho está mal, pero no tenía otra alternativa.

—Siempre hay alternativa, Dan. No deberías haberme mentado; te habría entendido.

—Lo siento.

—Mira, yo no soy quién para juzgar a nadie, pero deberías pensar un poquito más en tu salud. Aunque te confieso que yo también... —Miró de un lado al otro—. Me hago uno de vez en cuando, para quitarme presión, ya sabes.

—¿¡Cómo!?

—Sí, es realmente horrible, lo sé. Me avergüenza confesarlo. Siempre fanfarroneo con que lo odio, y he acabado cayendo como tú. Es que la moda estresa demasiado. Y encima

he de ver a todos esos macizorros día y noche, y una no es de piedra. ¿A qué no?

—Yo...

—Sí, te ocurre lo mismo. Y encima lo tuyo es peor, si al pajarito le da por salir a cantar...

—¿¡Al qué!?

—Es una faena. Bueno, volviendo a lo otro, quiero que sepas que estoy contigo. Y a la próxima dímelo. No hace falta que te escondas.

—¡De qué hablas!

—Oh, vamos, no disimules. Sé porque has salido a la calle, querías fumar un *piti* —soltó una risita—. No me gusta, que conste. Pero si es tu forma de pasar los nervios. —Bajó la voz—. Me haré la tonta. Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo. Nadie sabrá que fumas, ni siquiera Ruth.

—Es que no lo hago.

Ella le guiñó un ojo.

—Captado, *cheri*. Será nuestro secreto.

Daniel la miró estupefacto. Definitivamente estaba como una cabra.

—¡*Helloooo!* ¿Pero qué ven mis ojos? Si es la grandiosa Trizzy Martínez, el huracán de toda pasarela. La revelación de la moda y... ¿Y tú quién eres, guapetón?

Un hombre moreno extremadamente delgado, con pantalones de pitillo azul oscuro y camisa amarilla chillona, el pelo de punta y gafas de montura prominente, se acercó a ellos agitando un abanico blanco con puntilla mientras aleteaba sus pestañas en pos de Daniel.

—¡Rafael! —Bea se lanzó a sus brazos y lo estrechó fuertemente—. Qué alegría verte, ¿pero no me dijiste que te era imposible venir? Tuve que decirle a mi prima Carol que ocupase tu lugar.

—Bonita, mi lugar no lo ocupa nadie. Hice un hueco en la agenda, jamás me perdería tu desfile. Además —señaló el pelo de ella con el abanico—, esas puntas me llaman a gritos. —Examinó a Daniel y sonrió lentamente—. Y ahora, antes de que me derrita, dime quién es este caramelito que me mira asustado.

—Es Dan, mi nuevo asesor.

Le tendió la mano, y Dani la miró sin saber qué hacer. Finalmente se la estrechó, y el otro agrandó los ojos sorprendido.

—Vaya, vaya, qué descubrimiento. Si llego a saberlo, habría venido mucho antes. Soy Rafael y estoy a tus pies. Me encanta tu estilo es... ¡salvaje! Como yo —rugió alzando la

mano en garra hacia Dani, quien dio un paso atrás, asustado. El otro rio y se adelantó hacia él, relamiéndose. Daniel se mordió el labio, deseando escapar.

—Ho... Hola. Yo, esto Bea, será mejor que vuelva con Elisa. Encantado, Rafael.

—Mis amigos íntimos me llaman Rafa. Espero que muy pronto tú lo seas. Te veré por aquí y ya sabes, si quieres un buen corte...—sacó unas tijeras de la bandolera que llevaba en la cintura, las alzó y sopló a modo revolver del lejano oeste— ven a verme. Te estaré esperando. Soy muy diestro con las manos... Y con otras cosas... —susurró guiñándole un ojo. Luego, fijó la mirada en sus partes íntimas con expresión sugerente.

Daniel rio tontamente y casi corrió al escapar de allí. Rafael lo admiró mientras se alejaba.

—¡Me encanta, Bea! Es tan... tierno. Dime que está soltero.

—Uy, presiento que alguien ha quedado flechado.

El peluquero buscó al centro de sus fantasías entre la multitud y, al hallarlo, sonrió mirando a su amiga.

—Ha dado en la diana. Y te juro que este no se me escapará.

Bea se desternilló. Cuando a Rafael Moreno se le metía algo entre ceja y ceja, nadie lo paraba. Pobre Dan.

Ruth divisó a su ayudante junto a la cuñada de su hermana y se acercó a saludarlos.

—Andrea, vas a ser la sensación de la tarde. Estás de infarto, rubia.

La otra rio.

—Tienes un morro... ¡Te has escaqueado!

—Eh, que el otro me tocó a mí, era justo que ahora pringases puesto, que en el último te libraste.

—¡Si estaba en Nueva York!

—Pues razón de más para que ahora salgas. Además, yo debía encargarme de Dan.

—¿De mí? —terció este, quien hasta entonces se había mantenido callado, jugando con la diadema que Elisa había hecho.

—Claro, no podía dejarte solo.

—Ya. —Andrea alzó los brazos, riendo—. Si no te hemos visto el pelo en toda la tarde.

—Pero estaba con vosotros. Mi espíritu al menos —protestó, bromeando.

—¡Qué cara! Di más bien ligando, que te he observado con tu americanito.

Ruth rio y le sacó la lengua.

—Sabes que Tony no lo toleraría, y hoy por hoy es el único al que quiero en mi vida.

«¿Tony? ¿¡Quién cojones era ese!? Otro moscardón, seguro», pensó, malhumorado, Daniel

Ruth se giró hacia él al decirle:

—Dan, he conocido a Elisa antes de que se marchase, es encantadora.

—Sí, me ha ayudado mucho.

—La verdad es que me ha hecho gracia que mi ayudante tuviese a su vez otra ayudante. Pero, vamos —contempló el tocado que lucía Andrea—, menudo trabajo habéis hecho. Es genial. —La voz de la presentadora se escuchó anunciando el comienzo del desfile—. Creo que iré a mi sitio. Buena suerte, chicos.

Se alejó de allí.

Daniel estaba absorto en la pasarela, o más bien, en la morena que miraba extasiada el desfile cuando alguien lanzó un grito. Aterrorizado, corrió hacia el sonido y se introdujo en el camerino femenino.

Allí se encontró a Rafa subido a una silla y con la plancha del pelo aferrada a las dos manos. Al verlo, señaló tembloroso hacia una esquina, donde una rata se había atrincherado. El animal movía de forma distraída su cola mientras olfateaba su tesoro, un trocito de queso perteneciente al sándwich que, a juzgar por el estado del maletín del peluquero que yacía esparcido por el suelo, debía haber sustraído del mismo.

Alzó una mano y le indicó a Rafael que guardase silencio. Se acercó al roedor y, justo cuando se iba a lanzar a por él, pisó uno de los rulos que se habían escapado del neceser profesional, perdió el equilibrio y se agarró a lo primero que encontró, el cable de la plancha que sostenía Rafael. Este se tambaleó y se cayó de la silla, derribando a su salvador y aterrizando justo en las partes sensibles de Daniel, quien emitió un gemido doloroso al notar el cabezazo.

En ese momento, ante la puerta apareció Bea. Miró a uno, luego al otro, abrió y cerró la boca varias veces y profirió un: «¡¡Madre mía!!».

Daniel, desde su precaria posición, alzó la cabeza y solo pudo articular con voz tensa:

—Bea, no es lo que parece...

Hacia la entrada de Dart Publicidad, caminaba un Daniel muy apesadumbrado, sintiéndose el hombre más desdichado del planeta. ¿Qué le depararía el nuevo día en la agencia de los horrores? Porque así había decidido bautizar a la fuente de sus pesares.

Todavía arrastraba sueño a causa de la horrorosa noche anterior, en la que no pudo pegar ojo. ¡La peor de toda su vida! Y es que tras marcharse del odioso desfile, lastimado física y emocionalmente, había decidido llamar a una de sus incondicionales amigas para sumergirse en su deliciosa pasión y sentir que todavía era el irresistible Daniel Argüelles, imán del sexo femenino. Lo necesitaba, ya que su autoestima había quedado restregada, ninguneada y pisoteada la tarde anterior.

Ese era el plan y parecía muy sencillo. Patricia, la exuberante abogada con la que se acostaba de vez en cuando, debía hacerle olvidar el desdichado episodio con el jodido Rafael, que, por cierto, ya conocía todo el mundo, pues Bea había decidido, ¿cómo afirmó?, ah, sí: «Darle un empujón para salir del armario». Cuando más bien lo que sucedía era que esa bruja cotilla no se podía estar callada. De nada le sirvió negarlo una y otra vez, solo recibió risitas y felicitaciones. Sobre todo, de Ruth, quien parecía emocionadísima por el romance de su nuevo ayudante, el mismo que lo único que anhelaba era meterle mano a ella, no al peluquero. Y para colmo, el salidorro de Rafael se las ingenió para rozarlo una y otra vez.

Todo había empezado con la mano. Daniel se subió a una silla para alcanzar unas cajas que le pidió Bea y, mientras las cogía, su tacón se tambaleó peligrosamente, pero pudo mantenerse gracias a que la diseñadora lo sujetó. O eso creía él, pues al girarse vio que quien realmente lo ayudaba era Rafael, y este no se anduvo con remilgos, no, le plantó los cinco deditos bien plantados, agarrando con fuerza su nalga. Del susto, Daniel se hizo hacia atrás, rompió el tacón y se estrelló contra el suelo por segunda vez en esa tarde. Y ahí fue cuando ese *Eduardo manos tijeras* le puso su... ¡¡su paquete en la cara!! Ya que en esta ocasión fue Daniel el que aterrizó sobre su mástil. Y como no, Bea escogió ese idílico instante para aparecer reclamando la caja que le había pedido.

La diseñadora salió de allí refunfuñando que a la próxima se fuesen a un hotel, ni que decir que todos los presentes volvieron a enterarse de aquello.

Pero lo último, lo que acabó con su paciencia y su sueño fue cuando por fin estaba en su habitación, tumbado, totalmente desnudo y empalmado hasta la médula pensando en las deliciosas curvas de Patricia. La puerta del apartamento estaba abierta, como siempre la dejaba cuando ella iba, y él se hallaba en la cama, aguardándola impaciente.

El pasillo resonó al son de los delicados pasos de su visitante, y el miembro de Daniel dio un salto de anticipación en el mismo momento en que unos dedos corrían la puerta. Y

eso fue lo único que se había corrido esa noche, pues la excitación de Daniel se desinflamó en cuanto vio a la persona que ocupaba la estancia.

—¡¡Rafael!! —exclamó sin aliento—. ¿¡Qué coño haces aquí, tío!?

El otro soltó una risita y no pronunció palabra, se limitó a abrirse el abrigo y mostrarse como su madre lo trajo al mundo ante él. Daniel soltó un grito y se tapó los ojos con la sábana.

—No temas, gatito. Seré delicado, lo prometo —susurró el otro, subiendo a la cama.

—¡¡Largo de aquí!!! —estalló Daniel—. Rafael, te lo advierto. O desapareces de mi vista y de mi casa o llamo a la policía.

—Ummm, ¿te gusta jugar, eh? Está bien. Yo seré el delincuente. —Se tumbó en la cama y se acarició—. Agente, soy suyo, haga conmigo lo que quiera. He sido malo —gruñó y dio un zarpazo—. ¿Me va a castigar?

Daniel huyó de la cama y se cubrió con una bata.

—¡Lo que voy a hacer es pegarme un tiro! ¡Y otro a mi hermano por hacerme pasar por esto! Mira, tío, a ver si te enteras. ¡No me gustas! ¡No quiero nada contigo, ni ahora ni nunca! Si te acercas un paso, te parto la cara, te lo advierto. ¿¡Y cómo cojones me has encontrado!?

—Bea me dio tu dirección. Le dije que quería darte una sorpresa... ¿Lo he hecho?

—¡¡Desde luego que sí!! ¡La peor de mi vida! Tardaré décadas en borrar tu imagen de la puerta.

—Eso me hace muy feliz, gatito.

—¡A mí no! Y no me llames así, que me pones los pelos de punta, tío. Joder —expresó con voz lastimera—. ¿Por qué me tienen que pasar estas cosas? —Meneó la cabeza y miró a su admirador con odio—. ¿Qué haces aún desnudo? Como venga y te encuentre aquí... ¡Te mato! Vamos, pírate ya.

—Oh, con que es eso. ¡Hay otro! —Se puso en pie, blandiendo un puño y sus colgajos—. ¿Quién es? ¿Quién se ha atrevido a interponerse entre nosotros? ¡Lucharé! —chilló apasionado—. Nadie le roba a Rafael Moreno lo que es suyo. ¡Nadie!

—¡Baja la voz! Mira, voy a ser paciente, ¿vale? Quizá ha habido una confusión y hayas creído erróneamente que podría haber algo entre tú y yo, pero esta es la realidad: ni ahora ni nunca lo habrá.

—¡Pero, gatito...!

—¡¡Que no me llames así!!

Desde la entrada se escuchó:

—¿Daniel...?

—¡Oh, no! —El joven miró angustiado hacia el exterior y, nervioso, se acercó a Rafael —. ¡Tienes que esconderte! ¡Al armario!

—Yo no...

Daniel no le dejó terminar la frase, abrió el armario y lo empujó. Y lo hizo justo a tiempo, pues Patricia había entrado en ese mismo instante.

—Cariño, ¿qué haces con esa bata? —ronroneó, acercándose despacio y acariciándole los hombros hasta llegar a la apertura de seda. Introdujo sus manos y masajeó su pecho. Desde el armario, dos ojos ardieron como llamaradas. Daniel tragó saliva, vaticinando el desastre—. Te comería a besos, cómo me pones...

—¡Lagarta! —Se escuchó desde el armario.

—¿¡Cómo!?

Daniel tosió y se dio la vuelta.

—Decía que me encantas...

—¡Qué rico! Y a mí tú, enterito.

Patricia dejó caer la bata y se asombró ante su desnudez, el hombre era perfecto. Para sus adentros, se volvió a repetir que el día que Daniel Argüelles sentase la cabeza sería con ella.

—¿No vas a desnudarme, Dani?

Él echó un vistazo al armario y luego asintió despacio. Le quitó la blusa con manos temblorosas, sintiendo los ojos de Rafael descuartizándole la espalda. Por un momento, al contemplar la plenitud de sus gloriosos pechos, se olvidó del peluquero y se maravilló de su cuerpo.

—¿Te gustan? ¿Por qué no las pruebas? Mami quiere darte leche...

—Leches las que te voy a dar yo, asquerosa —salió susurrado desde el armario.

—¿Daniel has dicho algo?

—Que eres hermosa.

—Oh, qué mono. Dime que no hay ninguna más, Dani, que soy la única.

—En este momento, lo eres.

Ella le dio un golpetazo en el brazo y puso morritos.

—Algún día serás solo mío, Dani. Cuando estés preparado, vendrás a mí.

—Sí, cuando el infierno se congele —musitó otra voz desde atrás.

—¿¡Qué!?

—Digo que hace frío aquí, que deberías taparte, no te congeles.

—Pues haz que entre en calor. O mejor, deja que lo haga yo.

Patricia lo empujó, tumbándolo en la cama. Luego lo besó, arrugando la frente al escuchar un extraño sonido.

—Dani, ¿tienes perro? Me ha parecido oír un gruñido.

—No, será la vecina, que ronca muy fuerte. Oye, Patry, te veo cansada... ¿Quieres que quedemos otro día?

—¿Estás loco? No pienso moverme de aquí.

—Pero...

—Shh, no hables.

Daniel se escabulló de la cama y se dirigió a la puerta.

—Me acabo de acordar que tengo que trabajar, Patry.

—¿Ahora?

—Sí.

—¡Pero si es la una de la madrugada!

—Es que es para mañana. Un proyecto importante de la agencia, estamos muy liados con ello y voy bastante estresado, la verdad.

—Entonces me necesitas. Yo sé cómo desestresarte, Dani.

Se dirigió hacia donde él estaba y acarició su cuerpo con la lengua, bajando lentamente, besando labios, cuello, pecho, pezones...

—No creo que...

Ombbligo, entrepierna...

—Patry, deberías... ¡Oh, Dios mío, no pares!

—¡No pensaba hacerlo! —Patricia se acercó a su miembro, abriendo la boca, cuando una voz estridente aulló:

—¡Que te crees tú eso, guarrona!

Del susto, la pobre chica gritó apretando los dientes sobre el bien máspreciado de

Daniel, y este chilló como nunca antes, y no de placer precisamente, el bocado lo dejó sin aliento.

Rafael se lanzó sobre ella y la estiró de los hombros, lo que hizo que Daniel llorase de dolor. Finalmente, Patricia lo soltó, y él se pudo lanzar al suelo entre quejidos angustiosos, apretándose el pene con las dos manos. El peluquero y su amante se enzarzaron entre sí, lanzándose insultos, zarpazos y estirones de pelo.

Tal fue el ruido, que los vecinos llamaron a la policía. Se personaron en la vivienda cinco minutos después, ya que justamente estaban patrullando por su calle, y accedieron al piso sin dificultad, pues Patricia, cuando había entrado, creyó escuchar voces y se dirigió hacia el cuarto de Daniel, luego se centró en el atlético cuerpo de su amante y olvidó por completo su despiste, ¡no cerró la puerta!

Y así los encontraron a los tres. La cosa podría haber quedado ahí, pero al intentar separar a sus dos pretendientes, uno de ellos golpeó a un agente en un ojo. Y como resultado, los tres terminaron en comisaría.

Julián acabó sacándolos a todos y no paró de reír en todo el camino de vuelta. Daniel no le dirigió la palabra durante esa noche y seguramente tampoco lo haría en las venideras. Ah, y de Patricia ya podría olvidarse porque le había cruzado la cara antes de despedirse diciéndole que era un perverso y que ella por ahí, no pasaba.

Rafael le dijo que él sí estaba dispuesto a perdonarlo y que esperaría ansioso su llamada. Daniel había salido corriendo y juró que si volvía a encontrarse con ese hombre, se suicidaría.

Y así estaba. A punto de entrar en la agencia de la competencia tras haber pasado por la peor experiencia de su vida.

Subió y se adentró en el despacho de su jefa.

—¡Hola, Dan! Espero que hayas venido con las pilas cargadas porque hoy estamos hasta arriba —pronunció Ruth algo nerviosa.

—¿Ah, sí? —preguntó desganado.

—Sí, el lunes tenemos la prueba de fuego. Robert Tolley escuchará nuestra propuesta y la de la sabandija de Roig.

—¿Sabandija? Parece que no te gusta mucho... —Daniel alzó una ceja y su boca se estiró, sonriente.

Ella rio.

—Lo cierto es que no. Y es mutuo, te lo aseguro. Espero que no digas nada, para mi desgracia, es el primo de Mavi.

—Tranquila, querida, mis labios están sellados. —Con la mano gesticuló como si se cerrase la boca y lanzase al aire la llave.

—Gracias. Por cierto, me encanta tu look de hoy. Es menos atrevido, pero muy tú —lo alabó ella.

Daniel resopló. Su genial atuendo consistía en una camiseta de cuello de barca rosa con ositos de colores, un pañuelo morado anudado al cuello y unos vaqueros apretados. Eso sí, esta vez se había negado en redondo a ponerse tacones y llevaba sus Converse blancas.

—¿Ya tenéis la campaña ideada?

—A grandes rasgos, aunque queda mucho por hacer. Marga está ultimando el *storyboard*; Elena, repasando el presupuesto, y la pobre María ha tenido que asumir las funciones de Oli y ahora está con el plan de medios.

—Y tú supervisas a todas —apuntó observando su rostro cansado—. ¿Duermes alguna vez, jefa? Pareces agotada. Puedo recomendarte unas pastillas si lo necesitas. Mi madre usa Aquilea Sueño y le va de perlas. Ah, y tengo por aquí —sacó el móvil— un artículo del Cosmopolitan que es *fabulous*. Son consejos para conseguir el sueño megaideal. —Daniel sonrió interiormente, dando las gracias a la pesada de su madre por contarle por WhatsApp todas esas cosas. De hecho, el enlace se lo había pasado ella adjuntando un texto en el que despotricaba sobre su mala vida y lo mal que dormía.

—Eh, gracias. Acabas de insinuar que estoy horrible.

—No yo...

Ruth se carcajeó.

—Estoy bromeando, tonto. Habrá tiempo de dormir el martes. Mientras esa cuenta esté en el aire, debo esforzarme al máximo.

—¿Tanto significa para ti?

—Sí. Esto es lo que siempre quise. —Alzó los brazos abarcando la estancia—. He trabajado muy duro para conseguirlo. Me apasiona lo que hago, pero esta es una empresa de tiburones, y para mantenerme a flote, he de ir un paso por delante siempre.

Daniel guardó silencio y repasó mentalmente esas últimas palabras: «He de ir un paso por delante siempre». ¿Sería capaz de cualquier cosa por conseguirlo? ¿Estaría robando las campañas de Argüelles Publicidad? Era casi imposible creer eso de la hermosa mujer que tenía delante. Digna, temperamental, apasionada de su trabajo, pero la conocía tan poco... Tenía serias dudas sobre su culpabilidad; la imagen que su padre le había descrito no casaba con la joven orgullosa que tenía delante. ¿Qué estaba pasando? Se dijo que debía descubrirlo. Ruth no era culpable, no podía serlo.

—Entonces, ¿cómo piensas sorprender a *Thor*?

Ruth rio. ¡Qué divertido era Dan!

—¿*Thor*? No me digas que te gusta. ¿Es guapo, eh? A mí también me recuerda a Christopher Hemsworth.

—Bah. No es para tanto.

—¿Cómo que no? Si tú mismo lo comparas con un dios nórdico.

—Si te gustan los musculitos, grandotes, brutos, de pelo grasoso y ojos azules...

Ella sonrió.

—Ya veremos si no cambias de opinión cuando lo tengas cara a cara el lunes. Te confieso que a mí me encanta, si no fuese por Tony y porque nunca mezclo el trabajo con el placer...

Daniel giró el rostro, apretando los dientes de rabia. Otra vez el maldito Tony, y para colmo de males, el rubión ese le atraía.

—Y... ¿Tony y tú lleváis mucho tiempo juntos?

Ruth se mordió el labio, pensativa.

—Pues si no me equivoco..., un año y tres meses. Desde que nos encontramos se convirtió en la luz de mis días. Me ha cambiado la vida, lo adoro.

«¿La luz de sus días? ¿Lo adora? Pues yo lo odio. Y mucho».

—Algún día te lo presentaré, Dan, aunque no es muy sociable. No le gusta que venga gente a casa.

«Encima el tío detesta el mundo y es un prepotente machista. Menudo gilipollas».

—Estaré encantado de conocerlo —mintió él descaradamente.

—Te gustará.

—Seguro que sí. Quizá podríamos invitar a Tolley también —apuntó mezquinamente, saboreando el enfrentamiento entre ambos hombres.

—Bueno... Ya veremos. Me da que sí te ha calado, Dan —comentó ella risueña.

—Ya te he dicho que no es mi tipo.

—¿Y quién lo es?

«Tú».

La puerta se abrió en ese momento y por ella entró Bea.

—Mi persona ideal debe ser...

—Como Rafael —sentenció Bea.

—No.

—Oh, sí. Que lo sé todo, picarón.

—¿Qué sabes? —preguntó Ruth.

—¡Nada! —negó Daniel alterado. ¡Esa Bea era peor que una almorrana!

—Aquí tu ayudante, que levanta pasiones.

—¡Qué va! —La fulminó con la mirada. Después se dirigió a Ruth—. Ayer, Rafael se presentó en mi piso, pero comprendió que era un error, pues yo no estaba, ni estaré, interesado en él.

—Estoy confundida.

—No lo estás, fue así, Bea. Créeme. Él sabe que conmigo no hay donde rascar.

Ella rio.

—¿Y se enteró antes o después del polvo?

Ruth gimió.

—¡Bea! Pobre Dan, mira, lo has puesto colorado. Déjalo, anda. Ey, Dan, piensa que tú disfrutaste anoche de sexo desenfrenado mientras que nuestra amiga al único hombre que vio fue al de su telenovela.

—¡Serás arpía! Pues para tu información, Sebastián Rulli es mejor compañía que cualquiera de esos moñigos que me marean. Y tú qué hablas si desde que está Tony no tienes ojos para ningún otro.

—¡No hubo sexo! —protestó Dani lastimeramente.

—Con Tony me basto y me sobro —manifestó Ruth, con ojos chispeantes.

—Ya, y por eso acabasteis detenidos —aseguró Bea refutando la afirmación de Dan e ignorando a su amiga. Ante la indignación del secretario por revelar sus andanzas de la noche anterior, la diseñadora rompió a reír.

—¡Dan! ¿Es eso cierto? —Ruth estaba interesadísima en esa historia.

—¡Claro que lo es! ¿Cuándo he fallado yo en un chisme? Amiga, aquí cuando se mete el moco, se mete bien. Y la información me ha llegado de primera mano, o sea, de Rafael. Ayer, nuestro querido ayudante cantó *La traviata* en las manos del peluquero, y de los gritos que soltaron, la policía los detuvo por escándalo público.

—¡¡¡No!!! Bueno, sí, pero no ocurrió así —negó Dani—. ¡Os juro que no me acosté con él! Vale, él quería. Pero yo ya estaba con otra persona.

Bea se levantó de la silla de un salto. Ruth rio.

—¡Cuéntamelo todo, Dan! Y no te dejes ni un detalle. Conociendo a Rafa como lo conozco, me puedo imaginar cómo se puso al verte con tu amante —demandó, alteradísima, Bea.

Daniel prefirió no corregirlas. Era mejor que siguiesen pensando que era homosexual, ya habría tiempo de arreglar todo el embrollo.

—¿No deberíamos empezar a repasar el *briefing*? La reunión es el lunes y vamos atrasados...

Las dos amigas se miraron y exclamaron a la vez:

—¡¡¡Cuenta!!!

6

Acompañada tan solo del silencio que reinaba en su despacho, Ruth daba una y mil vueltas al *briefing* que tenía delante. Todo parecía calculado a la perfección, repasado al dedillo y, sin embargo, le faltaba algo.

Quedaban tres días para su gran momento y se sentía acojonada. La campaña estaba preparada, nadie podría afirmar lo contrario, pero Ruth seguía sin experimentar esa sensación de calambre, esa emoción que sobreviene cuando no solo te has dejado la piel, sino también el alma. Seguía deseando revivir el efecto de su primer diseño, ocho años atrás.

Todavía en prácticas, Ruth se había mantenido en las sombras, observando, aprendiendo y callando. Hasta que vio su gran oportunidad y decidió aprovecharla. Estaban inmersos en el lanzamiento publicitario de un anillo precioso, de oro blanco, en cuyo centro se alzaban dos corazones entrelazados de diamantes blancos y negros; una sortija que recibió el nombre de Siempre. Las propuestas que presentaron los publicistas tenían que ver sobre todo con parejas que se declaraban un amor infinito, y Ruth, al salir de aquella reunión, en la que únicamente estuvo presente para servirle el café a la Hiena, había decidido trabajar toda la noche en una idea que le rondaba.

Siempre era una palabra que le evocaba muchos recuerdos, junto a amigas, a su hermana... Pero sobre todo, Siempre era su madre. Esa mujer alocada que Siempre estaba ahí cuando la necesitaban, el pilar para las Lago cuando su padre falleció de cáncer y las dejó solas y desechas de tristeza. Fue ella, su madre, la que con gran esfuerzo y su habitual energía positiva las recompuso y las condujo por el camino de vuelta a la vida. Su madre era su Siempre, y así lo plasmó en sus diseños, donde se podía observar el dibujo de una elegante mujer arrodillada ante una niña que la observaba con devoción, mientras la primera le colocaba el anillo y le sonreía trasmitiéndole sin palabras que siempre sería su niña bonita, a la que cuidaría y mimaría. Debajo, a modo de eslogan, la joven anotó: «El significado de la auténtica felicidad. Siempre, tú y yo».

A la mañana siguiente, se había acercado a la sala de reuniones y aguardó pacientemente a que se mostrasen todas las propuestas al cliente. Este quedó sumamente insatisfecho y justo cuando se levantaba, Ruth dio un paso al frente y presentó su idea.

Maravillado, el dueño de la joyería le dio la enhorabuena a la agencia y felicitó personalmente a la joven por el gran trabajo. E incluso había soltado alguna lagrimilla. De hecho, pidió que se hiciese un cambio y que en la imagen saliese un niño pequeño en vez de una niña, y que él fuese el que pusiese el anillo a la madre. El empresario, muy emocionado, confesó que se había visto reflejado en la campaña.

Una vez que el hombre se hubo marchado, la Hiena se giró hacia ella y le preguntó:

«¿Y tú quién demonios eres, chiquilla?». A lo que Ruth contestó: «La chica del café».

Y así fue como la joven de veinte años, a la que durante mucho tiempo apodaron «la chica del café», se convirtió en una más de la agencia y firmó el contrato nada más acabar su periodo de prácticas.

Tras aquello, Ruth fue ascendiendo paulatinamente en la empresa, luchando a cada paso contra sus opositores, que se dividían en dos grupos: los compañeros que le tenían inquina por cerrar el contrato de la joyería, a pesar de que sus bocetos fueron desdeñados, y los que la veían demasiado joven para formar parte de la exclusiva plantilla. Así pues, tuvo que esforzarse el doble y demostrarles que todo cuanto conseguía se debía a su trabajo.

Y ahora ahí estaba, a punto de conseguir el ascenso por el que tanto había luchado y sin sentir que realmente fuese a competir con uñas y dientes. Dos días, dos días para crear algo milagroso y sin tiempo ni ideas para conseguirlo.

Apenada, apartó el dossier y cogió el móvil para revisar sus mensajes de WhatsApp. Tenía uno de su hermana contándole cositas de su hija Sofía; otro de Bea rogándole que fuese la imagen de su nueva colección; un testamento de Silvia, su compañera de piso, que otra vez sufría por su jefe, con quien mantenía un romance. Y varios en el grupo de sus amigas de universidad. Se dedicó a contestarlos todos y luego consultó su *email*. Se emocionó al leer el último recibido:

Asunto: Adela Maldonado, TU MADRE, se queda en Cuba y no vuelve.

Hola, nenita. ¿Cómo estás? Imagino que trabajando, como siempre (emoticonos de enfado). Voy a tener que ir a esa agencia tuya a decirle cuatro cosas a tu jefa. ¡Que la vida hay que vivirla! Y si no, mírame a mí disfrutando de la jubilación junto a mi osito (guiño de ojo y emoticono de angelito). No me gusta nada ese cambio tuyo, hija, que tú siempre has sido como yo, un espíritu festero. Y últimamente pareces una copia de mi Sara, cariño, que con una hija seria en la familia ya tengo bastante. Bueno, aunque tengo que reconocer que parece otra desde que está casada con ese guapísimo hijastro mío. ¡Qué gracia me hace aún que mi yerno sea mi hijastro! Oh, lo que me recuerda que tengo una sorpresita. Estamos deseando llegar para decíroslo (emoticono boca abierta). Bueno, cariño, muchos besitos. Dale un achuchón a Tony y no te olvides de recogernos en el aeropuerto. Ah, y sal esta noche, que para eso es viernes. Enri te manda besitos. Te quiero, cariño.

Ruth abrió las dos imágenes que su madre le adjuntaba en el correo. En una salía ella bailando una conga, con un gran sombrero de frutas y en medio de una fila de bailarines ataviados de capas rojas de volantes y cosas extrañas y vistosas en la cabeza. Al fondo de la fotografía se veía a Enrique Rico sujetando las chaquetas y contemplando con amor a su

mujer.

Ruth sonrió emocionada. Ese hombre adoraba a su madre. La conoció a través de su hijo Nicolás, quien en ese momento ya estaba loco por su hermana, y el cabeza de familia, atraído por otra Maldonado, se dispuso a conquistar a su alocada madre, que cayó en redondo. Primero tuvieron una relación un tanto escandalosa, pues como su madre decía dieron rienda suelta a su tensión sexual. Y después, el siempre correcto Enrique Rico le propuso matrimonio, y ella finalmente aceptó.

La joven pasó a la otra imagen y rio. Su madre, a hombros de Enrique, posaba en la piscina del hotel con dos copas en cada mano. Al verla así, tan desinhibida, pensó en sus palabras y se dijo que ese era el último fin de semana que se recluía trabajando. Su madre tenía razón, la vida son dos días y hay que vivirla al máximo.

Con esa idea en mente hizo una locura. Reservó una casita rural en Camarena de la Sierra para el fin de semana siguiente, cogió el móvil, se metió en Supermenas, el grupo que tenía con Sara y Bea, y escribió:

(12.00) Ruth:

Girls, locura de última hora. El sábado que viene os secuestro hasta el domingo. Escapadita de chicas, que ya toca. No acepto noes. Además, y esto va por ti, Sara, no es plan de fiesta. Os llevo a Teruel, a Javalambre.

(12.15) Bea:

¡Anda ya! ¿¡A la nieve!? Si yo no sé...

(12.16) Ruth:

¡Pero allí te enseñan, boba! Ya he reservado la casa rural, así que no me podéis fallar.

(12.16) Bea:

¡Me apunto! Eso sí, espero no liarla mucho...

(12.17) Ruth:

Tranquila, si mi hermana tampoco ha esquiado nunca. Y yo hace siglos, así que estaremos todas a la par. Entonces, ¿te animas, no?

(12.17) Bea:

Sí, sí. Cuenta conmigo.

(12.45) Sara:

Hola, Ruth. Perdona la tardanza, que estaba en el Juzgado. Acabo de leerte y la verdad es que no sé. Entre la niña y el caso que tenemos entre manos... No

creo que sea buena idea.

(12.46) Ruth:

¡No seas aguafiestas, Sara! Sofía se puede quedar con mamá y Enri, que vuelven el viernes. Y Nicolás que se encargue del trabajo hasta el lunes, que ya estarás de vuelta. Venga va, porfa.

(12.48) Sara:

Bueno, me lo pensaré, pero no prometo nada. Ahora que mencionas a mamá, me ha escrito, imagino que a ti también. Contéstale, anda, que luego se te olvida y se enfada.

(12.49) Ruth:

Sí, estaba en ello.

(12.50) Sara:

Vale. Te dejo, que tengo trabajo. Besos a las dos.

Ruth volvió al *email*.

Asunto: VUELVE A CASA VUELVE...

Mamá, eres única. Recuérdame que te enseñe a insertar emoticonos, que me hace mucha gracia cuando me describes entre paréntesis lo que quieres poner. Adoro verte tan feliz, estás en tu salsa sin duda. Pobre Enri, seguro que lo tienes explotado, ya me lo imagino bailando todo el día... ¡Ah, las fotos me han encantado! Mandadme más. En cuanto a tu sorpresa, miedo me da, que la última vez que dijiste algo así volviste con el pelo rosa y Enri, con rastas. Ya me contarás el viernes. Por cierto, para que dejes de preocuparte por mi vida social, te informo que la semana que viene me voy con Sara y Bea de escapada a la nieve. Te quiero, mamá, cuidaros mucho y seguir pasándolo genial.

Estaba tan enfrascada en el mensaje que no escuchó la puerta. Pegó un salto cuando Dan gritó su nombre.

—Dan, perdona, que estaba distraída. Dime.

—Te decía que te he subido el almuerzo, como no has querido bajar... ¡Te va a súper encantar! Mira, jamón con aceite y tomate, como te gusta.

—¡Qué mono! Te lo agradezco, la verdad, ya que a este paso no podré ni comer.

—Pero, ¿no teníais ya todo ideado? Marga y Elena lo han comentado en el bar. —Tomó asiento frente a ella.

—Sí... —Ruth se lo quedó mirando fijamente. Se dio golpecitos en el labio con el

bolígrafo que sostenía en la mano derecha y finalmente lo mordió. A Daniel se le hizo la boca agua. ¡Qué seductora era y qué difícil se le hacía fingir que no le afectaba! Cruzó las piernas y puso las manos encima para disimular su visible interés—. ¿Me harías un favor? Sé que es un coñazo lo que te voy a pedir, pero me gustaría que te leyese toda la campaña y que me dices tu opinión.

Daniel se quedó desconcertado. Atinó a asentir con la cabeza y salió de allí con un fajo de papeles en la mano. Esa era la documentación que su padre le exigía, las ideas de Dart al alcance de su mano, lo único que debía hacer era entregarlas a la competencia y por fin se libraría de ese estúpido disfraz. Nunca más volvería a ver a Bea, ni a Marga, ni María, ni Elena... Tampoco a Ruth y sus curvas o ese culo respingón que tanto lo encandilaba por las mañanas...

Aparcó frente a la agencia de su familia y salió del coche. Entró por recepción y fue directo al despacho de su padre. Abrió.

—Dan, ¡madre mía, hijo, qué pintas!

Su padre soltó una carcajada ante su estrafalario vestuario. Daniel se enfadó.

—¿A qué has venido? —Los ojos de su padre chispearon—. ¿Qué es eso? Dani, ¿has conseguido algo de esa tal Ruth?

—Yo...

«¿Y ahora qué le pasaba? ¿Por qué no se decidía a entregarle el *briefing* y acabar con esa odiosa comedia?».

—¿Daniel?

—Papá, yo...

«No puedo. No puedo hacerle eso. Primero tengo que averiguar si está involucrada... De todas formas, si el lunes no sale la propuesta de Ruth, es mejor estar allí e intentar hacerme con la de Roig. Sí, eso haré».

—Daniel, tengo mucho trabajo. ¿Vas a decirme a qué has venido o no?

—Yo...

Daniel escudriñó el despacho buscando desesperadamente una excusa.

—¡¡¡Daniel!!!

—¡A por un tanga!

«¿Quéee? ¿Un tanga? ¿¡Pero cómo se me ocurre eso!?».

Su padre estaba pasmado.

—Un... ¿Un tanga? ¿¡En mi despacho!?

—No. He aprovechado para saludarte, el tanga se lo iba a pedir a Lucía, no suyo, claro, si no del *attrezzo*, seguro que tiene algo. Es que estos pantalones son muy ajustados y me he dado cuenta de que se me marcan las costuras. —Se puso de espaldas y en pompa, señalando con el dedo índice su trasero—. Los bóxer no se acoplan bien, ¿lo ves? Un tanga realzará más mis nalgas. —Su padre tenía la boca literalmente abierta—. Creo... Esto... Es mejor que me vaya.

Fernando Argüelles vio a su hijo desaparecer del despacho y parpadeó varias veces. ¿Acababa de escuchar que Daniel quería un tanga para realzar su culo? Ay, Dios. ¡Qué había hecho!

Daniel se preparaba para la visita de Natalia, su amiga especial. La exuberante pelirroja llegaría a las diez, y él lo tenía todo listo, una romántica cena a la luz de las velas en el salón y una apasionada noche entre sus brazos. ¡Lo necesitaba! Tenía que alejarse de Dan, convertirse en Daniel Argüelles, el mujeriego empedernido al que le gustaban todas; rubias, morenas, castañas, pelirrojas, altas, bajas... Debía recordarse quién era él realmente porque con tanta interpretación estaba perdiendo la perspectiva y se estaba obcecando en una cosa: acostarse con su jefa.

Mañana, tarde y noche soñaba con ponerle las manos encima. Cuando entraba en su despacho, se imaginaba saltando sobre ella, desnudándola y haciéndoselo encima de la mesa, en el baño, en la cocina, en su apartamento... Y todos los días despertaba igual, empalmado y babeando. Ante ese mal que lo acechaba, solo había una cura posible: Natalia, la pasional e inigualable Natalia. Un terremoto sexual.

Esos pensamientos hicieron que su guerrero se levantase dispuesto a batallar. El timbre sonó y, sonriendo perversamente, decidió cambiar los planes. Corrió hacia la bañera y abrió el grifo de agua caliente. Echó unas gotitas de jabón de azahar para obtener un baño de espuma. Lo dejó llenándose y se acercó a abrir.

—¡Hola, Dan!

—¡¡Ruth!! ¿¡Pero qué haces tú aquí!?

—Lo siento. —Se percató de que ella lo miraba con interés—. Espero no haberte interrumpido...

—No, no. Dime, ¿sucede algo? —De reojo comprobó la hora, diez menos cuarto.

Ruth volvió a observarlo, tragando saliva. Sin su habitual vestimenta, ese hombre era increíble, por un momento, cuando le abrió la puerta, se sintió desconcertada. ¡Qué lástima que no le atrajesen las de su sexo! Definitivamente, Dan Argüelles en vaqueros, camiseta blanca ajustada y sin su tonalidad rosa habitual era un sueño para cualquier ser viviente, hombre o mujer. Apenada, se preguntó por qué todos los partidazos eran gais o estaban cogidos.

Alzó la bolsa que portaba.

—¡He traído la cena! ¿Puedo pasar?

—¿¡Ahora!?

—Me dijiste por mensaje que ibas a estar toda la noche revisando la campaña, y pensé que era injusto. No entra dentro de tus obligaciones; lo menos que puedo hacer es quedarme contigo. ¿Cenamos y nos ponemos con el trabajo? No tengo plan, así que puedo

estar hasta tarde. ¿Empezamos?

—Pero ¿ahora?

—Dan, ¿estás bien?

—Sí...

—Venga, pues hazte a un lado y déjame pasar —le dijo risueña.

—¡¡No puedo!!

—¿Por qué?

—Pues porque... ¡No he recogido! Justo iba limpiar.

—Uy, ya ves tú. Si yo vivo en una leonera constante. Tanto Silvia como yo somos un desastre, nuestra casa es una cuadra. Por cierto, me encanta como vas hoy, estás irresistible.

—¿Ah, sí? —Su voz se volvió ronca.

Ruth quedó hechizada por el zafiro de su mirada. Él se acercó un paso más, y ella tuvo que asir fuertemente la bolsa de la cena porque se le caía de las manos. Dan alzó suavemente la mano y acarició su mejilla. Absorta en ese atractivo rostro, se olvidó de quién era él. Lo único que pudo recordar era lo mucho que le atraía y subió lentamente sus labios, buscando los de él. Sin embargo, el momentazo se truncó en mil pedazos cuando el móvil de Dan sonó con su particular tono de las Spice Girls. Esa melodía fue como un latigazo, y Ruth se apartó, horrorizada de su comportamiento. ¡Qué debería pensar de ella! ¡Estuvo a punto de besarlo! ¡A su ayudante, por el amor de Dios!

Daniel maldijo entre dientes la inoportuna llamada de su hermano, pues ese desgraciado sonido solo pertenecía a un contacto: Julián Argüelles. Se dijo que debía cambiarlo inmediatamente. Enfadado por la interrupción y por su debilidad, soltó lo primero que le vino a la mente, eso sí, con voz agudísima:

—Ay, querida. Qué piel más tersa tienes. —Volvió a acariciarle la mejilla—. ¡Has de revelarme tu secreto! ¿Dónde compras esa maravilla de crema facial?

Ruth carraspeó, sintiéndose mortalmente avergonzada. Ella embobada como una adolescente por ese atractivo rostro y creyendo que la adoración que leía en sus ojos se debía a su persona, cuando lo que realmente le atraía era el tacto de su piel, el interés por su crema de cara. «¡Genial, Ruth! Definitivamente eres idiota», se lamentó.

De pronto, el ascensor se escuchó en el pasillo. Una arrebatadora pelirroja, sobre unos tacones de infarto, salió de él, caminó seductoramente hacia ellos mientras se deslizaba el abrigo y mostraba su inusual traje: un disfraz de doncella extremadamente corto, en negro y con un mini delantal blanco, calcetines del mismo tono que le llegaban casi a las rodillas

y unos zapatos altos negros. El pelo suelto, rizado y largo estaba recogido con una cinta blanca a modo de turbante.

—Maldita sea mi suerte... —musitó Dan mientras desaparecía en el interior. Ruth siguió observando a la otra.

La mujer llegó hasta la puerta y desdeñando con la mirada a Ruth, sonrió descaradamente a Dan, que acababa de aparecer portando una escoba y recogedor. Este la cogió de los brazos y la entró, entregándole los utensilios de limpieza.

—¡Pero, Daniel, qué coño haces!

—Natalia, querida, llegas tarde. —Miró a Ruth, con cara de disculpa—. Es mi empleada doméstica. Ya te he dicho que iba a limpiar. —Se dio la vuelta e indicó a la estupefacta pelirroja—: ¡Volveré en una hora! Espero que esté todo perfecto, y no hagas lo de la última vez. La suciedad a la basura, no bajo el sofá.

—¿¡Qué!?

—Pobrecita. —Se dirigió a Ruth—. Es que no escucha bien. —Luego, gesticulando exageradamente y gritando, habló a su supuesta limpiadora—: Una hora. En una hora volveeeemoos. —Marcó las palabras—. Deja todo resplandeciente.

Rápidamente, Dani se plantó la chupa de cuero negro, le entregó el dossier de la campaña de Tolley a Ruth y cerró la puerta ante la cara de pasmo de Natalia. Mentalmente se encogió, esto le iba a costar muy caro, quizá se debía olvidar para siempre de su terremoto sexual. Agarró la mano de Ruth y en dos zancadas la introdujo en el ascensor justo cuando el esperado gritó llegó: un «Danieeeeeeeel» furioso y estruendoso.

Ya en la calle, Daniel condujo a su jefa hacia la cafetería de al lado. Se metieron en ella y se sentaron junto a la ventana, donde él podía controlar la salida de Natalia.

—¿Te apetece que tomemos algo hasta que Natalia acabe?

—Está bien —respondió ella, algo confundida con la escena que acababa de presenciar—. Dan, ¿desde cuándo trabaja esa mujer para ti?

Él sonrió interiormente. ¿Estaría su morenita celosa?

—Algunos años.

—No te ofendas, pero creo que alberga esperanzas. Por su forma de vestir, cualquiera diría que el polvo no es lo único que quiere limpiarte.

—¡Qué va, mujer! —Daniel sonrió perversamente. No, Natalia no se conformaba con el polvo, la mujer exigía mucho más.

—Creo que deberías hablar con la chica. Me da que le gustas, lo justo sería que supiese que tú... Ya sabes.

—¿Ya sé? —Pegó un trago a la cerveza que le acababan de servir y se atragantó al escucharla.

—Sí, Dan. Que lo tuyo es la carne, no el pescado.

—Mira, Ruth, yo...

—¿¡Esa no es Natalia!? Dan, que se va.

—Ya habrá terminado.

—¿En cinco minutos?

—Uy, te sorprendería lo rápida que es. Nadie tiene su pericia.

—Me da que se aprovecha de ti. Deberíamos habernos quedado, estoy segura de que estando yo presente se habría esforzado más. O al menos podría haberla ayudado, seguro que entre las dos podríamos haber hecho un buen trabajo.

—Lo dudo. A Natalia no le gusta compartir —siseó con malicia.

—Tampoco me metería en su terreno... En fin, piénsalo para la próxima, ¿vale? Si ves que necesitas un cable, pégame un toque y te ayudo, que te debo un favor.

—Hablando de eso. He leído todo y la idea es muy buena.

—Intuyo que hay un pero detrás.

—No, qué va.

—Venga, Dan, no te cortes.

—Yo... Está bien, jefa. ¿Puedo ser sincero?

—Totalmente. Sé que puedo confiar en ti.

«Error. No deberías hacerlo, preciosa».

—Pienso que le falta chispa. No me malinterpretes, está bien, muy bien, sin embargo...

—No emociona. Ya, yo también lo pienso. Robert Tolley es un visionario, un hombre que ha creado junto a su familia un imperio, acercando la elegancia a la mujer de hoy; sorteando la crisis, ha puesto a la venta fragancias de gran calidad a precios asequibles. Un perfume duradero y perfecto, pero *low cost*. Y ahora, lanza una línea para hombres; la campaña debería ser brutal, no perfecta.

—Estoy de acuerdo.

—Ya. ¿Y qué hago? Porque la reunión es el lunes y mi musa ha decidido tomarse unas vacaciones. Sé que la estrategia de Roig irá por el típico guaperas rodeado de preciosas modelos. Todos elegantísimos.

—Y vosotras os habéis decantado por un hombre normal, cercano, pero elegante. Bajo el eslogan de: «Fuera mitos. La elegancia sí se hace». Como digo, es buena, una idea brillante bajo mi opinión, mas necesita un toque. Mira, volvamos a mi apartamento, puede que haciendo una lluvia de ideas se nos ocurra algo.

—Gracias, Dan. Eres increíble, pero este es mi problema, no el tuyo.

—Quiero ayudarte, Ruth. Llevo mucho tiempo preocupado de mí mismo, ya va siendo hora de que ponga en práctica todo lo que he estudiado. Quizá hasta me guste y acabe asumiendo varias cuentas. A mi padre le haría muy feliz.

Ruth le sonrió amable. Le sabía mal hacerle ver que su experiencia como secretario no le iba a abrir puertas en el mundo de la publicidad, menos aún con la Hiena, pero al verlo tan animado fue incapaz de colocarle los pies en la tierra.

—Está bien, si insistes, vamos allá.

Al decirlo, el joven se dio cuenta de que era cierto. Era hora de demostrar su valía, Daniel Argüelles era mucho más que el guapo y consentido hijo del jefe. En esa agencia, donde nadie podría clasificarlo por su procedencia, tenía la oportunidad de probarse a sí mismo. Y le apetecía asumir ese proyecto; junto a Ruth, crearían la mejor campaña de publicidad de todos los tiempos. Estaba dispuesto a comerse el mundo.

Sin embargo, nada más salir por la puerta del establecimiento, el mundo se lo comió a él. O mejor dicho, sus furiosos vecinos, pues con tanto ajeteo se había olvidado esa bañera de espuma que todavía seguía llenándose. El desastre era monumental, ¡había inundado media finca!

Al acercarse al portal y ver qué pasaba, preguntó a uno de los allí reunidos. Este le informó que un idiota, el de la puerta 9, había desbordado su casa, llevándose consigo a medio edificio.

A su lado, Ruth formuló:

—¿La puerta 9 no es la tuya?

Daniel solo atinó a asentir mientras lloriqueaba por sus trajes, sus libros, sus discos, su televisión de plasma... No obstante, su congoja desapareció en el momento en que escuchó: «Ahí está. Ése es el culpable». Una bandada de vecinos, en pijama, se precipitó tras él. Daniel agarró a Ruth de la mano y escapó de allí. Corrieron hasta el coche de ella, mientras los seguían los enfurecidos propietarios de los apartamentos. Arrancaron, salvándose por los pelos de ser trinchados.

—¿¡Qué vas a hacer!?! No puedes volver allí, ¡te matarán! Esa gente busca sangre.

Él tragó saliva.

—Sí, la mía. No se conformarán con ponerme las manos encima... ¡Me torturarán! Será mejor que les envíe a una víctima que los apacigüe. —Cogió el móvil y marcó. Tras varios tonos, contestaron—. ¿Julián? Te necesito. ¿Todavía conservas la llave de mi casa? Perfecto, cógela. No, no. Tienes que ir a mi apartamento, ¡ya! Acaban de avisarme que se ha inundado un piso, comprueba que el mío está bien. Si te llamo es porque no puedo acercarme, ¿no crees? Sí, estoy ocupado. No, no puedo hablar más, tú ya me entiendes. ¿Vas a ir o no? Qué bien, gracias, hermano, te debo una. —Miró a la joven riendo—. ¡Solucionado!

—¡Serás malo!

Daniel se carcajeó, travieso.

—Me debe un gran favor, es hora de que lo pague.

—¿Sabías que tu voz tiene distintos tonos? En ocasiones ronca y otras, aguda. Me desconciertas, Dan.

—¿Ah, sí?

«Mierda».

—Por cierto, he estado pensando que como tu hermano va a odiarte durante días cuando descubra tu treta, ¿qué te parece si te quedas en casa? Puedo dejarte ropa, seguro que te encanta, tengo varios vestidos de tu rollo.

«Oh, sí, genial. Lo que me faltaba».

—Gracias. Eres muy amable, querida. ¡Más buena que el pan!

Ella rio porque al decir la frase, él movió la cabeza en plan «Loreal, porque yo lo valgo».

—Espero que a Tony no le importe.

—Ah, pero vives con él.

—Claro, hombre.

—No lo sabía... Tampoco quiero causarte problemas, puedo llamar a mis padres. No es el mejor plan, pero me acogerán encantados.

—¡Tonterías! Además, tenemos pendiente una lluvia de ideas, ¿recuerdas? Puede que logremos ingeniar el cambio que la campaña necesita. Tony se tendrá que amoldar. Al principio estará de morros, pero pronto os haréis grandes amigos.

«Lo dudo mucho».

—¿Y a tu compañera no le importa que Tony viva con vosotras?

—No, que va. Es muy comprensiva, sabe que no puedo estar sin él. Antes me mudo

que echar a Tony. De todas formas, Silvia no está mucho en casa. Por ejemplo, este fin de semana se ha ido a visitar a sus padres, que son de Ávila.

«Joder, sí que le ha dado fuerte por el perfecto Tony».

—O sea que tu plan era más bien romántico. Vaya, te lo he chafado —señaló con cierta satisfacción.

—¿Romántico? Bueno, no sé yo. Trabajo sobre todo, aunque los viernes toca noche de cine. Tony jamás se la pierde, le encanta. Y él sábado por la mañana solemos salir por el río a correr o pasear.

—Qué bien. —Forzó una sonrisa que no sentía. Maldito Tony, qué ganas tenía de darle un puñetazo a la que seguramente sería una impoluta cara, todo en él parecía magnífico. El novio impecable.

Ruth descendió por el garaje de su edificio y aparcó. Lo condujo al ascensor que llevaba hasta su piso, y Daniel comenzó a sentirse incómodo. No debería haber aceptado, el solo hecho de imaginarla en los brazos del capullo de Tony lo ponía enfermo. ¿Habría alguna forma de hacer desaparecer a alguien sin dejar rastro? Seguramente no, y menos a ese formidable personaje.

Accedieron al apartamento y Daniel buscó a su rival por el salón. Estaba vacío.

—¿No está Tony? —preguntó esperanzado de que su adversario hubiese desaparecido, igual hasta para siempre.

—Deja la chaqueta en el perchero —le ordenó ella—. Sí que está. En mi habitación, le gusta esperarme en la cama. Ven, te lo presentaré.

«¿¡Qué!? Oh, no, esto era más de lo que podría soportar».

—Mejor me quedo aquí. Así te da tiempo de informarle de mi llegada.

—No, sígueme, que Tony estará allí descansando hasta la hora de cenar.

—Ya. Imagino que su día a día será muy agotador...

«Menuda joyita de tío. Si yo estuviese con alguien como Ruth, lo único que me haría quedar en la cama sería el cuerpo de ella sobre el mío. Todos los tontos tenían suerte, y ese más que ninguno. No se la merecía».

Ruth se dirigió a la puerta del fondo y Daniel la siguió arrastrando los pies con parsimonia. Ella se hizo a un lado y le brindó los honores. Con mala cara, cogió el pomo, lo movió y abrió la puerta.

Ruth encendió la luz y de la cama surgió un Tony adormilado, que se desperezó al verla. Anonadado, Daniel abrió los ojos desmesuradamente mientras gritaba:

—¡Pero si es un perro!!

—¿Y qué creías que era? —Ruth lo miró confusa.

El can, negro como el carbón, ladró hacia él, observándolo intensamente.

—Vaya, esto es inaudito —exclamó la joven.

—¿Qué?

—Me da que mi Tony se ha prendado de ti.

Antonio, o Tony como lo llamaban todos, era un ejemplar bastante peculiar. De pelaje negro brillante, tamaño medio, cuadrado y regordete. Su porte era distinguido, altivo. Sobre el cuello destacaba un collar rojo en el que colgaba una pequeña placa redonda con su nombre. Sin duda, era un fiel reflejo de lo que se decía de ellos, de los perros carlinos, a quienes se consideraban raza de lujo. Perros aristócratas. Daniel lo miró de reojo y sintió que el animal le ordenaba con esa profunda mirada oscura: «Eh, tú, súbdito, agáchate y bésame la pata».

Desde su posición, el pequeño chuchó observaba al intruso maravillado con la perfección de ese humano. Ladró fuertemente buscando su atención, pero él lo ignoraba. De un salto, Tony bajó de la cama y caminó hacia él, volvió a ladrar. Su dueña se acercó sonriente y lo levantó, achuchándolo con amor como siempre hacía cuando volvía a casa. Tony siguió mirando al otro, embelesado.

Daniel se sentía incómodo ante el consentido perro. Le gustaban los animales, pero este lo ponía nervioso. Para quedar bien ante Ruth, se acercó al perro y le hizo una caricia. El peludo se la devolvió con creces, lamiéndole toda la cara. Daniel se apartó lleno de asco, limpiándose la boca donde todavía sentía la lengua del can. El perro ladró satisfecho de su hazaña.

—¡Tony! Eso no se hace. —La joven hacía grandes esfuerzos para aguantar la risa—. Lo siento, Dan. Al parecer le gustas.

—Tranquila, no pasa nada —dijo limpiándose los restos de baba canina. Dio media vuelta y salió de la habitación en dirección al servicio. Al mirar hacia atrás, vio al perro seguirlo, se fijó en que Ruth no estaba y lo apuntó con el dedo—: Déjame en paz, fuera, venga, fuera.

Tony lo ignoró y siguió acercándose, al tiempo que movía su culo respingón. Daniel corrió al baño y le cerró la puerta en las narices. Tras asearse abrió y lo descubrió esperándolo con la lengua fuera. Daniel lo perforó con los ojos, apremiándolo a apartarse, pero Tony permaneció donde estaba. Luego comenzó a aullar lastimeramente y al ver a Ruth, el joven se agachó para acariciar al perro.

Ruth quedó maravillada ante su ayudante, no todo el mundo aceptaba de tan buena gana a su querido Tony. Hasta ella misma reconocía que era un poco especial, aunque ahí residía su encanto.

—Veo que habéis congeniado. Se nota que os lleváis muy bien.

—Sí, es un perrito encantador. ¿Verdad, pitiminí? —mintió, forzando una sonrisa y lanzando besitos al perro con los labios estirados en morritos.

—Vaya, es la primera vez que alguien dice eso de Tony, pero me alegra.

—Es una delicia.

—Dan, tengo que ir un momento a casa de Marga a por unos papeles. ¿Te importaría darle de cenar a Tony y acostarlo? Tienes las instrucciones en la nevera, que se las dejé a la niñera.

«¿Ha dicho niñera? ¿¡El perro tiene niñera!?».

—Claro, sin problemas. —«Total, es ponerle pienso en un cacharro...», sonrió, sabedor de que estaba ganando puntos con su bella jefa.

—¿Has oído, Tony? Dan va a darte la chichi. —El chucho comenzó a brincar y ladrar —. Id yendo a la cocina, enseguida vuelvo —se despidió ella, saliendo del piso.

Daniel fue hacia allí, seguido de Tony. Rebuscó con la mirada la comida del chucho y dio un suspiro de alivio al hallar un cuenco de madera. Lo puso en el suelo y lo llenó de agua del grifo. Después exploró por todo el mármol hasta que dio con lo que buscaba: un tuper pequeño repleto de pienso. Lo bajó también y esperó.

Tony lo miró girando la cabeza, alzó una ceja y ladró.

—¡Venga! ¿A qué esperas?

Tony volvió a ladrar y se tumbó en el suelo moviendo la cola.

—¡No pienso acercártelo! Si quieres comer, más te vale que vayas tú, chucho.

El perro bajó la cabeza, observándolo de reojo.

—Muy bien, pues pasa hambre.

Tony comenzó a aullar desesperadamente.

—¡Shhhh! Calla, pulgoso. —Con resignación, cogió el cacharro y lo acercó al can—. ¡Vamos!

Tony aproximó el hocico al cuenco y se apartó de un salto. Ladró enfadado, le dio un manotazo esparciendo el contenido por el suelo y le giró la cara.

—¡Increíble!

Furioso, se acercó a la nevera y arrancó la nota que decía:

Cuidado de Tony:

1. Nada más levantarse, toma agua. ¡Siempre de la marca Font Vella! (verás las botellas en la galería, ¡no le echas del grifo, que vomita!). Colocar en el biberón que está dentro del frutero de cristal de la mesa. Le gusta tomarla despacito, viértele varias gotas mientras lo meces con suavidad.

2. Sácalo a la calle a pasear (no más de 15 minutos, que se satura), abrígalo bien. Le gusta ir tapadito. Si llueve, coge su paraguas, odia mojarse.
3. Tras la caminata, échale colonia, la encontrarás también en la galería. Es muy importante, se pone muy pesado cuando siente que huele mal.
4. No intentes jugar con él. Odia que lo molesten antes de comer. Ponle la televisión, se duerme con el Disney Channel.
5. Comida: arroz blanco con jamón york. Recién hecho, notará si es del día anterior.
6. Siesta. Todas las tardes se acurruca en mi cama, ábrele la puerta y tápalo bien, que esté calentito.
7. Cena. Hazle su chuletón (en la nevera), que esté muy hecho. Ponle el pechito y se lo das troceado.
8. Por último, colócale el pijama y mételo en mi cama.

Lentamente, Daniel se dio la vuelta hacia Tony, que lo miraba expectante, el perro ladró, el joven gimió y susurró:

—¿Será una broma, verdad?

Ruth llamó al timbre y aguardó a que Marga le abriese. Subió por el ascensor y se precipitó al interior de la vivienda.

—Marga, ¿qué era tan urgente? He tenido que dejar al pobre Dan al cuidado de Tony y salir disparada.

—¿Qué hace él en tu casa?

—Es una larga historia. Bueno, ¿qué me tenías que contar? Me ha costado disimular tu llamada ante él. ¿Y María?

—¡Estoy aquí! —Se escuchó desde el servicio.

—Hemos conseguido el informe de Rarax. Esta mañana, el pelota de Roig se dejó el despecho abierto cuando se fue a almorzar con los chicos, María se coló, hizo copias y lo escondió. Tenemos una para cada una. Deberíamos leerlo este fin de semana y pensar en algo pronto.

—¿Y eso?

—He escuchado a Alfredo, Ruth —explicó María—. La semana que viene quedará con un tal Mauricio Salinas, y si no me equivoco, es el propietario de Rarax. Va a venderle la campaña de Argüelles Publicidad. Le escuché decir algo del viernes que viene, por lo que será ese día.

—¡Madre mía, Mery! —La abrazó—. Eres mi heroína.

—Todavía no sé cómo me he atrevido...

—Eso es que en el fondo eres una aventurera —la alabó Marga, cogiéndola por los hombros y besándole la mejilla.

—No creo, aun tiemblo de miedo. Estaba aterrorizada de que alguien me pillase.

—Pero no lo hicieron, y gracias a ti ahora tenemos una pista. Lástima que no sepamos nada más del encuentro.

—Lo cierto es que sí, Ruth. En la última página, Roig había apuntado a lápiz un número de móvil, una dirección y hora. Me da que es donde van a verse.

—¡Perfecto! Eso sí que es un buen trabajo de investigación, María. Te felicito. Sin embargo, he de pedir os que no os involucréis más, no quiero que os metáis en problemas. Os lo agradezco a las dos en el alma, pero seguiré yo sola. Si surgen problemas, prefiero que ruede mi cabeza, que la de todas.

—¡De eso nada! Estamos en esto las tres, no pienso quedarme sentada —protestó con énfasis Marga.

—Yo tampoco.

—Pero, chicas...

—¡Hemos dicho que no! O vamos todas o ninguna.

Incapaz de oponerse, Ruth las abrazó. Las jóvenes quedaron en acudir el viernes a la hora señalada e intentar averiguar algo más del supuesto plagio entre agencias. Tras despedirse, Ruth regresó a casa. Entró al piso y se dirigió a la cocina, enmudeciendo al contemplar la escena:

—Pero... ¿¡¡¡qué ha pasado aquí!!!?

Tony, subido a una silla mordiendo uno de sus chupetes y con el pijama de franela azul puesto, observaba a un furioso Dan que sujetaba el biberón. El pelo, la cara y la ropa chorreaban de agua. En el centro de su camisa blanca había una gran mancha de aceite; en el suelo, un chuletón medio mordido, los *crispis* de chocolate de Silvia, un cuenco de madera hecho pedazos y más agua desparramada.

—Es... Este perro... es.... es...

Tony ladró ofendido.

Dan soltó un gruñido. Y Ruth gimió.

—¿Por qué no vas a ducharte? Yo recogeré y acostaré a Tony. Tu cuarto es el del fondo del pasillo, a la derecha, ahora te llevaré ropa.

El perro, encantado, se dejó conducir hacia la cama en brazos de su ama, Daniel le lanzó llamaradas por los ojos.

El joven se encaminó al baño y se repantingó en él durante un buen rato. Salió enroscándose una toalla azul a la cadera y se dirigió a su habitación. Nada más entrar, la puerta se abrió y apareció Tony que, al verlo, le gruñó y fue directo a morder la punta de la toalla.

A los pocos segundos, mientras batallaba con el pulgoso por el trozo de tela, Daniel perdió el rumbo de sus pensamientos, pues Ruth entró en el interior con un camisón muy sexy que se adhería a su cuerpo marcándole sus preciosas curvas. Babeando por el perfecto cuerpo de la joven, se olvidó del chucho y cuando se acordó, fue demasiado tarde, pues el maldito perro estiró de la toalla y se la arrebató dejándolo ante la joven como su madre lo trajo al mundo.

—¡¡Por todos los malos de Marvel!! ¡Qué perro más... bicho!!

Daniel se lanzó sobre la cama; sujetándose con ambas manos sus partes sensibles, Ruth pudo apreciar con absoluta nitidez la redondez de esas perfectas nalgas varoniles y tuvo que morderse el interior de las mejillas para sofocar la carcajada que amenazaba con salir. Él se tapó con los dos cojines que decoraban el cubre de cuadros azules y blancos. Su rostro, de tonalidad escarlata, centelleó aún más al observar a Tony, quien estaba acurrucado sobre la prenda y le devolvía la mirada como diciendo: «Te fastidias». La publicista se compadeció de su ayudante y tras tomar aire y cerciorarse de que no estallaría en carcajadas, explicó:

—Era su toalla.

—¿¡Cómo!? —exclamó con voz áspera, signo de su todavía evidente enfado.

—Que la toalla azul que llevabas es de Tony, ¿no has visto las iniciales grabadas?

—¡¡No!!

—Pues deberías haberte fijado, es muy protector con sus cosas. No le gusta compartir.

—¡Pero si es un chucho!

Al escucharlo, el can se puso en pie y aulló.

—¡Mira lo que has hecho! —Se dirigió al perro, lo levantó en brazos y lo meció entre besos—. Tranquilo, cariño. Es mentira, tú sabes que eres mucho más... No lo llames chucho, lo ofende, a que sí, mi cachorrín.

—No me extraña que sea tan mimado si lo consientes así —repuso malhumorado.

—¿No te da pena? Mira qué carita. —El peludo hizo ojitos a su dueña y le lamió la mano entre gemidos de placer, luego se giró a Dani, y este juraría que le sonrió con malicia. Joder, se le estaba yendo la cabeza. Ruth miró a su bebé perruno y se derritió ante la carita que compuso—. Por favor, es que me lo como. Ay, Tony, cariño, eres irresistible. —De repente la joven soltó un grito y dejó caer a Tony sobre la cama; este, estupefacto y confundido por su arrebató, gruñó mostrando su descontento. Daniel, al observar la indignación del perro, rio, burlándose de él. Algo que por lo visto al otro no le sentó nada bien, pues se acercó al objeto de sus afectos y comenzó a morder y estirar los cojines que lo cubrían. Daniel peleó con el perro por tapar sus vergüenzas mientras veía como la joven seguía dando palmas, bailaba y giraba sobre sí misma.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—Ese bailecito tan raro —apuntó, viéndola mover los brazos de arriba abajo, la cabeza dando vueltas y brincando.

—Es la danza de la victoria. Me la enseñó Bea.

—No sé por qué, pero no me extraña viniendo de ella.

—Ay, Dan, ¡por fin las musas han decidido reaparecer! Y todo gracias a ti, Tony. —Lo señaló y siguió danzando ridículamente—. No me lo puedo creer, ¡¡¡lo tengo!!!

—¿Pero qué tienes?

—La idea que nos faltaba. La fragancia va a recibir el nombre de irresistible, ¿no? ¿Te acuerdas de la fábula *El flautista de Hamelín*? ¿Y si emulamos la leyenda alemana pero al revés?

El joven la miró ceñudo.

—¿A qué te refieres? Ruth, no creo que a Robert Tolley le guste una publicidad en la que se muestra que su fragancia atrae a las ratas.

—¡No seas bruto, Dan! Claro que no. Me he imaginado que el protagonista es el animal, alguien como Tony, de hecho, hasta podría ser él. Un perro orgulloso, altivo... — El chucho, al escuchar a su ama, ladró complacido, luego miró a Dani, y este pudo jurar que le guiñó un ojo. Se apartó de él acercándose al filo de la cama, el otro lo siguió mientras se relamía el cuerpo. Daniel sintió un escalofrío—. Y tras él un montón de hombres persiguiéndolo por su olor. De eslogan: cualquiera puede ser irresistible. ¿Qué opinas?

Dani se imaginó la escena y muy a su pesar reconoció que tenía gancho. Un perro, no Tony, pues se oponía totalmente a que ese saco de pulgas tuviese más protagonismo del que ya tenía en su día a día, lo que le faltaba, ser modelo, ahí si se volvería insoportable... Pues eso, un perro distinguido, con la cabeza bien alta y andando con garbo mientras era perseguido por hombres encogidos y desgarrados. Todos siguiendo al animal. Sí, le gustaba.

Lentamente su boca fue abriéndose en una deslumbrante sonrisa y asintió hacia Ruth.

—Puede funcionar, jefa.

Ella chilló y se lanzó a sus brazos. El perro aprovechó para quitarle los cojines, y Daniel se sintió el hombre más desdichado de la tierra. Ahí estaba, desnudo, con la mujer de sus sueños sobre él, más sexy que nunca con ese finísimo camisón y simulando que no le afectaba y que ese abrazo era fraternal. Se mordió el labio, concentrándose en pensamientos desagradables, pero nada funcionó. La frente se le perló de sudor y la respiración se le entrecortó. El pecho le subía y bajaba con frenesí.

Ruth sintió que su simpático ayudante tenía dificultad para respirar y, avergonzada, se dijo que lo estaría aplastando. Se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta para buscar su libreta de ideas mientras le gritaba a Dan que lo esperaba en el salón.

Este soltó el aire retenido cuando ella desapareció por la puerta y notó como su guerrero se alzaba en posición de combate. Enfrascado en recuperar la compostura, se olvidó de algo sumamente importante: Tony.

Tony gruñía al verse olvidado por su dueña. En venganza, le había arrebatado a Dani sus cojines y los mordió, estaba resentido por la falta de atención cuando observó que del cuerpo del joven salía un hueso. Moviendo la colita y dando brincos, se lanzó hacia la chuchería. Y la mordió con toda su fuerza.

Daniel no lo vio venir, no pudo protegerse. De pronto sintió los odiosos dientes de Tony sobre él y un dolor intenso lo desgarró. De un manotazo se quitó al perro de encima y se puso a saltar sobre la cama gimiendo de dolor. Tony, creyendo que era un juego, saltó a su vez. Y así los encontró una asombrada Ruth.

—Dan, no es momento para juegos —carraspeó intentando desviar la traicionera mirada que se empeñaba en repasar de arriba abajo a ese portento de hombre. Sobre todo en cierta zona de la entrepierna donde por lo visto era incapaz de apartar los ojos—. Tenemos que empezar con la idea, hay mucho para hacer y solo nos quedan dos días. —Muy a su pesar volvió a echarle un vistazo. «¡Ruth, contrólate! Pareces una colegiala salida», se riñó y, mientras lo hacía, lo observó de soslayo. Se mordió el labio y se abanicó con la mano. Vale, tenía que salir cuanto antes de la habitación.

Él se sintió incapaz de contestar. Simplemente se limitó a mirar sus manos donde portaba algo rosa. Ella, al darse cuenta de lo que observaba, le explicó:

—Te he traído un pijama. Antes vine a preguntarte y con todo lo que sucedió se me pasó. Oye, ¿estás bien? Tienes mala cara.

Daniel seguía escondiendo sus partes y aguantado el dolor. Asintió con la cabeza.

Ruth se encogió de hombros y lo dejó solo para que se cambiase. Daniel aprovechó para acercar las dos manos al cuello del perro, con mirada asesina. La puerta se abrió y la joven reapareció. Él se sentó, tapándose de nuevo y obligándose a sonreír al can.

—Perdona, venía a por Tony. —Miró cómo él lo acariciaba y se enterneció—. Pero si quieres lo dejo aquí, quizá quiera dormir contigo.

—¡Ni se te ocurra! Quiero decir que es mejor que se acueste donde siempre, no vayamos a trastocar su sueño...

—Vale, pues me lo llevo.

—Sí, llévatelo —dijo entre dientes.

A solas, examinó la extraña prenda rosa. ¡Un camisón! ¡Ruth le había traído un camisón! Resistiendo a ese destino, retrasó el momento en el que se tuviese que poner esa cosa. Definitivamente, cuando todo pasase, su padre le tendría que dar una cuantiosa paga.

Al final salió. Y lo primero que escuchó fue:

—¡Oh, querido, estás fabuloso!

«¿Fabuloso? Vale. Era el momento de hacer un hueco en la tierra y enterrarse».

Se sentó a su lado y pasaron las próximas horas dándole vueltas a la idea de Ruth. Ella, con una pasión excepcional, iba creando la campaña que presentaría el lunes. Discutieron sobre el protagonista del anuncio y al final el repelente Tony salió ganando tras llorarle a su dueña cuando esta aceptó buscar otras opciones. Daniel estaba a un paso de odiar al chuchó, que por lo visto sentía devoción por él, pues se durmió en sus pies, dejándole baba entre los dedos. ¡Lo que tenía uno que aguantar!

Serían las cinco cuando Ruth sugirió seguir al día siguiente. Daniel, que nunca había trabajado tanto en su vida, estuvo de acuerdo y se arrastró somnoliento hacia su habitación. Iba tan despistado que no se percató de que alguien lo seguía.

Cerró con parsimonia la puerta y se lanzó sobre la cama, se quedó frito al segundo. Estaba tan dormido que no fue consciente de la presencia a su lado, no se fijó en quien ponía la cabeza sobre la almohada y lo observaba durante horas abrumándose de su belleza varonil. Tampoco supo que lo taparon y que durmieron sobre su pecho...

A la mañana siguiente, un aliento fétido dio de bruces contra el rostro de Daniel. El joven, todavía atondado de sueño, creyó escuchar un... ¡un ronquido! Afinó el oído y oyó otro. Despertó al instante y, al abrir los ojos, vio a Tony pegado a él. Dos ojos oscuros lo enfocaron divertidos y antes de que pudiese reaccionar, una lengua espumosa le bañó toda la cara. Daniel agrandó los ojos y lo siguiente que se escuchó de su boca fue:

—iiiiiiiToonyyyy!!!!!!

Daniel apuntaba con el dedo a ese chucho molesto y le advertía que se fuese a otro sitio cuando escuchó el timbre de la entrada. Salió de la habitación y se dirigió a abrir, evitando que la pobre Ruth se despertase. Se sentía muerto de sueño, como si hubiese dormido muy poco... Al pasar por el salón y fijarse en el reloj, sollozó. ¡Eran las nueve! En efecto, había dormido solo cuatro horas. Maldito perro y maldita persona que llamaba tan temprano...

De muy mala leche abrió la puerta.

La mujerona, porque no había otro calificativo para describir a ese espécimen de uno ochenta, ochenta kilogramos de puro músculo y pelo rubio recogido en dos gruesas trenzas a lo Pippi Långstrump, lanzó un exagerado gemido:

—¡¡Ohhhh, tú ser mujer fea y endeble!! —Lo examinó a modo radiografía y sentenció —: *Harremos un esfuerzo, pero logrrarremos sacar algo de esos huesos. Ja.*

Daniel se plantó la mano en la cadera, la miró de arriba abajo y pensó en que esa señora no se miraba mucho en el espejo. Además, él tenía un buen cutis, ¿no? Y Marga solía decirle que mataría por un culo como el suyo. ¿¡Quéee!?! ¡Pero, bueno, qué le pasaba! ¡Se estaba volviendo majara! ¿Y por qué mierdas la sansón esa lo consideraba una tía? Al contemplarse, suspiró. El camisón de seda rosa. Eso lo explicaba todo.

—¿Qué quiere? —preguntó él, bastante áspero.

—Soy Friederike Danka. —Le tendió la mano. Daniel se la estrechó y se arrepintió al momento, ¡casi lo deja sin dedos!

—Yo, Dan —susurró casi sin voz.

—¿Está listo *herr* Tony? Dígale que estoy aquí, Danna.

—¡Danna no! ¡¡Dan!! ¿Busca a Tony?

—*Ja.*

—Ah, vale. Es la niñera, viene a pasearlo.

—¿¿¿Pasearr??? *Nein.* Friederike Danka no *pasearr.* Friederike Danka corre, salta, coge pesas, hace flexiones, boxea... pero nunca pasea, Danna. Soy su *entrrenadorra* personal.

—¡Que es Dan! ¿Entrenadora personal? ¿Del chucho? —Daniel no salía de su asombro, lo de ese perro era de película—. Voy a buscarlo.

Daniel se acercó a su habitación y encendió la luz. ¿Dónde estaba? Se dispuso a buscarlo por toda la casa, y al no hallarlo y recibir varios gruñidos y quejas de la rubia por

el retraso de la hora, se encaminó al cuarto de Ruth.

Tocó a la puerta y esperó.

—Pasa. —Se escuchó de dentro.

El joven abrió y casi le da un patatús al ver a su jefa abrochándose el sujetador deportivo. Sus ojos vagaron por el esbelto cuerpo hasta concentrarse en ese vientre plano, ese tanga negro de infarto y esas piernas perfectas. Se tuvo que apoyar en el marco de la puerta y esforzarse por regular su respiración. Si no se calmaba pronto, saltaría sobre ella como un animal en celo. Notó que del camisón sobresalía un bulto y corrió a esconderlo antes de que Ruth se girase. Esta vez no tuvo que modificar la tonalidad de su voz; le salió agudísima por el esfuerzo.

—Una mujer espera fuera, dice que es la entrenadora de Tony —ironizó ante la descabellada idea.

—Sí, sí. ¡Se me había olvidado que venía hoy! Por cierto, ¿nos acompañas, no? Ya que estás despierto...

Daniel estuvo a punto de negarse pensando que lo vestiría con ridícula ropa deportiva cuando la escuchó decir:

—Sé que no te gustará porque no es de tu estilo, pero tengo un chándal de mi cuñado aquí. Si te apetece venir, te lo doy.

Esas palabras le supieron a gloria. No más volantes, ni encajes, plumas, tops o tonalidades rosas. ¡Un chándal! Los milagros existían.

—Bien, si no hay más remedio, querida. Me lo pondré.

—Genial. —Se dirigió al armario y rebuscó—. Aquí está. Cada vez que lo veo me recuerda al día en que mi hermana y Nico nos acompañaron a entrenar. Sara estuvo sin hablarme una semana. ¡Qué exagerada! Ya verás como no es para tanto. Se olvidaron la ropa aquí al cambiarse, y yo nunca me acuerdo de llevársela, pero mira, gracias a mi mala cabeza ahora tienes qué ponerte. Uy, claro. Si tienes la de Sara, ¿prefieres que te busque su ropa?

—¡¡No!! Digo, ya que me has dado esta, me la pongo, que la alemana estará que trina por la tardanza.

—Ay, sí. Vale, pues date prisa. Y búscame a Tony, que lo cambie.

Daniel observó la diminuta prenda que había sobre la cama. ¡El saco de pulgas tenía un chándal! Ah, y una gorra. Salió moviendo la cabeza.

—¿Danna?

Al ver que la mujerota salía, Daniel se metió en el baño que estaba en el pasillo.

Encendió la luz y chilló. Ahí estaba el escurridizo Tony sobre el inodoro. Al verlo, el can ladró avergonzado y aulló fuertemente hasta que el joven salió del cuarto de baño, dándole privacidad. Tras varios largos segundos, se escuchó la cadena y Tony surgió del servicio. Daniel puso los ojos en blanco y pasó, incapaz de sorprenderse ya con algo relacionado con ese excéntrico perro.

Una vez que estuvo listo, se dirigió al salón donde Friederike Danka lo esperaba furiosa. Tony, que vestía su ropa deportiva, lo desdeñó, recriminándole que los hubiese hecho esperar, y alzando la cabeza salió al exterior. Ruth lo agarró del brazo, muy sonriente.

—¿Preparado?

Daniel asintió animado por esa deslumbrante mujer que hasta con ropa deportiva estaba encantadora. Aquella fue la última risa que soltó.

Durante las siguientes horas, la perversa alemana lo hizo correr sin descanso; cada vez que aminoraba el paso, un grito caía sobre él. Intentaba esforzarse para que su bella jefa se fijase en él ahora que no llevaba sus estrafalarias ropas, pero cada vez hacía un ridículo más estrepitoso.

Primero, al subir y bajar una escalinata, el maldito Tony se le había cruzado, y él, que iba distraído empapándose del culo de Ruth, perdió el equilibrio y rodó hacia abajo. Friederike Danka lo acusó de hacer trampas y lo hizo subir y bajar dos veces los escalones. Luego, en la prueba de velocidad, Tony, que ya estaba cansado, intentó escaquearse alegando que le dolía la patita. Daniel sabía que era una farsa porque segundos antes lo había visto correr tras una mariposa, así que informó a Friederike Danka de que su protegido mentía. Esta se tomó muy mal su chivatazo y como castigo le impuso doscientas sentadillas. Daniel las había hecho mientras perforaba con la mirada al divertido perro, que sonreía mientras bebía del cuenco que su dueña puso frente a él.

—Danna. Tú *erres* una mujer quejicosa. Friederike Danka te hará fuerte. *Serrás fea perro* fuerte.

—¡¡Dan, es Dan!!

Ruth reía.

—¡Silencio! ¡A *correrrrr*!

—¿¿Máaas?? —lloriqueó Dani. Tony y Ruth se pusieron en marcha, y él los siguió arrastrando los pies. Friederike Danka le pegó cuatro chillidos y tuvo que apretar el paso.

Finalmente, tras lo que le pareció una eternidad, la entrenadora les ordenó que parasen. Daniel se arrastró hacia el césped y se tumbó, cerrando los ojos. De repente, sintió una sombra. Friederike Danka estaba sobre él, con las manos en las caderas y el rostro

distorsionado por la rabia.

—¿Qué hacer tú, Danna?

—¡Has dicho que podríamos parar!

—Tú no, tú, doscientas flexiones.

—¿¡Qué!? No, no puedo.

—Sí puedes, Danna. Todo es cosa de mente. ¡Venga!

—Pero... ¡Tony está sentado! ¿Por qué él no las hace?

Friederike Danka lo miró como si fuese tonto.

—*Herr* Tony no puede. Es un *perrrrro*, Danna. Los *perrros* no hacen flexiones — explicó como si él fuese un idiota.

—¿Y ella?

—Ehh —se quejó Ruth.

—*Frau* Ruth no lo necesita, ella *fuerrrte* y guapa. Tú flacucha y fea. Vamos, ¡*arriba!*

Daniel siguió a la amazona entre resoplidos y se dispuso a hacer las flexiones. Llevaba cincuenta cuando comenzó a soñar con distintas torturas, todas dirigidas hacia la espeluznante mujer.

—Setenta, setenta y una... ¡¡Venga, Danna!! Tú puedes. Setenta y tres, setenta y cuatro...

El joven sentía calambres en los brazos. Y cuando estaba a punto de desfallecer, ocurrió un milagro. Friederike Danka gritó, su rostro perdió su habitual seriedad y sus ojos se volvieron llorosos.

—¡¡Pepe!!! Mi sol.

Daniel observó estupefacto como la grandullona fémina daba varias zancadas hacia un hombrecito pequeño, calvo y barrigón. Llegó a él, lo alzó y giraron dando vueltas.

—Es su prometido —le explicó Ruth, jovial—. Extraña pareja, ¿verdad?

—Creo que no volveré a sorprenderme por nada nunca más —emitió con voz aguda y apoyando la mano en la mejilla.

Friederike Danka estaba fundida en un apasionado beso con su prometido, que, según le informó su jefa, había regresado de un largo viaje de negocios. Gracias a esa visita inesperada, la alemana los liberó y los tres pudieron regresar a casa de Ruth.

Al llegar, las penurias de Daniel se reanudaron. Julián Argüelles, su hermano, lo esperaba en el portal. Iracundo, o eso le pareció a él. Sí, en efecto estaba enfadado, sus

palabras así se lo confirmaron:

—¿iii Creías que apagando el móvil toda la noche te ibas a librar de mí!!!?

Daniel levantó las dos manos hacia su hermano e intentó apaciguarlo con una sonrisa de bienvenida.

—Julián, ¿qué estás haciendo aquí? ¡¡Cómo me has encontrado!!

—Mira, ni me dirijas la palabra, que todavía no respondo de mí. Eres... —gruñó y se mesó el cabello—. ¡¡Me llevaste directo a la boca del lobo!!

—Venga, seguro que no fue para tanto.

—¿¡Que no fue para tanto!?! Llegué a tu casa diez minutos después de que me llamasen, salí pitando del trabajo y me acerqué al portal atestado de gente. Me dio por preguntar qué había sucedido y si el piso 9 estaba bien. ¿Bien? El puto piso 9 era el causante de todo. Tuve que aguantar a tres vecinas berreándome a todo pulmón durante veinte minutos y me llevé una reprimenda de los bomberos. Pero eso no fue lo peor, oh, no, para mi maldita suerte, aparecieron unos niños que resultaron ser blogueros del barrio. ¿Y sabes qué? —Sacó su teléfono móvil con mala leche y tecleó furioso en él. Luego giró la pantalla y se la mostró—. ¡Me he hecho famoso!

El joven soltó una carcajada al ver la cara de su hermano en la noticia de esa web. Su rostro mostraba sorpresa, y bajo se podía leer: «Vecino la lía parda». En la noticia se referían a él como «el aguador» o «el ahogador», mofándose todavía más. Julián movió el dedo y mostró otra publicación: «¿No sabes cómo librarte de los vecinos? Inunda tu piso y, de paso, la finca». Julián fue pasando y pasando hasta llegar a Twitter, donde se había hecho viral un vídeo de YouTube en el que se veía a su hermano corriendo, y tras él, una ancianita, que Daniel supuso que sería la gruñona del segundo, dándole escobazos.

—Sí, tú diviértete, que ya me reiré yo cuando llores al ver la multa que te van a encasquetar.

Daniel, que no había pensado en ello, dejó de reír y tragó saliva.

—Perdona que me meta. ¿Eras Julián, no? —El otro asintió desconcertado al reparar por primera vez en la hermosa joven que acompañaba a su hermano. Al lado de ambos, un perro ridículamente vestido de sport respiraba fuertemente, con la lengua fuera, parecía fatigado—. No te enfades con él, me consta que ha estado preocupado toda la noche por ti.

—Ya. Se nota que no lo conoces mucho. A propósito, ¿quién eres? —Emitió una sonrisa traviesa y guiñó un ojo a Daniel—. Creía que estarías con la bruja de tu jefa. Tú no cambias, ¿eh?

La joven soltó un gemido y apretó los labios. Julián, ignorante del porqué de su enfado, explicó:

—Es que la jefa de este es una harpía. Y para más inri, orco.

—¿Ah, sí?

—Bueno, yo no la conozco, pero si mi hermano lo afirma, te aseguro que es verdad.

—¡¡Julián, cállate!!

—¿Qué pasa? Si es fea, es fea.

—¡Yo no he dicho eso!

—Sí lo hiciste. —Señaló el móvil—. Aquí lo tengo grabado.

—¡La culpa es tuya!

—¿Mía? ¿Y se puede saber qué tengo yo que ver en que tu superiora sea un esperpento?

—¡¡Esperpento!!? —Ruth gruñó y cogió en brazos a Tony, que se llevó un susto de infarto al verse alzado de forma tan brusca. Giró hacia Daniel y le gruñó, suponiendo que él era el causante del enojo de su dueña y, por ende, de su actual situación.

—¡Ruth, espera! Puedo explicarlo.

—Creo que ya he oído suficiente, gracias. —Se alejó de allí, adentrándose en el edificio.

—¿Ruth? ¿Ese no es el nombre de...? —Al observar el rostro ceniciento de su hermano, Julián emitió un silbido—. Vaya, creo que he metido la pata.

—Sí, y hasta el fondo. Anda, cierra la boca, que ya has hecho bastante.

—¡¡Tendrías que habérmelo contado!!

—¿Para qué? Me habrías dado la monserga.

—Por supuesto y no dudes en que lo haré, que te conozco, Dani. Ya sabía yo que ese compromiso repentino por el trabajo era raro. Joder, por una vez podrías tomarte algo en serio. ¡Eres un idiota! Papá confía en ti, y tú la vas a cagar por pensar con la punta de la po....

—¡¡Julián!!

—Ni Julián ni leches.

—Es mi jefa.

—¿Y desde cuándo ha sido eso un impedimento para ti? ¡¡Hace unos segundos te la comías con los ojos!! No sé cómo ella no se da cuenta...

—Quizá sea por tu estúpida idea. Te recuerdo que cree que soy gay. Gracias a ti, no hay

donde rascar.

—Me alegro. —Julián se cruzó de brazos y sonrió, más apaciguado.

—Pues yo no.

—Deberías ir tras ella antes de que te prohíba la entrada a Dart.

Rio.

—Deja de reírte, capullo. Algún día me vengaré de esto, te lo aseguro.

—Venga, hermanito, no te enfades. Piensa que solo quedan unas semanas.

—Es fácil decirlo cuando no eres tú el que se pone esa ridícula ropa, sufre a un chucho mimado, a una diseñadora desquiciada, a un peluquero enamorado y a una alemana loca. Además de desear a una mujer prohibida. El infierno existe y te aseguro que yo vivo en él.

—Anda, no seas melodramático.

—Ya. Oye, por cierto, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Fui a la agencia a ver si encontraba a alguien que me diese la dirección de Ruth, creí que al ser sábado estaría cerrada y no habría nadie, pero para mi sorpresa me crucé con tres mujeres que me preguntaron qué buscaba y al explicarles que era tu hermano, me trajeron hasta aquí.

—¿Te dijeron sus nombres?

—Sí, una tal María, Elena y Marga. La última era la que conducía y me hizo seguirla con el coche, me contó que esta tarde estaríais trabajando en la nueva campaña, la misma que tú tienes que darnos. ¿La traerás hoy?

—No.

—¿¡Cómo que no!?

—Estamos con la idea, Julián. Hasta mañana no estará todo perfilado.

—Vale. Pues ya sabes, llámanos en cuanto sepas algo. ¿Cuándo se reúnen con Tolley?

—El lunes a media mañana. —Sin saber por qué, obvió contarle que Dart también recibiría las ideas del equipo de Roig.

—Perfecto. Conseguiremos una reunión a primera hora y nos adelantaremos con la propuesta. Esta vez, dejaremos a Dart Publicidad con el culo al aire y todo. —Le dio un toquecito en el hombro—. Gracias a ti, hermanito. Por una vez, tendrás a papá contento.

Daniel sonrió sin ganas. Pensó en Ruth y se sintió el tío más ruin de la historia. ¿Cómo podría hacerle algo así?

—Bueno, me marcho, que tengo cosas que hacer, ¿quieres que te lleve a algún sitio?

—No. Voy a quedarme aquí. Intentaré arreglar el embrollo en el que me has metido, listillo.

—Eso si tu preciosa morenita no te echa a patadas.

—La patada te la voy a dar yo a ti como no te largues de una vez. ¿Cuándo podré volver al piso?

—Debería decirte que nunca, pero seré generoso. Papá se ha encargado de los desperfectos, mañana podrás regresar.

—Vale.

Daniel se despidió de su hermano y aprovechó que un vecino bajaba para colarse en la finca. Luego subió al ascensor y se dirigió a la puerta de la joven. Tuvo que tocar tres veces hasta que le abrió. Respiró hondo y se concentró en su papel. Segundos después ya estaba convertido en el alocado y colérico Dan. ¡Joder, cómo odiaba esa situación!

—¿Qué quieres, Dan?

—Ruth, querida, escúchame. —Con los dedos enlazados a la altura del pecho, suplicó como si rezase. Puso morritos para dar más énfasis a la acción.

—Será mejor que te vayas. No quiero que encima vayas diciendo que te hago trabajar los sábados.

—¡Niña! Ha sido un súper malentendido. ¡No sabes lo *depressing* que estoy!

—Sí, ya veo.

—¡Es cierto! No hablaba de ti. Me refería a... a... ¡¡Mavi!! Sí, eso es. Mi hermano se ha confundido.

Ruth se quedó callada unos segundos, Daniel comenzó a rezar interiormente. Finalmente la boca de la joven fue estrechándose hasta formar una sonrisa.

—¿Así que Mavi, eh? Supongo que te debo una disculpa.

—Tranquila. La culpa es de mi *ger*, por meter los moquillos donde nadie le llama —movié la mano con gesto de «o sea».

—Es la nariz, no los mocos.

—¿Cómo?

—Nada, déjalo. ¿Entramos?

Daniel suspiró. Salvado por los pelos.

Ruth se hizo a un lado y lo dejó pasar, del fondo se escuchaba un gran alboroto.

El joven soltó un gritito y dio un salto.

—¡Por las barbas del fabuloso y fibrado Hugh Jackman! ¿Quién hay aquí?

—Son las chicas. Han venido a ayudar. Y antes de que me preguntes cómo han entrado, te cuento rápidamente. Al parecer, Silvia cambió de idea en último momento y en vez de irse a Ávila se fue con su... su chico, por llamarlo de alguna forma. Es un gilipollas, ya lo verás. El caso es que una vez más hizo de las suyas y esta mañana, mientras ella dormía, el muy idiota se escabulló y se piró. Le dejó una nota donde le decía cuánto lo sentía y que se lo compensaría, como siempre, vamos. Y aquí está ella llorando de nuevo. Mi pobre amiga todavía confía en él, piensa que acabará divorciándose. Cree que están enamorados y que su matrimonio va mal, pero me da que es una vil mentira. Esa cucaracha se está aprovechando de ella y seguro que su mujer ni lo sabe.

—¡Menudo cabrito!

—Sí. Y lo peor es que Silvia no se lo merece, es una chica muy inocente. Él se aprovechó de ello, la enamoró y ahora la usa a su conveniencia. Ya no sé qué hacer para que abra los ojos.

—¿Has probado a darle un mazazo en la cabeza? —agudizó la voz—. Igual a prueba de golpes, aprende.

—Ni aun así. Ese papanatas tiene sorbido el seso. ¡Cómo odio a los mentirosos!

—Sí, querida, son lo peor del mundo mundial. Yo también los detesto.

Daniel sujetó el cuello de la sudadera y lo estiró. Tragó saliva con dificultad. Si ella supiese...

—Bueno, vamos.

Caminaron hacia el salón. Antes de entrar, Daniel se preparó. Mentalmente contó hasta diez, respiró como cinco veces y maldijo otras tantas a su agencia, padre y hermano.

Ruth pasó y anunció su llegada; desde fuera se escucharon voces alegres y algún que otro aplauso. «Al parecer, el gracioso Dan es la atracción preferida de la oficina», refunfuñó interiormente el joven.

Alzó la mano y la movió con efusividad hacia abajo, en un gesto que decía: «hola, o sea, me va a dar un telele y soy idiota».

—¡Hooooooooiiii! Ayyyyyy. ¡Por el nuevo cutis retocado de René Zellweger! ¡Neeeniis! Estáis todas aquí. Oh, ya me veo la *superparty* que vamos a montar esta tarde.

—Nada de celebraciones, colega. Tenemos por delante un día de mucho trabajo.

—¡Qué aguafiestas la jefa! ¿Verdad, *girls*?

Todas asintieron, sonrientes. Ruth gruñó y se acercó a la mesa del salón, recogió varios papeles y se los entregó a su equipo.

—¡Hola, Dan! Oye, el chándal te que queda de muerte, no pareces tú.

—Marga, querida, no sé si tomarme eso bien o mal.

—Bien, por supuesto. Estás guapísimo —lo aduló María, tan correcta y simpática como siempre.

—Qué alegría que nos acompañes hoy —apuntó Elena, seria como de costumbre. Sin embargo, en sus ojos pudo atisbar un reflejo de diversión.

—¿Y Oli?

—Olivia se ha quedado descansando; le dolía bastante el pie —miró a Ruth y le explicó —: Vendrá mañana a tomar las fotos.

—Genial. Y ahora a empezar, que vamos con retraso —sentenció Ruth.

En ese momento ocurrieron dos cosas a la vez. El timbre sonó y en la entrada del salón apareció una joven castaña con ciertos reflejos pelirrojos, bonita, pero con los ojos sumamente hinchados y la nariz roja.

—Oh, ¿y esta criatura tan triste quién es?

Marga se puso en pie y fue a la mesa a por un vaso, sirvió agua y se lo entregó a la recién llegada. Ruth desapareció, atendiendo la llamada del exterior.

—Dan, esta es Silvia, la compañera de piso de Ruth.

—Hola, Dan. Encantada de conocerte. Me han hablado muy bien de ti. Ruth me ha dicho que eres muy simpático, la alegría de la agencia.

—¡Qué amable! —Dio una palmada y un saltito—. Es un placer conocerte, querida. — Se acercó a ella y le plantó dos sonoros besos en cada mejilla. Después, la acompañó hasta el sofá—. Sé que no es asunto mío, pero la persona que te haya hecho llorar así se merece que el karma se ensañe con él como cinco años seguidos.

—Gracias. La verdad es que sí. Sin embargo, es culpa mía. Soy una tonta redomada.

—¡¡Eeeehh!!! De eso nada. Nadie que tenga esas uñas de porcelana puede ser tonta.

—¿Y eso? —preguntó ella riendo.

—Uy, pues porque te las arreglan otros, no tú. Mira las mías. Sí, puedes gritar. Dan más miedo que *La matanza de Texas*. Es que he estado muy canino. En cuanto pueda me haré una buena manicura.

«¿Acababa de decir eso? Daniel, se te está yendo, chaval. Y mucho», se reprendió.

La joven le sonrió y, en un arranque de emoción, lo abrazó. Daniel se quedó parado y solo atinó a darle unas sonoras palmadas en la espalda. ¿Era lo que se hacía en esos casos, no?

Ella se apartó y le dio un beso, bueno, un pico más bien.

—Oye, lagarta, deja a mi hombrecito o te daré un cascorro —se escuchó desde la puerta.

Daniel, que ya conocía esa estridente voz, puso los ojos en blanco. La diseñadora loca, cómo no.

—Tranquila, Bea, que es todo tuyo. Solo le agradecía sus palabras, por un momento me ha hecho olvidar las penas.

—¿Cómo? ¿A quién hay que matar, amiga?

—Al don Perfecto —ironizó Ruth tras Bea.

—¡Ruth! —se quejó Silvia.

—¿Otra vez ese imbécil? Tendrías que haberme dejado atropellarlo cuando lo tuve a tiro el otro día.

—Ibas en patinete.

—¿Y qué? Podría haberle roto un dedo, no subestiméis nunca el poder del patinete, menos el de mi primo, que para eso se lo regalé yo.

—Ya. Di más bien que se lo regalaste porque te apetecía mucho subirte, recuerdo perfectamente que la pobre dependienta no supo dónde meterse cuando insististe en probar su efectividad por toda la tienda.

—Sí, y gracias a eso, no solo me lo llevé, sino que pude atropellar a su jefe, varias veces. Y encima habría sido un accidente, nadie sospecharía que todo se debía a un plan bien trazado por la espectacular Trizzy Martínez.

—Anda, calla. ¿Se puede saber a qué has venido? Si es para ir a tomar algo, lo siento, amiga. Hoy nos toca currar hasta las tantas.

—Pues por eso estoy aquí. He confeccionado un esmoquin para nuestra estrella —dicho lo cual, gritó—: ¡Tooonyyyy!

Nadie contestó.

—¿Dónde está?

—Durmiendo. Hoy le tocaba entrenamiento, el pobre está cansadísimo.

—¿Con la alemana loca? —«Por una vez estamos de acuerdo», caviló Dan—. Normal que esté destruido. Yo no me pude sentar en una semana tras tu brillante idea de acompañaros; en mi vida te he odiado tanto como ese sábado.

—¡Bea!

—Uy, es verdad. Venga, os reto a todas, a ti también Dan, que viendo el chándal supongo que te ha llevado hoy. ¿Hay alguien en esta sala que no haya soñado con asesinar a mi guapa amiga tras una intensa mañana de deporte con Friederike Danka? ¿Nadie?

María miró al suelo. Marga tosió, evitando la risa. Elena se movió incómoda en el sofá y Silvia se escondió tras Dan, quien alzó un cojín y se tapó la cara

—¡Oye! ¿En serio? —exclamó Ruth entre divertida, ofendida y sorprendida.

—Pues claro. Eres una maléfica, amiga. Y en el fondo de tu alma lo sabes. A todos nos has arrastrado a sufrir porque tú debías hacerlo. Lo que te convierte en una mala bicha.

—¡Serás...!

—Como castigo, decido que esta noche nos vamos de fiesta.

—Y una mierda, bonita. Tenemos que trabajar, ya te lo he dicho.

—Quedan muchas horas, además, debemos poner en práctica un plan.

—¿De qué hablas?

—He pensado en algo. Daremos una lección a don Perfecto, y tú —señaló a Dan— nos vas a ayudar.

El joven agrandó los ojos y se santiguó prediciendo que una buena se le venía encima.

—No sé cómo me he dejado convencer —refunfuñó Ruth mientras se subía los *leggings* negros y se ponía unos botines del mismo tono. Se miró al espejo y recolocó la camiseta blanca de cuello de barca que llevaba. Luego se apretó la coleta, acarició los aros de plata que colgaban de sus orejas y se peinó con los dedos los mechones que había dejado sin recoger.

—Porque en el fondo tienes tantas ganas como yo de patearle las pelotas a don Perfecto. —Bea estaba repantigada en la cama, con su vestido de gasa granate subido a la altura de los muslos. A causa de su postura, el pronunciado escote de la prenda dejaba muy poco a la imaginación. Al ver que Ruth se pintaba los labios de rojo, pegó un salto y le arrebató el pintalabios, imitándola.

—Sí, supongo.

—Eh, que estoy aquí —protestó Silvia desde el cuarto de baño de su habitación, donde las tres estaban atrincheradas.

—Ya, y por eso he dicho don Perfecto y no grandísimo hijo de...

—¡Bea!

—De su madre.

—Pero me siento mal, Bea. Todavía quedan algunos detalles del nuevo *briefing* por revisar.

—¡Lo has corregido como seis veces! ¡Si hasta yo me lo he leído, histérica!

—Es que es una oportunidad única, no la quiero cagar.

—Y no lo harás. Es genial y en el fondo lo sabes, o no estarías aquí.

—Supongo que me vendrá bien despejarme un rato. —Sonrió—. Puede que hasta haya sido una buena idea. En realidad, solo con ver la cara que pondrá el capu... —Silvia se giró y achicó los ojos—. Digo, Rubén. Habrá merecido la pena.

—Pues sí. Qué lástima que las chicas no se hayan animado.

—Bueno, es sábado. La gente normal tiene planes.

—Ay, amiga, ¿te acuerdas cuando hace casi dos años nos pegábamos las fiestas más grandes de la historia? Nos hacemos viejas.

—Habla por ti, guapa, que eres una treintañera. Yo estoy en la flor de la vida.

—Tú vas a rebasar la barrera de los veinte muy pronto, bruja, y entonces haré hasta una fiesta.

—Déjate de celebraciones.

Bea resopló. Ruth se sentó en la cama y le pasó un brazo por atrás.

—Puede que no salgamos tanto, pero al menos hemos cumplido nuestros objetivos. Gruñe todo lo que quieras, sé que en el fondo no cambiarías tu vida por nada del mundo. Te encanta ser diseñadora, es el sueño que tuviste de niña, y aunque no te deje tiempo ni para respirar, eres sumamente feliz, mucho más que en Rico & Vallejo Abogados, lo de secretaria de mi hermana no era lo tuyo.

—Te equivocas. Yo era la que animaba el bufete, sin mí se han vuelto tan grises como el traje que llevó Sara ayer al juzgado.

—¿Y eso como lo sabes?

—Porque comí con ella. Las viejas costumbres nunca mueren, además le tenía que dar un vestidito que le he hecho a mi sobrina.

Ruth se cruzó de brazos

—¿Y no me avisasteis?

—No. —Soltó una carcajada al ver el gemido ofendido de la otra.

—¿Y lo dices así tan pancha?

—¿Cómo lo iba a decir? ¡No pongas esa cara! No podías venir.

—¿Por qué?

—Soy una tumba.

—Desembucha.

—No. Y esta vez no habrá nada con lo que podrás chantajearme.

—¿Ni siquiera esa película rollera que tanto quieres ver?

—Ni siquiera.

—Venga, va.

—Que no, jodía, ¿qué quieres, que Sara me saque los ojos de las órbitas y se los coma para desayunar?

—Mi hermana nunca haría eso, es demasiado elegante. Así que deduzco que estáis planeando algo.

—Yo no he dicho nada.

—Aja. Mi cumpleaños, ¿es eso verdad?

—Sigo siendo tumba.

—Solo quedan dos meses... Ay, qué ilusión. ^¾Sonrió perversamente^¾. ¡Oh, lo tengo! Una cena de chicas temática, de esas que te encantan, y fiesta loca, ¿a qué sí?

—¿Qué? ^¾Bea se hizo la tonta, pero su cara la delataba; Ruth había adivinado el plan^¾. YO NO HE DICHO NADA —vociferó.

—Ya. —Ruth dio palmadas.

—Chicas. —Silvia salió del baño—. ¿Cómo estoy?

Bea abrió la boca de forma exagerada y Ruth silbó admirativamente.

—Chica, te va a devorar con los ojos.

—Silvy, estás espectacular. ¡Cañón elevado al cuadrado! —Ruth la abrazó

Silvia se acercó al espejo del armario y observó las ondas que se dibujaban entre su cabello castaño con tonos caobas. El rostro maquillado gracias a la pericia de Ruth y el cuerpo enfundado en un vestido de infarto, *made in* Bea. La apretada prenda de tono canela resaltaba su delantera gracias a un lazo del mismo tono que se situaba bajo el pecho, que a su vez estaba cubierto por un encaje negro que se cerraba a la altura del cuello. La espalda quedaba al aire.

—Con el cuerpazo que tienes, es un delito que no vayas más sexy.

La joven se sonrojó por el cumplido de la diseñadora.

—No me siento cómoda vistiendo tan corta. —El vestido quedaba a la altura de los muslos.

—Pues estás de muerte, chica.

—Gracias. Es obra tuya.

—No, hija, de la madre naturaleza que te ha dado esas curvas.

—Oye, ¿a qué hora era la cena? —preguntó Ruth, cortándolas.

—A las diez.

Las tres se giraron hacia la mesita de noche y observaron el reloj. Las nueve menos diez.

—Hay que darse prisa. ¿Dan estará listo? —Ruth miró a la puerta.

—¿Creéis que podrá hacerlo? —preguntó Silvia asustada.

—Espero que sí. A ver, es muy suyo, pero esta tarde con el chándal y sin abrir la boca daba el pego —dijo Bea al tiempo que se golpeaba la barbilla con el dedo índice.

—No sé yo, es tan...

La frase de Silvia quedó suspendida en el aire porque en ese momento se abrió la puerta y todas pudieron ver a Dan. La palabra atractivo se quedaba corta con ese *look* de Massimo Dutti, compuesto por un blazer color granate que contrastaba con una camisa y corbata de tono azul oscuro. Pantalones del mismo tono y botines de caña baja en piel camel.

—He dado palmas —susurró Bea.

Silvia torció la nariz, extrañada.

—¿Cuándo? Si no he escuchado nada.

—No ha sido con las manos.

Ruth soltó una carcajada, pues ella había hecho lo mismo, aunque claro estaba, antes se cortarían una mano que reconocerlo ante nadie. ¡Estaba demasiado guapo! Sintió un pinchazo en el estómago y un vuelco en el corazón. ¿Qué le pasaba? Era Dan, su ayudante dicharachero... Pero al mirarlo no pudo concienciarse, se supo irremediabilmente atraída y quiso apartar a Silvia de su lado. Experimentó un sentimiento de posesión que la hizo temblar de pies a cabeza. Joder, ¿qué le sucedía?

—¿Nos vamos, chicas? —Su tono fue suave, ronco. Traslucía las mil y una promesas que esos largos dedos que ahora jugueteaban con las llaves del coche de Bea podrían hacer. Ruth pensó que la vida era muy injusta. Ante ella, el tío más increíble que había visto. Y, sin embargo, caminaban en aceras diferentes.

—Uff, si lo dices así... Me piro contigo hasta el fin del mundo. —Bea se puso en pie y tiró de Silvia.

Daniel rio seductor, mirando intensamente a Ruth. Ella tragó saliva y sintió que se humedecía por bajo...

Media hora después, una despampanante Silvia entraba del brazo de un atractivo joven a un glamuroso restaurante de la ciudad. La velada estaba amenizada por un pianista.

Todos los comensales se hallaban sumergidos en sus propias conversaciones, pero de la mesa del fondo hubo alguien que se atragantó con el vino al contemplar a los recién llegados. Rubén Navajas no daba crédito. ¡Silvia con otro! Y para colmo, el payaso era jodidamente guapo. O al menos, eso parecía desde allí. ¿Sería su primo, no? O amigo. Al pensarlo, se tranquilizó totalmente. Claro que lo era. Silvia jamás quedaría con nadie que no fuese él, estaba demasiado colgada. Probablemente se habría pasado todo el día en su apartamento viendo una película ñoña y llorando a moco tendido. La tenía, como solía decirse, en la palma de la mano. Rio de su propia ocurrencia.

—¿Te hace gracia, cariño? Pues me quitas un peso de encima, la verdad.

—¿Cómo?

—Lo del chalet.

—¿Qué?

—Lo de mis padres.

—¿Están bien?

—¡¡Rubén!! ¿Has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho?

—Claro que sí, amor.

—Vale, qué susto. Entonces está decidido, ¿no?

—Ajá —concordó ausente. Miraba con gran interés el centro del salón.

Susana frunció el ceño, qué raro estaba.

—Vale. Entonces mañana mismo les digo que sí.

Él asintió con la cabeza mientras estiraba un poco más el cuello. Silvia reía a carcajada limpia de lo que ese le decía. Se acercó un camarero y tras atenderlos unos segundos, continuaron charlando y riendo. Ella le cogió la mano, y él se la apretó cálidamente. Rubén estrujó la servilleta. Ese no parecía un amigo y mucho menos un primo. ¿Y qué coño hacía ella de cena? ¿No debería estar deprimida en casa?

—Lo cierto es que el tema me preocupaba —escuchó que decía su mujer—. Nunca has tenido una relación muy estrecha con mi familia y tantos meses juntos... Pensaba que te negarías. ¡Qué ilusión! Gracias, cariño. Sé que lo haces por mí. Te prometo que no sentirás su presencia, verás que bien lo pasamos todos este verano en el chalet.

—¿¡Quéeee!?

—Pasaremos el verano con mis padres. Te lo acabo de contar.

—Ni hablar, Susi.

—Pero si has dicho hace un momento que sí. Rubén, les hace mucha ilusión. Mi madre quiere estar conmigo en los últimos meses. —Se tocó la gruesa barriga que evidenciaba su avanzado embarazo.

—No seas pesada, Susi. Sabes que me dan dolor de cabeza.

—¡Son mi familia!

—Tu familia soy yo y nuestro hijo.

—¡A veces, Rubén Navajas, eres un idiota!

Tiró la servilleta y se levantó. Rubén la ignoró mientras tomaba un sorbo de vino y miraba a otro lado, parecía tener mucho interés en algo. Susana giró el rostro y observó las mesas esperando hallar un conocido. No vio a nadie. Se fijó en una pareja del centro, ella

sonreía hacia un chico muy guapo, que sería su novio. Sonrió apenada, hubo un tiempo en que Rubén también la trataba así. ¿Cuándo se había enfriado lo suyo? ¿Tendría razón su padre desde el principio? Volvió el rostro hacia él y suspiró. Era una tonta, pero seguía queriéndolo como el primer día.

—¿Vas a quedarte toda la noche de pie, Susi? —ironizó él—. Anda, siéntate. Lo siento, es que es pensar en tu padre y me pongo enfermo. Sabes que me odia.

Ella siguió de pie

—No es cierto, cariño. Solo se preocupa por mí.

—Pues lleva tres años preocupándose. Mira, si tanta ilusión te hace, pues acepto, vacaciones en familia. Te quiero y por ti soy capaz de todo.

Ella sonrió resplandeciente, se acercó y lo besó.

—Voy al servicio. En seguida vuelvo.

Él asintió. Y rápidamente volvió a fijar los ojos en la lejanía. Susana marchó sintiéndose una tonta por sus anteriores pensamientos, puede que Rubén no fuese perfecto, pero la quería. Y mientras tuviese eso, el resto no importaba.

En el centro del gran salón, Silvia abrió su bolso de mano color camel y sacaba un pañuelo para limpiarse las lágrimas.

—¡Basta! Se me va a correr el rímel, Dan. Además, me duelen las costillas de tanto reír.

—Eso no me lo digas a mí, sino a la loca de tu amiga. Te juro que no he conocido a una mujer igual. Bea, definitivamente, es única.

—No puedo creer que te diese bolsazos, y lo de la llamada a lo Tarzán la tarde del desfile...

—Ah, pero eso no es lo peor.

—¿Es que hay más?

—¿Conoces a un peluquero amigo suyo que se llama Rafael?

—¡Dios mío! No me digas que...

—Lo mandó a mi casa. Y...

Silvia miró de reojo y vio cómo Rubén sonreía a su esposa. No parecían una pareja extremadamente enemistada... ¿Tendría razón Ruth y era un farsante? ¿Y en qué la convertía eso? «Por favor», rezó interiormente, «que no haya destrozado un matrimonio... jamás me lo perdonaré».

—¿Estás bien?

Daniel le cogió la mano y se la estrechó sonriéndole cálidamente. Le caía bien. Silvia era divertida, buena y soñadora, no se merecía todo aquello. Desde el momento que entró y vio a su jefe, supo la verdad. El cabrón no estaba a punto de divorciarse, Silvia era su amante y así sería siempre. O al menos, hasta que ella abriese los ojos y lo dejase.

—Sí, gracias. —Sonrió tristemente—. Es duro verlos juntos. Me la imaginaba diferente, ¿sabes? No sé, empiezo a pensar que he estado viviendo en una burbuja, un universo paralelo al suyo. Quizá no veía la realidad porque no me interesaba verla. ¿Crees que soy mala persona, Dan?

—Para nada. Estás enamorada, solo eso. Pasaré, te lo prometo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque eres preciosa e inteligente y mereces a alguien que esté a tu altura, ese hombre aparecerá, no me cabe la menor duda.

—¿Y si es él?

—Silvia, en el fondo, tú sabes que no. —Dan giró el rostro y observó al matrimonio, Silvia hizo lo mismo y ambos vieron cómo la mujer le plantaba un beso. Al darse la vuelta, Silvia pudo apreciar un dato esclarecedor... ¡Estaba embarazada!

—¡¡Dios mío!! ¡No puedo creerlo...!

—¡Qué hijo de puta!

—Yo... —Su labio comenzó a temblar. Daniel alargó la mano y se la sujetó.

—Que no te vea llorar, Silvia. Cuando llegues a casa, lo harás, pero ahora mismo quiero que sonrías e interpretes el papel de tu vida. Finge que soy tu cita, que te gusto y que no te has percatado de que ese imbécil está a unos pasos de ti. Muéstrale que no eres un segundo plato de nadie y que eres demasiado mujer para él.

—Eres increíble, ¿sabes? Ojalá...

—¿Qué?

—Nada, digo tonterías. Es que te veo así, tan guapo, atento, caballeroso y... y desearía que los milagros existiesen.

Los ojos de él brillaron divertidos.

—Quizá así sea.

—Eres el príncipe azul con el que toda chica sueña de niña. Lástima que te lances más a rescatar al caballero en apuros, que a la doncella. Si no, ya te habría cazado yo.

—Te sorprenderías. En vez de un príncipe azul, tendrías una rana.

—Venga ya.

—Nadie es perfecto, Silvia.

—Tú te acercas, probablemente porque no eres un tío.

—¿Ah, no?

—Bueno, ya me entiendes, no como los otros.

«No, yo soy un impostor».

Silvia estaba tan concentrada que no se dio cuenta de que alguien se acercaba hasta que lo tuvo al lado. Alzó los ojos lentamente y observó el rostro deformado por la rabia de su amante. En ese momento, no le pareció tan guapo como antes, ni tan encantador, ni siquiera le encontró algo bueno. En ese instante supo que ese no era su príncipe azul, era un sapo, y como tal lo trataría. Se sorprendió a sí misma porque no eran lágrimas lo que acudió a ella, sino una ira tan grande como el puño que lentamente dirigió hacia su nariz. Lo golpeó con un derechazo certero.

—No veo nada, Ruth. Déjame los prismáticos.

—Bea, ¿quieres estarte quieta? No paras de moverte y me vas a manchar.

—Venga, déjame.

—Es que tendríamos que haber entrado a cenar como te dije. Pero no, tú querías Burger en el coche.

—Ay, es que me apetecía hacer en plan espía y me moría por una hamburguesa de estas desde que vi el anuncio esta mañana.

—Menuda idea, desde aquí ni las mesas podemos observar. Venga, trae.

—Ehhh —se quejó la rubia al ver cómo Ruth mordía su deliciosa carne.

La joven puso cara de inocente y le mandó un beso cuando hubo tragado.

—Se iba a caer.

—Menudo morro tienes.

Ruth cogió los prismáticos de nuevo y miró por ellos. Frustrada, los soltó.

—Joder, tendríamos que habernos quedado en casa.

—¿Estás loca? ¿Y perdernos el cotilleo?

—¡Qué cotilleo si no ves ni una mierda!

—La culpa es de ese grandullón que se ha puesto en la ventana. Nos ha tapado la visión. Bien, ¡se mueve! Ahí están, mira, mira. Dan le coge la mano y ella ríe. Eh, hacen buena pareja, ¿tú crees que a Dan le gustaría experimentar?

Ruth levantó una ceja.

—¿Se lo vas a proponer?

—Hombre, no me importaría darle un meneo, que tengo el papo seco.

—¡Bea! —Ruth rio, y Bea le guiñó un ojo sonriente—. No tienes remedio.

—No, no hablaba por mí, sino por Silvia. A lo mejor, si prueba otros plátanos se olvida del de marca Rubén Navajas. Y a Dan igual le interesa.

—¿Y eso por qué?

—Para tener variedad, mujer. Una dieta equilibrada a base de carne y pescado.

—Qué pava eres.

Ruth miró por la ventana y se quedó encandilada con el joven que se sentaba frente a su compañera de piso, examinó cada rasgo de su rostro y cerró los ojos imaginándolo frente a ella, acariciándole el rostro, mirándola como si fuese la única mujer sobre la faz de la tierra, besándola con pasión y tocándola hasta hacerla arder.

De pronto, pensó en Silvia y en cómo esas manos que ella deseaba en secreto se posaban sobre el cuerpo de su amiga, amándola con el mismo ardor que Ruth soñaba para ella. Sintió la bilis en la garganta y un repentino enfado. Por alguna razón inexplicable para su mente retorcida, ese hombre se le estaba metiendo bien adentro y no aceptaba que era inalcanzable. Cuando dejaba esos ridículos gestos, esa vocecita gritona y las vestimentas rosas... Dan Argüelles se convertía en el hombre que la privaba del sueño. Esa misma mañana al verlo con el chándal creyó morir, tan irresistible y tan lejano de sí.

—¿Pensando en las musarañas, amiga?

—Más o menos.

—¿Sabes sobre qué reflexionaba yo?

—Ni en un millón de años lo adivinaría.

—¡Bicha! —Ruth le sacó la lengua—. Recordaba la primera vez que hice un desfile. Fuiste mi modelo estrella, estabas muy guapa de blanco. —Calló unos segundos y luego dio golpecitos en el volante. Después se giró y entrecerró los ojos, y de un solo ataque terminó la bolsa de patatas. Con la boca llena, preguntó—: Y, amiga, ¿alguna vez te lo planteas?

—¿¿Lo de casarme?? No. Los tíos son demasiado complicados, dudo mucho que encuentre a alguno que me interese lo suficiente como para condenar el resto de mis días.

—Hija, ni que fuese el purgatorio. —Bea sorbió ruidosamente de la pajita del vaso de Fanta de naranja.

—Algo así.

—Ni Sara ni Adela parecen sufrir mucho.

—Mi madre y mi hermana son una excepción porque se han topado con un Rico, pero de esos ya no quedan. Y te lo digo yo, que les he machacado con el tema, ni siquiera tienen primos. Bueno, sí, pero como que no.

—¿Muy feos?

—Muy viejos. Oye, ¿y tú?

—No, qué va, yo tengo mis ligues, pero nada serio.

—¿Ah, sí? Pues nunca hablas de ello, mala pécora.

—¿Te acuerdas de Mario?

—¿El que iba a meterse a cura, que era primo lejano de tu madre?

—Pues digamos que ya no escucha la llamada.

—¿En serio?

—Y tanto.

—Vaya, vaya, con Beatriz Martínez.

—¡No te metas conmigo o no te cuento nada más!

—Está bien, aunque a mí no me engañas. Sé que a ti no te va el sexo de una noche, así que confiesa, ¿qué pasó?

—Joder, ¿es qué nunca puedo mentirte? Sara se lo suele tragar.

—Mi hermana nunca piensa mal de nadie, pero yo sí. ¡Suelta!

—Me da vergüenza.

—Bea...

—Vale, él vino, pero no pasó nada. Bueno, hubo tonteo y eso, pero ya. Tuve que irme al pueblo porque Amor, mi tía abuela, se puso pachucha, nada grave, fue una indigestión, pero la tía nos llamó a todos y nos hizo creer que la palmaba, a mi pobre madre casi le da un yuyu, tanto era así que...

—¡Bea!

—Ya voy, ya voy. El caso, que Mario también fue. Mi tía abuela me pidió que organizase una misa en su honor, decía que debía asistir antes de irse y allí, junto a medio pueblo, despedirse de todos. Don Félix, que es el cura, me ayudó y de paso involucró a Mario para que fuese conociendo de primera mano el oficio. Don Félix quería que él le sucediera. Y bueno, el día de la misa...

—¿Sí? —Ruth estaba intrigadísima.

—Llegué la primera, y justo cuando estaba aparcando, vi como entraba. Me metí a escondidas por la misma abertura y me asomé, de refilón lo vi salir por otra puerta y desaparecer. Llevaba puesta una túnica de esas blancas. Yo estaba en el cuartito que tienen dentro, donde se preparan antes de salir. Y se me ocurrió una idea de las mías, vamos, de las desastrosas. Me desnudé y me puse otro hábito que vi por ahí. Abrí la puerta y vi que estaba en la sala que contiene el confesionario, así que me fui directa hacia allí y me colé dentro. No sé qué me pasó, pero me subió un calentón que ni lo pensé. Me lancé sobre Mario, me senté a horcajadas y le tapé la boca.

—Ay, madre.

—Empecé a gritar: «¡He sido una pecadora, castígame! ¡Dame penitencia de rodillas! ¡Pégame con la vara! ¡Padre, déjame que te haga cantar el Ave María!». Tía, cosas guarras, ya sabes.

—¡Dios mío!

—Sí, nunca mejor dicho. En fin, que me puse tan loca que de tanto salto, el maldito confesionario, que lleva la vida en el pueblo y estaba medio en ruinas, se vino abajo. Acabé con el culo al aire y repantigada en el suelo. Y eso no habría sido un problema si la iglesia no hubiese estado llenísima porque Mario, sí, ¡mi Mario!, decidió hacer una romería esa mañana con los fieles y llegó en el mismo momento en el que yo asaltaba al pobre padre Félix. Ni qué decir que no faltó nadie, todo el pueblo estuvo presente. Claro, la tía Amor era muy querida. Y digo era porque ahora todo el mundo la odia por estar emparentada conmigo.

—¿Y cómo los confundiste?

—Porque el pánfilo de Mario le prestó el coche al padre Félix, y yo creí que el que bajaba era Mario, no el otro. Es que... ese día no llevaba las gafas, y ya sabes que no veo ni tres en un burro sin ellas.

—¿Y las lentillas?

—Eran muy nuevas y me molestaban, las había dejado en casa. Salí con las gafas, pero al ver el coche me las quité. ¡Error! Me habría evitado mucho, la verdad.

—No me puedo creer que lleves un año ocultándonos esto. —Ella se encogió de hombros—. ¿Y qué fue de Mario?

—No lo sé, aquella misma tarde desapareció del mapa. Creo que me tiene miedo. Lo peor fue que al final confundí al cura equivocado y el padre Félix acabó lanzando la sotana y se fue a ver mundo. La tía abuela todavía no me habla, dice que por mi culpa el padre Félix se hizo hippie. Hace una semana recibí una postal de él en Hawaii haciendo surf. ¿Te lo imaginas? En el texto ponía: «cuando quieras, aquí te espero, pichurrita». Adiós a mi sueño de casarme en el pueblo.

Ruth soltó una carcajada, y Bea la fulminó con los ojos.

—Oye, que nos hemos empanado. ¿Cómo le irá a estos dos?

Ambas localizaron a la pareja y al ver lo que pasaba soltaron un grito al unísono.

—¡¡Vamos, Bea!! Tenemos que ayudarlos.

Salieron del coche y corrieron hacia el restaurante.

—¿¡Estás loca, Silvia!?! —Rubén se sujetó la nariz, lagrimeando. Ella le ofreció una

servilleta para que se limpiase la sangre que cubría sus manos—. ¡Me la podrías haber roto!

—¡¡Y más que te mereces!! Da gracias que no quiero montar un espectáculo.

—Ah, pero es que ya lo has hecho, desde el mismo momento en el que entraste con este idiota y te comportaste como una puta.

—¡Maldito cabrón! ¿Quién te crees que eres para tratarme así?

—¡Tu amante!

—Sí, eso. Mi amante. Y ahora, he decidido tener otro. Uno que está soltero y que no es un mentiroso de mierda. ¿¡Cuándo pensabas decirme que tu mujer estaba embarazada!? ¿De verdad creías que nunca me enteraría?

—Me habría cansado de ti para cuando eso sucediese, tonta.

Daniel ya había escuchado suficiente. Se levantó lentamente, apartó la silla con elegancia y esta vez fue su puño el que golpeó, sin titubeos, directo a su objetivo. El crack que sonó lo confirmó, ahora sí estaba rota.

Rubén gimoteó en el suelo. Por todo el salón se escucharon voces, susurros, aplausos y hasta hubo gente que sacó su móvil e hicieron fotos del suceso. Nadie en el restaurante perdía cuenta de lo que pasaba en aquella mesa, por eso nadie se percató de la mujer del fondo que miraba la escena con cara de espanto, nadie vio cómo se sujetaba el vientre ni cómo lloraba.

—Dan, vámonos. Ya me he cansado de este idiota.

Silvia se levantó y recogió sus cosas. El camarero que los había atendido esa noche carraspeó.

—Señorita, ¿y la cuenta quién la paga?

—Este hombre responde. —Señaló al suelo—. Y hágame caso, súbasela, por el escándalo que ha causado.

Se alejó de allí, muy digna. Salieron al exterior justo cuando escucharon tras ellos la voz de una mujer.

—¿Desde cuándo?

Silvia, que adivinaba quién hablaba, la encaró. La pobre se deshacía en lágrimas.

—Tres años.

Gimió, rota de dolor.

—¿Te importé alguna vez? ¿Mi hijo?

—No sabía nada del bebé, Susana. —La otra se sorprendió—. Sí, conozco tu nombre. Me gustaría decir que no, pero lo cierto es que mentiría. Él me dijo que vuestro matrimonio era un error, que os casasteis muy jóvenes y que no quedaba nada entre vosotros. Me aseguró que os ibais a divorciar y que me quería.

La otra asintió con la cabeza.

—No es verdad.

—Ya. Lo imagino. Y realmente lo siento, puede que no me creas, pero te lo digo de corazón. Nunca me habría metido en medio si hubiese tenido una mínima idea de lo que realmente pasaba. ¿Quieres... quieres que te llevemos a alguna parte?

—No. Mi padre vendrá a recogerme.

—Sé que no es asunto mío, Susana. Y que no debería inmiscuirme, sin embargo, lo haré. Él... Mira, no habla de ti precisamente bien, deberías alejarte. Te mereces —miró la barriga—, os merecéis algo mejor.

—Tienes razón, no es asunto tuyo. —Silvia asintió—. Pero gracias.

La puerta se abrió y Rubén salió trastabillando.

—¡Susana! Cariño, tienes que escucharme, por favor. No hagas caso a esta loca, está mintiendo, te quiero.

—Rubén, lárgate. Suficiente espectáculo has dado dentro, no me avergüences también en la calle.

Él soltó un gruñido.

—Esto es por tu culpa, zorra. Si no hubieses venido hoy...

—No, Rubén —contestó Susana—. Tú eres el causante por no saber guardártela, o al menos, hacerlo con mayor discreción.

—¡Me las pagarás, Silvia, te lo juro! ¡¡Estás despedida!!

—Yo creo que no —intervino una voz desde la derecha.

—¿Y tú quién coño eres?

—Mi nombre es Beatriz Martínez y soy abogada. —«Bueno, o al menos tengo la carrera», pensó—. Si se te ocurre despedir a la señorita León, te demandaremos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué motivo alegaréis?

—Acoso laboral —sentenció Silvia—. Nadie en el trabajo sabía lo nuestro, pero yo tengo algunos *emails* del principio que muestran cómo te arrastraste durante meses hasta que conseguiste meterte en mi cama. Casi rallabas el acoso y lo sabes.

—¡No puedes hacer eso!

—Claro que sí. Ponme a prueba y verás.

Silvia se enlazó al brazo de Daniel y se dirigieron calle abajo, seguidos de Ruth y Bea. Rubén los observó mientras se alejaban sintiendo que su maravillosa existencia estaba hecha pedazos.

—¿Y ahora qué hacemos, chicos? Por favor, no me digáis a casa. Es extraño, pero me siento liberada, necesito celebrarlo.

—Hagámoslo. ¡Bebamos como cosacos!

—Bueno, Bea, ahí te has pasado. —Rio Ruth—. Estoy contigo, Silvia, es un momento único, te has librado de la losa de tu jefe. ¡Tenemos que brindar por ello!

—¿Y dónde vamos? —preguntó Daniel.

—Oh, conozco una discoteca cerca de aquí. Puede que tengamos bebida gratis porque la jefa de barra es una de mis clientas estrella —anunció Bea emocionada.

—No, no, no. Mañana tenemos la sesión de fotos para la campaña. Solo beberé una copa.

—Yo también —concordó Dan.

La mirada de Bea dejó muy claro que de eso nada.

—¡¡Shhhh!!¡¡Shhh!! —Ruth lanzó una carcajada. Rápidamente se tapó la boca y soltó risitas. Puso el dedo índice sobre los labios de Daniel mandándolo callar, y este se lo mordió—. Eeeeh.

Daniel volvió a intentar meter la llave en la cerradura.

—¿Por qué se mueve tanto el agujero?

—Creo que no lo hace. —Rio—. Eres tú. —Lo señaló con el dedo dándole golpecitos en el pecho. Daniel la abrazó y enterró la nariz en su pelo, absorbiendo su delicioso olor. Ruth le arrancó las llaves y probó ella.

—¡No va! ¡¡Se ha estropeado!!

Al decirlo, giró tan rápido que perdió el equilibrio y cayó al suelo, partiéndose de la risa. Daniel se lanzó hacia abajo y se tumbó a su lado, poniendo los brazos bajo la cabeza. Todo le daba vueltas. Ambos se miraron y dijeron a la vez:

—¡Demasiado tequila!

—¿Y si dormimos aquí? —propuso él.

—Noooo, nooo. —Movi6 la cabeza de un lado al otro y como se mare6, se sent6 y se la sujet6 con las manos—. Tony se asusta si no duermo en casa.

Daniel resopl6.

—Ese chucho tuyo...

—¡Ni se te ocurra meterte con 6l! Es mi consentido.

—S6, eso ya lo veo.

—Lo quiero mucho. Y 6l a m6. Es el 6nico hombre de mi vida.

—Eso no es cierto.

—¿C6mo que no? ¿Qui6n m6s hay?

—Yo.

—¿¡T6!?! —Solt6 una carcajada—. T6 no cuentas.

—¿Por qu6 no?

—¡Eres Dan! —solt6 como si eso lo explicase todo.

6l se se6al6 la entrepierna.

—Lo que tengo aqu6 demuestra que soy m6s t6o que tu perro.

—A veces, cuando hablas as6...

—¿Qu6?

Ella se encogió de hombros, ríe y se ahuec6 el cabello.

—Me confundes.

—Ohm.

—¿Te asusta?

—¿El qu6? ¿Que mi jefa est6 loquita por m6? No, me encanta. M6s enchufe que tengo.

—Ser6s tonto. Venga, entremos.

Ella se puso en pompa y estuvo trajinando con la cerradura unos minutos hasta que, soltando un gritito, abri6. Daniel no pod6a apartar la mirada de ese culo resping6n, salivaba solo de pensar en su perfecto cuerpo sobre 6l.

Embrujado, la sigui6 y, embotado por el alcohol, se dijo que estaba harto de fingir. Ella se dirigi6 al sal6n, y 6l march6 detr6s. Cuando la vio pelearse con el abrigo, se acerc6 por atr6s y la ayud6. Le acarici6 la piel mientras lo deslizaba de sus brazos. Sus ojos se fundieron. Lentamente la gir6 hacia 6l y baj6 el rostro buscando sus labios, cuando los captur6, un destello el6ctrico los sacudi6 a ambos. Profundizaron el beso mientras se

desprendían de las ropas.

Daniel la condujo hasta su cuarto y al abrir la puerta, se encontró con el pesado de Tony invadiendo la cama. Volvió a besarla de nuevo, incapaz de renunciar ni por un segundo a esos labios que sabían a gloria, y la dejó en el pequeño sofá que tenía al lado de la ventana.

Tony se puso en pie y lanzó un ladrido de bienvenida, Daniel le ordenó que se marchase. Él se tumbó de nuevo. El joven maldijo al pulgoso y miró de reojo a Ruth, quien se estaba quedando dormida. Corrió hacia el perro sin percatarse de la pelota del animal que yacía olvidada en el suelo, la pisó, resbaló y se golpeó la cabeza con el somier de láminas blancas que decoraba el cabecero y pies de la cama.

La oscuridad se cernió sobre él.

Los débiles reflejos del día se colaron por la negrura de su sueño. Sintió que una deliciosa lengua le bordeaba los labios, dibujándoselos con esa viscosa carne. Poco a poco fue estrechando la boca en una sonrisa perezosa. «Ruth...», suspiró.

Recordaba el electrizante beso de la noche anterior como si hubiese sucedido segundos antes. Sus manos recorriendo el perfecto cuerpo y luego... luego... ¿Qué había pasado luego? Se esforzó una y otra vez por recordar lo sucedido, pero solo encontró lagunas. «Genial», ironizó, «cuando por fin me acuesto con ella, va y se me olvida». Abrió los ojos de pronto y pestañeó buscando el rostro de su adorada jefa para preguntarle. Sin embargo, no fue con ella con quien se topó. No. El maldito Tony yacía tumbado a su lado, con una pata sobre su hombro y la lengua... ¡¡Qué asco!! Se sacudió con un escalofrío de repulsión y se puso en pie saltando, gritando y limpiándose los besos babosos de ese chuchó.

—Oh, ¡qué pasa! —gruñó alguien desde la derecha. Daniel observó a una Ruth demacrada que se sujetaba la cabeza con una mueca. Seguía donde la recordaba, tumbada en el pequeño sofá gris—. ¡¡Me va a estallar la cabeza!! ¿Se puede saber qué pasó anoche!? Me duelen todos los huesos del cuerpo, joder. Te juro que no pienso tomar otro trago de alcohol en mi vida.

—¿No... no te acuerdas de lo que sucedió?

—Ay, no me digas que hice el ridículo, por favor.

—Qué va, tranquila, mujer. —Sonrió e hizo gestos amanerados, metiéndose en su odiado papel otra vez. Sin embargo, no varió el tono de la voz, para eso se requería demasiado esfuerzo y él se sentía enfermo de los excesos de la noche anterior.

—A ver... Recuerdo que nada más llegar a la discoteca bebimos una copa cada uno, luego nos pusimos a bailar en la pista, después otra copa, más bailes. Ah, Bea me dijo que la acompañase al servicio, la tía no se tenía en pie y acabó arrastrándome con ella en una ridícula caída en medio de la pista, creo que alguien nos hizo fotos. —Frunció el ceño—. Costó, pero al final llegamos al servicio, a la vuelta nos animamos y tomamos un tequila las dos, vinisteis Silvia y tú y tomamos otro chupito. Y otro y otro. Ay, madre....

—¡Ohhh, sí, querida! Fueron cuatro o cinco. Venga, chica, ¿y qué más?

—Nada. El último tequila en el que brindamos por... —Arrugó la nariz—. ¿Las tetas de Bea!?

—Sí. —Dani rio—. Cada uno dijo una cosa y cuando le llegó el turno, soltó algo así como: «Por mis pechugas que esta noche te serviré de primer plato, guapo», eso último se lo chilló al camarero, la muy zorrina.

Ruth rio de las caras que ponía Dan, por un momento, al verlo con la camisa desabrochada, fuera de los pantalones y ese pelo rebelde que resaltaba el azul de sus ojos, olvidó quién era y volvió a desearlo con intensidad; tampoco ayudaba el sueño que había tenido, en el que él la besaba y acariciaba... Pero, bueno, ¿qué le pasaba con ese tío? ¡Dan estaba prohibido para ella! ¡Totalmente prohibido! ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? ¿Era idiota o qué?

—Y todos lanzamos un grito como tontos, repitiendo: «Por sus pechugas». Bea rio un buen rato; la tuve que coger porque casi se cae —continuó explicando él.

—¿Y...?

—Anunciaste que te ibas a casa y yo me fui también. Las otras se quedaron. Vinimos aquí.

—¿Y...?

Daniel la miró intensamente. ¿De verdad no recordaba de nada o lo estaba poniendo a prueba?

—Entramos, fuimos a tu cuarto... —Ella seguía sin reaccionar—. Te sentaste en el sofá y me dijiste que te acostarías ahí para no molestar a Tony, imagino que me dormí porque no me acuerdo de nada más —mintió.

—¿Seguro?

—Sí.

Ella pegó un salto y sonrió.

—¡Menos mal! Me quitas un gran peso de encima. En la última, Bea y yo nos subimos a la barra en una nefasta representación de la película *El bar coyote*. Como supondrás, ninguna de las dos se pareció, ni por asomo, a alguna de las bailarinas. Vamos, que de coyote solo tuvimos el alarido que pegamos al caernos de la resbaladiza barra; fue una leche de las buenas, tuve un chichón en la cabeza durante un mes. Esa mujer me lía, y juntas somos un peligro. —Le guiñó un ojo—. No dejes que te llevemos por el lado oscuro de la fuerza... —pronunció con voz grave.

—¿*Star Wars*?

—Soy una fan. —Señaló un póster colgado sobre la pared de la cama.

—Ya veo. A mí me chifla. —Ante la sorpresa de ella, dijo lo primero que le vino a la mente—: ¡Siempre he soñado con convertirme en la princesa Leia!

—Yo soy más de Chewbacca.

—¿Estás loca, nena? ¡Qué horror! Ni la Silk-épil es capaz de combatir todo ese pelo.

Ella rio.

La camaradería terminó en cuanto se abrió la puerta de súbito.

Una Silvia despeinada, con la misma ropa de la noche anterior, entró en la habitación. Su rostro estaba desfigurado por el miedo.

—¿¡¡Qué pasó anoche!!? —Ruth se acercó y la abrazó.

—Estamos todos igual. El único que recuerda un poco más es Dan y me ha contado que nosotros nos vinimos antes, tú te quedaste con Bea. ¿A que sí?

Daniel asintió.

Silvia se mesó el cabello, desesperada.

—¡¡No me lo puedo creer!!

—Silvia, no te alteres, seguro que bailasteis y os volvisteis.

—No, te aseguro que no hicimos solo eso.

—¿Cómo lo sabes?

—¡¡Hay tres serpientes en mi cama!! No una, ni dos, ¡¡tres!! ¡¡Tres!! Me va a dar algo. Todavía tiemblo al pensar en cuando me he despertado con un pinchazo que me atravesaba la sien, producto de la maldita resaca, claro, y he intentado ponerme en pie, algo me sujetaba, me he mirado las piernas y... ¡Tres serpientes dormían plácidamente en mi cama! He pegado un brinco hasta aquí.

—¿Y Bea?

—No sé. La he llamado como veinte veces al móvil y no me lo coge.

Ruth se giró hacia Dan, asustada.

—¿Estará bien?

—Seguro, es Bea.

—Pero iba muy mal. —Corrió hacia su teléfono y marcó. Escuchó varios tonos hasta que la llamada se cortó sin que nadie respondiese—. Voy a su casa a buscarla. Tengo una llave de su apartamento. ¿Venís?

—Mejor me quedo, voy a buscar por Internet a ver si alguien ha denunciado la desaparición de las serpientes. ¿Irámos a un Zoo?

Daniel abrió los ojos con sorpresa y silbó.

—¡Al final lo hicisteis!

—¿Cómo?

—Bea dijo que quería colarse en el circo, el que vimos al pasar con el coche cuando íbamos a la discoteca. Le hacía ilusión robar un mono.

—Vale, pero es que no es un mono. ¡Son tres serpientes y me las he quedado yo, no ella!

Él se encogió de hombros

—Quizá —apuntó Ruth—, ella tenga el mono en su casa. Voy a ver.

—Te acompaño. —Daniel la siguió y Silvia se sentó en la cama de su amiga con cara apesadumbrada. ¿Y ahora cómo devolvía los reptiles? Resignada, se dirigió al portátil y buscó información que le permitiese ponerse en contacto con alguien del circo.

Bea levantó los labios desperezándose, la luz del nuevo día entraba por la ventana de su dormitorio. ¿Cómo había llegado allí? Ni puta idea, pero la cogorza tuvo que ser enorme porque sentía que la habían atropellado como tres veces.

Se sentó en la cama y, al hacerlo, la sábana cayó. Escuchó un suave ronquido a su lado y abrió la boca, asustada. ¿¡Quién demonios estaba ahí!? Rememoró el rostro atractivo del camarero y sonrió. Así que lo había hecho. Al final, se había acostado con él.

Se giró lentamente en el mismo instante en el que su invitado se daba la vuelta, y los ojos se le salieron de las órbitas de tanto que los agrandó.

—¿Mamá?

Anonadada, contempló a un niño moreno de unos cinco o seis años, todavía adormilado, que se frotó los ojos con los puñitos. Llevaba un pijama de ositos marrones.

—¡¡¡¡¡Jodeeeerrrrr!!!! —chilló ella.

Ruth aparcó y corrió hacia el portal de Bea. Iba a ensartar la llave en la cerradura cuando vio aparecer al camarero de la noche anterior acompañado de una joven morena muy guapa.

—¿Qué...?

El chico contempló primero a Ruth y luego a Daniel.

—Vaya, hola. ¿Venís a ver a Bea también?

Ruth alzó las cejas, mirando de soslayo a Daniel.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has...? ¿Tú y ella...?

—¡¡Qué va!! No, no. Ayer me esperó hasta que acabé el turno, y confieso que me tomé

unos chupitos con ella y vuestra otra amiga, son muy simpáticas. Luego me puse tonto y le solté mis penas. Lo había dejado con mi chica —cabeceó hacia la mujer que lo acompañaba— y estaba de bajón. Bea me escuchó y me hizo darme cuenta de que la culpa de nuestra ruptura había sido mía, bueno, más que mía, de la plasta de mi ex, en fin, que me animó a arreglarlo e ir a buscarla. —Abrazó a la morena sonriéndole con cariño—. Pero, claro, yo tenía un problema. Mi hermana estaba cuidando a mi hijo y me tocaba recogerlo porque ella trabaja en una tienda y hoy le tocaba currar a primera hora, así que Bea se empeñó en acompañarme y cuidar de Ricardo, que es como se llama mi chaval. Y todo para que nosotrosuviésemos intimidad; si mi ex se entera, me mata. Sin embargo, gracias a vuestra amiga, hoy soy un hombre feliz. Bajé a Ricardo y esperé a que se metiesen en un taxi, me dijo que tenía un amigo en el circo y que quería saludarlo.

—Ese era el mono, fijo —susurró Daniel al oído de Ruth.

—Y que después —siguió el camarero— vendrían a dormir. Quedamos a las once. Y aquí estoy, dispuesto a hacerle la ola a Bea por su gran amabilidad.

Ruth no daba crédito a lo que escuchaba. Y encima, el idiota decía que si su ex se enteraba lo mataba... Si fuese ella, se la cortaba. ¡Bea era una desconocida y le había encasquetado a su hijo! Al final, incapaz de callar, explotó:

—¿¡¡Cómo pudiste dejarlo con ella!!? ¡No la conoces de nada! ¿Y si fuese una loca?

El joven puso cara de terror.

—Parecía simpática y responsable. Creí que era buena chica.

—Sí, la mejor. Pero eso tú no lo sabías. ¡Menudo irresponsable! Anda, vamos. —Abrió la puerta y subieron todos. Arriba, Ruth les dio paso al interior del apartamento de Bea.

Al acceder, Ruth emitió un grito y corrió hacia Bea, que estaba en el suelo arrodillada y llorando como una Magdalena.

—Bea, ¿qué pasa, estás bien?

Sus ojos azules se plagaron de lágrimas por derramar, la desdicha asomó a ellos.

—Ay, amiga, no sabes lo que he hecho, voy a ir a la cárcel, adiós moda, adiós vida. ¡¡Saldré en todas las noticias!! Me pondrán uno de esos monos naranjas de las películas que no favorecen a nadie. ¡Es mi fin! —Entrecerró la cara en las manos y sollozó fuertemente.

—¿Por qué estás así, qué has hecho? —Ruth tragó saliva y miró hacia atrás, el padre del niño tenía la cara desfigurada por el terror, imaginaba lo mismo que ella, que había perdido al niño.

—¡¡He robado un niño!!

—Bea...

—No. ¡No me consueles! Es que no tengo perdón. ¿Cómo he podido hacerlo? Seguramente haya una madre sufriendo por ahí y yo aquí con ese mocoso. O peor, ¿y si era un niño abandonado? —Su rostro se llenó de miedo—. ¡No estoy preparada para ser madre! ¡¡Todavía no!!

—Bea, estás histérica, tranquilízate.

Por primera vez, la diseñadora reparó en los otros visitantes. En concreto, en el guapo camarero.

—¿Qué haces tú aquí? Te advierto que ahora no estoy para darte mandanga con el drama que llevo encima. ¡Tendrás que volver otro día! Bueno, ¡si no me han metido en la cárcel! Aunque, ahora que me acuerdo, vi una película en la que se podía solicitar una habitación para hacerlo...

—¡¡Bea!! ¿Y el pequeño?

—Allí, en mi cuarto lo he encerrado al pobre, no sabía qué hacer con él.

El camarero marchó a modo estampida hacia allí. Bea se levantó de un salto y gruñó cuando lo vio reaparecer con el pequeño en brazos.

—¿¡Qué haces!? Déjalo donde estaba ahora mismo. ¡Ruth! ¡¡¡Que me roban al niño!!!

—Bea, ha habido un malentendido. Él es el padre de Ricardo. Anoche te ofreciste a cuidarlo, lo llevaste al circo, no sé cómo Silvia mangó unas serpientes y por lo visto tú, tras todo aquello, lo trajiste a dormir a tu piso.

Bea abrió y cerró la boca.

—¿Eso quiere decir que no voy a ir a la cárcel?

Ruth soltó una carcajada.

—Anda, tonta, danos de desayunar y haznos un buen café, que dentro de nada tenemos que empezar con las fotografías de la campaña.

—¿Necesitabais chicos, no?

Ruth asintió.

—Eh, espera, guaperas —llamó al camarero que ya se marchaba—. Me debes una por el susto y por cuidar a tu hijo.

—¿Qué quieres? —preguntó de malas formas.

—Necesito que salgas en una campaña publicitaria. —Se acercó a la mesa de la cocina, que estaba al lado de la entrada, y garabateó rápidamente una dirección—. Ve a las cinco a este estudio, que es donde vamos a hacer la sesión de fotos. Con vaqueros desgastados y

—se dio palmadas en la barbilla con el bolígrafo— camisa roja de cuadros. ¿Tienes?

—Sí.

—¡Perfecto!

Observó cómo los tres se marchaban y luego se giró hacia Ruth y Daniel.

—Ya tenemos uno, Elena dijo que Javi también vendría, luego están Nicolás y Daniel...

—¿Yo?

—Sí, te necesitamos. Ah, y podemos decírselo a Rafael.

—Ni de coña, y lo digo en serio, Bea. Como vaya, me piro.

—Uy, qué malas pulgas traemos hoy, Dan. Está bien. El marido de Olivia, el primo de Silvia...

—Creo que con esos bastará. Es para que Tolley se haga una idea, luego puede que varíen muchas cosas y haya que repetir la sesión. Oye, Bea, mil gracias por tu ayuda.

—Mujer, para eso estamos. —Sonrió, recuperando su habitual alegría—. Y ahora, con vuestro permiso, me voy a dar un baño de espuma. Me lo merezco, por el despertar tan... extraño que he tenido. Quedáis en vuestra casa. Nos vemos esta tarde.

Ruth y Daniel tomaron asiento en su cocina y se sirvieron un generoso desayuno, bromearon sobre la escena que acababan de presenciar. Y una hora más tarde, marcharon a prepararlo todo.

—¡Tony, no! Tienes que ir hacia el hueso. ¡El hueso! Deja a Dan. ¡Tony!

Sara se acercó a su hermana, que estaba al lado de Olivia, y rio.

—Me parece que Bea se ha tomado muy en serio su papel de directora.

—Ya, pero su modelo estrella no le hace ni caso a la pobre. —Sara sonrió.

—Por cierto, nunca había visto a Tony tan cariñoso con alguien, tu ayudante lo ha conquistado. ¡No se separa de él!

—Tienes razón, amiga. Estoy comenzando a pensar seriamente en poner de señuelo a Dan, en vez de al hueso —manifestó Bea apareciendo por atrás. En su mano traía la chuchería que le había comprado al perro para incitarlo a andar hacia ella y que Olivia inmortalizase la imagen. Tony debía dar la sensación de caminar y el resto de los hombres, seguirlo. El animal vestía esmoquin a medida, mientras que los otros figurantes portaban vaqueros y camisas desgastadas.

—¡Cuñadita! —gritó Nicolás—. ¿Queda mucho? Llevamos tres horas y aquí el perrito no se levanta del cojín que María le puso.

—¡Parecía cansado! —se defendió la aludida.

—Venga, no te quejes —intervino Ruth—. ¿Olivia, cómo lo ves?

—A ver, Ruth, sinceramente, de todo lo que llevamos solo puedo salvar una o dos fotos. Yo haría unas cuantas más.

—¡Está bien! —La directora creativa dio una palmada—. Escuchadme todos. —Daniel se apoyó en una mesa, Nicolás se sentó en el suelo, el primo de María se abanicó con la mano y se apartó de los focos, el marido de Olivia se acercó a esta, le dio un beso en la mejilla y la riñó por no sentarse, ya que todavía tenía el esguince del pie. Ella le sonrió y siguió como estaba. Manuel, el camarero, caminó hacia el fondo y se agachó junto a su hijo que jugueteaba con unos cochecitos—. ¡¡Ehhh!!

—Jefa, no podemos más. —Daniel puso morritos y se dio aire con un papel.

—Dan, ¿tú también?

—Es que Tony no copera —protestó. Ella metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros y sacó un pañuelo con el que se limpió la frente, que estaba perlada de sudor.

—Vamos a pasar al plan B —sentenció finalmente, lo que captó el interés de los presentes.

—¿Y ese cuál es? —preguntó Marga.

—Eso, Ruth, explícate porque nuestros modelos están perdiendo la paciencia y además se está haciendo tarde... —añadió Elena, que hasta entonces había permanecido callada, alejada, tomando apuntes para la exposición que realizarían al día siguiente frente al americano.

—¡Así se habla, cariño! —Javi se acercó y la alzó en volandas. Nicolás rio del impulso de su mejor amigo y dio un paso hacia Sara, pero la mirada de su mujer de «ni se te ocurra o vas al sofá» lo hizo recular. Cambio de táctica y animó a su cuñada a contar su idea maestra.

—¡El entrecot!

Ruth se dirigió a su bolso y sacó un tuper, se colocó en la otra punta y silbó, captando la atención de Tony, que miraba embobado a un Dan que se mordía las uñas.

—¡Ya podrías haberlo sacado antes!

—Ay, Bea. Es que luego le sienta mal y no duerme bien.

—¡Tony! —le advirtió Nicolás—. Más te vale comportarte o te dejo a Sofía durmiendo

a tu lado toda una noche.

—¡Cariño! —protestó Sara—. Tampoco llora tanto...

Él alzó una ceja. Ella rio.

—Tiene gases, pobrecita.

—Si la adoro, pero reconocerás que es un buen despertador. Sobre todo, para este canino perezoso.

Su mujer movió la cabeza y se dirigió al carrito, comprobó que su bebé seguía durmiendo.

—Bea, arregla a Tony. Vosotros encorvaros como estabais, dad la sensación de cansancio.

—Eso no nos costará.

—¡Va, Nicolás, deja de gruñir y ponte manos a la obra! Dan, tú detrás de Nico. Manuel a la altura de Sergio, y Javi detrás de todos.

—¿Y yo? —preguntó el marido de Olivia.

—¿Dónde te dije, Alfonso? Bueno, da igual, aléjate de la escena y mira al resto con sorpresa. —Este hizo lo que le decían, y Ruth sonrió satisfecha—. ¡Perfecto! ¡Ahora os quiero quietos y metidos en el papel! Esas caras, que se vea la envidia en unos, la admiración en otros y la pesadez en, por ejemplo, tú, cuñadito.

—Muy graciosa. —Le sacó la lengua.

Lentamente se agachó y destapó la comida. Tony olfateó y dio un salto, poniéndose de pie.

—Bea, ¡ahora! —La diseñadora arregló al perro mientras él intentaba quitársela de encima y lanzarse a por el chuletón—. No lo sueltes. Olivia, ¿preparada? —Asintió con la cabeza—. ¡Ya!

La cámara captó el momento exacto en el que Tony se giraba, libre de los brazos de Bea, se alzaba orgulloso contemplando su delicia y daba un paso con porte. ¡Magnífico! Esa era la instantánea que definiría la campaña.

Daniel, como secretario de Ruth, era el encargado de custodiar el proyecto hasta el día siguiente. De este modo, pudo hacerse con la idea; la campaña que tanto le reclamaba su familia. Miró el documento que tenía entre manos y lo lanzó a su sofá, enfadado.

El sonido del teléfono resonó por todo su apartamento, al que había regresado por fin tras la sesión de fotos. Se sentía extrañamente solo, lo que era ridículo porque llevaba años

independizado, viviendo su soltería por todo lo alto y, sin embargo, un fin de semana al lado de ella y ya la echaba de menos. Incluso percibía la ausencia del pesado de Tony. Sin ellos, el piso estaba demasiado tranquilo

Se levantó y fue a por el auricular. La alegre voz de Julián lo recibió.

—¿Lo tienes? —Daniel se mordió el labio, indeciso—. ¿Dani?

—Sí...

—¡Bien! Eres el mejor. Tráemelo, aquí te espero.

Daniel cerró los ojos. Se convenció de que su decisión era la correcta, lo que debía hacer. No obstante, se sintió mal. Se fue de allí pensando en que era un traidor y siguió haciéndolo tras recibir el abrazo de Julián y las felicitaciones de su padre.

Julián salió del restaurante con una sonrisa en los labios. Al principio se sintió sucio, rastrero, por actuar de esa manera, pero luego se dijo que estaba pagándoles con la misma moneda. Y no es que se sintiese mucho mejor con aquello, pero ayudó a enfrentarse a Robert Tolley y presentar la idea como suya.

Le costó lo suyo citarse con el americano, no obstante, acabó convenciéndolo y arrastrándolo a un desayuno informal donde le presentó el documento que recogía la estrategia publicitaria y de medios que presidiría la campaña que llevaba por eslogan: «Fuera mitos. La elegancia sí se hace».

Lo cierto era que a Julián le había sorprendido el trabajo de Dart porque, sinceramente, esperaba más. No es que fuese malo, no. Pero le faltaba algo, y eso debió haber apreciado el cliente porque muy amablemente se despidió y le confesó que debía sopesar otras opciones antes de darle una respuesta definitiva. Se estrecharon la mano y cada uno tomó un rumbo distinto.

Sin embargo, y a pesar de no haber apreciado el entusiasmo en los ojos del otro, Julián estaba seguro de su éxito, más que nada porque era la única idea que recibiría. Y al ser la misma que la de Dart, se decantaría por ellos creyendo que eran realmente los responsables de la campaña, o se iría sin firmar con ninguna de las dos agencias.

Pasase lo que pasase, él pagaría por ver el rostro de la directiva de la competencia cuando presentase ante su fichaje estrella el mismo dossier que él acababa de entregarle al americano. En ese instante, las cartas se pondrían sobre la mesa, y por fin Argüelles Publicidad se enfrentaría a ellos de frente. O quizá no, puede que, por el contrario, decidiesen callar y mantener en secreto su fracaso, lamiéndose en silencio las heridas y aprendiendo la lección. Sea como fuere, a la próxima se lo pensarían mejor antes de jugar sucio.

Julián pasó toda la mañana impaciente, esperando la llamada. Y finalmente, sobre la una, su móvil sonó. Al ver el número sonrió y descolgó con ansiedad. ¿Qué habría pasado?

—¿Sí?

—¿Julián Argüelles? —dijo el otro con fuerte acento.

—El mismo. Dígame, Tolley. ¿Ha tomado una decisión?

—Sí. *En primer lugar, me gustaría agradecerle el tiempo invertido en su campaña y el entusiasmo con el que me ha recibido esta mañana. He pasado un momento muy agradable. La verdad es que presiento que nuestros caminos se volverán a cruzar en un futuro no muy lejano.*

—Debo entender, entonces, que no va a firmar con nosotros.

—*Así es. La idea que me han presentado es buena, pero ha habido otra propuesta que la ha mejorado; tiene todos los ingredientes que andaba buscando. Se lo dije ayer cuando me llamó, tenía apalabrado con Dart el contrato. Sin embargo, insistió tanto en su propuesta que no me pude negar. Y bueno, aunque me ha gustado, la de la otra agencia es la que me ha decidido. Han superado cualquier expectativa que pudiese tener. Lo siento, de verdad.*

—¿Quién será el director del proyecto?

—Eso, señor Argüelles, no creo que deba decírselo.

—Vamos, no es algo confidencial. Tengo interés, me han hablado maravillas de una joven y estamos sopesando traérnosla. Dígame que la idea proviene de Ruth Lago Maldonado y me sentiré menos desgraciado por la pérdida de la campaña.

—*Bueno, pues alégrese porque ella es la responsable.*

Julián apretó los labios y maldijo a Daniel. Ese cabeza hueca los había traicionado. ¿Y de quién demonios era el documento que le había entregado? ¿Suyo?

Se despidió del americano y en cuanto colgó, buscó en su agenda de contactos y marcó el número de su hermano. Esperó varios tonos hasta que por fin, se lo cogió.

Daniel estaba rehenchido de orgullo. La campaña había sido un éxito total. Nada más entrar, comenzó el otro equipo presentando su idea, la cara de Tolley fue un poema durante el cuarto de hora que duró la exposición. Decir que le había horrorizado se quedaba corto. Entonces llegó Ruth, se alzó de su silla y encabezó la pantalla sobre la que se proyectaba el *Power point*. Estaba elegantísima con ese traje chaqueta gris que remarcaba sus preciosas curvas y dejaba a la vista las largas piernas de la joven. La camisa blanca se adhería de tal forma a su cuerpo, que Daniel tuvo que morderse el labio varias veces para contener sus libidinosos pensamientos. Su voz lo engatusó con esa melodía celestial y no solo a él, pues pudo observar que toda la sala se hallaba hipnotizada.

La duración, tal y como Mavi les pidió, fue de un cuarto de hora. Pero el cliente, cuyo rostro mostraba fascinación, no paró de lanzarle preguntas. Ninguna quedó sin respuesta; Ruth supo resolver todas las dudas. Al finalizar, el americano se levantó y se acercó a la directora de la agencia, le estrechó la mano y, muy sonriente, le comentó que la campaña era suya, siempre y cuando fuese el equipo de Ruth el que la elaborase en exclusiva. Mavi, a la que ya se le dibujaban los euros en los ojos, asintió. En ese momento, todo el mundo supo que habría sido capaz de vender hasta a su abuela por firmar ese contrato. Y así todos quedaron satisfechos. Bueno, todos menos Roig. Incluso el resto de sus compañeros rieron

al observar las imágenes de Tony vestido de traje y perseguido por varios hombres. Pero el primo de la jefa no, en su semblante se pintó el odio. Daniel vio como lanzaba una última mirada a Ruth, cargada de veneno. Ese ambicioso no dejaría las cosas estar, y Daniel, tras acabar la reunión, decidió seguirlo.

Tal y como imaginaba, marchó tras los pasos de la joven, que se había refugiado en el servicio. Desde una esquina, Daniel observó como aguardaba a que saliese y cuando lo hizo, la encaró, gritándole barbaridades y apretándole del brazo.

—¡Eres una zorra, Ruth! —lo escuchó decir—. Sé perfectamente cuál es tu truco, y digo truco por llamarlo de alguna manera. —Señaló hacia su falda—. ¿Cuántas veces le has abierto las piernas al americano?

Ruth rio y se soltó de un manotazo.

—Veo que no sabes perder, querido Alfredo. ¿No has pensado que quizá sea mejor que tú? No sé, yo me lo plantearía, porque desde que pusiste tu culo rastrero en esta empresa, te lo he pateado una y otra vez.

—¡Putá! —gruñó, alzando el puño.

Daniel dio un paso, pero frenó al escucharla.

—¿Vas a pegarme? Deja de retorcer el rostro, que estás más feo que de normal, y mira que eso es difícil —se burló ella, sonriente. Él bajó el brazo y se apartó. Ruth pasó y antes de que marchase, él la amenazó.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino, te lo advierto.

—¿Y si no, qué?

—Te destruiré.

La joven soltó una carcajada.

—«Perro ladrador, poco mordedor».

—¿No crees que sea capaz de hacerlo?

—Uy, sí. De ti, me espero cualquier cosa. Sé que serías capaz hasta de cortarte una mano o besar el suelo de toda la agencia si con eso consigues mi puesto. Pero lo siento. Ni lo tienes ni lo tendrás. Mavi no es tonta y sabe lo que hay contigo. Mira, chico, esfuérzate y, quién sabe, quizá de aquí a unos meses te pongan de mi ayudante y aprendas un poquito. Y en cuanto a tu amenaza —sacó el móvil—, ya la tengo registrada. Atrévete a hacer algo y no tendré más remedio que acercarme a la comisaría y enseñárselo a la policía.

Él apretó los labios y lanzó destellos por los ojos. Ruth volvió a reír y con el dedo corazón bien en alto, le dijo adiós. Daniel sonrió, qué genio se gastaba la tía. Cuando vio

que ella hubo desaparecido, salió de las sombras.

—Roouoiggg —pronunció con vocecita chillona y aleteando la mano con frenesí.

—Lo que me faltaba, el maricón.

—¡Uy, chico! Pero qué grosero. Digo yo —se acercó, pegándose a él— que la próxima vez que quieras acosar a alguien de esta agencia, podrías hacerlo conmigo, estaría encantado. —Le lanzó un beso.

—¡Qué asco!

—O igual prefieres —cambió el tono de la voz. Lo agarró del cuello y lo alzó, los músculos del brazo se marcaron sobre la camisa azul que llevaba— medirme con alguien de tu tamaño y sexo. Sé que mi jefa es muy capaz de defenderse sola, pero, aun así, voy a dejarte clara una cosa: si vuelves si quiera a dirigirle una puta mirada, el que te destruirá seré yo, idiota —lo amenazó, dejando de lado su interpretación. Ejerció más presión con la mano. El otro, casi sin aire, hizo esfuerzos por respirar. Daniel aguantó un poco más hasta que a Roig se le amarató la cara—. ¿Entendido? —Vio que asentía repetidamente. Sonrió y volvió a poner voz aguda—. Bien, y recuerda, la oferta sigue en pie, si cambias de opinión, aquí me tienes, encanto. —Le pellizcó el culo, y el primo de la dueña echó a correr despavorido, alejándose de él.

Ruth, que había vuelto para advertirle a Roig que ni se le ocurriese meterse con su equipo, observó la escena. Quedó anonadada y agradecida. Sin duda, su ayudante era único. Vio al otro huir cual rata y marchó a celebrarlo.

Daniel regresó al despacho a recoger su móvil y justo cuando se acercaba, contempló la llamada de su hermano. Dudó un momento, pero finalmente lo cogió.

—*Tienes un minuto para darme una explicación convincente* —ordenó Julián—. ¡Todavía no puedo creerlo, Dani! Sé que eres muchas cosas, ¿pero traidor? Jamás pensé que serías capaz de hacernos algo así.

—Juli, ¡me presionaste! No podía darte la campaña. Todavía no sabemos quién está detrás. ¡Hubiesen sospechado de mí! Además, no me pareció ético.

—¿Ético? ¿Y acaso ellos tienen miramientos cuando nos roban!? ¡Puede que tú no sepas quién está detrás, *pero yo lo tengo clarísimo! Esa maldita mujer te tiene sorbido el seso y no ves más allá. ¡¡Ella es la responsable!! Y tú la defiendes oponiéndote a tu familia.*

—¡Ruth es inocente! No tienes ni idea de nada. Ella es íntegra, jamás se le ocurriría hacer algo así. Si no hubieses insistido tanto, habría hecho las cosas a mi modo y no tendría que haberte entregado la antigua campaña. Me acusas a mí por lo que hice, ¿y tú, qué? Te las das de perfecto y mírate, comportándote como ellos. No eres mejor que yo,

Julián. Al menos yo os di el cambiazco por algo en lo que creía, pero tú no puedes decir lo mismo, te comportas así por una absurda idea de venganza que te convierte en alguien en quien siempre odiaste. ¡No puedo creer que hayas pasado una idea ajena como tuya! Es vergonzoso y para nada propio de ti, hermano. En vez de ensañarte con Ruth, abre más los ojos y descubre si eres la persona que realmente deseas porque yo cada día te desconozco más.

Julián guardó silencio.

—¿Juli?

—*Ya hablaremos. Por tu bien, espero que no estés equivocado con ella porque si no, todo tu esfuerzo no habrá servido de nada.*

Daniel colgó lleno de remordimientos por sus duras palabras, esto le iba a causar un gran disgusto a su padre, pero él no estaba dispuesto a recular. Ruth era inocente y lo demostraría. Encontraría al traidor y al topo que desde su agencia suministraba la información a la competencia, costase lo que costase.

—¡Dan! —La voz de su jefa resonó en el exterior. Daniel se peinó el cabello, todavía torturado por la bronca que se le venía encima, y salió. Fuera, estaban las mesas de las integrantes del equipo, Ruth, entre ellas, sujetaba una botella de champagne y dos copas. En cuanto lo vio, le ofreció una—. Brindemos, chicos. —Alzó su copa—. Por el esfuerzo que todos hemos invertido en el proyecto y por el éxito que hemos logrado en conjunto. Me orgullece teneros a todos y estoy segura de que no lo habríamos conseguido si no os hubieseis dejado la piel. Sois un gran equipo. Elena, gracias por tu dedicación constante, sé que ahora andas algo liada con la boda, pero, aun así, te has entregado a fondo. No me olvido de la cara de Tolley al ver nuestro presupuesto, más ajustado al otro y mucho más completo. ¡Eres la mejor! Marga, tus ilustraciones y tu imaginación han sido de gran ayuda, así como tus fotos, Olivia, y el maravilloso plan de medios que presentaste. Ni qué decir de ti, María. Nuestro último fichaje, esa maravillosa diseñadora gráfica que entró nada más acabar la carrera y que se ha quedado dando lo mejor de sí misma cada día. Y por último, pero no menos importante, mi adorado y divertidísimo ayudante. A pesar de que llevas muy poquito con nosotros, te has convertido en la vértebra de esta pequeña gran familia. Por ti, por tu involucración y apoyo. Además —miró a las chicas—, nuestro Dan es muy macho cuando quiere, y hace un momento me lo ha demostrado cuando ha alzado de la pechera a Roig y lo ha amenazado con patearlo si se me volvía a acercar.

—¿Lo has visto? —Ella asintió. Él sonrió avergonzado.

—Gracias, Roig es un cerdo cuando se lo propone.

—Yo más bien diría que siempre —apuntó Marga risueña.

—Bueno, ¡brindemos! Arriba, abajo, al centro y para dentro. —Ruth hizo los

movimientos y todas la imitaron.

—¡Esperad! —pidió Marga antes de que tomaran un trago—. Y quien no apoya, no folla. —Se agachó y dio círculos con su copa en el suelo. Todas la miraron con sorpresa—. ¡No me digáis que nunca lo habías escuchado! ¿¡Pero de qué planeta venís!?

—Ah, yo sí que lo sabía —dijo Dan—. Y aunque la única fiesta que tendré hoy será con la almohada, me sumo.

—¡Qué demonios, y yo! —coincidió Olivia. María y Ruth también los imitaron. Todas miraron a Elena, que seguía quieta, con una sonrisa misteriosa dibujada en el rostro—. ¿No te animas, Elena?

—A mí me gustaría hacer otro brindis —pidió. El resto asintió—. Por Iker.

—¿¡Quién!?! —estallaron los demás.

Elena se tocó la barriga, con ojos chispeantes, e informó:

—Vuestro próximo sobrino. Me temo que no ha querido perderse la boda de sus papis.

La alegría reinó en el despacho, y Elena se vio avasallada de felicitaciones y abrazos. La joven sonrió; por fin, tras los vaivenes que tuvo en su juventud, no solo se uniría al amor de su infancia, sino que, además, tendrían ese hijo que un día perdieron. ¿Podría ser alguien más feliz?

Los siguientes días fueron frenéticos, todo el equipo se vio inmerso en la campaña de publicidad que se lanzaría un mes después para Essence. El apuesto cliente, para disgusto de Daniel, se dejó caer por el despacho de Ruth varias veces al día. Al principio, con pobres excusas, y al final ni inventaba pretextos, simplemente aparecía, traía dulces a las chicas y revoloteaba sobre Ruth como un moscardón. Desde su puesto, Daniel fingía sonrisas y le reía los chistes malos, que encima ni se entendían con ese acento tan marcado, mientras se imaginaba que tenía un matamoscas y de un golpetazo lo eliminaba de su vista.

Ahora mismo estaba ahí, frente a él, comentando no sé qué de la luz de las imágenes.

—¿Sí? No sé, yo creo que si subimos el tono se verá muy claro —opinó Ruth.

—No, resplandecería como tú.

«Por favor», refunfuñó Daniel.

—Tolley —lo reprendió ella, sonrojada.

—¿Otra vez? Te dije que me llames Robert, o Rob, como más te guste —susurró roncamente.

—Volvamos al asunto de la iluminación, ¿entonces tú la aumentarías?

—Yes. Y, además, difuminaría un poco al resto, fijando la atención sobre el perro. Por cierto, me ha contado Marga que es tuyo.

—Sí —contestó, orgullosa, la dueña.

—Me encantaría conocerlo para agradecerle su ayuda.

«Venga ya. Puedes ser más obvio, macho».

—Dan, ¿decías algo?

—No, que me apetecen nachos, ¿qué locura, verdad?

—Lo cierto es que no. —Miró el reloj—. Es tu hora del almuerzo, estarás muerto de hambre. Anda, por qué no vas, avisa a las chicas y oblígalas a salir. No me gusta que trabajen tanto.

—¿Y tú?

—Yo tengo que terminar algunas cosas.

—Te haré compañía y luego podremos ir a picar algo juntos. ¿Qué te parece? —propuso su pretendiente.

—Está bien.

«Bien, las pelotas», gruñó, por lo bajo, Daniel; cavilando sobre qué podría hacer para impedir la salida en la que el pulpo ese aprovecharía para poner sobre ella sus tentáculos.

Remoloneó cogiendo sus cosas. Finalmente, y muy de mala gana, los dejó a solas. Antes de cerrar la puerta vio como el otro se acercaba a la joven y la rozaba mientras se apoderaba de su teclado y hacía *cambios* con el Photoshop. ¡Qué patético! A leguas se veía sus intenciones.

—Os lo súper juro, chicas, es peor que una babosa. La pobre Ruth no sabe dónde meterse cada vez que le suelta uno de sus dardos, ¡qué poco sutil, de verdad! A mí me da que quiere tener un *affair* con ella. Deberíamos unir fuerzas y ayudarla. Voto por impedir que se queden a solas, podríamos turnarnos, me ofrezco a ser el primero, ¡no me miréis así! Está claro que ese *Thor* de pacotilla quiere arrearle con su martillo.

Olivia sonrió con picardía al resto. Mordió su tostada de pan y mermelada, antes de hablar.

—Dan, pareces celoso.

El aludido, que sorbía su zumo de naranja natural con pajita, se atragantó.

—¿Yoooo? —Su chillido histérico fue revelador—. ¡Pero qué cosas dices!

—Me da que a nuestro Dan le encantaría estar en la piel de la jefa. Y no te culpo, a mí también —se burló Marga—. ¿Os habéis dado cuenta del culo que tiene? No sé tú, nene, pero yo aceptaría de buena gana que me diese un meneo. Está tan cachas que cuando lo veo no sé ni cómo comportarme, a veces me siento hasta alelada porque empiezo a reír tontamente y no paro de tirar cosas. Es verlo y pensar en la especialidad de Canarias.

—¿Cómo, no entiendo? —preguntó inocentemente María.

—El plátano, cariño. ¡Qué mordisco le daba al suyo! —Apuró el café con ojos chispeantes.

—¡Marga! No deberías cosificarlo. Es una persona, no una chuchería.

—Pues está igual de bueno o más. Venga, Dan, no puedo creerme que no te guste.

—No me van los gordos.

—¿¡Gordo!?! Fornido dirás, pero me apostarí una mano a que no tiene ni un centímetro de grasa en su cuerpo.

—Dan prefiere a los tipos delgados —manifestó Elena, peinando su melena pelirroja con las manos.

—Morenos —señaló Olivia.

—Y con ropas tan estafalarias como las tuyas —finalizó Marga.

—¿Os referís a alguien, no? —María, como siempre, no tenía ni idea de lo que se hablaba.

—Son tontas, queridas.

—Ya. —Marga acabó su cruasán—. Todas sabemos quién es tu amante, bandido... Dime, ¿es igual de bueno que con las manos?

—A oídos sordos...

—Yo sigo sin pillarlo —protestó María. Elena se apiadó de la pobre, qué inocente era.

—Se refieren al peluquero. Rafa, el amigo de Bea.

—Oh. Ay, Dan, qué mal gusto.

—¡Y dale con la mula al trigo! Ese personaje ni fue, ni es, ni será nada mío. ¡Ni siquiera lo mentéis! El nombre de Rafael está vetado en esta mesa.

Tras él, se escucharon unos gemidos aññados.

—No me digas eso que me pongo a llorar.

—¡¡Rafael!!! ¡Qué haces tú aquí! ¿Es obra vuestra?

—No —dijo una voz a espaldas del peluquero—. Mía.

—Bea —gruñó Daniel.

—No te enfurruñes, que no hemos venido a verte a ti. Había quedado con Ruth, esta es su cafetería favorita, siempre almorzamos aquí, pero me ha cancelado porque sale con el guapísimo vikingo, así que he llamado a Rafa y hemos seguido con el plan. —Las chicas miraron a Daniel como diciéndole: «¿Ves? A todas nos gusta»—. Oye, ya que estáis aquí, ¿podemos sentarnos?

—¡¡No!!

Marga lo despellejó con la mirada.

—Claro.

Las demás asintieron.

—¿Dónde vas, Dan?

—Tengo trabajo.

—No, qué va, si Ruth nos dijo que habíamos terminado por hoy —señaló inocentemente María, Daniel la fulminó con la mirada.

—Eso serás tú, guapa —le contestó, enfadado por dejarlo con el culo al aire—. Pero yo

tengo que transcribir unos informes —examinó a todos detenidamente y agachó la cabeza a modo de mini reverencia—. Un placer.

Rafael lo vio alejarse e hizo pucheros.

—¡Bea! Te dije que huiría.

—Rafa, ¿tú no has escuchado ese dicho que reza «quien la sigue por pesado, la consigue»? Pues ya sabes, a tener más paciencia y no rendirse. Si Dios tardó tres días en construir el mundo siendo todopoderoso... ¿Por qué ibas a ser tú más rápido? Piénsalo, eres peluquero y él, Dios. —Rafael estrujó el rostro, esa amiga suya era más rara que un perro verde. Sin embargo, entendía su ilógico ánimo, algunas cosas llevaban su tiempo... Sonrió con energía renovada.

—Visto así...

Daniel entró en el despacho, cargado de bolsas, justo cuando Ruth se estaba poniendo el abrigo; el plasta del americano no estaba.

—Jefa, te he traído el almuerzo para que no salgas, que hace un frío que pela.

—¡Qué amable! Pero es que me he comprometido con Robert.

«Ah. Ahora es Robert, no Tolley», bramó mentalmente.

—¡No me he olvidado de él! Y yo también comeré algo, que he tenido que interrumpir el mío a causa de una molestia repentina. ¡Podemos hacer un picnic! He traído una manta del coche.

—¿Te encuentras mal? —Su semblante mostró preocupación.

—No, qué va. Un dolor de cabeza del que ya me he deshecho.

—¡Menos mal!

—Sí. —Rio Daniel recordando la cara de Rafael cuando había huido de allí.

El joven estiró la tela, se sentó sobre ella y sacó el contenido que portaba en las bolsas. En ese momento se abrió la puerta y entró Robert Tolley enroscándose una bufanda; llevaba puesta una trenca azul oscura.

—¿Y esto?

—Dan nos ha preparado un picnic. ¿Es un amor, verdad?

Daniel le sonrió alegremente. Observó un destello de rabia cruzar por los ojos del otro, pero rápidamente lo sustituyó por su habitual amabilidad.

—Qué detalle, sí. Eres muy atento. ¡Cuidado, Ruth, que al final me lo llevaré conmigo!

No he conocido un ayudante igual. Es perfecto —alabó el otro con cierta ironía y ese marcado acento suyo que tanto le dificultaba el habla.

Ella le guiñó un ojo y estrechó la mano de Daniel, que aprovechó para acariciarla.

—No sabes lo contenta que me siento de haberlo encontrado. Lleva muy poco en la empresa, pero se ha convertido en una parte fundamental. Te confieso que no sé qué haría sin él. ¡Más te vale no abandonarme!

—Te aseguro, jefa —miró al cliente—, que aquí me tendrás pegado a ti y vigilando de cerca que todo marche bien. —Se la comió con los ojos.

Tolley agrandó los suyos y examinó concienzudamente a Dan. Se dijo que debía haberlo imaginado, que era una idea absurda. ¿El ayudante heterosexual? Imposible, ¿o no?

—¿Qué vamos a comer? —cambió de tema ella. Dan le pasó un bote de Coca Cola y un bocadillo. Ruth lo destapó y gimió sonoramente, provocando un palpito en las partes bajas de ambos hombres—. ¡Tomate con jamón! Tú sí que sabes, colega.

—Para mí lo mismo. —Miró de soslayo a Tolley mientras sacaba su comida—. Desde nuestro fin de semana juntos, me he aficionado.

Ella soltó una carcajada.

—Ay, pobre. ¿Demasiado jamón?

—Qué va, me chifla.

—¿Y yo? —demandó Robert, confuso y enfadado al observar esa afinidad; parecían más amantes que compañeros de trabajo.

—A ver... —Rebuscó en la otra bolsa—. Aquí está. —Le entregó una botella de agua—. Y... Ajá. Toma. —Le pasó algo circular envuelto en un papel de aluminio.

—¿Qué es?

—¡Ábrelo!

—¿Una patata?

—Pero cocida. Me la han hecho a posta para ti.

—Yo no...

—¡Te aseguro que es lo que mejor va para los gases! Eso, y beber mucha agua. Te bajará la hinchazón en cuestión de días y verás como también pierdes algún kilillo, bribón. No te avergüences, nos pasa a todos, hubo una época en la que yo también me puse fondón y tenía esa barrigota; sin embargo, ¡no nos alarmemos que no es el fin del mundo! Con un poco de ejercicio estoy seguro de que este incómodo michelín desaparece. —Con

los dedos asió fuertemente el estómago del otro.

—¿Insinúas que estoy gordo, Dan? —preguntó Tolley, más divertido que enfadado. Él, que iba al gimnasio tres días a la semana... Vale, era fornido, pero no gordo.

—Digamos que eres una persona de constitución bastante grande. ¿Te gusta más así?

Ruth no sabía dónde meterse, estaba a punto de soltar una carcajada. Tolley quiso matarlo.

—Ah, y otra cosa.

—¿Hay más?

—Sí. Recuérdame que te traiga mi súper peeling casero. —Daniel se partió interiormente, ni siquiera sabía qué era eso, pero su cuñada siempre parloteaba sobre sus sesiones de peeling o algo así.

—¿De qué hablas?

—Su exfoliante, dice que hace maravillas. La última vez que nos lo contó se lo ofreció a la querida Mavi, pero ella no se lo tomó muy bien —apuntó Ruth conteniendo la risa a duras penas.

—Pues no sé por qué, encima que me preocupo por sus granos... Es un poco bruja, la tía.

Daniel se estaba divirtiendo de lo lindo; gracias a su papel podía soltar cuanto se le ocurriese sin que la gente se ofendiese *demasiado* con él. Bueno, eso no era del todo cierto, tras aquello la directora general de la agencia lo evitaba como la peste.

—¿Y para qué quiero yo eso?

—¿¡Para quéee!?! —gimió exageradamente—. ¡Pues para esas espinillas que lanzan dardos con solo mirarlas! Ay, Robert... —Se giró hacia Ruth—. Algunos hombres son taaaan dejados.

Robert Tolley mordió su asquerosa patata. Todo, para no morderlo a él. Si la joven no estuviese delante, lo estrangularía con sus propias manos.

Ruth salió de la agencia y corrió hacia el coche. Presionó el botón de abajo del mando de su Peugeot 207 frambuesa y lo abrió, tomó asiento y antes de arrancar, llamó por el móvil.

—Marga, ¿estáis ya ahí?

—Sí. *Y no sé cómo hemos aparcado de puta madre. Por el Mercado Central, esta María tiene más suerte que nadie. Seguro que si venimos en mi coche no encuentro sitio.*

—Uff, pues yo lo meto en un *parking* porque voy justísima de tiempo. ¿Dónde os habéis puesto?

—*Estamos escondidas. Todavía no hemos decidido qué hacer, creo que nos perderemos entre la gente e intentaremos espiar a Roig desde aquí.*

—¿Han quedado en el bar que está dentro, no?

—Sí, María y yo estamos fingiendo en los puestos. La serpiente no ha llegado aún.

—¿Serpiente?

—Sí, lo he bautizado con ese mote. —Rio—. *En alusión a su actividad favorita.*

—¿Cuál es? —preguntó, divertida, Ruth, imaginando la ocurrencia de su amiga.

—*Arrastrarse a los pies de la Hiena.* —Marga indicó algo a María que Ruth no pudo captar.

—¿Pasa algo?

—Sí, acaba de llegar Roig. Se ha sentado en la barra —susurró Marga—. *Nosotras vamos a ponernos en otro sitio, que por poco nos pilla. A la pobre María casi se le sale el corazón cuando lo ha visto venir en nuestra dirección, me ha dado un empujón y por pelos no nos lo hemos cruzado.*

—¡Mierda! Me da que no llego a tiempo, espera un momento que pongo el manos libres. —La joven hizo eso mismo y arrancó—. En diez minutos estoy.

—Si se van te aviso, el otro aún no ha llegado.

—Vale, no perdáis detalle. Intentaré darme prisa.

Ruth maldijo por lo bajo a Tolley, que la había entretenido hasta último momento. Quería estar presente en el intercambio para poder afirmar sin atisbo de duda que Roig estaba robando clientes a la competencia de forma deshonesta.

Aceleró y rezó interiormente para que no la multasen. Pasó algún que otro semáforo en ámbar y antes de lo previsto estuvo en el Mercado Central. Metió el coche en el *parking* y voló hacia la parte de arriba.

Cogió el móvil y mandó un WhatsApp a Marga preguntándole su localización. La otra, que tendría su teléfono en la mano, le contestó al segundo con un escueto: «Parada La Oliva». Ruth se dirigió hacia allí sintiendo como el corazón se le aceleraba.

Se acercó a un puesto y desde ahí leyó el cartel de «La Oliva», situado muy cerca de donde se encontraba. Fue por la parte de atrás y en cuanto se acercó vio a sus dos compañeras agachadas, de negro de pies a cabeza (llevaban boina negra) y mirando desde unos prismáticos.

—¡Se puede saber qué hacéis, locas! Llamáis más la atención con esas pintas que vestidas normales.

Las dos pegaron un bote y se giraron a la vez. Marga le lanzó una mirada ceñuda y María se sonrojó.

—¡Vamos de incógnito! —explicó la más joven.

—Solo os falta el pasamontañas y pensarán que venís a robar. ¿De quién ha sido la estupenda idea? Porque no me creo que esto salga de ti, Marga.

—¿Ya estás aquí? —expresó alguien tras ella. Al girarse no dio crédito.

—¡¡¡Bea!!! ¿¡Qué coño haces tú aquí!?

La otra, vestida de negro, con su pelo rubio recogido en una coleta y los labios rojos, dio un lametazo al helado de nata que se estaba zampando.

—Pues en la misión, ¿qué voy a hacer? —manifestó como si ella fuese idiota y no se percatase de lo que era obvio.

—Tú —la señaló con el dedo—, no estabas invitada.

—¿No creerías que me iba a quedar fuera, verdad? Para una vez que hacemos algo emocionante.

—Bea, esto no es un juego. Es trabajo, nuestro trabajo. Y hablando de eso, ¿no tienes nada que hacer? —La otra dio dos lametazos más al helado y negó con la cabeza.

—Hoy me he dado libre, privilegios de ser la jefa. Ay, no seas aguafiestas. La culpa es tuya por contarme el plan, ¡no he podido resistirme! Ya sabes cómo me gustan estas cosas. Me siento como Jessica Flecher en *Se ha escrito un crimen*. ¿Vosotras, no?

—¿Quién?

—María, hija, ¿qué edad tienes? ¡Que esto es cultura general!

—Uy, sí. —Se rio Marga, divertidísima.

—Calla —la rechazó Bea y se concentró en ilustrar a María—: Es la protagonista de mi serie favorita, una escritora de misterio que acaba resolviendo casos. Como nosotras, que vamos a destapar a Roig, aunque bueno —arrugó la nariz—, no es exactamente igual porque no hay asesinato. Pero oye, algo de suspense sí tenemos.

—Bea, te voy a matar —dijo Ruth con voz risueña—. No tienes remedio. ¿Cuándo has llegado y cómo las has convencido para que te dejasen venir?

—Les dije que o me llevaban con ellas o me presentaba aquí yo sola.

—Vaya, Marga, este —cabeceó hacia Bea— es un dato que has obviado en nuestra llamada.

—Lo siento, jefa, pero me ha obligado a no decirte nada, quería darte una sorpresa.

—Más bien quería evitar que la obligase a irse. —Bea soltó una carcajada—. ¿Y la ropa?

—María, que se ha dejado engatusar, y te juro que no sé cómo he acabado yo también cambiándome —explicó Marga.

—Tengo prendas para ti también, Ruth. Venga, pónelas y nos hacemos un *selfie* para mi Instagram.

—Ni de coña.

—¡Eh, mirad! —Todas observaron cómo se acercaba a Roig un hombre de mediana edad, trajeado. Se estrecharon las manos y el otro tomó asiento a su lado.

—¡Necesitamos acercarnos más! Si no oímos esa conversación, esto no servirá de nada, no podremos demostrarlo.

—Tranquila, amiga. —Bea le puso una mano en el hombro—. Que te va a dar algo.

—¡Pues claro!

—Bea, explícale.

—¿Te acuerdas de mi primo Óscar?

—¿El informático?

—Ajá. Pues es un friqui y tiene un equipo de espionaje. No preguntes. —Alzó la mano y Ruth cerró la boca—. Ni siquiera yo sé para qué. El caso es que me ha dejado una especie de micrófono que se puede conectar con el móvil. Como Roig no me conoce mucho, he pasado por atrás y, simulando que me caía, le he pegado un empujón y he lanzado bajo su silla el aparato. Lo hemos probado y funciona.

—Entonces, ¿podemos escucharlo?

Las tres asintieron.

—Y mejor aún. Grabarlo.

Ruth pegó un salto y la abrazó.

—Bea, eres maravillosa. Sí que ha sido una excelente idea que vinieses.

—¿Ves? Si es que no me valoráis —formuló la otra fingiéndose ofendida. Todas rieron.

—Chicas, escuchad. —María se quitó el auricular y accionó el manos libres.

—*Es una propuesta muy ambiciosa, señor Roig. Y casa perfectamente con lo que tenía pensado para Rarax, quiero darle volumen, un empujón internacional.*

El hombre fue pasando las hojas del dossier y leyendo el contenido. Asentía con la cabeza.

—*Voy a serle muy sincero, mañana tenía cita con otra agencia y hasta que he visto esto pensaba escuchar a las dos partes, pero su propuesta me ha impactado. Creo que son lo que andaba buscando.*

—Los de Argüelles se lo van a tomar fatal. Madre mía, la que se va a armar cuando vean su campaña realizada bajo el nombre de Dart —comentó Marga apenada.

—¡Menuda sabandija!

—A ese le cortaba yo los huevos y me los cocinaba en la sartén. Bua, es que me pongo en la piel de los otros y... —Bea se mordió el puño, con cara rabiosa—. Es como si alguien viniese y copiase uno de mis diseños antes de un gran desfile.

—Sí, este malnacido no quedará impune, os lo prometo, chicas. Como que me llamo Ruth Lago que se lo haré pagar porque está haciéndonos quedar mal a todas con sus actos. Si el nombre de Dart se ensucia, también lo hará el del resto. Y eso no se lo consiento ni a él, ni a nadie. Hemos luchado todas muy duro para llegar a donde estamos, y ese sucio rastro no la va a cagar.

—¿Entonces hay acuerdo, señor Salinas?

—*Quisiera debatir en profundidad los aspectos de la campaña, pero ya le digo que sí. Mañana me voy de viaje, pero el lunes me pasaré por la agencia y finiquitaremos el contrato.*

—Ruth, ¿y ahora qué hacemos? —María se levantó y le entregó el móvil desde el que habían escuchado la grabación. La publicista lo cogió y lo apretó entre sus dedos. Rebuscó en su bolso y sacó el monedero. Un pequeño USB apareció en su mano. Lo introdujo en el móvil y pasó la grabación.

—Iré con esto —dijo alzando el pequeño dispositivo— a ver al señor Álvarez y se lo entregaré. Él nos dirá qué hacer. Debemos evitar que se cierre el acuerdo a toda costa.

—Pero ¿y si protege a su mujer?

—No lo hará, María. Su reputación está en juego, tiene más que perder, que ganar. No se arriesgará. Puede que hasta nos haga un favor y la despida.

—¿Os imagináis la agencia sin Mavi? ¡Qué respiro, sobre todo para ti, Ruth! —María rio de su idea.

—Estaría bien. —La joven les guiñó un ojo.

Las cuatro contemplaron como el dueño de Rarax estrechaba la mano de Roig y cada uno tomaba una dirección, alejándose.

—Chicas, nos vemos el lunes, os llamo luego y os cuento cómo me ha ido con el jefe. Bea, tú y yo quedamos después y ultimamos lo del viaje —se despidió Ruth, yendo al *parking*. Una vez que hubo arrancado, marchó en busca del siempre ocupado Carlos Álvarez.

Bea observó cómo su amiga se iba y decidió guardarse una copia de la grabación por si las moscas.

Ruth tocó al timbre del enorme chalet; tras esperar unos segundos, le abrieron.

Caminó por el amplio jardín y se acercó a la gran casa de color blanco. En la puerta, la asistente del matrimonio la recibió.

—Buenos días, he quedado con el señor Álvarez.

—Pase —la invitó, haciéndose a un lado—. Está en su despacho. La acompaño.

La condujo a la habitación del fondo y tras golpear varias veces, se escuchó un «adelante».

El señor Álvarez era un hombre atractivo para estar en la cincuentena. De estatura media, tenía un rostro agradable a la vista, compuesto por unos intensos ojos marrones que, cuando miraban, hacían un escáner a su víctima, como ahora. Nariz aguileña, labios finos y pelo negro veteado de gris. Su figura delgada estaba ataviada con un elegantísimo traje gris. Al verla, se alzó de la silla y la recibió con una deslumbrante sonrisa.

—¡Querida Ruth! Qué placer verte. —Se acercó y le dio la mano—. Me ha sorprendido tu llamada, parecías algo agitada.

—Sí. Debo contarle algo y es de máxima urgencia.

Al ver su rostro plagado de preocupación, el hombre la condujo hasta la silla de su mesa y tomó asiento a su lado.

—¿Qué pasa? Espero que Mavi no haya hecho de las suyas, sé que tiene poco tacto con los empleados.

—Eso es decirlo muy suave —masculló Ruth—. No se trata de eso. Verá... Yo... Esto.

—¿Quieres tomar algo?

—No, no hay tiempo. Mire, no hay forma delicada de decirlo, estamos robando a la competencia. Nos apropiamos de las ideas de Argüelles y las pasamos como propias, nos hacemos con sus clientes y vendemos las campañas.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Acabo de descubrirlo, pero me temo que hace algún tiempo. Hace meses, Fernando Argüelles vino a la empresa y nos acusó de esto mismo que le cuento, Mavi lo

echó y lo enfrentó negándolo todo. Pero yo he visto con mis propios ojos un *briefing* perteneciente a Argüelles, Roig lo acaba de ofrecer a la farmacéutica Rarax.

—¿Tienes pruebas?

—Sí. —Sacó el pen del bolso y se lo entregó—. Aquí está la conversación que han tenido, y este —le dio el dossier de la campaña de Rarax que María le había fotocopiado— es el *briefing* de la otra agencia que Roig ha hecho pasar por suyo.

—¿Hay más copias de la grabación?

—No, esa es la única.

—Bien. —Cogió el USB y el documento y los dejó en su mesa—. ¿Mavi sabe algo de esto? —Ella negó con la cabeza—. ¿Sospechas que está involucrada?

—No quiero mentirle, pero sí. Ella supervisa todos los contratos de Roig y me da que lo sabe. —Él se enfadó. Ruth tragó saliva.

—¡¡Si mi mujer está metida en esto...!!

—Lo siento.

—Gracias, Ruth. Ahora déjalo en mis manos, yo me ocuparé. Solo te pido un favor, no lo comentes con nadie, pese a todo, no quiero que Mavi se vea perjudicada. ¿Alguien más lo sabe? —Ruth se quedó callada y dudó, finalmente siguió su instinto y le dijo que no. ¿Para qué involucrar al resto?—. Bien, me ocuparé de todo.

—Me quedo más tranquila. Muchas gracias y perdone la interrupción, sé que es un hombre muy ocupado.

—Tranquila, me alegro de que hayas venido. Llegaré al fondo de la cuestión y arrancaré de raíz el problema. Te aseguro que el culpable pagará. Ahora, vete a casa y desconecta este fin de semana. El lunes se habrá acabado todo.

Ruth se despidió y se marchó de allí, sintiendo que se había quitado de encima un gran peso.

Mientras, el señor Álvarez seguía rumiando en su despacho una idea. Miró las pruebas que la joven le había traído y marcó un número. Esperó varios tonos hasta que se lo cogieron.

—Nos ha descubierto. ¡Te dije que tuvieses más cuidado! No, no. Ha sido la estúpida de Ruth Lago, lo sabe todo. Ya, pero nadie más está enterado, así que por el momento podemos estar tranquilos. Sí, me ha traído las pruebas. No, no, ni siquiera ha sospechado de mí. ¡¡Qué crees que voy a hacer!! Claro, la culpa se la llevará ella. Coloca el informe de Rarax en su despacho. Si se destapa, ella será la única responsable. ¿Cómo? ¡Por supuesto! Ese contrato hay que firmarlo, encárgate. No descansaré hasta destruir a

Argüelles Publicidad, ya te lo dije, la agencia será historia, y para conseguirlo arrasaré con quien se ponga por mi camino, empezando por esta entrometida jovencita.

Ruth andaba rumiando las palabras de Carlos Álvarez mientras atravesaba media ciudad en dirección al aeropuerto. De nuevo, una sensación extraña la sobrecogió y sintió que algo no andaba bien, su instinto le decía que estuviese alerta. Sin embargo, la razón se oponía y la obligaba a apartar de su mente el encuentro, repitiéndose que su jefe lo arreglaría todo.

Estaba tan ensimismada en sus cosas que no vio la calzada y cuando se percató, fue tarde. Se escuchó un enorme petardazo y perdió la movilidad del coche. Tiró del freno de mano y, como pudo, lo estabilizó. Agarró el volante con ambas manos, apoyó la frente en él y respiró profundamente cuando se sintió a salvo. Tras recuperar la compostura, abrió la puerta y salió a ver la catástrofe. Gimió sonoramente al comprobar el resultado: ¡había pinchado!

Fue a la parte de atrás y, aun sabiendo que no había nada que hacer, abrió el maletero. Comprobó que la rueda de repuesto seguía como siempre, inservible. En su mente resonaron las advertencias de su hermana Sara, quien previó esa desastrosa situación.

Cagándose en todo cuanto la rodeaba, volvió al asiento y cogió el móvil, observó que le quedaba solo un seis por cierto de batería. Con suerte, le daría para dos llamadas. Debía elegir muy bien al receptor.

Miró el reloj y sollozó por su mala suerte. ¡Quedaba tan solo media hora para que su madre y Enri llegasen de Cuba! Y ahí estaba ella, tirada en medio de la nada.

Rezando interiormente, marcó el número de Sara y tras una interminable espera, dejó de sonar y saltó el contestador:

—Hola, soy Sara Lago, en estos momentos no estoy disponible. Si es urgente, déjame un mensaje. De todas formas, te devolveré la llamada en cuanto la vea. Gracias.

Ruth maldijo a su hermana, ¡qué manía tenía de apagar el móvil! Nunca se la podía localizar. Volvió al listín y buscó el nombre de Bea. Dejó pasar varios tonos cuando escuchó:

—Ey, ¿qué pasa?

—Ay, tía, menos mal, no sabes lo que me ha pasado...

—Ahora mismo no puedo atenderte. Hablas con el contestador de Beatriz Martínez. Si necesitas tratar un tema personal, clasifícalo por orden de mis preferencias; dependiendo de la importancia, podré llamarte antes o después. Si es sobre algo que haya sucedido en ámbito laboral, di A; si es por un drama, di O, y si es un cotilleo succulento, grita mi nombre y te llamaré en seguida. Si, por el contrario, es algo relacionado con Trizzy

Martínez, te recuerdo que este es mi número personal, no sé cómo lo has conseguido, pero que sepas que no pienso atenderte. Para temas laborales, consulta el Facebook, verás el teléfono y el horario de atención, que es de 10 a 18. ¡Ah! Y si todavía no me sigues. ¿¡A qué estás esperando!?! ¡Hablamos! Bye, bye.

—¡La mato! Solo a ella se le puede ocurrir un mensaje así —rugió Ruth. Miró la pantalla y vio que la batería había disminuido al cuatro por ciento. Dio gracias al cielo y se permitió una última llamada; si esta no daba resultado, se tiraba por la ventana del coche...

Daniel salía de la ducha en el momento en el que su móvil comenzó a sonar. Al principio decidió ignorarlo, pues a esa hora no esperaba a nadie y no le apetecía volver a escuchar otro de los sermones de su padre o un reproche de su hermano. Ambos seguían muy enfadados con él, hasta su bendita madre, que nunca se metía por medio, había decidido posicionarse y esa semana no le había preparado los *tupers* de comidas y cenas. Se dijo que debía visitarla y hacerle la pelota; si seguía sobreviviendo un día más a base de ensaladas del supermercado, papas y bollería, se pondría enorme. La insistencia de la llamada despertó su curiosidad. Se acercó y justo cuando leía el nombre de su bella jefa en la pantalla, el dispositivo dejó de sonar. Rápidamente se la devolvió.

—¡¡Dan!! Gracias a Dios, ya pensaba que me daba algo. No tengo casi batería, he pinchado una rueda y la de repuesto también está mal. Llamaría al seguro, *pero es que tengo una urgencia, hoy es cuando mi madre vuelve de Cuba, y ella y Enri me esperan en el aeropuerto. Encima, no puedo avisarle que tardaré porque el móvil se me va a apagar. He llamado a Sara y a Bea, y ninguna da señales de vida. Por favor, dime que no te he pillado en mal momento y que me vas a echar un cable.*

—Tranquila, estaba en casa. Iba a ponerme el pijama, así que puedo pasarme. ¿Dónde estás?

—*¿Seguro? Me sabe fatal molestarte. Vas a pensar que soy la peor jefa de la historia.*

—Eso nunca, la más estresada quizá. Pero la peor nunca.

—*Qué mono eres. Pues estoy en la Avenida del Cid, a la altura de...*

Daniel miró el móvil y arrugó la nariz. Volvió a llamarla y le salió que estaba apagado. Se acercó al armario y examinó las prendas de Dan con atención, todo lo que allí había era espantoso, fruto de la ingeniosa directora creativa de Argüelles. Siguiendo un impulso, cogió unos vaqueros oscuros, una camiseta negra de manga larga con cuello de pico y se puso gomina en el pelo dando un aspecto despeinado pero cuidado. Se colocó las deportivas y la chaqueta negra de cuero.

Recogió las llaves del coche en el mueble de la entrada y salió sin cerrar con llave. Se dirigió al ascensor y esperó hasta que subiese a su planta. La puerta se abrió y la vecina de

al lado salió dirigiéndole una venenosa mirada. Daniel se metió en el ascensor algo acobardado, todavía era el inquilino más odiado del edificio.

Al salir al exterior corrió hasta el *parking* en el que guardaba su coche. Se introdujo y arrancó para dirigirse a toda velocidad al encuentro de su encantadora morenita.

Ruth se había puesto la Cadena Dial a tope y ahora mismo cantaba una balada a viva voz. Confiaba que Dan la encontrase a pesar de que se había cortado la llamada la a mitad. De pronto, sintió un golpe en la ventana y lanzó un grito aterrado. El insulto que iba a lanzarle al que había osado interrumpir su canción se quedó atrancado en la garganta. Abrió y cerró varias veces los ojos y la boca. Luego, apretó el botón y bajó la ventanilla lentamente, sin apartar la mirada.

—Me has encontrado —susurró.

—Claro. Y ha sido fácil con esos gallos. ¿Te han dicho alguna vez que la música no es lo tuyo, jefa?

—¡Oye! No te pases, que te bajo el sueldo.

—Vale, vale. —Alzó las dos manos y sonrió descaradamente. Ella lo devoró con la vista, empapándose de cada aspecto. Ruth sintió que algo se le removía en el interior. ¿Por qué tendría que estar vestido así? Podía manejar la ridícula y obsesiva atracción que sentía por ese hombre si lo veía con sus purpurinas, rosas y puntillas. Pero cuando vestía así, tan arrebatador y sensual, era incapaz de pensar coherentemente. ¡Qué le pasaba! Él era gay. ¡¡Gay!! Y, para colmo, su ayudante. ¿Por qué su estúpida cabeza era incapaz de razonarlo? ¿Por qué deseaba hundirse en esa boca hasta que le fallasen las fuerzas? Joder, se le estaba yendo de las manos. Vio como él le abría la puerta y le ofrecía la mano para salir. Se sintió molesta por sus gestos. ¡No tenía derecho a ser tan irresistible!

—Hoy estás diferente. A veces eres como el doctor Jeckyll y Mr. Hyde. Con dos personalidades totalmente opuestas —gruñó ella, enfadada.

Daniel rio, consciente de la atracción que reinaba entre ambos. Sabía que Ruth se sentía como él, lo leía en su mirada, frustración mezclada con deseo. Sintió hacerla pasar por eso, todo sería más sencillo si pudiese sincerarse y lanzarse a sus brazos. Pero por el momento era imposible. No obstante, cuando la verdad saliese a la luz, Ruth sería suya, se desviviría tarde y noche para obtener su perdón, y cuando lo hiciese, la llevaría a su cama y la retendría allí un mes o más.

—No sé a qué te refieres. —Le guiñó un ojo—. He pensado que podríamos dejar el coche aparcado e ir a por tu madre. Y luego volvemos, te cambio la rueda y nos vamos a casa.

—Vale, pero habrá que empujarlo, ¿no?

—No hace falta. Ve a mi coche y sígueme.

Dan arrancó el vehículo de Ruth y lentamente lo condujo hasta una salida que había a la derecha, se metió por ella y siguió recto. Encontró sitio poco después, frente al concesionario Volkswagen. Bajó y subió a su coche. Ruth lo miró desde el asiento principal y le sonrió con suficiencia.

—¿Vas a conducirlo? ¿Puedo fiarme?

Ella achicó los ojos y, lanzando una carcajada, arrancó. Daniel se puso rápidamente el cinturón y se santiguó. Ruth rio de él y aceleró un poco más. En menos de un cuarto de hora estuvieron en el *parking* del aeropuerto.

—Vaya, eres discípula de Toreto.

—¿Quién?

—*To fast, to furious*, la película. Vamos, tienes que conocerla. Me puedo creer que no la hayas visto, pero seguro que has oído hablar de ella.

—Pues no. No me apasionan las *pelis* de coches.

—¡Ajá!

—Mierda. —Se rio—. He metido la pata. Está bien, lo confieso, soy fan de la saga. —Lo miró detalladamente, estudiándolo con los ojos—. Lo raro es que a ti te guste, no te pega nada.

—¿Bromeas? ¿En qué otra película salen tantos tíos buenos? Yo soy seguidor de esos *machomen*, no de los cochazos.

Ella sonrió y le dio las gracias interiormente. Este era el Dan que ella conocía, al que podía manejar.

Juntos se encaminaron a la parte de las llegadas y buscaron el letrero que anunciaba Valencia-La Habana. Al leer el panel de información, Ruth dio un salto y abrazó a Daniel, quien tras un momento de sorpresa, la estrechó dulcemente. Ella se apartó incómoda, él le sonrió inocentemente.

—Menos mal, Dan. Gracias al retraso del vuelo hemos llegado puntales. Estaba preocupada por mamá.

Daniel se imaginó a una mujer de mediana edad, tierna y bonachona, algo entrada en carnes y con las sienes plateadas. No pudo errar más. En el momento en el que su mente le daba forma a esa imagen, se escuchó un:

—¡¡¡Neeeenaaa!!!

Observó a una mujer morena, sumamente atractiva, enfundada en un vestido amarillo

de flecos con flores fucsias dibujadas. Una enorme pabela del mismo tono que el vestido decoraba su cabeza. Su rostro, bronceado por el sol del caribe, mostró una hilera de dientes blancos cuando sonrió en su dirección. A su lado, un hombre rubio, alto y delgado cargaba varias bolsas de viaje y miraba con cariño hacia Ruth.

Madre e hija corrieron al encuentro y se estrecharon en un entrañable abrazo, Daniel se mantuvo apartado, dándoles intimidad. El hombre, que vestía camisa y pantalón de lino blanco, dejó en el suelo su carga y recibió en sus brazos a su hijastra. Daniel sonrió al ver a esa curiosa familia, todavía le parecía increíble que el padre de Nicolás, cuñado de Ruth, fuese el esposo de su madre.

—Oye, oye. —Adela se alejó de su hija y se acercó a él, examinándolo de arriba abajo. Daniel se sintió intimidado por la escrutadora mirada—. Y este polluelo que parece perdido, ¿quién es, cariño? ¡No me digas que...! ¡¡Enri!! Que la niña se ha echado novio. ¡Ruth! —la regañó—. No me lo habías contado.

—Igual era una sorpresa —la defendió Enri.

—Ah... —dio una vuelta sobre Daniel—. Me gusta, cariño. Espero que a este no lo espantes tan pronto como a los otros. ¿Y tienes nombre o te ha comido la lengua el gato? Imagino que ya lo sabrás, pero, aun así, me presento. Adela Maldonado, tu suegra.

—Encantado de conocerla. —Le besó la mano que ella alzó sobre su rostro.

—Pero, chico, tutéame, que no soy tan vieja. Enri lo puede confirmar. Todavía aguanto mis dos sesiones diarias, ¿a que sí, cielo? Una por la mañana y otra por la noche. Leí en un artículo que un orgasmo antes de dormir ayuda a activar la melatonina. Cariño, tú, que tienes problemas para dormir, deberías probarlo —le aconsejó a su hija—. De verdad que funciona, intentadlo y ya me contaréis qué tal.

Daniel puso cara de susto.

—¡¡Mamá!! —Ruth se sonrojó.

—Cariño, no te asustes. A ver si ahora vas a ser una melindrosa como tu hermana, tú sabes que no tengo pelos en la lengua, y no creo que tu novio se vaya a asustar por hablar un poquito de sexo.

—Mamá, Dan no es eso.

—¿Cómo que no es...? —Adela se tapó la boca y soltó una risita—. Entiendo, es tu picaflor.

—¡¡No!!

—Dan, no te avergüences. A mí no me importa. Enri y yo también tuvimos nuestro momento desenfrenado al principio de la relación. Y quién sabe si no habríamos seguido

así de no ser por Sara y Nico. —Rio—. Me pillaron con las manos en la masa, nunca mejor dicho. —Miró hacia las partes íntimas de su marido.

—¡¡Mamá!! ¡Dan es mi ayudante y es gay!

Y así fue como la dicharachera e ingeniosa Adela Maldonado se quedó sin palabras.

Daniel miró por el retrovisor y volvió a pillar a la madre de Ruth espiándolo. Al devolverle la mirada, movió la cabeza y susurró una vez más «qué desilusión, para uno que encuentra...».

El móvil de Enri sonó y éste descolgó. Tras asentir varias veces, lo apartó de su oreja y tocó el hombro de Ruth, que iba en el asiento del copiloto.

—Ruth, es Sara.

—¿Sara? ¿Y por qué te llama a ti?

—Porque tú lo tienes apagado, cariño. Recuerdo que lo desactivaste en el avión.

—Ah, sí. ¿Y qué quiere?

—Hablar con ella, no lo sé.

Ruth cogió el móvil y preguntó:

—¿Sara?

—*Ruth, tenía una llamada tuya, ¿pasa algo?*

—Nada, que necesitaba que me recogieses antes.

—¿Y eso?

—Pinché una rueda.

—¡Te lo dije! Si es que nunca me haces caso. ¿Y qué hiciste? Porque la de repuesto la tienes sin arreglar. —No era una pregunta, era una afirmación.

—Llamé a Bea, que tampoco me lo cogió, y luego a Dan, que vino a rescatarme.

—*Pobre chico. —Rio—. Vas a tener que subirle el sueldo.*

—Ya lo creo. Oye, lo de mañana sigue en pie, ¿no?

—*Qué va.*

—¡Sara!

—*Lo siento, Ruth. ¿Por qué te crees que tenía el móvil apagado? Llevo toda la tarde en el médico con la nena. Se ha resfriado. Oye, dile a mamá que luego la llamo. Te dejo, que suena el teléfono de casa.*

—Vale. Chao.

Sara colgó sin más despedidas, como siempre hacía. Ruth le indicó a Dan cómo llegar a casa de su madre. Y luego, los dos volvieron al coche de ella a cambiar la rueda.

Una hora más tarde, Ruth llegaba a casa. Nada más entrar, puso a cargar el móvil y lo encendió. Tenía varios chats abiertos y centenares de mensajes. Fue leyéndolos poco a poco y contestando. Se dejó para el final el grupo de las Supernenas.

(20.00) Bea:

¿Ruth me has llamado?

(20.15) Bea:

¿Tía?

(20.20) Sara:

Bea, a mí también me ha llamado. Espera, que voy a devolvérsela.

(20.20) Bea:

Ni te molestes, ya lo he intentado. Lo tiene apagado.

(20.21) Sara:

Mi madre llegaba a las ocho, estarán juntas.

(21.00) Bea:

¿Sabes algo?

(21.10) Sara:

Sí, ya está. Enri me lo ha cogido y he podido hablar con Ruth. Pinchó una rueda esta tarde antes de ir a recoger a mi madre y, como es un despiste, tenía la de repuesto averiada también. Tuvo que llamar al pobre de Dan, que la rescató.

(21.11) Bea:

Ese chico lo tiene todo. Es bueno y está bueno.

(21.11) Sara:

¡Bea!

(21.12) Bea:

Ja, ja. Oye, cambiando de tema, ¿a qué hora quedamos mañana?

(21.13) Sara:

Ay, que no te lo he dicho. No puedo ir, Bea, Sofía se ha puesto malita.

(21.13) Bea:

¡Joder, no me digas! ¿Es grave?

(21.14) Sara:

No, un resfriado.

(21.14) Bea:

¿Estás en casa?

(21.15) Sara:

Sí.

(21.15 h) Bea:

Vale, me paso.

Ruth acabó de leer y mandó:

(22.15) Ruth:

¿Todavía estáis ahí?

(22.20) Sara:

Sí, mamá y Enri también.

(22.21) Ruth:

Vale, me acerco si me invitas a cenar.

(22.22) Sara:

¡Qué morro tienes!

(22.22) Sara:

¿Te quedas a dormir?

(22.22) Ruth:

¿Y qué hago con Tony?

(22.22) Bea:

Tráelo.

(22.23) Ruth:

Bea, Nico me prohibió llevarlo después de que destrozase la pelota de baloncesto que tenía firmada por LeBron James.

(22.23) Bea:

No se quedará aquí.

(22.24) Ruth:

¿Te lo llevas tú?

(22.24) Bea:

No.

(22.25) Ruth:

¿Entonces?

(22.25) Bea:

Tengo en mente una víctima mejor.

Daniel estaba ya en la cama cuando escuchó el timbre de la calle. Extrañado, se calzó las zapatillas de estar por casa y fue a abrir.

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido a proponerte un plan. ¡Una escapada de chicas!

—¿¡Tú y yo!? —De pronto abrió los ojos y la señaló con el dedo—. Si es otro de tus planes de Celestina...

—¡No, no! Rafael no sabe nada. Íbamos a ir Sara, Ruth y yo. Pero Sofía se ha puesto mala y Sara no quiere marcharse estando así su bebé, lo que es totalmente comprensible. El caso es que nos queda una plaza vacante y aunque lo lógico sería que viniese Silvia, he decidido dártela a ti.

—¿Y eso? —preguntó él temeroso, esta mujer no hacía nada sin una razón oculta.

—Un premio. Por ser el héroe de Ruth esta tarde.

—¿Y...?

—Nada más.

—Bea...

—¡¡Está bien!! La niñera de Tony se ha ido fuera a ver a su familia y le toca venirse con nosotras. ¡No pongas esa cara de ofendido! Tú eres el que mejor le caes, estoy segura de que se portará mejor si estás tú.

—Ya.

—Venga, por favor.

—Solo si me prometes algo.

—¡Lo que sea! Con tal de que vengas soy capaz de besarte los pies.

—Deja de achucharme a Rafa. Si juras que no intentarás emparejarnos, cuenta

conmigo.

—¡Hecho! Ah, y otra cosa.

—¿Sí?

Bea silbó y se quedó mirando hacia el pasillo. Daniel sacó la cabeza y espió. Observó a un Tony tumbado que miraba a la joven perezosamente.

—¿Qué hace aquí?

—Ruth y Adela han ido a dormir a casa de Sara, siempre hacen esas cosas cuando su madre vuelve. Enri y Nico se han opuesto totalmente a cuidarlo, así que he decidido traértelo. Toma. —Recogió una gran bolsa de tela y se la entregó. Daniel observó una especie de cuna, unos empapadores, un cacharro para el agua y juguetes—. Ahí está todo lo que necesitas. Vendré a por vosotros a las seis de la mañana. ¡Nos vemos luego! —Le dio un beso en la mejilla y echó a correr.

—¡¡Bea!! Vuelve aquí. ¡¡Ni se te ocurra dejarme con él!! ¡¡¡¡Beeeeaaa!!!! —mientras gritaba, Tony pasó por su lado y entró. Caminó moviendo su pomposo culo hasta el gran salón, olisqueó la moqueta granate y dio varias vueltas en ella. Gimió y se preparó, dispuesto a aliviarse.

Daniel maldijo ruidosamente. Bajó la mirada y justo cuando iba a encarar a Tony, se dio cuenta de que no estaba. Pasó al interior del apartamento gritando el nombre del chucho. Lo encontró en el salón, a punto de ultrajar su nueva y preciada alfombra persa.

—¡No, no, no! Tony, fuera. ¡Ni se te ocurra mear ahí o te castro!

Daniel se lanzó a por el perro justo en el momento en el que Tony levantaba la pata. El pobre animal fue girado de súbito y apuntó a lo primero que vio, la boca de Daniel.

Daniel despertó lentamente del sueño en el que se hallaba sumido. Un sonido le llegó desde lo más recóndito. Su cuerpo entumecido comenzó a palpar por cada extremidad; la espalda, las piernas y el cuello le ardían de dolor. ¿Qué le pasaba a su colchón? Si era viscoelástico... Sentía como si hubiese dormido en el frío sue... ¡Un momento! Abrió los ojos de pronto y se incorporó. ¡¡Estaba en el suelo!! ¿Se habría caído de la cama? Pero ¿cómo?

Lo único que recordaba de la noche anterior era la trastada de Tony, la limpieza exhaustiva a su querida alfombra y la ducha casi con esparto que tuvo que darse para eliminar el nauseabundo olor a orina que el pulgoso le había regalado. Después salió y se lo encontró tumbado en su cama. Por supuesto lo echó de allí y le dejó bien claro que su sitio era el suelo. Lo bajó y se metió en la cama.

Buscó por los alrededores al malintencionado perro, pero no había ni rastro. Preocupado ante lo que podría haber hecho, Daniel se puso en pie y justo cuando iba a revisar cada rincón de la casa, escuchó un fuerte ronquido proveniente de la cama. Dio la vuelta y enmudeció. Tony, cual largo era, se encontraba repantigado entre sus cálidas sábanas de seda, con la cabeza descansando sobre el colchón. Mientras que él, ¡¡él, que era el dueño!!, había dormido en el suelo, privado de esa comodidad que ahora disfrutaba el odiado pulgoso.

Con perversa maldad, se acercó a la mesita de noche y sin hacer ruido, cogió el vaso de agua que siempre dejaba ahí antes de acostarse. Se aproximó al can y justo cuando lo inclinaba, sonó el timbre con más firmeza, Tony dio un salto ladrando asustado, golpeó el vaso y lanzó su contenido sobre Daniel, empapándolo.

Tras un instante de incredulidad, el rostro se le deformó en una mueca de ira y lanzó un grito al tiempo que se tiraba sobre el animal, que de un salto lo sorteó y huyó de la habitación.

Tony ladraba hacia la entrada, miraba sobre su lomo y gemía. Daniel, con los brazos estirados, perseguía al perro por el apartamento y lanzaba chillidos coléricos e insultos.

—Dan ¿estás ahí?

Daniel frenó en seco.

—Eh, que te he oído, no disimules. ¿Se puede saber qué haces? ¡Llevo media hora llamando al puto timbre! ¡Cómo te hayas dormido...!

Tony, al reconocer la voz, lanzó un aullido lastimero. Daniel se mordió el puño y luego lo señaló con el dedo índice:

—Ni creas que te vas a librar de esta, chuchó. Ya me la cobraré. —Se dirigió a la puerta y abrió.

Bea lo examinó de arriba abajo y alzó una ceja.

—No sé si lo sabías, pero uno se ducha sin ropa.

—Muy graciosa. Si no hubieses dejado a esta cosa molesta conmigo —cabeceó hacia Tony—, no estaría mojado.

Ella manoteó, desechando sus palabras.

—Espero que tengas todo preparado porque no pienso esperarte más de cinco minutos.

—¿Y qué harás, irte? Te recuerdo que soy la maldita niñera del perro.

Ella rio.

—Pues pórtate bien o te haré vigilarlo por las noches. Seguro que le encanta dormir contigo.

—Y una mierda.

—Cinco minutos, Dan.

Daniel se lanzó sobre el mullido sofá que había en el gran salón de la cabaña que habían alquilado. Observó cómo Ruth se acercaba a la chimenea e intentaba prenderla, sonrió ante sus intentos y se mordió el labio cuando la vio agacharse, recorrió con los ojos el trasero de la joven y suspiró. Cada día se le hacía más difícil. Imaginó que se acercaba por atrás, le desabrochaba la cremallera y le bajaba el mono. Sus labios se posaban sobre su cuello y sus manos jugaban con unos pechos erguidos, no de frío, sino de pasión. Entonces sus dedos bajaban hasta encontrarse con su humedad y se introducían en ella, torturándola hasta hacerla gritar de placer.

Una tos proveniente de la puerta lo sacó de su ensoñación. Frunciendo el ceño, se giró hacia la intrusa y la perforó con la mirada. Bea, temblando de pies a cabeza, intentaba darse calor en las manos con la boca. Daniel la ignoró, todavía ofendido con ella.

—¡Oh, vamos! ¿Vas a estar así todo el día? ¡Dan, no seas quejica, que no ha sido para tanto!

—¡¡Que no ha sido para tanto!! ¡Por tu culpa no voy a poder sentarme en una semana! Deberían prohibir esquiar a personas como tú, eres un peligro público.

—¡Oye! Reconozco que me ha costado acostumbrarme, pero luego le he cogido el tranquillo.

—¿Y eso cuándo ha sido, antes o después de que arrollases al monitor? Ah, no. Quizá

cuando te has estrellado contra la fila de niños que bajaban unos detrás de los otros. Hasta que has llegado tú, claro, y les has hecho saltar por los aires.

—¡He intentado advertirles, pero me han ignorado!

—Bueno, Bea, no sé yo si gritar «cuidado, que voy» cuando ya casi estabas encima, les daba alguna oportunidad de apartarse a los pobres —se metió Ruth tomando asiento al lado de Daniel. Se pegó todo lo que pudo para entrar en calor. Lo escuchó gemir y se preocupó—. ¿Estás bien, Dan? Espero que esta loca no te haya maltratado mucho.

—Sí, es solo que... ¿No tenéis calor? Yo me estoy asfixiando. —Daniel se desabrochó la ropa e intentó darse aire con el cuello de su camiseta térmica.

—Hombre, pues no, estamos a menos cuatro grados, calor lo que se dice calor, no hace —refunfuñó Bea mientras tomaba asiento entre los dos. Daniel protestó, y ella se rio dándole un beso en la cara—. Venga, va, perdóname. Que conste que también ha sido por ti, si no te hubieses caído cuesta abajo, no te habrías lastimado.

—¿¡Qué!?! Me caído por ir en tu ayuda, desagradecida. Te tendría que haber dejado allí gritando histérica y agarrada a ese árbol que no querías soltar. La próxima vez, lo haré.

—Dan tiene razón, amiga. Era muy peligroso, tu nivel es de principiante. Casi me da algo cuando te he visto tirarte de la telesilla y aparecer por detrás, has salido disparada, directa al árbol.

—Jo, es que quería estar con vosotros. Tony es un aburrido. —El aludido, que se había colocado bajo la chimenea y se estaba lamiendo sus partes íntimas, aulló en protesta.

—¡Lo has ofendido!

Bea resopló y por no escuchar a su amiga, se acercó al chucho y le acarició la cabeza haciéndole carantoñas.

—Ay, mi Tony bonito, mi chico... ¿Quién es el más guapo? ¿Quién?

Tony, que nunca desechaba un cumplido, dejó de chuparse el paquete y la miró de reojo. Esperó más lisonjas y cuando las obtuvo, pegó un saltó y la lamió.

—¡¡¡Quéeee asco!!! Mierda, Tony. —Se puso en pie, dando saltitos y emitiendo gemidos estrangulados, al tiempo que se intentaba limpiar las babas de la boca—. La primera polla que pruebo en un año y tiene que ser la tuya.

—¡¡¡Bea!!! —Ruth la riñó antes de que se le escapase una carcajada.

—Aprovecha, Bea, porque ese beso es el mejor que vas a tener en mucho tiempo.

—¿Y qué sabrás tú, Dan?

—Sé mucho, sobre todo, de besos, mujeres y sexo. Son mi especialidad.

—¿Ah, sí? —Ruth lo miró extrañada.

Daniel se lamentó interiormente y se apresuró en disimular.

—Bueno, querida, todas os morís por contármelo. Os gusta presumir de vuestros amantes.

—¿Y qué dicen? —preguntó Bea, interesada de repente. Tomó asiento en el suelo, frente a ellos, que seguían en el sofá. Él lanzó una sonrisa engreída, se acercó a Ruth y le susurró con voz ronca:

—Que a una mujer le gusta que la mimen como si no hubiese nada máspreciado, que le acaricien el cabello y los labios. —Se lo hizo—. Que sus miradas se crucen mientras él le recorre el cuerpo con las manos, que la haga estremecer lamiéndole cada parte, que le muerda en los labios mientras su mano juguetea con...

—¡Me cago en la puta, Dan! ¡¡¡Me has calentado más que la chimenea!!!

—Bea, tú sí que sabes romper un hechizo —susurró Ruth volviendo a la realidad. Por un momento, se había perdido en sus palabras y había sentido que cuanto decía iba dedicado a ella. Era absurdo, pero eso pensó. Se sentía como si le hubiesen arrebatado algo... ¿Qué le pasaba con él?

—De todas formas, son solo palabras, muy cachondas, pero ya está.

—¿Dudas que pueda ponerlas en práctica?

—Pues sí, hijo.

—Hagamos una apuesta, Bea. Si te demuestro que soy capaz de hacer temblar a una mujer con tan solo un beso, gano.

—¿Qué ganas? —Daniel sonrió codiciosamente. «Dormir con ella».

—Me darás tu cama.

—¡Ella duerme conmigo!

—Tranquila, jefa. Te aseguro que no ronco. —Ruth lo miró con pánico, ¿toda la noche en su cama? ¡Ni de coña! ¡Sería incapaz de resistirlo!

—No, no —se opuso.

—¿Y si pierdo? —Bea se mostraba tentada por la idea.

—Duermes en la mía.

—¡Con Tony! ¡Y una mierda! No estoy tan desesperada.

—Eso es que crees que vas a perder.

—¡Muy bien! Demuéstramelo. —Cerró los ojos y puso morritos. Él la miró con pasmo

y se echó atrás—. Venga, ¿a qué esperas? ¿Te has rajado?

—No, pero no soy tan tonto. ¿De verdad crees que voy a picar? No me fio de ti, harás trampas.

—¿Entonces?

—Probaré con Ruth.

—¡No, no, no! Yo paso, chicos. —Se levantó rápidamente e intentó huir. ¡No podía besarlo, imposible! Dan se le estaba metiendo en la piel a pasos agigantados, si no lo evitaba, se convertiría en un problema porque lo suyo estaba orientado al fracaso.

Daniel se puso en pie y, dándole un tirón, la giró. Capturó su boca sin darle tiempo a reaccionar y jugueteó con ella, mordiéndosela y abriéndose paso con la lengua hasta subyugarla en pasionales caricias; cada embestida la hacía temblar de pies a cabeza, perdió el equilibrio y se agarró a él. En ese instante olvidó hasta su nombre, solo existían Dan y esa mágica boca. Ni siquiera reparó en las risitas de Bea, nada le importaba más que continuar, estaba a mil por hora, lo quería dentro de ella, sentirlo como sentía su lengua.

Dan se perdió en el juego que él mismo había comenzado; lo que pareció un beso como cualquier otro, se convirtió en una experiencia arrolladora que lo redujo al estatus de adolescente enamorado, perdió la compostura y la noción de todo cuanto le rodeaba. Solo existía ella, su Ruth. La mujer prohibida, la que más odiaba su familia, la que lo detestaría cuando supiese la verdad. Entonces lo rechazaría, y él perdería a la única que le habría importado realmente. De pronto, esa certeza cayó sobre él como agua fría. ¿Se había enamorado de ella? Terriblemente asustado con la idea, se apartó y se alejó.

—Madre mía, Dan, eres un vicioso —exclamó Bea.

—¿Qué dices? —Su voz sonó demasiado brusca, producto de su todavía gran confusión. Miró a Ruth y vio la tristeza en su rostro. Se odió por no revelarle quién era realmente.

—Que a ti te va la carne y el pescado, picarón.

—¡¡Bea!! —dijeron al unísono los otros. Ella rio y alzó las manos.

—Está bien, tú ganas. Hoy duermes con ella.

Ruth sentía la calidez del cuerpo que yacía a escasos centímetros de ella. Sacó el brazo de entre las sábanas de franela y toqueteó su móvil, la luz se encendió y comprobó la hora. Las tres. ¿Cuánto tiempo llevaba dando vueltas? Era incapaz de dormirse teniéndolo tan cerca. Ella, que destacaba por hacer cuanto le placiese sin medir las consecuencias, tenía que sostenerse con firmeza para no lanzarse sobre él como un animal salvaje. Y, para colmo, el beso. Ese subyugante momento la estaba martirizando, pues a cada hora lo recordaba, volvía a sentir la electricidad corriendo por su cuerpo, la emoción, la intensidad, las ganas de agarrarlo y... ¡Joder, estaba en celo!

Daniel notó cómo la joven se movía inquieta en la cama. Sonrió perversamente y, simulando que se acomodaba, volvió a acercarse un poco más. Fingiéndose dormido, dejó caer como al descuido una mano sobre su hombro, que lentamente fue deslizándose hasta encontrar la calidez de su pecho.

Ruth ahogó un gemido al sentir la invasión de esa mano. Giró el rostro y, tras comprobar que dormía profundamente, levantó sus dedos y apartó la tentación de su cuerpo. Sin embargo, y para su más absoluta desgracia, al dejar caer su brazo, este fue a parar a la zona más peligrosa de su cuerpo, que rápidamente se llenó de humedad. El pobre movió los dedos, que seguramente tenía entumecidos por el sueño, y ella tuvo que morderse el labio para evitar que un chillido de placer saliese de su boca. Cerró los ojos y contó ovejas, cuando no funcionó, pasó a los números, a las letras del abecedario...

Daniel se estaba divirtiendo de lo lindo, volvió a acariciarla y sintió cómo temblaba bajo su mano, vio que se ponía rígida y que se apartaba cuanto podía, casi rozando el límite de la cama. Pero, para ser justos, no era la única que sufría con ese juego, él estaba tan tieso que le dolía. Necesitaba hundirse en ella cuanto antes, en ese momento ni siquiera le importaba el jodido propósito que lo había traído hasta Dart Publicidad, quería a Ruth, ansiaba meterse en su interior, sentir su calidez. Decidió mandar a la mierda las últimas reservas que le quedaban y justo cuando se colocaba sobre ella, Ruth pegó un salto y voló de la cama.

—¿Ruth?

—Dan, perdóname, no quería molestarte. Sigue durmiendo, por favor.

—¿Qué haces ahí, de pie? ¿Estás bien?

«Pues no. Estoy cachonda y tú tienes la culpa, guapo, pero ni siquiera lo sabes porque estabas en el quinto sueño».

—Sí, sí, es que... Me ha dado un subidón de calor —carraspeó—. Voy a la cocina a tomar un vaso de agua a ver si me refresco. Tú sigue durmiendo.

—No tardes mucho, que mañana lo pasarás mal cuando suene la alarma.

—Sí, sí, en nada estoy aquí.

«Ja. Ni loca vuelvo a pasar por esa tortura china».

Recogió el móvil y salió de la habitación lo más rápido que pudo. Siguiendo un impulso, hizo una locura, ¿no decían que un clavo quitaba a otro? Pues bien, Tolley se encargaría de destornillar de su mente esa horrible obsesión. Buscó su nombre y le mandó un mensaje:

¡Hola, Rob! Lo he estado pensando y si todavía sigue en pie, acepto esa cena.
Espero tu respuesta. Un beso.

Daniel bostezó una vez más y siguió luchando por mantenerse despierto. Cuando notó que los párpados se le cerraban, se los sujetó, intentó distraerse con el móvil e incluso se puso música, quizá ese fue el error porque minutos después estaba sumido en la inconsciencia...

El sonido de su teléfono móvil penetró en su profundo sueño. Lentamente Daniel fue recobrándose y volviendo a la realidad. Arrugó el ceño al pensar en la noche anterior y se maldijo por haberse quedado dormido esperándola. Gruñó interiormente y sin abrir los ojos se estiró, comprobando con gran satisfacción que su brazo descansaba sobre el cuerpo de la joven. Sintiendo satisfecho, se pegó más a ella y acercó sus labios al cuello, rozándola. La espalda de Ruth tembló y de sus labios escapó un suave gemido. Decidido a acabar lo que habían empezado la noche anterior, acarició su costado, que estaba cubierto por la sábana. Otro gemido, esta vez, más ronco.

Y ese fue el pistoletazo de salida que necesitó Daniel, ¡se tiró a la piscina! Bajó la mano y tocó. Sus dedos buscaron la dulce feminidad, pero en su lugar agarraron un falo más tieso que una escoba. Abrió los ojos y chilló, su acompañante de cama lanzó un aullido lastimero, protestando por la pérdida de caricias. Dan se puso en pie, el otro también. Daniel huyó de allí mientras era perseguido por el maldito perro que había decidido convertir su vida en un infierno...

Al llegar al salón vio una nota de las chicas, por lo visto, habían ido a comprar desayuno. De la puerta principal se escucharon unos golpes, imaginó que serían las jóvenes y se acercó, pero antes de abrir se giró y gritó:

—¡Tony o dejas de morderme el camal o te juro que te escondo los chuletones un mes!
—El perro, poniendo cara de terror, lloriqueó y salió corriendo. Daniel rio y empuñó el pomo, girándolo. Extrañado, vio ante él a Carmen, la propietaria de la cabaña que habían alquilado y que vivía a tan solo unos pasos de allí.

—Hola, ¿sucede algo?

—Perdona la intromisión, es que mira. —Alzó el móvil—. Tengo a la espera a un tal Robert Tolley, se ve que ha buscado por internet y ha dado con mi número. Parece que le urge hablar con Ruth y según me ha contado le salta el contestador.

«¿Y ahora qué mierdas quiere este?», refunfuñó él.

—Ah, ya. Asuntos de trabajo. ¿Te importa que lo atienda?

—En absoluto, voy a aprovechar para coger unas cosas de uno de los cuartos e ir al servicio.

—Claro, pasa. —Ella le tendió su teléfono y Daniel, con voz afeminada, habló:

—¿Siiií? ¿Rob, eres tú?

—*Hola, perdona que te moleste y que haya liado a tu propietaria, es que me saltaba el buzón cada vez que te llamaba.*

—¿Ah, sí? Qué raro...

—¿Estás bien? Te noto la voz rara.

—¿Sí?

—*No sé, igual es por la cobertura, te escucho de forma entrecortada. Bueno, te llamaba para invitarte a salir esta noche, sé que llegas de viaje y que debería esperar, pero estoy impaciente, no puedes culparme después del mensaje de ayer, todavía no me creo que hayas aceptado mi cita. Igual me estoy apresurando, pero, ¿te apetece cenar hoy? Conozco un italiano maravilloso. Si me dices que no, lo entenderé.*

—Hombre, no me lo esperaba.

—¿Demasiado pronto?

—No sé, no creía que te iban estas cosas...

—*Contigo quiero que sea especial.*

—Bueno, si insistes...

—¿Lo aplazamos?

«Que te crees tú eso».

—No, no. Hoy.

—¿A qué hora te recojo?

—Mejor acudo yo, que tengo que ir a varios sitios antes. Dame la dirección.

—*Pues apunta: calle Ciscar número 23, en el barrio de Cánovas.*

—Vale.

—¡Perfecto! Te espero allí a las nueve, no me falles. Contaré las horas que quedan para verte...

—Y yo, y yo —musitó lanzando una risita.

Se despidieron, y Dani se concentró en elaborar sus siguientes pasos. El día pasó volando y cuando se quiso dar cuenta, ya habían regresado. Llamó a su cuñada y la obligó a prestarle el vestido más llamativo que tuviese. Ella se negó a ayudarlo hasta que le confesó su plan. Entonces, muerta de la risa, lo preparó.

Eran las nueve cuando Daniel entraba por el restaurante italiano vestido de rojo, con los labios del mismo color y largas pestañas postizas. Los tacones, demasiado altos para su gusto, eran de tonalidad negra, a juego con el bolso. Divisó a su víctima en la mesa del fondo y, cuando pudo recuperar la compostura y aguantar la risa, lo llamó desde la entrada:

—¡¡¡Yuuuujuuuuu!!! —Movié la mano frenéticamente, agitando un pañuelo.

Tolley lo vio y arrugó el ceño, giró el rostro y buscó por los alrededores a ver a quién saludaba el entrometido ayudante de Ruth. ¡Qué mala pata que hubiesen coincidido! El tipo seguía saludando y lo hacía en su dirección. Lo vio acercarse. ¿Significaba eso que Ruth no iría? O peor aún, que él se sumaría a la cena...

—Dan, ¿qué haces aquí? —El otro levantó una ceja y apoyó una mano sobre el pecho, abriendo la boca exageradamente.

—¿Cómo que qué hago aquí? Pues cenar, *tonti*. —Tomó asiento frente a él, sacudió la servilleta de tela blanca y la puso sobre sus piernas. Cogió la carta y fingió examinarla cuando realmente ocultaba su risa; mataría por immortalizar la cara del pesado ese cuando lo vio aparecer—. ¿Me recomiendas algo, querido?

—¡Un momento! Creo que hay un error. Yo no he quedado contigo.

—Claro que sí, cariño.

—Que no. ¡Estoy esperando a tu jefa!

—¿A Ruth? ¿Y qué pinta ella en nuestra cita?

—¿¡¡¡¡Nuestra qué!!!!?

—¿Te ha entrado el miedillo, no?

—¿Cómo?

—¿Es por el vestido? Mira, igual me he pasado, pero como has dicho elegante, pues he desenfundado las galas.

—¡Me va a dar algo!

—Qué va, tú relájate y disfruta, que la primera vez siempre es así.

—¿¡La qué!?

—Tranquilo, seguro que lo haces muy bien.

—¿¡¡¡El qué!!!? —¿¡De qué hablaba ese tío!? Si le estaba proponiendo algo sexual... Robert sintió pinchazos en la sien, se iba a desmayar.

—Salir del armario, *bobi*. ¿Qué te creías que era? —Daniel sonrió; rápidamente respiró hondo e intentó controlar la risa—. ¿Quieres que te dé un beso? Igual así te calmas y compruebas que no muerdo, bueno, quizá sí, no me tientes, granujilla...

—¡Joder, que me da!

—¿Tienes calor? ¿Salimos a tomar el aire?

—¡¡No!! ¿¡Y Ruth!?

—Y dale, que la jefa está en su casa.

—¿Y por qué no ha venido?

—¿Para qué?

—¡He quedado con ella! Hablamos esta mañana. —Daniel gesticuló exageradamente y negó con la cabeza.

—No. Ha sido conmigo.

—¿¡Qué!?

—Era yo. Carmen, la propietaria, me pasó tu llamada. Me has invitado a cenar y aquí estoy. Ruth se ha puesto muy contenta, se alegra por nosotros —mintió.

Robert se mesó el cabello, agobiadísimo.

—La que he liado...

—Hola. —Una chica muy bonita se acercó a la mesa.

—¡Silvia, qué coincidencia más grande!

—Pero si me has llamado tú...

Daniel lanzó una carcajada y dio un puñetazo en la mesa.

—Qué graciosa. —Se levantó y la abrazó. Al oído le susurró: «sígueme el rollo»—. Oye, ¿con quién has venido? Ay, no me digas que ese idiota te ha vuelto a dar plantón. —Miró a Tolley y le explicó—. Es que se ve con un tío que es un picaflor. Pero bueno, qué maleducado; Rob, cariño, te presento a la encantadora Silvia, la compañera de piso y amiga de Ruth. Este es mi chico.

—¡De eso nada!

—Cierto, estamos en ello. Yo todavía no he cedido, pero por la forma en que me ha mirado y el agobio que lleva... Me da que este quiere hacer *touchdown* con mis pelotitas.

—¡¡Yo no quiero nada contigo!! Oye, lo siento, pero ha habido un error.

Dan se fingió extremadamente ofendido.

—¿Es que te da miedo dar el paso?

—¡NO! Es que me gustan las mujeres, sobre todo, si son tan hermosas como ella — chilló Tolley perdiendo los papeles ante la situación.

La mujer abrió los ojos y lo examinó minuciosamente. Robert, consciente de sus arrebatadas palabras, fue a disculparse, pero no emitió sonido. Se perdió en la profundidad de esos ojos de mirada perdida, en ese rostro de muñequita y en esa figura de infarto, y se sintió sumamente atraído, de una forma escandalosa. Ni quiera con Ruth había experimentado lo mismo. Esto era puro fuego, una atracción sexual descontrolada. Y por lo visto, no era el único que lo sentía porque ella se ruborizó intensamente y bajó la mirada.

—¡Traidor! —Dan se levantó y cogió a Silvia del brazo, sentándola en su lugar—. Será mejor que te quedes tú, querida, que por lo visto has llamado su atención. —Le guiñó el ojo, y ella en ese momento comprendió a qué se refería su extraño mensaje: «Te espero en el restaurante italiano de la calle Ciscar del barrio Cánovas, tengo una sorpresa que te encantará. Ya es hora de que te abras a nuevos horizontes, y tengo al candidato ideal. Nos vemos a las nueve y cuarto, no faltes y ponte guapa, que va a ser una noche inolvidable». Ese casamentero había liado todo aquello para conseguirle una cita. Su plan era retorcido, pero viendo el potencial del candidato, quizá hasta se lo tendría que agradecer...

—Siento el espectáculo —dijo Robert cuando el ayudante se hubo marchado—. Ha habido un malentendido y...

—Yo no debería estar aquí, creo que conmigo también hubo una confusión.

—¿No esperas a nadie?

—No.

—Entonces, ya que estamos solos y que dentro de muy poco traerán grandes cantidades de comida, ¿qué te parece si cenamos? —propuso él, le ofreció su mano mientras se presentaba. Silvia se la estrechó—. Me llamo Robert Tolley.

—¿El cliente buenorro de Dart? —Se tapó la boca, horrorizada—. Lo siento, yo...

Robert lanzó una carcajada y cogió su vaso de vino tinto, bebió un trago mientras la devoraba con los ojos. La noche prometía y mucho.

La semana iba ya por el meridiano y Ruth seguía sin tener noticias de Mauricio Salinas. El propietario de Rarax no había aparecido para firmar el contrato, tal y como había acordado con Roig. Y este tampoco se había presentado en la agencia desde el lunes. Hasta la Hiena estaba desaparecida.

¿Habría cumplido el señor Álvarez con lo pactado? Por las ausencias que estaba observando, se podría decir que sí. Por su parte, pensaba mantener en secreto sus averiguaciones, de nada serviría pisotear la reputación de su jefa y de Roig si estos ya habían sido apartados de la agencia.

De reojo observó a Dan y se repitió que con él también debía guardar silencio, no tenía sentido preocuparlo. Vio como sonreía de algo que leía en su móvil y sintió un cosquilleo en el estómago. Últimamente vestía clásico, sin esas ropas estrafalarias del principio. Ahora llevaba unos vaqueros azul oscuro, un polo negro que marcaba su esculpido cuerpo y el cabello libre de gomina. ¡Qué guapo era! Una delicia para la vista y un pecado para el corazón.

Sin embargo, no solo era su atractivo lo que la atraía, también estaba esa forma peculiar de ver el mundo, esa afinidad que compartían, la extraña magia que los envolvía cuando estaban juntos y la complicidad.

En sus veintiocho años de vida, jamás se sintió de tal manera con ningún otro hombre. ¿Sería por su homosexualidad? Igual lo veía como una amiga y por eso se notaba cercana a él... No, en el fondo de su alma sabía la verdad. Por alguna extraña razón que no acertaba a comprender, el Dan que ahora mismo tenía frente a ella, ese que era sincero, divertido, amable, caballeroso y sumamente irresistible, la volvía loca. Hasta el punto de que podría haberse enamorado de él, tirando a la basura sus reservas, ignorando su ética laboral que le prohibía mantener relaciones en el trabajo. Si no fuese porque era del todo imposible, Ruth habría derribado de una patada la barrera que ella misma erguía y se habría lanzado a sus brazos, apostando su frágil corazón. Pero, por suerte para ella, Dan estaba lejos de ser un auténtico peligro...

El teléfono de su despacho sonó sacándola de sus cavilaciones. Dan lo cogió:

—Despacho de la directora creativa más mega chachi de Dart, dígame. —Guardó silencio—. Sí, ajá. Vale, vale. Un segundo que lo apunto. ¿Yo también? —Abrió la boca y lanzó una carcajada—. Por supuesto. Claro, no faltaré. —Colgó.

Ruth alzó una ceja y lo miró.

—¿Quién era?

—Tu madre.

—Nos ha invitado a una barbacoa el viernes.

—¿A ti también? —Él asintió—. Pues mañana tendremos que apretar si queremos salir antes el viernes.

—A sus órdenes, jefa.

—¿Ya has llamado a la niña?

—Sí. Me lo ha cogido su simpático ayudante, lo he invitado.

—¿Y eso? —Enri la miró extrañado—. No estarás planeando nada raro...

—Claro que no.

—Adela...

—¡Mira, Riri, si ese hombre es gay, yo soy Rita la Cantaora!!

—¿Otra vez con lo mismo?

—¡Sí!! Mi instinto me dice que hay gato encerrado.

—¿Y según tú por qué diantres iba a hacerse pasar por homosexual ese joven si no lo es?

—Todavía no tengo todas las respuestas, pero lo averiguaré.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada.

—Adi...

—Bueno, digamos que le voy a poner la miel en los labios, y si realmente es lo que afirma y yo estoy equivocada, no tendrá nada que temer, ¿no?

—Cuando te pones así, das más miedo que Nico y Sara juntos en un juicio.

Ella lanzó una carcajada y se tiró sobre él, tumbándolo en la cama.

—¿Y así te gusta que me ponga? —Le besó el cuello.

—Siempre...

Daniel volvió a mirarse en el espejo del coche de Ruth. Ella rio.

—Estás exactamente igual que hace un minuto.

—No debí hacerte caso, ¡mira que venir en chándal! Con lo divino que iba...

—¡Trajeado! Por Dios, Dan, que es una comida en el chalet de mi madre. Si llegas a

aparecer así, Nicolás se habría reído de ti toda la mañana.

—Está bien —refunfuñó.

Bajaron del coche y se dirigieron a la entrada. Tocaron, y al cabo de unos segundos, los propietarios les abrieron.

—¡Ruth! ¿Qué haces vestida así?

Daniel observó el vestido azul de Adela y los pantalones de pana de Enrique Rico y fulminó con la mirada a la joven.

—Con que comida de campo, ¿eh?

—¡Pero, mamá! ¿Por qué vais tan arreglados? Dan me va a dar la murga toda la semana, lo he hecho cambiarse a posta. En tu mensaje dijiste que viniésemos muy cómodos. —Gesticuló hacia sí misma—. Y así vamos.

—Cómodos, no con esas fachas, que hoy es un día importante.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

Bueno, pues aparte de que estamos festejando nuestro regreso, tenemos una noticia que daros.

—¿Lo que me comentaste por *email*?

—Sí.

—Yo pensaba que era el tatuaje, no creas que no lo he visto. —Adela sonrió y guiñó un ojo a su esposo. Ante la confusión de Daniel, mostró la muñeca donde tenía medio corazón, Enrique se arremangó y en la suya se vio la parte que complementaba al dibujo de su mujer.

—Compartimos un mismo corazón —afirmó Adela, abrazándolo. Daniel sonrió, enternecido ante el amor que se procesaban esos dos. ¿Algún día sentiría él algo así? Sus ojos se desviaron hacia la morena.

—¿Entonces?

—Ruth, no seas impaciente. A ver si ahora que he hecho esperar a todos voy a contártelo a ti sola. No, quiero dar la noticia a la familia junta.

—Eso es malo. Mamá, tú eres fan de dar bombazos colectivos. ¡Qué miedo! Espero que no hayáis decidido vender la casa e iros de mochileros por el mundo.

—¡Qué cosas tienes, hija! Jamás se me ocurriría algo así.

—Lo mismo decías de las rastras, los tatuajes, los piercing...

—Vale, vale. Admito que me gusta experimentar, pero créeme cuando te digo que estás

muy lejos de la verdad.

—Está bien, pues vayamos con todos.

—De eso nada. Pienso hacer fotos y no quiero que aparezcáis así. Ve a mi habitación a cambiarte, ponte mi vestido azul cielo de flores. ¡Te quedará ideal! Y tú. —Miró a Daniel—. Sígueme.

Ruth se dirigió a la habitación de su madre y comenzó a cambiarse. Daniel fue conducido por Adela hacia una habitación pequeña. La mujer sacó del armario unos pantalones vaqueros y se los ofreció.

—Te quedarán bien, son de Nicolás.

—¿No le importará?

—Qué va, ni se acuerda de ellos.

Adela rio interiormente. Si supiese que se los había comprado esa misma mañana...

—Vale. —Ella simuló que rebuscaba en el armario y con cara de sorpresa se dio un golpecito en la frente—. ¡Qué tonta! Si el suéter que te iba a dejar está en mi habitación. Venga, vayamos al otro cuarto.

—¿No está Ruth cambiándose?

Ella comenzó a andar y justo cuando iba a abrir la puerta, él la cogió del brazo.

—Sí, ¿y qué?

—Deberíamos esperar a que acabe. No tengo prisa.

—Uy, qué tontería. Ni que tú te fueses a asustar por eso. Además, a ella no le importará, siempre dice que tenéis una relación muy estrecha...

—Ya, pero...

—¡Tonterías!

Adela abrió la puerta, Ruth se giró asustada, Dan entró y enmudeció. La joven estaba ante él desnuda, con tan solo el tanga. Dos pechos preciosos se alzaban erguidos ante su mirada, y él tuvo que obligarse a respirar. Inconscientemente, tragó saliva.

Adela sonrió triunfante. Ya tenía su respuesta. Ese impostor era tan gay como ella, se guardaría sus sospechas por el momento para ver en qué desembocaba toda esa farsa. Pero por el momento los torturaría un poquito, empujándolos. Desde que lo vio algo se lo dijo, ese era su futuro yerno.

—¡¡¡Mamá!!! ¿¡Cómo se te ocurre abrir así?

—No te escandalices tanto, solo son tetas. Aquí todos tenemos, no eres la única.

Además, es Dan.

—¿¡Y qué!?

—Bueno, cariño, es como una amiga, ¿no? Tú misma lo decías.

—Sí, pero...

—Venga, déjanos pasar, que hemos venido a por un suéter. —Se acercó al armario y lo cogió—. No me mires así, la culpa es tuya por tener esa manía de no usar sostén con chándal. Dan, salgamos, que Ruth está de mala uva. —Se alejó hablándole—. A que tú tampoco lo ves tan grave, si yo de normal voy desnuda por casa, es algo natural...

Daniel no le contestó. No podía concentrarse en nada más, pues seguía visualizando esas turgentes y maravillosas redondeces que se moría por probar. Sintió cómo se le endurecía el pene y dio gracias de llevar ropa ancha. Tendría que darse una ducha fría antes de bajar con el resto de invitados...

Ruth saludó a todos los presentes. Primero, a Sara y Nico, luego al hermano de su padrastro y antiguo jefe de su hermana, Alfonso Rico, y a su mujer Amparo. A Bea, que charlaba animadamente con Andrea, la hermana de Nicolás. Y por último a su tesorito, su sobrina Sofía. La cogió y le hizo carantoñas hasta que vio aparecer a Daniel, vestido con la ropa que le había dejado su madre. Lo devoró con los ojos, sintiéndose enrojecer. Todavía recordaba su rostro, el deseo que por un momento creyó leer en él. Era una locura, sin embargo, no podía quitárselo de la cabeza.

—Deja de babear o lo notará.

Ruth apartó la mirada y levantó la cabeza, hallando ante ella a sus dos amigas.

—No sé de qué hablas.

—Ya. Te he visto radiografiando a tu ayudante.

—Bea dice que te pone —afirmó, sonriente, Andrea, sentándose a su lado y arrebatándole a su sobrina.

—¿¡Qué!?! ¿Estáis locas? ¡Eso es imposible! ¿Os recuerdo que, además de trabajar para mí, lo cual ya lo convierte en alguien imposible, es homosexual?

—¿Y qué?

—A ver, Bea, razona.

—Te pone y puedes negarlo una y otra vez, pero las dos lo sabemos.

Andrea asintió.

—¿Tú también, Andy?

—Lo siento, Ruth, pero después del beso y de verte mirarlo así...

—¡¡Se lo has contado!! —acusó a Bea.

—Claro. ¿No creerías que podría callarme algo así?

—Menuda amiga, imagino que Sara también lo sabe.

—¿Qué sé? —dijo esta acercándose.

—El morreo que le plantó tu hermana al ayudante.

—Ah, ya. Estuve pensando en eso, Bea, y quizá tienes razón y es bisexual.

—¿Quién? —preguntó Adela reuniéndose con las chicas.

—Dan —le contestó Sara.

—Ah, ¿habláis de lo del viaje a la nieve?

Ruth se puso en pie furiosa, señalándolas a todas.

—Vale, lo capto, soy la noticia del día. ¿Hay alguien que no lo sepa?

—Cariño, no te enfades. ¿Por qué no se lo confieras?

—¿Él qué?

—Que te gusta —manifestó Sara.

—Te atrae —susurró Andrea.

—Mueve tus esquemas... —sonrió Adela.

—Que te lo quieres follar, tía.

—¡¡¡Bea!!! —gritaron todas.

—¿Qué? ¿A caso es mentira?

—¡Es gay! ¡¡¡Gay!!! Parecéis olvidarlo.

—Chica, tú díselo, que igual es morbosillo y le hace.

—Cállate, Bea, y el resto también. Mamá, o dices de una vez para qué nos habéis reunido o me voy.

Adela se levantó y los llamó a todos.

Daniel se acercó a la mesa y se colocó a la altura de Nicolás para saludarlo.

—Por cierto, gracias.

—¿Por qué?

—Los pantalones, me has salvado, tío. Menos mal que me han entrado. —Nicolás frunció el ceño y miró los vaqueros, sin entenderle—. Te debo una. —Le dio una palmada y se aproximó a los anfitriones que ahora pedían silencio. Adela se subió a una mesa y,

muy sonriente, comenzó:

—Queridos familiares y amigos... Os hemos reunido aquí para contaros que... —Calló mientras los observaba.

—¿Mamá? —Ruth la incitó.

—Papá, ¿qué pasa? —Andrea le tocó la mano, y él le besó la mejilla.

—¡Me cago en la puta, que hable alguien, que me va a dar algo! —gruñó Bea.

Sara rio y abrazó a su amiga, que estaba comiéndose las uñas.

Adela miró a su marido, Enrique le sonrió y juntos pronunciaron:

—¡¡Vamos a ser papás!!

—¿¡Cómo!?! —Sara no daba crédito. Abría y cerraba la boca mientras se desordenaba el cabello. Nicolás, a su lado, se sentó. Su hija le estiró del pelo y él ni siquiera fue consciente. Alfonso comenzó a emitir ruiditos y Amparo le abanicó con uno de los platos de plástico servidos en la mesa.

—Eso es imposible —negó Ruth con la cabeza.

—Papá, tiene que ser un error. —Andrea lo miró preocupada.

Daniel se alejó unos pasos de la escena y, dándoles la espalda, se sentó en el borde de la piscina, se quitó la zapatilla, el calcetín y jugueteó con el agua.

—A mí me da que esto es un embarazo psicológico —expresó Bea con su habitual naturalidad—. A mi perra le pasó, la pobre deseaba tanto quedarse que se lo imaginaba.

—Bea, ¿me estás llamando loca?

—Hombre, no. Pero igual te has confundido... Puede que estés más hinchada o, mira, del viaje habrás engordado algo.

—¿¡Me estás llamando gorda!?!

—No, no. —Se alejó de esa mirada colérica—. Mejor me callo.

—Mira, mamá, no te ofendas, pero tú ya tienes una edad e igual Bea está en lo cierto y ha sido una confusión. Seguro que hay una explicación plausible.

—Sara, cariño, todavía no se me ha ido la chaveta. Vamos a ser padres de un hermoso niño de dos años.

—¿Vais a adoptarlo?

—Una amiga mía está en una asociación y me habló de él. Tiene dos añitos, es precioso y ha estado en acogida. Lo conocí y me enamoré de él, le dije que tras el viaje lo cuidaríamos nosotros hasta que encontrasen una familia para él. Luego, Enrique pudo tratarlo y también quedó prendado de su dulzura. Hemos estado pensándolo mucho y queremos ser nosotros los que lo adoptemos.

—Vaya. —Ruth se dejó caer al lado de Nicolás, lo miró y vio la sorpresa reflejada en su rostro. Ambos sonriendo a la vez—. ¡Voy a tener un hermanito!

—¡Y yo! —exclamó Nicolás.

—Papá —Andrea dio una palmada, parecía contenta—, te ayudaré en todo lo que necesites hasta que me marche. Me quedan tres semanas, podríamos decorarle la habitación.

—Gracias, cariño.

—¿Cuándo llega? —preguntó Ruth.

—Todavía no lo sabemos. Primero, estará en acogida con nosotros, y luego comenzaremos con el papeleo de la adopción —contestó Adela feliz.

—Hermano —dijo Alfonso—. Para cualquier tema legal, pongo a vuestra disposición mi bufete y, por supuesto, mi ayuda. Aquí me tienes. —Le dio una palmada en el hombro—. Te admiro. Amparo y yo sopesamos la idea durante mucho tiempo, pero al final nos resignamos a no tener niños. Quizá —miró los húmedos ojos de su esposa y le puso un brazo por los hombros— debíamos habérselo planteado.

—Gracias —respondió Enrique, sonriéndole.

—Seremos unos tíos estupendos —exclamó Amparo.

—Yo también me alegro mucho —susurró Bea desde una esquina. Adela le guiñó un ojo y, acercándose, la estrujó. Se dieron un beso en la mejilla, símbolo del cariño que se tenían.

—Mamá, ¿lo has pensado bien?—intervino Sara con el rostro demudado de seriedad—. A vuestra edad, un niño puede ser muy duro. Y ahora que ya no tenéis responsabilidades familiares, volver a sumergiros en todo eso es una locura. Yo misma acabo cansada con Sofía, y soy más joven.

—Sara Lago Maldonado, si he podido criarte a ti con los problemas que me has dado, lo haré bien ahora.

—¿Yo? Siempre he sido responsable y comedida.

—Ay, sí. Demasiado, hija. No sé a quién te pareces, porque a mí no.

Ruth reía al contemplar la discusión que era ya un habitual en esa casa, pues su hermana era sumamente diferente a su alocada madre, quien se parecía más a ella. O, al menos, antes, porque últimamente, con tanto trabajo, su vida social había quedado relegada a la nada. Y todo por la pesada Hiena que no la dejaba ni a sol ni a sombra. De pronto, como conjurada por sus pensamientos, apareció Mavi en su teléfono. «¿Qué quiere?». Respondió temiéndose que fuese una llamada para reprocharle su intervención en el caso Rarax.

Se aproximó a la piscina, alejándose del barullo que creaba el resto.

—¿Sí?

—Ruth, por fin. Te he llamado unas veinte veces por lo menos. ¿Dónde te habías metido? ¿Y por qué apagas el móvil? Te dije que quiero absoluta disponibilidad contigo, tienes que estar cuando te necesito, si no, ¿para qué te quiero?

—Estoy en el chalet de mis padres, Mavi. No hay mucha cobertura por aquí.

—*No me importa dónde estás ni lo que haces. Lo único que deseo de ti es que estés en la estación de tren en una hora, te vienes a Girona hasta el lunes. Ah, y localiza al atontado de tu ayudante, que también está invitado. Os he sacado dos billetes, los tienes en el correo, imprímelos y vuela.*

—Pero, ¿tú estás allí?

—*Pues claro, necia, ¿dónde si no? A ver si te crees que no he aparecido por la agencia en una semana porque estaba en un balneario. Me traje a Alfredo y hemos ultimado los preparativos para la inauguración de este sábado.*

—¿No era la que viene?

—*¿¡Alguna vez lees los emails!? He mandado uno a toda la empresa para comunicar el cambio de planes. Mañana por la noche abriremos al público y a los medios, será uno de los eventos más significativos de la ciudad. Toda la prensa estará presente y, por supuesto, las gentes más influyentes, así que ve a comprarte algo adecuado para la ocasión, no quiero que me dejes en ridículo. Querrán conocerte.*

—¿A mí?

—*¡En qué mundo vives, Ruth! Vas a ser la responsable de Valencia, tendré que presentarte a muchos de nuestros clientes para que sepan quién va a asumir mis funciones.*

«Tus funciones las asumí hace tiempo, solo que sigue figurando tu nombre».

—*Ah —continuó la otra—, déjale bien claro a ese fante de Dan que nada de ridiculeces, aunque le entre urticaria, ha de ir con esmoquin. Él estará allí solo para figurar y actuar de acompañante tuyo. No quiero que se te vea tan sola, darías mala imagen.*

«¿Y quién te ha dicho a ti, bruja, que iría sola?», refunfuñó Ruth. Vale, que sí lo haría, pero que ella lo dijese le repateaba.

—¿Algo más?

—*No, creo que eso todo. Recuerda que a las siete sale el tren, más te vale estar allí. Tomaros la mañana libre, podríais recorrer la ciudad y empaparos un poquito de su cultura e historia, así por la noche podrás desenvolverte mejor con los invitados, odiaría que me dejases en mal lugar. ¡Ni se te ocurra avergonzarme!*

«Esta tía es gilipollas. Será que ella posee gran don de palabra...».

—Bien, Mavi —pronunció con los labios apretados—. ¿El alojamiento lo has reservado o cogemos algo?

—*Lo paga la empresa.*

—Ya. Me imagino. —«Y seguro que has seleccionado lo más cutre posible, con lo rúcana que eres». Sus siguientes palabras confirmaron esas sospechas.

—*Hostal Green, ubicado en el corazón del centro histórico, a tan solo cien metros de la catedral.* —Su voz sonó monótona. Ruth imaginó que lo estaba leyendo de alguna propaganda—. *Es muy fashion y, además, está genial de precio. Alfredo me lo recomendó.*

—¿Lo ha elegido él!? —preguntó enfadada, alzando el tono.

—Sí, ¿pasa algo?

—No, nada, que ya me hago una idea de lo bonito que será.

Al otro lado del teléfono, Mavi soltó una carcajada.

—*Nunca entenderé esa rivalidad absurda que os lleváis. Si pusieseis el mismo empeño en la empresa que al pisotearos, seríamos la número uno del país.*

—Somos la número uno.

—*Entonces, del mundo. Bueno, te dejo. Nos vemos mañana en la nueva agencia, a las nueve. Y recuerda, bien mona, y el otro, que se apañe con lo que pueda, recemos para que pueda mejorar, aunque lo dudo mucho.*

Ruth desvió los ojos hacia Dan, que estaba mirándola desde abajo.

—Él es muy atractivo cuando se lo propone. —Se sonrieron.

Daniel le guiñó un ojo, con la boca preguntó: «¿quién es?». Ruth puso los ojos en blanco y sus labios se movieron pronunciando sin sonido: «*La Hiena*». Él dibujó una pistola con los dedos y se la puso en la sien, simuló un disparo y se dejó caer hacia atrás. Ella aguantó una carcajada.

—*Pues que se lo proponga, Ruth, a ver si por una vez no va haciendo el ridículo.* —Y colgó sin más despedidas.

En cuanto la joven apartó el móvil de la oreja, Daniel se puso en pie.

—¿Qué te ha dicho?

—Tenemos una hora para coger el tren. Nos vamos a Girona, a la inauguración de la nueva agencia. Al parecer, lo han adelantado. Tú serás mi acompañante, la bruja piensa que soy incapaz de conseguir a alguien y quiere asegurarse que no iré sola. —Rio.

Daniel sonrió, impaciente por el viaje. Por una vez, Mavi García les había hecho mucho bien.

—¿A qué hora sale el tren?

—A las siete.

—¡Esa mujer está loca! ¿Sabe que son cinco horas de viaje?

—Ya la conoces. Venga, despedámonos. Estaremos hasta el lunes, cógete cualquier cosa y mañana vamos de compras a primera hora. ¿Tienes ropa de etiqueta? Que sea clásico.

—¿Te refieres a traje sin adornos estrafalarios, puntillas y tonos rosas?

—Algo así —dijo ella sonriente.

—Creo que podré encontrar alguna cosilla por el armario. —Rio él

Los dos jóvenes se despidieron del resto y marcharon a pesar de las protestas de Adela y de las maldiciones que Bea le echó a Mavi. Rápidamente hicieron las bolsas de viaje y se reunieron en la estación. Daniel llamó a su hermano para informarle de sus planes, pero no se lo cogió. Le dejó un mensaje en el contestador y volvió a disculparse por chafarle lo de Tolley.

Después, llamó a su padre, que enseguida le recomendó ponerse las pilas y no volverla a cagar, y por último, a su madre, que fue la única que se despidió decentemente de él. Por WhatsApp le mandó una captura que había hecho con su móvil del tiempo que pronosticaban para ese fin de semana en Girona y le recomendó que se abrigase y disfrutase: «Olvídate de las agencias y pásatelo bien. Ven a verme a la vuelta y me cuentas todos los detalles, que últimamente me tienes olvidada, cariño». Daniel le aseguró que así sería.

El trayecto se les hizo corto a pesar de su duración. Dan extrajo su Tablet nada más sentarse y amenizó el camino con dos películas. Intentaron buscar el hostel por Google y Facebook, pero no hubo señales de su existencia. Ruth bromeó incluso con que fuese un hotel fantasma o una invención de Roig para dejarlos en la calle.

Sin embargo, cuando llegaron a su destino, observaron que sí era cierta su existencia y que era mucho más horripilante de lo que ambos imaginaron. La pared lucía sin casi pintura y estaba corroída por el paso del tiempo. Las persianas de las ventanas, caídas o rotas. Las puertas, astilladas, y la fachada estaba proyectada con sombras que le daban un aspecto escalofriante, producto de la mala iluminación de la calle.

En el centro de la entrada del hostel, un gigantesco cartel anunciaba: «Empujar. Abierto 24 h».

Empujaron la pesada puerta de madera, que chirrió como quejándose de su intrusión, y se adentraron. Daniel puso una mano sobre el hombro de Ruth al sentirla estremecerse y la estrechó junto a su cuerpo. La estancia olía a moho.

Una anciana, casi calva y con más arrugas que años, abrió la boca en lo que podría ser una sonrisa de bienvenida si no fuese por ese diente solitario que le bailó al saludarlos.

—¡Buenas noonooches, queridos!

—Parece una bruja de cuento —susurró Daniel.

Ruth rio y, a su vez, le murmuró:

—Si no fuese porque es tardísimo, te diría de echar a correr y huir de aquí. —La señora los miraba fijamente, todavía sonriendo—. Tenemos una reserva a nombre de Ruth Lago y Dan Argüelles.

Tras observarlos unos segundos, se agachó de un salto. Daniel frunció el ceño y se asomó sobre el mostrador, la vio toqueteando papeles y, cuando iba a apartarse, ella se puso de pie, mostrando una agilidad que no parecía real dado su aspecto físico.

—A ver... —Sacó una enorme libreta de anotaciones y pasó páginas durante un buen rato, leyendo el contenido con gran tranquilidad. Daniel dejó la mochila en el suelo, y Ruth lo imitó con su maleta—. ¡Sí, aquí está!

—Perfecto pues...

—¡Un momento! Solo consta un registro, el suyo. Habitación para dos.

—¡Será tacaña! —protestó Ruth aludiendo a Mavi, que se había ahorrado pagar otro cuarto colocándolos en la misma—. Habrán dos camas separadas al menos. —La anciana negó con la cabeza y los pocos pelos blancos que tenía se revolotearon.

—Tranquila, dormiré en el sofá.

—No, hombre, seguro que apretándonos cogemos los dos en la cama, que te apuesto lo que sea que no será muy grande.

La abuela lanzó una carcajada al escuchar el tono perentorio de la joven. Daniel comenzó a sentir calor bajo las ropas que Adela le prestó. ¿Toda una noche con Ruth? ¿Es que acaso el destino creía que era de piedra? Ningún hombre sería capaz de aguantar lo que él estaba soportando últimamente.

—Seguidme —les indicó la abuelita, que comenzó a subir lentamente los escalones hasta el segundo piso. Les dio una llave de esas antiguas y les indicó el número de puerta, la seis. Cuando hubo desaparecido, Daniel abrió. Y sus últimas esperanzas de encontrar un interior distinto se esfumaron. La habitación era casi peor al resto y encima la luz parpadeaba.

Una pequeña cama maltrecha decoraba la estancia, que casi estaba vacía salvo por una televisión de los años 70, una mesita de madera roída con un cajón desencajado, una lámpara que daba pena y una ventana con la persiana descolgada.

—Vaya, ¡qué palacio! —ironizó Ruth.

—Me da que lo del sofá es imposible. —Ella rio y observó la cama que, a pesar de tener muy mala pinta, parecía grande.

—Al menos hay baño en la habitación —dijo Ruth al abrir una puerta y encontrarse con una pila pequeña, una ducha y un inodoro antiguo.

—Sí... ¿Qué lado te parece más apetitoso?

—El que menos odies tú, para mí.

—Venga, me quedo en el de la ventana.

—¿Habrás enchufe? No tengo casi batería y seguro que mañana Mavi me bombardea a llamadas.

Daniel se agachó por la habitación y descubrió uno tras la mesita.

—Aquí, dame.

Ella le pasó el móvil mientras bostezaba.

—Tengo tanto sueño que no me pondría ni el pijama....

Se lanzó a la cama en el mismo instante en que Daniel conectaba el móvil. El desastre fue monumental: tras un estruendoso sonido, la habitación se quedó a oscuras y Ruth aterrizó sobre el suelo; la cama se había partido en dos. Daniel corrió en su busca y enfocó con la linterna de su teléfono.

—¡¡Ruth!! ¿Estás bien?

Ella lo miró con ojos risueños y asintió, luego comenzó a reír y así estuvieron hasta que les entró el sueño. Acurrucados, en el suelo.

La luz del nuevo día despertó a la joven, que comenzó a sentir unas intensas ganas de orinar. Se levantó con cuidado de no despertar a Dan y se puso de pie, desperezándose y gimiendo por todas las articulaciones contraídas. Sentía como si la hubiesen atropellado la noche anterior.

De puntillas fue hasta el baño y abrió. Lanzó un grito tan aterrador que Dan se levantó de un salto y corrió a su rescate temiéndose lo peor. Al llegar a su altura, miró anonadado a ese hombre, de grandes magnitudes, sobre todo en el estómago. Vestía tan solo un tanga de leopardo, llevaba un hilo dental colgando de la boca y se estaba rascando la peluda axila. Después de frotársela, les ofreció la mano a modo de saludo. Ruth pestañeó, anonadada.

—¿Qué pasa? ¿Es que nunca habéis visto a nadie en calzones? —se quejó el intruso con el cual compartían baño, en vista de la otra puerta abierta que daba a su habitación.

La joven se giró hacia Daniel y, con los ojos plagados de terror, chilló:

—¡Vámonos de aquí!, ¡¡¡YA!!!

La mañana la pasaron de tienda en tienda, y Ruth seguía sin encontrar el vestido perfecto. En su maleta tenía algunas opciones válidas que pasarían por el ojo avizor de Mavi, pero a ella no le convencían.

Entraron en otra boutique y tras comentar con la dependienta la idea que llevaba en mente, esperó hasta que esta le buscara algunas prendas. Dan aprovechó para sentarse en un sofá blanco que había frente a los probadores y cogió una de las revistas que descansaban sobre la mesa.

La chica, Lorena le dijo que se llamaba, le entregó un precioso vestido rosa palo de satén, con escote pronunciado y espalda al aire. Los tirantes tenían diamantes de imitación incrustados y se cerraban en la espalda haciendo una figura entrelazada y perdiéndose entre su cintura, la cual bordeaban. El escote era sumamente pronunciado y de la parte trasera caían volantes que se podían recoger a modo de chal. Una apertura dejaba al descubierto la pierna. Ruth lo cogió y lo alzó para que Dan lo viese, él sonrió y alzó una ceja. Ella rio, ¡cómo la conocía ya! ¿Ella con ese estilo? Pocas veces...

Sin embargo, y para no hacerle un feo a la pobre mujer, entró en el probador y se lo puso. Por un momento, se sintió como Julia Roberts en *Pretty Woman*. Bueno, quitando que el vestido se lo pagaba ella porque su pobre ayudante estaba pelado y que dicho hombre era gay. Lo de puta lo obviaba porque cuando quería podía joder muy bien, en los dos sentidos de la palabra. O al menos, eso le decía siempre la cochina de Bea refiriéndose a su mal carácter.

Al pensar en ella, se le encendió una bombillita; rápidamente sacó su móvil y le escribió un WhatsApp aun sabiendo que no lo vería hasta la hora de comer:

(12.15) Ruth:

¡Hola, tía! Escucha, necesito tu ayuda, *please*. Estoy con un marrón de los gordos, tengo que ir de etiqueta esta noche y no sé qué ponerme, no encuentro nada en las tiendas. ¿Alguna idea? Como última opción tengo el vestido azul que llevé a la cena que Rico & Vallejo Abogados hizo en honor a Sara y Nico. ¿Cómo lo ves?

Envió y siguió mirándose en el espejo. Arrugando la frente, apartó la cortina y dio un paso. Dan pegó un salto y luego fijo la mirada sobre su cuerpo, devorándola como si estuviese famélico y ella fuese el único bocado de comida que tenía a su alcance. Pero, bueno, ¿qué le pasaba a este chico?

—¿Qué te parece? —preguntó, obviando cómo se movía inquieto en su asiento. Él se puso en pie y carraspeó.

—Esto... te queda muy bien

«Demasiado».

—¿No es algo exagerado? Tengo más carne fuera que dentro. Y es tan rígido... que se me clava. —Señaló los tirantes que decoraban su espalda.

«Rígido estoy yo, y no hablemos de clavar, que si pudiese...».

—Te queda muy bien —repitió sin ser capaz de pronunciar algo más acertado. Debía huir de ahí cuanto antes o quedaría en evidencia ante ella.

—No sé, no es mi estilo. Mejor seguimos mirando.

—¡Voy a salir fuera! Tengo que... ¡¡llamar!!

—Vale.

La dependienta, que permanecía apartada observando la escena, rio al contemplar la turbación del joven, algo comprensible dado que la morena lucía muy sexy. Animada por las palabras del chico y por el dineral que costaba el vestido, lo cual se traduciría en una suculenta comisión para ella, le dijo alegremente:

—Creo que su pareja tiene razón. Está usted preciosa.

—No, él no es... —Calló sin ni siquiera plantearse el por qué—. Gracias, pero sinceramente no me veo con él. —La cara de la otra se entristeció y murmurando algo sobre «la gente entra y nunca compra» se fue hacia el escaparate, donde ordenó por cuarta vez en la mañana los detalles que lo decoraban.

Ruth pensó en las palabras de la dependienta y sonrió. ¿Dan y ella juntos? ¿Es que no veía que era imposible? Bueno, lo cierto era que esos vaqueros amarillos que le marcaban el culo a la perfección y esa chaqueta de cuero que le daba un toque malote lo alejaban del ayudante que había entrado el primer día por la agencia. Suspiró, hacía menos de un mes y le parecía toda una vida. ¿Cuándo y cómo se había convertido en alguien tan indispensable para ella?

Alicaída, volvió al probador y justo cuando lo hacía, escuchó su móvil sonar.

(12.30) Bea:

¡¡Ni se te ocurra, Ruth Lago!! A ese vestido le has pegado fuego, ¡me niego totalmente a que hagas tu entrada triunfal como superjefaza con una antigualla desgastada!

(12.30) Ruth:

¿Tú no estabas trabajando? Además, te recuerdo que es creación tuya.

(12.31) Bea:

Pues por eso, ¡menuda abominación para mi reputación! Si alguien lo ve y lo asocia conmigo, adiós prestigio. Menos mal que Trizzy Martínez ha mejorado mucho desde aquellos primeros inicios que mejor reseteo de mi mente, de la tuya, de la del mundo y del Facebook, web, cuentas... Necesitas algo que haga correrse a los tíos cuando te vean, nena.

(12.31) Ruth:

Tú siempre tan delicada, ja, ja.

(12.31) Bea:

¿No querías cambiar de acera a Dan? Pues atropéllalo con un conjunto de lo más sexy, que sea verte y tocarse.

(12.32) Ruth:

¡¡Bea!!

(12.32) Bea:

Estaba bromeando. Te pones muy susceptible con él, me da que pensar porque tú eres una pasota con todo menos con aquello que relaciona a Daniel Argüelles.

(12.32) Ruth:

Ay, qué raro se me hace leerlo así, sin el diminutivo.

(12.33) Bea:

Pues es como se llama, hija. Por cierto, dile que me agregue a Facebook; hace milenios le mandé una solicitud y ahí la tiene sin responder. ¿Es que no me quiere de amiga?

(12.33) Ruth:

Creo que no se conecta mucho, eh.

(12.33) Bea:

Ya, a ti tampoco te ha aceptado, que lo busqué entre sus amigos.

(12.33) Ruth:

¡Serás cotilla!

(12.34) Bea:

Tampoco era difícil porque solo tiene un agregado, su hermano Julián, cuya única amiga es Elisa, la ayudante de pasarelas de Dan. ¿No es raro que ellos sean amigos y Dan y ella no?

(12.34) Ruth:

Bea, ¿pero qué películas te montas, tía? Necesitas más encargos.

(12.34) Bea:

¡Qué va, si estoy hasta arriba! Es que el Facebook me puede, estoy enganchada. Son cotilleos servidos en bandeja.

(12.34) Ruth:

Ja, ja, ja.

(12.34) Ruth:

Ya te imagino apuntándote en una libreta quién va a donde, hace qué o compra tal...

(12.35) Bea:

Muy graciosa. Ahora, por lista, no te ayudo.

(12.35) Ruth:

¡¡Si no me has dicho nada!!

(12.35) Bea:

Es que no hace falta, te recuerdo que en tema moda, hago magia. Anda, no te preocupes por nada. ¿En qué hotel estás? Espero que la Hiena se haya comportado esta vez...

(12.35) Ruth:

Mejor ni te cuento.

(12.36) Bea:

Oh, no, ahora me dices.

(12.37) Ruth:

Nada, un cuchitril. La cama se rompió, conecté mi móvil a la luz y se fue; la que nos atendió parecía sacada de las brujas de Salem. Y para rematar, al día siguiente, al entrar en el baño, me encontré con un hombretón, muy barrigón, peludo (de esos que te encantan, ja, ja) y raro, rascándose el sobaco y pasándose hilo dental, toda una estampa. ¿Algo más? Ah, y sí, antes de que lo preguntes, Dan y yo compartimos cama. Bueno, si se puede llamar compartir a dormir en el suelo porque, como te he puesto, se rompió al sentarme.

(12.37) Bea:

¡Menuda tacaña la jefa!

(12.37) Ruth:

Lo eligió Roig, así que imagínate la pinta.

(12.37) Bea:

Sí, me encantan peluditos. Sobre todo si huelen a sobaquina (modo ironía al máximo).

(12.37) Ruth:

Pues este te habría chiflado, ja, ja.

(12.38) Bea:

¿Entonces estáis por ahí con las maletas?

(12.38) Ruth:

No, no. Reservamos en el Carlemany Girona esta mañana.

(12.38) Bea:

¿Juntos?

(12.38 h) Ruth:

No. Cada uno en una habitación, pero están al lado.

(12.39) Bea:

Vaya tonta. No sabes aprovecharte de la situación, podrías haberte hecho la dormida y haberle metido mano...

(12.39) Ruth:

Déjate, suficientes sorpresas tuve ayer, no quiero ni una más.

(12.39) Bea:

Ja, ja, ja.

(12.39) Bea:

Por el vestido no te preocupes, vete a comer con tu amor imposible, que yo me ocupo de todo.

(12.40) Ruth:

La imposible eres tú. Miedo me das, ¡nada de transparencias, eh! Que quiero ir elegante, no desnuda.

(12.40) Bea:

¿No querías llamar la atención?

(12.40) Ruth:

¡Bea!

(12.41) Bea:

Vale, vale. Mándame fotos luego. ¿Llevas la plancha del pelo?

(12.41) Ruth:

Qué pregunta. Sabes que no salgo de casa sin ella.

(12.41) Bea:

Buena chica.

(12.41) Ruth:

Oye, te dejo, que me tengo que cambiar. La dependienta se preguntará qué hago tanto tiempo sin salir...

(12.42) Bea:

XD

(12.42) Bea:

Ponle que te estabas tocando y luego me cuentas la cara que ha puesto, ja, ja, ja.

(12.42) Ruth:

Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

(12.42) Ruth:

Calla, pava. Luego hablamos. Muacks.

(12.43) Bea:

Xao. Besetes.

—¿Ruth? ¿Estás bien? —Escuchó desde fuera del probador. Se cambió rápidamente y abrió. Dan la esperaba con semblante preocupado. Ella alzó el móvil y se encogió de hombros.

—Estaba hablando con Bea, perdón. —De su rostro brotó una sonrisa y la inquietud se evaporó.

—Entonces lo entiendo todo.

—Por cierto, Bea está muy enfadada contigo. —Se puso a su lado y lo cogió del brazo.

Dejó el vestido en el mostrador y se despidió de la dependienta, que movió la cabeza sin levantar la vista de unos documentos sobre los que escribía.

—¿Y eso? —preguntó él al salir de la tienda.

—Dice que no la has agregado al Facebook, te ha mandado una solicitud.

Daniel gimió interiormente y una vez más le tuvo que dar la razón a su hermano cuando lo obligó a crearse un nuevo perfil con imágenes de Dan y eliminar la cuenta que él tenía y que, siendo sinceros, usaba bien poco.

—Es que no entro mucho. No me gusta que la gente cotillee mi vida. —Y eso sí fue la más absoluta verdad.

—Ya. Debería seguir tu ejemplo, y Bea, también, que vive fascinada por la red social. Oye, ¿te apetece que vayamos a comer? He visto por TripAdvisor un sitio que recomiendan.

—Vale.

El resto del día pasó volando y cuando se quisieron dar cuenta, ya era por la tarde. Al llegar al hotel, la chica rubia de recepción le preguntó por su nombre y al contestarle, le indicó que había recibido un paquete. Ruth, que no daba crédito a sus palabras, tuvo que tenerlo en sus manos para confirmar sus sospechas: ¡La loca de Bea le había enviado un vestido! ¿Cómo? Era un misterio. Pero estaba impaciente por verlo. Voló hasta su habitación y lo abrió. Al contemplarlo, gimió. Era justo lo que necesitaba. ¡Bendita Bea Martínez!

Daniel tocó ansiosamente a la puerta de la habitación de Ruth. Llevaba media hora haciendo tiempo en su cuarto y en cuanto el reloj dio las ocho, fue a recogerla. Desde esa misma tarde, cuando recibió el paquete de Bea, se había vuelto misteriosa. Y con una rápida despedida e indicándole que la llamase a las ocho, se marchó. Desde su cuarto escuchó unos gritos y una melodía que le recordó a la que ella utilizaba junto a ese bailecito extraño cuando estaba contenta. Luego creyó oír que hablaba con alguien, seguramente con su incondicional amiga para agradecerle el vestido que, según parecía, le encantaba. Obviamente, su curiosidad se disparó.

Se moría de impaciencia porque sabiendo lo cabrona que era Bea, esperaba que la prenda fuese de lo más sugerente, y solo de imaginarla así... «¡Daniel, basta!». Esa mujer lo estaba enloqueciendo, se sentía tan atraído por ella que cada noche fantaseaba con tocar su cuerpo, beber de su piel y ahogarse en sus caricias. Todos y cada uno de sus días los pasaba babeando por ella, imaginando el dulce placer que le daría penetrarla.

Desde el día en que entró en aquella oficina, Ruth Lago lo había desestabilizado. Con ella sentía que podría ser quien él quisiese, Ruth lo hacía mejor persona, lo motivaba a agarrar las riendas de su desbaratada vida y ponerse las pilas. Cuando todo acabase, le demostraría a su padre que era más que un figurín, quizá no tenía la destreza e inteligencia de Julián, pero lo compensaba con ingenio y carisma, y eso podría ser un punto a su favor en el departamento creativo. Además, Ruth acabaría perdonándolo y juntos podrían... ¡Un momento! ¿¡Qué!?. Estaba claro. Necesitaba un polvo urgentemente, antes de que tanta sequía le nublaste el poco juicio que le quedaba. Lo primero que haría al regresar a casa sería llamar a Verónica o a Silvia, o a cualquiera que le cogiese el teléfono, pero se sacaría a su jefa de la cabeza a como diese lugar.

Tenía que mentalizarse, era la novedad, el saber que estaba ante un imposible, un dulce prohibido, como la manzana del paraíso. Ruth era la fruta y comérsela implicaría la perdición; pasar de ella, la gloria eterna. Bien, estaba decidido. O eso creyó, pues al abrirle y mostrarse ante él, se esfumó su lógica.

Ruth se miraba ante el espejo maravillada por la perfección de ese crepe chino en forma de sirena, compuesto de dos piezas. La primera, en blanco, cubría con encaje la parte superior de su figura. La tela se cruzaba en el centro cerrándole un escote que quedaba en uve, sugerente y atrevido, que insinuaba sin llegar a mostrar nada. Y para contrastar con el cuerpo blanco de manga larga, estaba la parte inferior, creada en negro. Sobre la cintura, un volante daba paso a una larga falda que llegaba hasta el suelo y que emulando a la otra pieza se cruzaba por encima de la rodilla, provocando que se le viese la pierna a cada paso. El conjunto era elegante y sexy, justo lo que anhelaba.

Para complementar esa fantasía de vestido, Ruth se puso unos pendientes largos de brillantes, unos zapatos negros de infarto y una cartera del mismo tono. El cabello se lo onduló y lo retiró hacia un lateral, en semejanza a los peinados de los años veinte. Ojos marcados y labio rojo. ¿Resultado? Era otra. Y estaba impaciente porque la puerta sonase. Él la viese así y... ¿Y qué? ¿Suspiraría y se lanzaría a sus brazos? Qué idiotez. Más bien comentaría algo sobre la prenda y haría algunas observaciones que ella no entendería porque no era muy diestra en esos temas. Luego le preguntaría sobre su marca de maquillaje y le pediría un poco de rímel. Vale, estaba exagerando tres pueblos, pero ¿qué esperaba? Él era lo que era, y ella debía asumirlo porque cada día que pasaba se le iba enquistando más y al final la herida sería monumental y entonces, ni helados, ni salidas de chicas, ni nada la podría consolar porque la suya era una historia abocada al fracaso y sin final feliz. Para colmo, ni siquiera se podía catalogar de historia. Eran las demencias de una loca que no aceptaba que su tremendamente atractivo, simpático y especial ayudante era homosexual y que a ella jamás la tocaría, ni con un palo.

Si pudiese pedir un deseo, tan solo uno, sería que ocurriese un milagro esa noche y ese hombre, en quien Ruth veía un igual, pudiese admirarla no como una amiga, sino como lo que era, una mujer que se moría por él. Daría lo que fuese por sentirlo dentro, algo le decía que el mejor sexo de su vida llevaba la firma Argüelles.

Sin embargo, todo aquello jamás se haría realidad y ella debía aceptarlo cuanto antes y buscar una vía de escape. ¿Tolley? No, últimamente estaba de lo más raro, la esquivaba al teléfono y evitaba los encuentros por la agencia. ¿Estaría molesto por algo? Que ella supiese, tras el viaje a la nieve, no habían mantenido más conversación que unos cuantos *emails*, y todos exclusivamente de trabajo. Y antes, más de lo mismo, con la única diferencia de que él le había pedido una cita, ella le contestó que sí en la cabaña y él hizo una señal de humo más grande que la de los indios de Norteamérica en las películas de Hollywood. Algo, que le sonaba muy a Bea, pero que le venía como anillo al dedo. Igual no recibió el mensaje y el pobre pensó que había pasado de darle tan siquiera una respuesta. ¡Claro, eso era! Bien, pues a la vuelta tenía una misión. Llamarlo y tirárselo. Así de claro.

El timbre sonó y a pesar de cuanto se había recomendado, acabó volviendo al espejo, retocó lo que ya estaba bien y caminó sensualmente hacia la puerta. Antes de abrir se aseguró de estar en la postura correcta: sacando tetas, pierna y marcando culo.

Daniel cogió aire, intentando recuperar el aliento. Esa diosa lo iba a volver loco, ¿cómo cojones podría disimular así? ¿Cómo mirarla cuando lo único que deseaba era cogerla en brazos arrancarle la ropa y follársela hasta que los gritos de ambos se mezclasen en una explosión de sonido? Notó que su amiguito estaba despertando. «Relaja, Daniel», se amonestó. Forzando una sonrisa que no sentía y que posiblemente le quedó de lo más falsa, le ofreció el brazo. Carraspeó y la elogió.

—Estás... —le salió un gallo, ella alzó una ceja. Él carraspeó sonoramente tres veces más. Al recuperar el habla, lo hizo con tono agonizante, como si una parte de él estuviese muriendo, que por otra parte así era, porque su soldadito estaba a punto de quebrarse con tanto empujar. Cerró los ojos e intentó relajarse para calmar su evidente ansia—. Estás espectacular. Seré la envidia de la inauguración.

Su sonrisa deslumbrante lo cegó. Con los ojos, ella lo recorrió lentamente, desnudándolo con la mirada y haciéndole sentir un pobre filete al que pensaba devorar de un solo bocado. Daniel reflexionó seriamente sobre sus posibilidades, ¿y si le decía la verdad? No, no. Bofetada y adiós muy buenas. Vale, pues se haría el borracho, noche de sexo y al día siguiente cara de «oh, *my cat*, qué he hecho». ¿Colaría?

Ruth no podía apartarse de él, estaba tan arrebatador que cualquier pensamiento coherente se le desvanecía con tan solo formularlo. Ese hombre, tal y como estaba ante ella, era un auténtico peligro para su paz mental. Jamás podría hacerse a la idea si lo veía así, tan atractivo. Necesitaba que regresase el Dan de los primeros días, el estrafalario que no le provocaba esas calenturientas ideas que ahora mismo desfilaban por su mente. Aquel al que jamás soñaría con lanzar contra la pared, arrancarle los botones, tocarlo, liberarlo y succionar hasta su último aliento. «¡Ruth! Vale tía, sosiega, que vas a llegar a la cena a tope», se amonestó. Recordó que todavía no había hablado y respiró hondo antes de hacerlo.

—Pues tú no estás nada mal, ¿quién diría que un simple traje chaqueta negro de camisa blanca podría sentar tan bien? Todas te comerán con los ojos.

—No me interesa.

—Ya. —Vaso de agua fría por encima de un golpetazo. Ahí estaba, ¿para qué iba a importarle que las tías como ella se lo rifasen? Sus aspiraciones eran otras, una gran pena la inundó—. Quizá despiertes la atención de alguien más.

—Tengo lo que necesito. —Comenzó a andar hacia el ascensor, ella lo siguió. Y entraron en él.

—Imagino que sí, tienes pinta de ligoncete. —Fingió que se divertía con la afirmación, nada más lejos de la realidad. Odiaba el hecho de tenerlo a años luz de donde ella se encontraba.

—He tenido mis cosas, Ruth, no te lo voy a negar. —Salieron del ascensor y se dirigieron a la entrada del hotel. Él le abrió la puerta y se hizo a un lado para que pasase, luego la siguió—. Pero eso era antes.

—¿Antes de qué?

—Digamos que alguien me ha calado hondo.

—¿Lo conozco? —preguntó, sintiendo como cien dagas se clavaban en su más que idiota corazón. Él paró un taxi, abrió la puerta y la ayudó a entrar. Después rodeó el vehículo y subió por la parte izquierda; tras tomar asiento a su lado y darle las señas al conductor, contestó:

—Puede. —Sonrió misterioso.

Ruth se concentró en el paisaje que se mostraba tras la ventana del taxi y se clavó las uñas en las manos, forzándose a controlar las lágrimas que amenazaban con derramarse y crear una escena dantesca sobre su rostro. Apenada, se preguntó por qué dolían tanto sus palabras, rezó con fuerza en una súplica que no tenía mucha validez, pues se temía que sus peores miedos se hubiesen hecho realidad. Se había enamorado de él.

Entraron juntos, pero sin dirigirse apenas la palabra, cada uno sumergido en su pequeño mundo interior. Ruth, maldiciéndose por su mala cabeza, y él, planeando cómo conseguir que esa noche tuviese el final que tanto quería sin desvelar su tapadera.

—¡Por fin! —Mavi surgió de la nada y les dio alcance, a su lado estaba el lameculos de Roig—. Os dije que vinieseis antes —susurró entre dientes mientras reía mirando de un lado al otro y moviendo la cabeza a modo de saludo hacia quienes pasaban por su lado—. Vaya, vaya. Si nuestro Dan sabe estar a la altura cuando se lo propone... Nadie diría que eres el mismo personaje que para mi desgracia se pasea como un papagayo por la agencia.

—Mavi. —Daniel imitó su tono—. Un placer verte de nuevo. Por cierto, querida, el negro te hace más delgada, deberías usarlo más.

La jefa estiró los hombros, repasó a Ruth con la mirada, asintió y marchó sintiéndose sumamente ofendida. Alfredo se quedó allí, mofándose en silencio. Daniel, harto de esos aires, decidió darle otro escarmiento.

—¿Y tú qué haces ahí parado? ¿Has cambiado de idea? —Le guiñó un ojo y se pasó la lengua por la boca—. Mi propuesta sigue en pie, cielo. —Dio un paso, el otro chilló y salió corriendo tras los pasos de su prima.

Ruth lanzó una carcajada.

—Hay que ver, tío. Nadie como tú para domar a las fieras.

Daniel abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe al escuchar cómo alguien pronunciaba su nombre. Incrédulo, vio a Patricia, su examante, llamándolo con la mano desde la otra punta de la sala. Intentó hallar una vía de escape mientras de soslayo contemplaba cómo se iba acercando a él. El desastre se avecinaba.

—¿Dan, es a ti?

—¿Qué? —Se hizo el tonto y comenzó a utilizar el tonito agudo—. Uy, no tienes sed. De repente, me he quedado seco. ¿Vamos?

Pero la chica está viniendo.

—¿Quién? —La cogió del brazo—. Venga, que estoy sediento. No puedo ni hablar.

Demasiado tarde. La joven abogada les obstaculizó el paso.

—Daniel, ¿qué haces aquí? —Parecía contenta. Él se preguntó si ya se le habría pasado el mosqueo por la escena de Rafael.

—¿Nos conocemos?

—¡Va, no seas tonto! —Él se encogió de hombros—. Oye, sé que hace mucho que no quedamos, desde que...

—Desde que lo dejaste con Julián. —Miró a Ruth—. Ha pasado tiempo, pero nos llevamos bien.

—¿Qué? —profirió la otra, confusa.

Daniel le puso una mano en el hombro y le sonrió.

—Encantado de verte. Te me cuidas, eh, querida. Ruth, vamos. —Comenzó a andar.

Patricia alzó la voz:

—¿Qué pasa, que has venido con esta y a mí que me zurzan, no?

—Esta tiene nombre —intervino Ruth.

La abogada achicó los ojos y la examinó concienzudamente.

—Me sueñas de algo, ¿nos conocemos?

—No he tenido el placer —ironizó Ruth.

Mavi, que estaba cerca, llamó a Ruth. Cuando la joven desapareció, Daniel aprovechó para acercarse a Patricia.

—¿A qué estás jugando, Daniel? ¿Y por qué pones esa voz? ¿Es que ahora experimentas otras cosas? —Se acercó un paso—. Sé que me despedí de malas maneras, pero —susurró ronca— estoy dispuesta a compensártelo dónde y cuándo digas —jugueteó con la corbata. Él la agarró de las manos y suavemente la apartó.

—Patry, ahora no puedo explicártelo bien, pero resumiendo, estoy trabajando para mi padre, represento un papel en la competencia, que es Dart. Queremos descubrir si nos

roban; la chica que estaba conmigo es mi responsable directa. Mi padre sospechaba que tiene algo que ver en el asunto, pero, vamos, que no...

—¿La tienes que seducir? —Cabeceó hacia Ruth, que seguía al lado de Mavi y junto a un grupo variado de hombres y mujeres, sonriendo, saludando y hablando.

—¡No! Me hago pasar por afeminado y les he dicho que soy homosexual. Me llaman Dan.

—¡No jodas!

—Sí. De ahí todos mis problemas.

—¿Por eso estaba el personaje ese en tu casa?

—Ajá.

—Vaya...

—Mira, te prometo que te lo explicaré todo y que te llamaré para cenar en cuanto vuelva. —«Te aclararé de una vez por todas que lo nuestro ha acabado»—. Pero ahora no me descubras.

—Está bien.

En ese momento, Ruth volvió a aparecer y una Patricia completamente distinta la recibió. Toda amabilidad, sin rastro de su tosquedad anterior.

—¿Seguro que no nos hemos visto antes? Nunca olvido una cara y la tuya me es muy familiar. —La otra la miró indecisa y tras unos segundos de duda, se dio por vencida y les ofreció una resplandeciente sonrisa.

—Seguro —respondió Ruth.

—Bien, pues os dejo. Que te vaya bien, Dan. Saludos a Julián y acuérdate de... llamarme, te estaré esperando.

—¡Dalo por hecho! Nos pondremos al día.

—Así lo espero.

Tras su marcha, Ruth soltó una carcajada.

—Joder, tío. ¿Has visto eso?

—¿El qué?

—Venga, no disimules, que tú también te has dado cuenta. ¡Te estaba echando los trastos descaradamente!

—¡Qué va, mujer!

—Te digo yo que sí. Me da que el hermano que le gustaba eras tú.

—¡Exagerada!

—De eso nada. Mira, todas las cincuentonas, incluida Mavi, aunque se cortaría una mano antes de admitirlo, sueñan con perderse entre estos fornidos brazos esta noche. —Le tocó los tríceps, y él, siguiendo la broma, los apretó, sacando más.

—Prefiero quedarme a su lado, jefa. Si usted me deja, me ofrezco a ser su acompañante. —Le ofreció el brazo, ella rio divertida.

—Qué galante, caballero. Por supuesto, soy toda suya, haga conmigo lo que quiera —dijo juguetona.

«¿Lo que quiera? Mejor ni lo sepas, cariño», pensó risueño imaginándosela desnuda sobre él.

El resto de la velada la pasaron entre presentaciones, conversaciones y escapadas a la zona que estaba amenizada por música, hasta que Mavi los retenía de nuevo. En una de esas, Ruth aprovechó para ir al servicio. Abrió y tras comprobar que el maquillaje y peinado seguía impoluto, accedió a la parte del inodoro. No tuvo que hacer cola porque había cuatro y todos estaban vacíos. Cerró la puerta justo cuando de la de fuera entró alguien.

—¿Te lo puedes creer? Y la pobre idiota ni lo sabe.

—¿Y eso te lo ha contado ahora?

—Por encima, es que no podía hablar porque la lapa no se le despegaba. A mí me da que en el fondo se huele que mi Daniel es demasiado macho a pesar del papel que interpreta frente a todos.

Ruth se tapó la boca y afinó el oído, reconociendo en esa voz a Patricia. La otra sería la amiga que la acompañaba durante toda la noche.

—¿No has pensado que igual es una trola para deshacerse de ti?

—¡Qué va! Estamos hablando de Daniel Argüelles, ese hombre no rechaza un polvo ni aunque le paguen por negarse, y te aseguro que se lo he servido en bandeja.

—Ya, eso sí. Además tú siempre lo has tenido enganchado.

—Sé manejarlo, bonita. Un poquito de sexo y nada de explicaciones, pero siempre presente. Al final tendrá que elegir, ¿y qué mejor que una exitosa abogada que le deja tener su vida al margen de sus aventurillas?

—¿No te importa?

—A ver, no es plato de buen gusto que a una la engañen. Pero yo no estoy enamorada

de él, no es su amor lo que busco, sino su dinero. Quiero un anillo en el dedo y haré todo lo que esté en mi mano para obtenerlo.

La otra rio.

—Forrado está, eso sí. Oye, la jefa esa suya es mona, ¿habrán tenido algo?

—¿Tú eres tonta, Anabel? Te acabo de decir que se hace pasar por gay, ¿cómo va a tirársela? Además, es a ella a la que espía. Su padre cree que está robando a Argüelles Publicidad, y Daniel —inventó ella— le propuso el engaño. La idiota ni se ha percatado que está codo con codo con su mayor rival, el hijo de la competencia. ¿Es o no es el mejor?

—Para no gustarte, te pasas el día hablando de él.

—He dicho que no lo quiero, no que no me atraiga. Me encanta, tiene un cuerpo para adorar durante horas y es guapísimo.

—Oye, ¿y el loco aquel? Estabas cabreadísima la última vez.

—Ah, sí. Un tal Rafael. Nada, se coló en su casa. Es una especie de acosador o algo así, el caso es que estábamos al tema cuando le dio por salir y agredirme, pero ya está olvidado. Y ahora... ¡¡Me cago en la leche!! —Guardó silencio.

—¿¡Qué pasa!?

—Ya sé de qué me suena la imbécil esa. ¿Te acuerdas que fui con Daniel a la cena de honor del bufete Rico & Vallejo Abogados? Hace ya tiempo, un año. No, más.

—Algo me suena...

—Que sí, que llegué cabreadísima porque una tía me había estropeado el vestido.

—¿No me digas que era ella?

—La misma. —Comenzó a reír sin parar—. Ay, Anabel. El karma nunca decepciona, la idiota lo está pagando con creces. Daría lo que fuese por estar presente el día que se descubra el pastel, su cara será un poema.

—Mira que eres mala —dijo, riendo, la otra.

—Mala ella, que estropeó mi seda salvaje verde.

Salieron, y solo cuando Ruth escuchó la puerta cerrarse, ella lo hizo también. Tambaleándose. Se acercó a la pila y, mojándose las manos, se refrescó el cuello. Otro sollozo silencioso la asaltó, las lágrimas corrían libremente barriendo el maquillaje a su paso. Se miró en el espejo con todo corrido y comenzó a llorar. Ahora, sonoramente.

Respiró hondo, cuadró los hombros y se acercó a la puerta. Desde allí observó cómo ese maldito mentiroso estaba riendo a carcajada limpia con uno de los clientes de la

agencia. Por un momento, el odio, la pena y la decepción se mezclaron en su interior.

Se dirigió a la entrada de la nueva Dart y salió al exterior sin ni siquiera recoger su abrigo. Durante unos minutos paseó sin rumbo fijo. Sintiendo el aire de diciembre acariciarle el rostro, un escalofrío la recorrió y se abrazó a sí misma. Calló de rodillas y dejó fluir toda la rabia que acumulaba en su interior.

Mentiras, mentiras y mentiras. Eso era Dan, no, Daniel Argüelles. Un jodido hijo de puta sin corazón que la había utilizado sin piedad y que se le había metido en el cuerpo como la peor de las enfermedades. Y todo para espiarla.

Cada vez que pensaba en los momentos vividos, en la intimidad compartida... ¡Lo quería matar! Con razón la había besado así, y ahora entendía esa cara de bobo al verle los pechos. O su incomodidad con el vestido de esa misma mañana... Claro, el tío estaba cachondo. Tanto o más que ella.

Recordó las palabras de la tal Patricia y recordó aquella noche en la que el bufete homenajeaba a Sara y Nicolás. Evocó la escena y, llena de rabia, comprobó que sí era él, no le había visto la cara, pero no lo necesitaba, estaba segura, lo reconocería hasta de espaldas. Aquel hombre que se cruzó por su camino era Daniel Argüelles. ¿Habría planeado el encuentro? ¿Había sido casualidad? ¿La odiaba ya entonces? ¿De verdad la creía capaz de hacer una cosa así!? Dejó escapar una lágrima y se dijo que sería la última. Ese judas no merecía ni una más.

Se puso en pie y buscó un taxi. Le indicó como llegar a su hotel y le ofreció el doble si la esperaba. Recogió sus cosas en menos de un cuarto de hora y regresó al coche, camino a la estación.

Ya en el tren, de vuelta a casa, marcó el número de Bea.

—*Pero bueno, ¿tú sabes qué hora es? Más de la una.* —Silencio—. ¿Ruth? Si me has llamado porque vas *en pedo*, te juro que te mato.

—Me ha engañado —susurró, sollozando.

—¿Qué?

—Dan, bueno, Daniel. Era mentira. Ni es gay ni ayudante de nada, ni siquiera sabe una mierda sobre moda. Quería espiarme, descubrir si soy la que plagia a su agencia, tiene gracia, cuando justo he sido yo la que lo ha impedido.

—*Ya... Esto... De eso tenemos que hablar...*

—¿Qué pasa?

—*Mejor en otro momento.*

—No. Dímelo ya, no puedo soportar otro secreto.

—Vale. Me he enterado por María, que me ha llamado esta noche. Ha ido hoy a la agencia a acabar unas cosas. Al parecer, necesitaba un logo o algo así, el caso es que lo tenía Roig en su ordenador de una campaña que hicisteis conjuntamente.

—Sí, Polvos Risc.

—Bueno, eso. Estando en el ordenador, ha abierto el correo para enviárselo, pero como el cortito de Roig lo tiene predeterminado para entrar directamente al acceder al Gmail, María ha podido leer su bandeja de entrada.

—¿Y en resumen? —preguntó, impaciente, Ruth, que ya intuía lo que venía a continuación. Sobre todo, al ver que ni Mavi ni el otro habían recibido amonestaciones. Al final era cierto eso de que la sangre llama, y el señor Álvarez había decidido sacrificar su empresa a la reputación de Roig y Mavi.

—Ha encontrado un email que confirmaba que la campaña de Rarax sí fue firmada, lo hicieron ese mismo lunes, pero quedarían en otro sitio. María ha podido consultar el documento porque el idiota lo había escaneado y enviado a su propio correo. Y lo mejor es que lleva la firma del jefe.

—¿De Carlos Álvarez?

—El mismo.

—Menudo cabrón. Y yo en toda su cara diciéndole que había descubierto a su mujer, cuando era él.

—Bueno, no sabemos si ella está involucrada.

—Ya. Sin embargo, algo me dice que no, tía. Mavi será muchas cosas, pero no la veo robando ideas cuando puede exprimir a sus trabajadores para sacarlas, sería un fracaso tener que recurrir a la competencia. Ella lo vería así.

—Cuadra con su personalidad de hiena malvada, sí.

—El lunes presentaré mi dimisión, no quiero saber nada más de esa empresa.

—No puedes.

—¿Cómo que no?

—Es que no he acabado. María ha interceptado otro correo. Al parecer, hay un topo en Argüelles que escribe los correos como Incógnito. Tienes que descubrirlo.

—¿Y por qué iba a hacer eso después de lo que me han hecho ellos?

—La mujer que yo conozco, a pesar del engaño, buscaría la verdad y se iría con la cabeza bien alta, demostrándoles a todos que ella no tiene nada de lo que avergonzarse porque es íntegra, trabajadora y, sobre todo, respeta tanto su profesión que sería incapaz

de dejar pasar una acusación como esa que hace añicos su merecida y luchada reputación.

—Tienes razón, Bea. ¡Claro que sí! No pienso irme sin dar guerra. Primero, limpiaré mi nombre, y después se lo restregaré por las narices a Daniel.

—*Hablando de él, ¿qué vas a hacer? ¿Lo dejarás correr?*

—Y una mierda. Voy a demostrarle quién es Ruth Lago Maldonado. Y tú, Bea, me vas a ayudar.

Bea soltó una carcajada.

—¡Me encanta cuando te pones maléfica! Cuenta conmigo. Ay, amiga, este chico no sabe lo que se le viene encima...

Daniel sonrió cortésmente a la mujer que tenía enfrente y fingió estar sumamente divertido con lo que le contaba, aunque en realidad no se había enterado de absolutamente nada. Su interés estaba centrado en la puerta del baño de donde esperaba ver salir a Ruth desde hacía una hora.

Incluso se había acercado varias veces y la llamó desde la puerta, sin recibir respuesta. La tal señora González, que ni recordaba quién era, lo interceptó cuando iba a preguntarle a Mavi sobre Ruth y desde entonces lo retenía con absurdas anécdotas de su juventud y una que otra miradita coqueta.

Un cuarto de hora después pudo improvisar una pobre disculpa cuando un hombre se acercó a saludar a esa mujer y él pudo alegar que iría un segundo en busca de una copa. Por supuesto, no pensaba volver.

Recorrió toda la sala y no halló rastro alguno de la joven. Preocupado por esa repentina desaparición, se acercó a Roig y le preguntó, pero este no tenía ni idea de dónde estaría Ruth y además, aprovechó para burlarse de ellos diciéndole que la dueña había dejado tirado a su perrito faldero. Daniel tuvo ganas de pegarle un puñetazo para borrarle esa sonrisa de gilipollas que lucía, pero optó por evitar el escándalo y siguió con la búsqueda. Era imposible que ella se hubiese marchado sin él, ¿no? Entonces, ¿dónde estaba?

A la jefaza ni la tuvo que llamar, ella misma le dio alcance para hacerle saber lo disgustada que estaba con la ausencia de Ruth.

—No creo que se haya ido —la defendió él, segurísimo de que ella no lo dejaría allí, a merced de esas víboras.

—Pues tu verás, Dan, que esto no es tan grande, y si yo llevo un buen rato buscándola y tú lo mismo... Pero te lo advierto, no pienso dejar las cosas así. Mañana espero una explicación, y más le vale que sea convincente. Dentro de poco asumiré un cargo importante, no puede permitirse el lujo de darnos estos desplantes. Si ya la conozco yo, esta se ha saturado y se ha largado.

—Imposible —dijo él, categórico.

Ella alzó una ceja y lo miró irónica.

—Qué poco la conoces, querido. Asímelo, Ruth nos ha dado plantón a los dos.

—No. Y si se ha ido es porque se encontraba mal y... —Sin embargo, ni siquiera a él esta explicación le fue convincente, pues si realmente estaba indispuesta, ¿por qué no se lo dijo? Él se habría ido con ella sin dudar.

—¡¡Me importa una mierda!! Debería estar aquí, a mi lado, pese a todo. Ni enfermedad

ni nada. Ya la engancharé mañana, ya. Si la ves, dile que no pienso pasarle ni una más y que ya puede ir pensando en cómo contentarme por el disgusto de hoy. A ver qué se ha creído la niña, ni que su puesto estuviese ya asignado, todavía puedo recurrir a Alfredo.

Esas palabras cargadas de veneno acabaron con la poca paciencia que le quedaba a Daniel.

—Ya.

—¿Cómo que ya? —Mavi se mosqueó por ese tono de burla que detectó en él.

—Serás muchas cosas, Mavi, pero no una idiota. Y ambos sabemos que Roig no da la talla, al menos, no la de Ruth. Él no le llega ni a la suela de los zapatos y si por joderla lo pones en el puesto, entonces la única que saldrá perdiendo serás tú y acabarás fracasando vergonzosamente, algo que ambos sabemos que jamás te permitirás. Así que tú verás a quién escoges. Ah, y otra cosa. Ruth es tu empleada, no tu chacha, deja de tratarla como tal o...

—¿O qué?

—Pues mira, se me ocurre ahora mismo un titular impactante: «Importante directora de publicidad insulta, abusa y explota a sus empleados». Y acompañando a esa frase, un artículo dedicado a ti en exclusiva. ¿Qué te parece?

—Eres un cabrón.

—He aprendido de la mejor. —Le sonrió y le guiñó un ojo.

Mavi dio un respingo y abrió la boca para lanzarle una de sus espinosas contestaciones, pero el muy imbécil le dio la espalda y se fue, dejándola con la palabra en la boca. Cabreada, giró el rostro y vio cómo Alfredo reía de una tontería que le contaba Francisco Pedro, propietario de una tienda de colchones de la ciudad. Arrugó el ceño y a regañadientes tuvo que darle la razón al engreído de Dan. Esta vez, Ruth la tenía cogida por el mango de la sartén.

El sol aparecía tímidamente entre las calles de Valencia cuando Ruth bajó del tren. Buscó un taxi y finalmente pudo dirigirse a su casa. Al llegar, le sorprendió que la llave no estuviese echada porque Silvia le había asegurado que pasaría el fin de semana fuera, con su familia. ¿Se habría olvidado de cerrar?

Entró y se arrancó las zapatillas que llevaba, descalza se encaminó hacia el salón y se lanzó sobre el sofá pensando en Tony, en lo mucho que hubiese deseado una de sus calurosas bienvenidas. Pero él no estaba. Para desgracia de su cuñado, Sara se ofreció a cuidarlo durante los días que estuviese fuera y ahora su querida mascota estaba lejos, con su hermana. Cerró los ojos y escuchó un ruido.

De un salto se puso en pie e intentó afinar el oído. Creyó detectar otro sonido y

sigilosamente caminó hacia el pasillo. ¿Habría entrado alguien a robar? Cogió la figura de porcelana que emulaba a su perro y, alzándola, se dirigió hacia los susurros. Llegó hasta la puerta de Silvia, desde donde salían palabras incoherentes.

Temerosa, agarró el pomo y fue dándole la vuelta mientras sujetaba con fuerza su improvisada arma. Tragó saliva, cerró los ojos y dándose valor, abrió de un empujón la puerta. Gritó con todas sus fuerzas: «¡¡¡Alto ahí. Te tengo!!!» y encendió la luz al tiempo que chillaba.

Ruth contempló ese gran bulto que se observaba debajo del cubre de su amiga. Sabía que había alguien y, aunque estaba muerta de miedo, se acercó. Lentamente agarró las sábanas y tiró de ellas con ímpetu.

Ante ella, aparecieron Silvia y Robert Tolley, completamente desnudos y con los mismos sentimientos en la cara: vergüenza, sorpresa y culpabilidad. Totalmente anonadada, dejó caer la figura, que se hizo añicos en el suelo. Los miró una y otra vez sin dar crédito. ¿Cuándo había surgido aquello? ¿Qué más le ocultaba la gente?

—Ruth —la llamó Silvia desde la cama, afanándose por taparse—. Puedo explicarlo...

—No es lo que parece —afirmó Tolley.

—¿Ah, no? —Y Ruth, sin saber por qué, comenzó a reír a mandíbula batiente, ante la sorpresa de los dos enamorados. Ella se carcajeó hasta que le dolieron las costillas, y la pobre Silvia no supo qué hacer. Se preocupó, creyendo que su amiga había perdido la razón...

Daniel subió por las escaleras, impaciente por llegar a su planta. Cuando lo hizo, corrió hasta la puerta de la habitación de Ruth y golpeó con esmero. Su llamada cayó en saco roto y nadie le contestó. Abatido, se dirigió a su cuarto con la esperanza de encontrar una explicación. Pero allí tampoco había nada.

Bajó y preguntó en recepción, pero lo único que le dijeron es que la habitación había sido desocupada una hora atrás. Daniel estaba muy preocupado, algo gordo había tenido que ocurrir para que ella se marchase de la ciudad de esa manera, sin ni siquiera avisarle.

Volvió a llamarla y una vez más le saltó el contestador. Luego, hizo lo mismo con Bea y obtuvo un resultado similar. Regresó a la habitación y recogió sus cosas. Cuando hubo terminado, llamó a un taxi y se tumbó cinco minutos para esperarlo. El cansancio lo venció y para su más absoluta desdicha abrió los ojos a las dos de la tarde...

Ruth bajó del coche y se encaminó decidida hacia la preciosa casa que se alzaba frente a ella. Blanca, de unos tres pisos y enorme. Tocó al timbre varias veces y esperó. Alguien

miraría por la cámara porque segundos después le dijeron: «Pase» y las puertas se abrieron. Empujó, accedió y cuando iba a cerrar, una mano se lo impidió.

—Pero, bueno, Bea, ¿qué haces tú aquí?

—¿No pensabas que te iba a dejar sola ante el peligro, no? Que sí, que tú sabes sacar las zarpas cuando quieres, pero dos siempre hacen más que una y, además, le he estado dando vueltas al tema y lo cierto es que no sabemos cómo son estos Argüelles, ¿y si deciden secuestrarte? O peor, asesinarte. Nadie se enteraría. Bueno, yo lo sabría, pero jamás podría demostrarlo porque seguramente utilizarían cal viva sobre tu cadáver y...

—¡¡Bea!!

—No pienso irme —afirmó categórica—. Te pongas como te pongas. Aquí, si una muere, la otra también. Para eso están las amigas, ¿o no?

Ruth lanzó una carcajada.

—En realidad iba a darte las gracias. Me alegra que estés a mi lado en este momento. Y siento desilusionarte, pero no creo que suframos el menor daño esta mañana. Serán unos mentirosos, farsantes y rastrosos, pero deduzco que a pesar de todo hay una pequeña pizca de honradez en ellos, o al menos eso sentí tras hablar con Fernando Argüelles hace un rato y pedirle la cita.

—Vaya —dijo una voz a sus espaldas—. Es bueno saberlo. —Ruth y Bea se giraron al escucharlo; gimiendo a la vez. La publicista se puso colorada y su amiga lanzó varias risitas nerviosas. Fernando sonrió, extrañamente divertido ante ese par. Algo le decía que esa reunión traería grandes sorpresas. Por eso mismo había citado a la joven en su casa para dentro de una hora en vez de esperar al día siguiente como ella le había sugerido, y por lo mismo, llamó a Julián, que ahora los esperaba en su despacho—. Seguidme.

El hombre las condujo hasta una gran habitación, situada en la parte baja. Estaba decorada con tonos marrón oscuro, dando la sensación de rústica. Al fondo, un hombre las aguardaba cruzado de brazos. Al verlas, la sorpresa cubrió su rostro y penetró a su padre con la mirada. Se notaba que estaba sumamente confuso.

—Julián, qué coincidencia —ironizó Ruth—. Bea, este es el hermano de Dan, o, perdón, quizá debería decir Daniel Argüelles. ¿Deduzco que estás aquí para tratar algún tema laboral con el propietario de la competencia?

—Yo...

Bea alzó una mano, cortándolo. Él se ruborizó.

—Ni te molestes, amigo. Se ha descubierto el pastel.

—¿Y mi hermano? ¿Está bien? —preguntó, preocupado.

—Tú sabrás. Yo no lo veo desde ayer. Imagino que ya te lo habrá contado.

—No, últimamente no hablamos mucho.

—Vaya, vaya. Además de mentiroso, mal espía. Poco futuro le espera a nuestro Dan. A mí sí me estuvo llamando, pero apagué el móvil —informó Bea a quien pudiese interesarle.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Eso es lo de menos y os agradecería que dejásemos de hablar de Daniel, lo quiero fuera de todo esto.

Julián se ofendió. Se colocó frente a ella y la fulminó con los ojos.

—¿Y quién te ha dicho que puedes venir aquí a mandarnos? ¿Es que no tienes dignidad? Después de todas tus bajezas, deberías pedirnos perdón y largarte.

—¡Cállate, Julián! —lo reprendió su padre.

—Porque tengo dignidad —pronunció Ruth, cuadrando los hombros, altiva—, es que estoy aquí. Lo sé todo. Que Dan ha estado espiándome porque creíais que os robábamos las campañas.

—¿Acaso lo niegas?

—No.

—¡¡Y lo dices así en toda nuestra cara!!

—¡Julián, basta! —Señaló las dos sillas frente a su mesa—. Por favor, sentaos. Entiendo que tenéis algo que contarme, de lo contrario no habríais venido.

—Así es. Recuerdo que usted vino a nuestra agencia reclamando el robo de ideas, y se le echó de allí de malas maneras. Yo, en aquel entonces, pasé del asunto, la verdad. Además, no creí que fuese cierto. Pero todo cambió hará un mes, cuando una compañera pudo ver el logo de su empresa estampado en unos documentos que estaban en poder de uno de los directivos. Investigamos el asunto y descubrimos que tenía razón. Estamos robándoles.

—Papá, ¿cómo vamos a confiar en ella? Puede que haya venido hasta aquí para lavarse las manos y echarle la culpa a otro.

—Oye, ¿pero a ti qué te pasa?

—Bea, tranquila.

—No, Ruth. Ella —la señaló— es inocente, y no voy a consentir que nadie la calumnie. Lleva años trabajando como una mula para convertir esa agencia en lo que es, una de las más importantes. Y ahora, después de tanto esfuerzo, el maldito enchufado de Roig y el

jefazo han echado por tierra toda la reputación que ella tanto ha luchado por conseguir. Y a pesar de todo, aquí está, dando la cara porque es una tía de puta madre y se merece un respeto por vuestra parte.

—Señorita —le dijo a Bea—, he de estar en esto con mi hijo. Sin pruebas, ¿quién nos asegura que habéis venido con la verdad?

—Hombre, pues yo. Tengo la grabación del pelota de Roig.

—Bea, ¿la conservaste?

—Claro. Es que aquí, mi amiga, que es más buena que el pan, al enterarse de que Roig, que es el primo de la jefa y un lameculos de cuidado, iba a robaros vuestra próxima campaña de Rarax...

—¡Rarax! —la cortó Julián—. Papá, te lo dije. No se había replanteado la inversión en publicidad, nos había dado esquinazo por Dart, seguramente atraído por nuestra propia idea.

—Ahí iba a llegar. —Bea lo miró irritada por la intervención en su gran momento—. Pues eso, que cuando nos enteramos, seguimos a la lombriz (ese es Roig) —informó a los presentes por si no lo habían captado—. Y lo grabamos. Ella le llevó todo a Carlos Álvarez y denunció ante él lo que se hacía. En teoría, se iba a encargar de todo y al principio parecía que así había sido, pero luego otra compañera descubrió que la firma de la campaña sí se había llevado a cabo, y... ¿a que no sabéis quién estaba en el ajo?

Los dos hombres se miraron confusos y luego negaron con la cabeza. Ella dio una palmada y se puso en pie.

—¡¡El señor Álvarez!! Un grandísimo hijo de su madre, ¿verdad? Y claro, Ruth venía aquí hoy a dar la cara, pero sin pruebas porque las que ella tenía se las quedó el jefazo traidor y embustero. Pero por suerte tiene una amiga brillante, o sea yo, que decidió guardar una copia por si las moscas. Y aquí estamos.

Sacó el teléfono móvil y reprodujo la conversación. Todos guardaron silencio.

—¡Eso no demuestra que ella no esté involucrada también!

—¿¡Qué!? Ruth, cógeme, que le suelto.

—Bea. —Ruth la agarró de la mano, calmándola. Tomó la palabra—. Sé que tenéis dudas, por eso he venido. A mí me gustaría limpiar mi nombre y poner de manifiesto ante toda la agencia la jugada rastrea que Roig y Álvarez han hecho. Juntos podremos desenmascararlos...

Fernando Argüelles la miró fijamente y sonrió. Ahora veía a la mujer que había conquistado a su hijo menor. Esa Lago era justo lo que ese despreocupado necesitaba, y si

estaba en lo cierto, su pobre Daniel no habría tenido ninguna posibilidad contra ella. Había caído rendido a sus pies. ¡Por Dios! Tenía gracia. La mujer que meses atrás todos detestaban, los había conquistado con esa inteligencia que exhumaba en cada poro de su piel. Sí, Ruth era una candidata ideal para entrar en la familia Argüelles.

—Por tus palabras —Fernando cruzó los dedos—, deduzco que tienes un plan.

—Así es.

—Ajá —secundó Bea, afirmando con la cabeza y dándose ínfulas, sin tener realmente ni idea de lo que estaba hablando su amiga.

—Solo tengo una condición.

Julián resopló. Bea achicó los ojos y lo miró irritada.

—¿Cuál?

Ruth ignoró al hijo y se dirigió al padre.

—Le pido que no informe de esto a su hijo.

—¿A Julián? —preguntó, confuso, Fernando, cabeceando hacia su hijo, que ahora protestaba entre susurros. ¿Pretendía que lo echase del despacho?

—No, al otro. Al mentiroso.

—Ah, Daniel. Oye, hija...

—Déjeme encararlo a mi manera.

—No seas muy dura con él. Daniel solo seguía mis órdenes.

Ruth se levantó de la silla, Bea la imitó. Le ofreció la mano y se la estrechó, luego hizo lo propio con Julián.

—Necesito colaboración en esto. Como han podido adivinar, alguien de su agencia está suministrando la información, y debemos descubrirlo. Haremos pasar a alguien de mi entera confianza por un nuevo cliente de Argüelles. Tendremos que correr la voz de que tenéis entre manos la mejor campaña de los últimos años y que vais a por todas porque el contrato es increíble. Prepararemos un *briefing* y lo haréis circular por la agencia. Seguramente el topo que tenéis proporcionará la campaña a nuestro cliente falso, que a su vez se entrevistará con todos los que estén involucrados en Dart. De primera mano descubriremos todo.

—Hay algo que no comprendo, amiga. ¿Cómo vamos a saber quién es el topo si solo contactará con Roig?

—Porque cada documento que repartamos llevará algo diferente y anotaremos quién tiene cual, así, cuando la campaña pase de manos, sabremos el nombre del que lo ha dado.

Intentad que no corra por mucha gente.

—¡Siempre mantenemos absoluta discreción! Solo las personas de más confianza trabajan en el proyecto antes de enseñarlo al posible cliente.

—Hombre, tanta discreción no tendréis cuando os roban —quiso aclarar Bea. Julián gruñó por lo bajo y le clavó la vista, irritado. Ella rio.

—Muy bien, pues esperamos noticias —las despidió Fernando.

—Las tendréis —afirmó Ruth.

Marcharon hacia la puerta de salida y justo cuando iban a acceder al exterior, las llamaron. Las dos se giraron al mismo tiempo y descubrieron que Julián iba a su encuentro. Parecía acalorado. Al llegar, carraspeó.

—Mira, Ruth, creo que hemos empezado con mal pie. —Se mordió el labio—. Yo sé que lo que te diga ahora no va a importarte mucho, pero creo que te lo debo y también a él, a mi hermano. Verás, la idea de toda esta farsa fue mía.

—No sé por qué no me sorprende... La verdad es que se te ve retorcido.

—¡Oye!

—No, no. Si te lo digo a modo de cumplido. Tienes una mente perversa, me gusta.

—Bea, qué cosa más rara. —Rio Ruth.

—Vale, después de este extraño paréntesis, sigo. ¿Por dónde iba?

—Que eres un maléfico que ideó lo de Dan —lo ayudó Bea. Él puso los ojos en blanco.

—Sí, yo creía que eras tú la responsable porque todo comenzó cuando te ascendieron. Convencí a mi padre para liar a Daniel, y él se opuso tajantemente hasta que lo amenazamos con cerrarle el grifo. Entonces decidió acatar el plan y transformarse en Dan, pero desde el mismo día en que llegó a la agencia y te vio, le costó mucho espiarte.

—Vaya. —Ruth se cruzó de brazos—. Qué alentador.

—Creo que se enamoró de ti ese primer día.

—Lo dudo.

—Yo no. Daniel jamás se había encontrado con algo prohibido, siempre lo tuvo todo fácil, sobre todo, para conquistar a la mujer que desease. Pero ahí estabas tú, su fruta prohibida. Y cada día se obsesionaba más. No paraba de hablar de ti, siempre llevaba el nombre de Ruth en la boca. Y llegó el día en el que ibais a firmar con Tolley y nosotros lo presionamos para que nos trajese la campaña y quitaros el cliente.

Ruth perdió la pose apática y se encendió. Se descruzó de brazos, furiosa.

—¿Os dio mi campaña!?

—No. Al contrario.

—¿Cómo?

—Prefirió oponerse a su familia que traicionarte, Ruth. Me dio el cambiao con otra que no ibais a presentar. Quedé como un idiota ante Tolley y me puse furioso con él, dejé de hablarle durante días. Pero él no dio su brazo a torcer, confiaba en ti. Daniel apostó por tu inocencia y nos dio la espalda al resto.

—¡Ay, Ruth! ¡Ya sabía yo que mi Dan no era tan malo!

—Podría habérmelo contado. ¿Y por qué no dejó la mentira de lado?

—Que yo sepa, ya no viste como al principio y casi nunca utiliza ese tono de voz afeminado. A su modo, te lo ha estado contando. Para él es difícil. Siente que nos debe lealtad, pero a la vez no quiere oponerse a ti. Y además, está aterrorizado de que cuando sepas la verdad te enfurezcas tanto que no quieras saber nada más de él.

—Bueno, pues tiene razón. Estoy furiosa. Además, seguramente lleva años planeándolo todo. —«Desde aquella fiesta en honor a mi hermana...».

—¡No! Fue hace un mes. —«Entonces, ¿aquel encuentro sí fue casual? ¿Será verdad lo que Julián dice? ¿Me Quiere tanto como yo a él?»—. Él jamás se ha interesado por la agencia, acabó la carrera y se dedicó a hacer masters y a vivir de nuestro padre. A veces creo que no es capaz...

—¡¡Daniel es capaz de lo que sea!! Tiene muchísimo talento, si le dieseis una oportunidad, os lo podría demostrar. Es inteligente, entregado y perfeccionista con lo que hace. Y dibuja genial. Deberías preocuparte un poquito más en conocerlo.

—Ya sé que dibuja muy bien y antes de que me cortases iba a decir que a veces creo que no es capaz de reconocer su propio talento. Le aterra fracasar.

—Ah. —Ruth estaba mortalmente avergonzada.

Julián sonrió. Vaya, vaya. Después de todo, aun había esperanza para aquellos dos...

Una chica apareció en la entrada.

—Uy, la ayudante de Dan —señaló Bea.

Julián se revolvió el cabello y sonrió tímidamente.

—En realidad, es mi prometida, Elisa.

—Vaya. ¡Ruth! Por eso solo la tenía él en el Facebook...

—¿Cómo?

Elisa apareció interrumpiendo a su novio, que quedó sin respuesta.

—¡Hola! —dijo ella cohibida, muy consciente de quiénes eran esas dos mujeres.

Bea la examinó de arriba abajo y tras unos segundos, le dio un manotazo en la espalda que casi la tumba.

—Eres una máquina, tía. ¡Menudos diseños! Te quiero en mi equipo. —Rebuscó por su bolso y sacó una tarjeta arrugada. La alisó con los dedos y se la entregó con una sonrisa de disculpa—. Llámame.

—Pero yo... —Elisa fue a decirle que ella tenía su propio negocio, sin embargo, para cuando quiso abrir la boca, Bea ya estaba muy lejos.

—Ella es así. —Ruth rio—. Encantada, Elisa. Me alegro de volver a verte, y coincido con Bea, tienes mucho talento.

—Gracias. Me sabe mal. —Alzó la tarjeta—. Pero yo tengo mi negocio. —Se encogió de hombros—. Lo mío son los zapatos.

—Razón de más para darle un toque. Podéis hacer desfiles juntas, seguro que le encanta la idea. Plantéatelo. —Se giró hacia Julián—. Iremos hablando.

—¿Pensarás en lo que te he dicho?

—Sí. Pero tú mantén tu promesa, no quiero que él se entere por nadie más. Me lo debéis.

—Está bien. No lo hagas sufrir mucho, quizá no me creas, pero mi hermano está loco por ti, si le rompes el corazón, lo destrozará.

Ella sonrió perversamente.

—Tranquilo. He reservado planes mejores para él...

Ruth se alejó y se acercó a su coche. Bea la esperaba apoyada en la puerta del copiloto.

—¿Nos vemos esta tarde? Llamaré a los refuerzos.

—Vale. Les contaremos el plan.

—¿Y...?

—¿Y qué?

—Daniel.

—¿Qué pasa?

—¿Lo vas a perdonar? No sé, tía, yo estoy en su equipo. A pesar de todo, está coladito por ti, eso se ve a leguas y cuando le tocó decidir, no te traicionó.

Ruth soltó una carcajada.

—¿Ahora hay equipos?

Bea se encogió de hombros.

—Él también habrá pasado lo suyo.

—¿Lo estás defendiendo?

Bea alzó las manos.

—¡Alguien tendrá que hacerlo! No quiero que te pase como a Sara, que tengas que estar a punto de perder a tu chico para abrir los ojos.

—No soy como mi hermana, Bea. Yo sé lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—A él.

—Hermanas y hermanos... Estamos aquí reunidos para...

—¡¡Bea!! ¡Baja de ahí ahora mismo, que te vas a caer! —exclamó Silvia al observar cómo se tambaleaba la mesa que tenían en el comedor. Bea, descalza y con el vestido largo arrastrando sobre el mantel, alzaba las manos como si estuviese dando un sermón ante sus feligreses. Sara y Ruth, sentadas una al lado de la otra en el sofá, frente a la rubia, lanzaron una carcajada. Elena, al lado de Ruth, se tocó la barriga y movió la cabeza mientras sonreía. María cogió una silla y se puso a horcajadas sobre ella, apoyando los brazos en el respaldo. Marga se acomodó al lado de María, en un taburete que cogió de la cocina, y preparó otro a su lado para Olivia, que acababa de llegar y estaba dejando su abrigo y bolso en el cuarto de Ruth. Y en cuanto a Tony, que había regresado al piso con Sara, decidió que debía tener una mejor panorámica y mordió su cunita hasta situarla al lado de la mesa para quedar delante de todos. Observó su posición y cuando consideró que era la adecuada, se tumbó. Ruth rio al verlo, ¡no se perdía ni una!

—Jo. Menuda corta rollos. Estaba a punto de darlo todo —lloriqueó Bea, fastidiada por el cambio de planes.

—Ya, por eso —contestó Silvia riendo. Se acercó a ella y le ofreció la mano para bajar. Bea se la apartó de un manotazo.

—Quita, que para una vez que me puedo aprovechar... —Llamó con el dedo a Tolley, que se encontraba apoyado en la entrada del salón, en silencio—. Venga, que no tenemos todo el día... ¡Cárgame sobre tus brazos, Zeus del Olimpo!—Robert soltó una carcajada y, casi sin esfuerzo, la cogió y la depositó en el suelo—. Dios... Si no fuese porque esta mala pécora se me ha adelantado. —Tocó el hombro de Silvia, sosteniéndose en ella—. Te secuestraba y te ataba a mi cama una semana.

—¡¡Bea!! —exclamó Sara, escandalizada.

—¿Pero tú has visto qué músculos? Si me ha levantado como si fuese peso pluma... ¡YO! Imagina lo que me haría en otra situación... —Se quedó pensativa—. Silvia, aleja de mí la tentación... ¡Oye! Ahora que se menciona el tema. ¿Podéis explicarme qué ha pasado aquí? —Los señaló—. Ruth ha sido parca en detalles y me muero por conocerlos. —La aludida se movió inquieta. ¡Qué bocazas! Se suponía que era un secreto, si es que no aprendía con ella...—. Que estáis liados, está claro, y no solo por como os miráis, queriéndoos arrancar la ropa, sino porque la querida Ruth os pilló consumando el acto, así pues, ¿qué tenéis que decir en vuestra defensa?

—Bea... —la reprendió Silvia, más roja que un tomate.

—Chica, no te cortes. Estamos en familia.

—Fue cosa de Dan. Ya te lo dije. Les tendió una trampa para que se conociesen, y mira, saltaron las chispas —mencionó Ruth risueña, intentando alejar la atención de Silvia, que no sabía dónde meterse. La verdad es que le divertía la incomodidad de esos dos. Los pobres se habían pasado una hora entera dándole explicaciones y sintiéndose culpable por el rollete. Silvia se sentía mal porque creía haberse metido en medio de Tolley y ella. Nada más lejos de la realidad, pues Ruth ya tenía a otro en mente, quizá desde el mismo momento en que apareció en su casa aquella tarde para repasar la campaña y lo vio sin ropas estafalarias. Aquel día se le metió en la piel, y la noche en que las ayudó a ahuyentar al asqueroso ex de Silvia, se coló en su corazón. Pero eso sí, no pensaba ser la única perjudicada, aquí, si uno caía, lo hacía también el otro. De eso, se encargaría ella.

Silvia le sonrió, y ella le guiñó un ojo. Todavía no parecía convencida de que ella realmente estuviese satisfecha con esa relación. Pero así era, les deseaba lo mejor. Su amiga lo merecía después de todo cuanto había sufrido por el neandertal de su jefe. Era su hora de ser feliz, y algo le decía que con Robert lo conseguiría.

—Bueno, chicas, ¿vais a contarnos de qué se trata la reunión? —las animó Sara.

—Eso, tu mensaje parecía urgente, Ruth —pronunció Marga.

—¿Es por lo de Rarax? —preguntó María—. Te lo ha contado Bea, ¿verdad? —Afirmó dando por sentado que lo había hecho—. Marga no quiso que te llamásemos hasta el lunes, pero yo creí que era necesario.

—¡Mery!

—Lo siento, Marga. Pero no se lo dije, te hice caso.

—¡Se lo dijiste a Bea, que para el caso es lo mismo!

—¡Eh! —protestó la susodicha.

—Sabía que Bea no me fallaría. —María le sonrió, la otra le sacó la lengua—. Lo estuve pensando y me daba miedo que por esperar al lunes, la cagásemos.

—¡Un momento! ¿Qué es eso de Rarax? —preguntó Olivia, mosqueada por no saber de qué hablaban.

—¿Y por qué parece que todos lo sabéis menos nosotras?

—Yo no tengo ni idea tampoco —intervino Tolley, que todavía no entendía qué pintaba allí. Ruth insistió en que debía estar presente en la reunión de esa tarde y se quedó, pero aún no comprendía por qué.

—No queríamos involucraros, chicas. Hará un mes nos enteramos que Roig estaba plagiando las campañas que preparaba Argüelles Publicidad y las hacía pasar por nuestras, robándonos los contratos. Decidimos investigarlo y descubrimos que era verdad.

—¡Madre mía! —Elena dio un respingo en el sofá.

Olivia gimió y expresó:

—¡Eso lo explica todo! ¿Os acordáis que hace un año nos preguntábamos como podía ser que de repente ese tonto consiguiese cerrar tantos tratos? Aquí tenemos la respuesta.

Robert se acercó a ellas, en su cara se leía el enfado.

—¿También me engañó a mí?

—No —aclaró Ruth—. La campaña que te presentó era suya.

—¡Obvio! Era espantosa —apuntó María. Todos rieron.

—Y ahí —dijo Bea poniéndose frente a todos—, entra la segunda parte. Dan.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Marga.

—¡Oh, no! Por favor, no me digas que es el topo —suplicó María—. Él no.

—Hombre, topo es, pero no el que buscamos.

—¿Cómo? —María estaba confusa—. ¿Es un traidor o no?

—A medias.

—¡Bea, explícate! —pidió Marga.

—Bien, para las que no lo sepáis, vuestro jefazo está involucrado en todo el asunto. Él junto a Roig robaban a la competencia, como os ha explicado Ruth...

—¿El señor Álvarez? —Elena no daba crédito. Jamás lo imaginaría de él.

—Ajá. El mismo. Bueno, a lo que iba. Ellos tienen a alguien en Argüelles que les da las ideas.

—¡Dan!

—María, no te impacientes. No, Dan es otro espía. Luego iremos con él. Al espía este no lo conocemos, y ahí entra la otra parte de la historia. El caso es que Ruth puso la oreja y escuchó cómo dos tipejas hablaban de ella.

—¡No puse la oreja! Estaba en el servicio, entraron y oí...

—Pues eso, afinaste el oído. No te avergüences, yo lo hago siempre.

—¿Qué pasó, Bea? —preguntó Sara, que hasta entonces asistía en silencio a la conversación.

—¡¡Esperad!! —Se escuchó desde la cocina. Adela apareció de pronto cargada con una enorme fuente de palomitas. Robert corrió a su encuentro y la ayudó—. Esta parte de la historia es mejor digerirla comiendo.

—¡Si tú ya lo sabes todo, mamá! —protestó Ruth.

—Por eso, cariño, ahora disfrutaré de sus reacciones.

—Sigo sorprendida de que te lo tomases tan bien.

—Ay, hija, es que lo capté desde el primer momento.

—No es cierto.

—¿Ah, no? ¿Y por qué se sorprendió al verte las tetas? No sé si te percataste, pero solo le faltó babear.

—¡No me lo puedo creer! ¡Lo hiciste a posta!

—Pues claro.

—¿Y lo dices así, tan pancha?

—Cariño, ¿cómo si no íbamos a desenmascararlo?

—¿Preguntándole? —ironizó Ruth.

—Calla, lo otro era más divertido.

—Te mato.

—Mamá, ¿de qué habláis? Ruth, ¿quién te ha visto el pecho?

—¡Dan! —contestaron Bea y Adela al unísono.

—A ver, es que no me entero. —Olivia se puso en pie—. ¿Qué tiene que ver eso con lo de las campañas?

—¡Puesto todo! —dijo Bea—. ¿No lo veis? —Todas negaron con la cabeza—. Él se descolocó al ver sus pechugas porque no es lo que afirmaba ser.

—¿¡Qué!?! —Marga levantó una ceja.

—¡Que Dan no es gay!

—¿Cómo? ¡No puede ser! —Olivia se llevó las manos a la boca. Tony dio un brinco y aulló un lamento, adiós a su amado. Ruth rio al verlo y Bea la imitó. Elena gimió mientras recordaba:

—¡Si me recomendó una crema anticelulítica!

—¡Y a mí, facial! —Silvia se mordió el labio.

—¡Se lo preguntaría a su cuñada! —Se carcajeo Bea.

—¡Te vio el pecho y te besó en la nieve!! Cuando le ponga las manos encima a ese aprovechado...

—Tranquila, Sara. Que ya me encargaré yo de él —aseguró Ruth, con mirada enigmática. El resto la observó sintiendo pena por Dan, pues si de algo no andaba falta la joven era de carácter.

—¿Me puede explicar alguien qué tiene que ver que Dan no sea homosexual con que espíe para Dart? —María fue la única que no exteriorizó reacción alguna.

—No, no —aclaró Ruth—. Dan espía para la competencia porque es el hijo de Fernando Argüelles. Se enteraron de que les estábamos robando las ideas y como no tenían forma de demostrarlo, él se hizo pasar por Dan porque creía que yo era la responsable. —De pronto, surgieron murmullos de parte de todas. Ruth sonrió, qué leales eran sus amigas... Hasta Robert parecía ofendido—. Nosotras descubrimos que Dart se había hecho con la campaña que en Argüelles habían preparado para Rarax. Seguimos a Roig y vimos cómo se la encasquetaba a Mauricio Salinas, que es el propietario. Acudí a Carlos Álvarez y me aseguró que se encargaría de todo. Confié en él. Realmente creí que lo había hecho porque no vi a Roig ni a Mavi por la agencia y no supe nada del contrato con la farmacéutica, que es a lo que se dedica Rarax.

—¿Ella también está metida? —demandó Elena.

—Al principio pensé que sí, pero ahora tengo mis dudas. De todas formas, no quisiera descartar a Mavi todavía, no hasta tener las pruebas de quiénes están involucrados.

—¿Y qué pasó después, Ruth? —Sara le cogió la mano y se la estrechó dándole ánimos. Se sentía mal por no haber estado junto a ella. Se prometió compensárselo.

—Que tanto Alfredo como *la Hiena* se encontraban en Girona preparando la fiesta de presentación de la nueva agencia. Creí que el jefe había obviado el tema porque no quería echar por tierra la reputación de su mujer y de su primo. Pero nada más lejos de la verdad. Él era el cabecilla, y María lo pudo saber porque al buscar un logo en el ordenador de Roig e internar enviárselo a su correo, accedió a la bandeja de entrada de él y vio que efectivamente sí se había cerrado la campaña de Rarax, con las ideas de Argüelles Publicidad, y además, Álvarez había sido el responsable, pues su firma figuraba en el contrato.

—¡Menudo cabrón!

—Sara, hija, ¿tú diciendo tacos?

—La ocasión lo merece, mamá.

—¡Bien dicho, amiga! —Bea rio.

—Y no solo eso, Ruth. No te olvides de *Incógnito*.

—Ah, sí. Como dice Mery, gracias a eso descubrimos que la persona que les envía la información se hace pasar por el seudónimo de *Incógnito*. Esta mañana, Bea y yo hemos

ido a ver a Fernando Argüelles, ya lo sabe todo y nos va a ayudar a desenmascararlos.

—¿Cómo?

—Tengo un plan.

—Cuenta conmigo —se ofreció Marga.

—Y conmigo —Olivia, todavía anonadada, habló.

Le siguió Elena, María, Silvia, Sara y Tolley. Hasta Tony ladró ofreciendo su apoyo.

Ruth se los agradeció y les contó al detalle su idea.

—¿Y quién hará de cliente?

—Tengo en mente a alguien genial que, para mi suerte, nadie conoce porque siempre está fuera.

—¿Andrea? —Sara no parecía muy convencida con esa idea. Su cuñada era muy joven, no colaría.

—¡No, mejor!

—¿Enrique? —Ruth movió la cabeza.

—¿¡Quién!?! —estalló Adela, impaciente.

—Tú.

—¿Yo?

—Sí, mamá, es perfecto.

Adela le dio vueltas a la idea y poco a poco sonrió, reconocía que tenía dotes para la interpretación. Ruth estaba en lo cierto, ella era idónea para el papel. Ay, Dios, se lo pasaría pipa.

—¡Está bien! Me sacrifico por el bien común.

Sara lanzó una carcajada al detectar la emoción en las palabras de su madre.

—¿Y qué hacemos con Dan?

—Se merece un escarmiento. —Sara fue categórica.

—A su favor tengo que decir que tuvo la oportunidad de traicionar a Ruth y no lo hizo, es más, fue al contrario, le dio otra campaña a su familia y los hizo quedar mal. Julián, que es su hermano, se reunió contigo. —Bea miró a Tolley—. Y te ofreció la idea que habíamos preparado en un principio. —Se incluyó a sí misma como si realmente trabajase en Dart—. Está loco por mi amiga, y para defenderla dejó de hablarse con su padre y hermano. Julián nos ha contado que desde que la conoció creyó en ella sin dudar.

—Tampoco exageres las cosas, Bea —la regañó Ruth.

—Oh, es tan mono. —María suspiró—. Sabía que no podría habernos traicionado.

—¡Ese es mi Dan! —Palmeó Marga.

—Menos mal —añadió Elena.

—Pues sí. —Le siguió Olivia. Tony gruñó, defendiendo al objeto de sus pasiones.

—¡¡A ver si ahora es un santo!! ¿Se os olvida que os engañó y se hizo pasar por quién no era para espiar a mi hermana?

—Todos cometemos errores, Sara. Y yo le debo mucho. Me ayudó con mi ex y me puso en el camino... —Silvia sonrió a Tolley, ilusionada— correcto.

—¡Y a nosotras nos trae dulces todas las mañanas! —exclamó Elena.

—A mí me gusta —aportó Adela.

—Me ayudó con un programa y gracias a él coordino mejor las entradas en el blog de la empresa. —María suspiró, soñadora.

—¡Y está buenísimo! ¿Qué? ¡No me miréis así! Eso es un punto a favor. La que sea capaz de decirme que nunca ha babeado mirándolo, que levante la mano. Tú no cuentas, Robert. Tú tampoco, Sara, que además de casada eres rara. ¡El resto habéis deseado lo mismo que yo! ¡Que fuese hetero para darle un buen viaje!

—En esto le doy la razón, cariño. —Adela se dirigió a Sara—. Ese chico es un bombón, y eso que yo solo tengo ojos para Riri.

—Bueno, ya está.

—¿Celosa, amiga?

Ruth sonrió y le hizo una cara fea. Bea se carcajeó.

—¿Entonces lo dejamos así? ¿Se va a ir de rositas porque se portó medianamente bien con vosotras y lo encontráis atractivo?

—Ah, no. —Bea rio—. Yo le debo un escarmiento.

—Cuenta con nosotras, Bea —se ofreció Marga.

—Yo también le debo una, por la encantadora cena que me hizo pasar con él —ironizó Tolley. Al recibir miradas confusas, aclaró—: Se hizo pasar por Ruth y acudió a la cita, que yo había programado, vestido... ¡Mejor ni os lo cuento! Casi lo mato. Se libró porque minutos después apareció Silvia, me la presentó y se fue dejándonos solos.

—Esa era su verdadera intención, que nos conociésemos. Veis como en el fondo es un cielo.

—Sí, Silvia, esa y alejar a tu musculitos de Ruth. Menudo pajarraco es Dan, qué bien me lo voy a pasar devolviéndoselas todas. Para empezar, Rafael está dispuesto a ayudarme. Se lo he contado y quiere su revancha también.

—¡No, Bea! Pobrecito.

—Shh, María. Deja a los mayores maquinar.

—¿Ruth? —Sara contempló a su hermana—. Y tú, ¿qué dices?

—Que ese hombre me ha martirizado mental y físicamente durante dos meses, que me ha espiado, me ha mentido y se ha reído de mí. Que me ha hecho desearlo y torturarme pensando que era un imposible.

—¿Lo odias? —preguntó María, apenada.

—Oh, no, chicas. Todo lo contrario. Lo quiero. —Rio, sumamente feliz—. Me he enamorado como una loca de ese impostor.

—¿Entonces?

—Le daré la vuelta a la tortilla. Lo provocaré de tal forma que cualquier pensamiento lógico desaparecerá de su mente, solo podrá pensar en el sexo y en mí. Y luego, le informaré que he decidido quedarme con él.

Bea dio un salto y una palmada.

—Ay. —Suspiró soñadora—. Me encantan los finales felices...

—Pero, Bea, si mi hermana está hablando de darle un escarmiento.

—Venga, todas sabemos dónde acabará eso. Unos cuantos coqueteos, sobeteos y un polvo más grande que esta casa. ¡Hasta las paredes temblarán con lo que se tienen guardado esos dos!

—¡¡¡Beaaa!!! —gritaron todas.

Cuando Daniel llegó a casa, daban las siete de la tarde en el reloj. Sin batería y con el cargador perdido, no pudo llamar a Ruth en las cinco horas de viaje en tren. Al llegar a su apartamento decidió darse una ducha para arrancarse el polvo del viaje. En cuanto estuvo listo, bajó al coche y se dirigió a su casa...

Ruth acababa de despedir a su última invitada, una muy reacia que pretendía quedarse a cenar y no entendía que se moría de sueño y que debía descansar porque al día siguiente debía estar en forma. Y ella también, puesto que arrancaba la venganza y Bea era la primera en comenzar.

Se duchó rápidamente y se puso su pijama de felpa rojo. En ese momento tocaron a la

puerta y fue a abrir creyendo que sería Silvia que se habría olvidado de algo. La joven iba a dormir a casa de Robert, pero quizá tuvo que volver a por ropa o cualquier otra cosa y no llevaba llaves. En el último segundo, le dio por examinar por la mirilla y tras la entrada vio a Daniel, que parecía impaciente.

Se apartó y se miró. ¡Oh, no! Así no lo recibiría. Se arrancó toda la ropa y gritó:

—Un momento.

Corrió al baño y se enrolló en una toalla rosita, se ahuecó el pelo y llamó a Tony, que lentamente apareció desde el salón en el que descansaba. Cuando lo tuvo cerca, le dio instrucciones:

—¡Tony! Necesito que muerdas la toalla. —Se la acercó al morro, él giró el rostro—. Tony, no seas melindroso, venga. ¡Muerde! —El perro bufó y dio media vuelta para marcharse hasta que escuchó—: Mañana desayunarás filete. —¿Filete? Las orejas se le pusieron en punta y sacó la lengua jadeando de placer. Ruth alzó la punta de la toalla, y él la mordió algo reacio. Ruth se puso en pie—. Bien, cuando abra la puerta estiras, ¿vale? —El perro ladró captando las reglas. Haría lo que fuese por esa deliciosa carne.

Ruth se acercó a la puerta. Tony seguía parado con la toalla entre los dientes, pero sin reaccionar, ella movió la tela. Él siguió igual. Resignada, cogió el pomo y abrió.

—¡Ruth! Por fin te veo, ¿estás bien? Yo...

En ese momento, Tony vio a su amado y de la emoción estiró tan fuerte que se la arrancó de cuajo. Ruth sonrió interiormente al ver la sorpresa reflejada en el rostro del joven, sus ojos se ensancharon y abrió y cerró la boca mientras admiraba cada centímetro de su cuerpo desnudo.

Él gimió sonoramente, Tony ladró, soltó la toalla y corrió hacia él para saludarlo, se metió entre los pies de Ruth, que resbaló y cayó sobre Daniel. Él la abrazó, mientras aterrizaban en el suelo. Tony acabó en la espalda de la joven. No era como lo había planeado, pero... ¿Por qué no aprovecharse de la situación? Se restregó cuanto pudo mientras se levantaba. Él lloriqueó, totalmente empalmado.

Daniel buscó sitio y aparcó. Según el GPS de su móvil, esa era la dirección que mostraba la ubicación que Ruth le había enviado. Se miró en el espejo del coche y dos grandes ojeras lo saludaron. Llevaba toda la noche sin pegar ojo a causa de la imagen que lo acosaba, la de esa diosa morena desnuda.

Todavía se le erizaba la piel al recordarla sobre él, ni siquiera se pudo enfadar con ella por desaparecer de esa manera de la fiesta y ciudad porque sus sentidos estaban embotados. Ruth le contó que había dejado recado a un camarero y a la recepcionista del hotel, algo totalmente extraño porque nadie le había dado respuesta de su paradero. Quizá, fue un empleado que al acabar el turno se había marchado. Ella le había asegurado que intentó buscarlo, pero que no lo halló, por eso se tuvo que ir, puede que fuese cuando fue al servicio... El caso es que su desaparición estaba relacionada con el maldito Tony, al que le dio una gastritis por abusar de sus filetes y lo tuvieron que llevar al hospital. Y claro, como esa mujer estaba tan obsesionada con su pequeño pulgoso, pues marchó intempestivamente. Todo para que, al llegar a Valencia, le asegurasen que era una falsa alarma...

La explicación era un poco extraña, pero Daniel se la creía por el simple hecho de que cuanto rodeaba al mimado perro era excepcional.

Bajó de su vehículo y cruzó la calle, llegó a una gran puerta de cristal y leyó el grabado de arriba: SINA. Allí era. Se suponía que la loca de Bea los había contratado para hacer una campaña de marketing online y mover su tienda por Internet. Ese día tenían que hacer una sesión de fotos y enfocar la nueva imagen que luciría Trizzy Martínez. Daniel, que llegaba un poco tarde, imaginó que ya habrían empezado con los modelos y él simplemente se encargaría de ayudar a Olivia a retocar las imágenes en Photoshop, que era una de sus tareas favoritas.

Se adentró en el estudio fotográfico y recorrió el estrecho pasillo blanco hasta una puerta negra de metal, desde la que salían varias voces. Una de ellas pertenecía a la estrambótica diseñadora, y la otra, a su amor, su bella y dulce jefa. Suspiró, consciente de que estaba en un gran lío con esos sentimientos que no controlaba, ni siquiera la noche anterior pudo desahogar su necesidad con otra. Comenzó a marcar el número de Patricia, pero luego se le hizo imposible. Debía ser ella o ninguna otra. Era un pensamiento muy preocupante en alguien que se las daba de conquistador nato, pero pasaba de reflexionar sobre el tema. Mejor dejarlo en modo *stand by* y no darle vueltas a algo que con seguridad le traería dolores de cabeza. Había tomado la firme decisión de no definir lo que sentía por Ruth, que bien sabía que no era solo deseo, pero esperaba que no pasase de mero encaprichamiento.

—¡Hombre! Mirad quien hace su aparición. Su majestad —hizo una exagerada reverencia—, menos mal que nos ha obsequiado con su presencia. Ya creíamos que no vendría. Es un honor.

—¡Hola, Bea! —refunfuñó él. Todas lo miraron y lo saludaron. Al contrario que Bea, estaban acostumbradas a su impuntualidad—. Yo también me alegro de verte —ironizó. Buscó por toda la estancia y frunció el ceño—. ¿Dónde están los modelos?

—¿Qué modelos? —preguntó la rubia.

—¡Pues los de la sesión!

Marga lanzó una carcajada, Ruth le dio un codazo y aguantó la risa. María se escondió tras la pantalla del ordenador, y Olivia se alejó con su cámara de fotos simulando captar el mejor plano. Bea se desternilló.

—Los tengo delante, querido.

—¿Qué? —Dio una vuelta sobre sí mismo. No había nadie. Ruth dio un paso y, con el rostro contraído por la risa, le explicó que cada uno se encargaría de una faena—. Vale, ¿y cuál es la mía? ¿Estaré con Olivia?

—Sí —contestó evasiva, riendo de nuevo. Él achicó los ojos, mosqueado ante tanta sonrisita. ¿Qué se perdía?—. Más o menos.

—No entiendo.

—Verás —se adelantó Bea—, por petición popular, se ha decidido que tú tendrás un privilegio especial en esta campaña.

Él miró a Ruth creyendo que era obra suya y sonrió agradecido.

—¿La dirigiré? Vaya, chicas, es un honor. Me hace mucha ilusión, aunque no entienda mucho de ropa feme... —Bea le tapó la boca.

—Hay un error. Tú serás el protagonista, Dan.

—¿Cómo?

—¡La imagen! —estalló Ruth acercándose—. ¿Verdad que es genial?

—Hombre, no sé. —Lo cierto es que no le hacía ni pizca de gracia, alguien lo podría reconocer—. ¿No podríamos elegir a otro? ¿Nicolás, tal vez? Bea, siempre dices que es demasiado guapo para ser de este mundo.

—También te he piropeado a ti. Te dije que si no fueses gay, ya te habría metido mano. Así que eres tan válido como cualquier otro.

Daniel, sabiendo que la batalla con ella estaba perdida, se rindió.

—Muy bien, pero que sea rápido. No sabía que ibas a lanzar una colección dedicada a

los hombres...

—Y no lo voy a hacer.

—Ah. —Arrugó la nariz, confuso—. Entonces, ¿no queda un poco raro que tu modelo sea yo?

—Qué va, es perfecto. Estos últimos meses estoy dedicada a una tendencia. —Se regocijó en lo que vendría a continuación—. Las bodas.

Daniel creyó entenderlo. Él haría de novio, por eso lo necesitaba.

—Vale. ¿Y quién será la novia?

Todas estallaron en risas, Ruth se divertía tanto que tuvo que sujetarse el estómago de lo que le dolía. Bea intentó aguantar para que el momento fuese perfecto, lo dejó en suspense unos segundos y cuando creyó tener controlada la risa, le informó.

—Tú, querido.

—¿iiiiQué!!!!?

—Bueno. —Ruth intentó dominarse, se limpió las lágrimas y respiró hondo—. Recuerdo que me dijiste una vez que siempre soñarías con ir de blanco. —Daniel rememoró la chorrada que soltó un día en que todas admiraban en la agencia una de esas tediosas revistas de bodas. A qué mala hora quiso hacerse el gracioso, ¡se lo tenía merecido! Ruth siguió explicándole—: Y al comentárselo a Bea, ha estado de acuerdo en que cumplas tu ilusión. Hoy, cariño —le acarició el rostro con ternura, sus ojos chispeaban de diversión—, te pondrás un traje de novia.

—¡¡No!!

—¿Cómo que no? —Bea lo señaló con el dedo—. No pienso dejar que nadie te prive de ello. Si tú quieres ser una novia, novia serás.

—¡De verdad que no es necesario, chicas...!

—¡No hay más que hablar! Al camerino. —Bea lo empujó hasta la puerta—. Ve con María, que te maquillará.

—¿¡Pintura!?! ¿En la cara?

—No va a ser en el culo. Qué cosas tienes, hijo. Anda, tira.

—Bea, de verdad que...

—Lárgate, que ya llevamos retraso y quiero que estén subidas a las redes y web este mismo día.

Daniel gimió sonoramente.

—¿Cómo? No, no, por favor, os lo suplico.

—Dan, o lo hacemos bien o no lo hacemos —afirmó Ruth.

—Ah, pues mira, no lo hacemos.

—¡De eso nada! Como me llamo Ruth Lago que tú tienes tu día especial.

—¡Eso es! Ya lo estoy viendo... Tu rostro cubierto por el velo, largas pestañas, ojos como dos mares que resaltarán sobre mi nítida creación, y para rematar, el ramo de flores rojas que te he preparado. Serás la sensación de esta temporada.

—Oh, joder... —lloriqueó Daniel al escuchar la detallada descripción de Bea.

—Podríamos titularlo: «Tú también puedes ser ella» —propuso Ruth.

—Me gusta, amiga. E incluso podemos buscar a alguien que haga de novio y que salgan abrazados.

—¿Robert Tolley?

—No sé, no lo veo, alguien menos resultón.

—A ver... —Ruth contrajo la cara en una mueca reflexiva y finalmente dio una palmada—. ¡Rafael!

—Es perfecto.

Los ojos de Daniel se desprendieron de las órbitas y el corazón le fue a mil por hora. ¡Ni de coña pasaba por ahí!

—¿Habrà tiempo?

—Hombre, Dan todavía no se ha cambiado, quizá....

Daniel corrió hasta el vestuario. Antes de entrar, les preguntó:

—¿Está ahí el vestido?

—No. Ahora, cuando estés listo, mandaré a Andrea, que está por llegar.

—¿El ángel? —Se lamentó ruidosamente sintiendo que ese iba a ser el peor día de su existencia. Desapareció por la puerta, seguido de María.

—¡Cómo que ángel! —bufó Ruth, celosísima de repente.

—Uy, ¿y ese tono, amiga?

—¡Qué tono! —renegó.

Andrea escogió ese instante para aparecer, y Bea aprovechó para mofarse de su amiga.

—Oh, mira, el ángel ha hecho su aparición desde el cielo.

—¡Muy graciosa! Dame el jodido vestido, que se lo pondré yo.

—Ay, qué posesiva, señorita Lago. ¿No va a dejarnos ver carne?

—Ni lo sueñes, amiga. Pretendo meterle mano, y a eso, tú no estás invitada.

—Vaya. —Rio viéndola desaparecer—. Hola, guapetona —saludó a Andrea—. ¿Cómo estás?

—¡Ni se te ocurra hacerte la remolona! Larga ya, me has prometido una historia digna de artículo. Cuéntame, cómo sigue la cosa entre Dan y Ruth, últimamente he estado desaparecida, pero Adela ya me adelantó algo de la reunión del otro día.

—Es una pena que te la perdieses...

—Ya. Mi jefe me tiene harta. Pero dime, ¿vais a ser muy crueles? Ruth sabe que está loco por ella, ¿no? Hasta yo se lo he notado, y mi hermano también, cosa que no le hace mucha gracia, se ha vuelto muy protector con su cuñadita. Sobre todo, ahora que sabe quién es su ayudante. Creo que en el fondo le recuerda un poco a él. —La joven rio.

—Sí. Ruth lo sabe, y eso es lo mejor. Va a volverlo loco.

—¡¡Cuenta!!

Y eso hizo Bea con pelos y señales.

Ruth abrió la puerta y llamó a Dan. Tras unos segundos de vacilación, él apareció y desde entonces ella no pudo parar de reír. Ni siquiera cuando le estaban haciendo la sesión y él tenía cara de querer matar a alguien.

Sus piernas estaban enfundadas en medias de rejilla blanca con un ligero rojo. Zapatos de tacón blancos y un vestido palabra de honor con corte de sirena que se le adhería a las caderas. Un velo largo lo cubría desde el cabello hasta los pies. Los labios rojos, a juego con el ramo que le dieron, componían el último rasgo de esa dantesca escena.

—¡Perfecto! —exclamó Bea al finalizar las fotografías—. Y ahora, la otra sesión.

—¿O... Otra? —preguntó él, temeroso.

—Claro. ¡En biquini!

Daniel corrió como nunca antes en su vida. Ni siquiera Julia Roberts en *Novia a la fuga*, lo superaba.

Esa misma tarde, Ruth inició su plan. Se atusó el cabello cardándose algunas puntas, se pintó los labios de tono escarlata, se delineó los ojos con *eyerline* y se recolocó el pecho, moldeándolo al sostén negro de encaje que portaba. Observó las brasileñas que iban a juego con el sujetador y se enfundó las piernas en unas medias ligueras negras, que ató a las braguitas. Se puso unos zapatos rojos de infarto y dejó su vestido negro doblado sobre el bidet. Cerró la mampara de la ducha, cogió el anti insectos y roció el baño con el espray. Marchó de allí.

Tony la esperaba fuera, con cara de pocos amigos. Ella lo acarició disculpándose por ensuciar su servicio y le prometió que esa noche le daría una vuelta larga. El pobre se tomó muy mal la sugerencia y sollozó mientras se alejaba de ella, directo a la habitación. Ruth movió la cabeza disgustada. ¿A qué perro no le gustaba bajar a la calle? Ese Tony era de lo más extraño... Fue al armario de la entrada y extrajo dos empapadores. Colocó uno en el cuarto que ocupaba Tony y otro en el salón. Él la siguió para observar su hazaña y cuando acabó, se acercó y orinó.

Ruth cogió el móvil y mandó un mensaje urgente:

¡Dan! Ven. ¡Ahora! Es de vida o muerte. Te necesito.

Diez minutos después, el timbre de abajo sonó. Ruth miró por la cámara y vio a Daniel, se fijó en su vestimenta y rio. ¡Qué lástima! Había salido con lo primero que encontró. Una camisa, un pantalón de chándal, zapatos marrones elegantes, chaqueta de sport... Y el cabello sumamente mojado, signo de que estaría en la ducha.

—¿Daniel? ¡Sube, sube! —lo apremió chillando, y abrió.

En menos de un minuto, él ya estaba tocando arriba. Ruth se preparó, de soslayo miró a Tony, que la espiaba desde la puerta del salón, y le ordenó que se encerrase en la habitación, él alzó el rostro y se quedó dónde estaba. Ella puso los ojos en blanco y le dio por imposible. Cambió el gesto y compuso cara de sumo horror. De un manotazo separó la puerta y se lanzó en brazos de Daniel, abrazándolo. Sintió cómo contenía la respiración y tragaba saliva con dificultad.

—¡Ruth! ¿Qué sucede? —susurró con voz estrangulada, apartándola de sí. ¡Error! Fue peor el remedio que la enfermedad, pues si sentirla contra su cuerpo lo trastocaba... Verla así... lo enloquecía. ¡Esa mujer iba a acabar con su paz mental! Una persona no podría soportar tanto, estaba seguro. ¡Le iba a dar un ataque!

—¡¡Una cucaracha!!!

—¿¡Qué!? —¿La urgencia era por un insecto? ¡¡Un bicho!! «La estrangulo», pensó Daniel, que había salido pitando de casa y doblado la velocidad hasta llegar. ¡Se

imaginaba lo peor! No que su insistencia se debía a una... ¡una cucaracha!

—No sabía a quién más acudir. ¡Está ahí! ¡En el baño! —Señaló hacia allá—. Me estaba arreglando cuando la he visto. ¡No puedo volver a entrar sabiendo que se encuentra dentro!

Se le echó encima, cogiéndolo de la solapaba de la chaqueta. Daniel inhaló su dulce perfume, que lo embriagó y le impidió pensar en nada más que en un sexo salvaje en el suelo, la cocina, el sofá, la habitación. Hasta en el baño con cucaracha o sin ella... Vale, eso era asqueroso, pero es que esa explosiva morena le hacía perder el juicio.

—¡Tienes que ayudarme, Dan! Les tengo pánico.

Gimió sintiéndose el hombre más indeseable del mundo, la pobre estaba aterrorizada y él solo pensaba en echársela sobre el brazo y arrancarle de un mordisco la atrevida ropa que lo estaba enloqueciendo.

—Me sabe fatal haberte llamado a ti, pero es que Bea es peor que yo, y no hablemos de mi hermana o mi madre. Y el resto de las chicas, más de lo mismo. Eras el único que me podía ayudar.

Daniel sacó pecho, henchido de orgullo. Si necesitaba un héroe, qué cojones. Su héroe sería.

—Yo te rescataré, jefa —bromeó, sorteándola, consciente de que si la rozaba una vez más sería su perdición. Entró en la cocina y cogió un rollo de papel.

—El espray está dentro del baño. Eché y cuando la vi moverse, lo solté y cerré la puerta. —Hizo un mohín—. Encima mi vestido se ha quedado en el servicio. Voy a cancelar la cita. —Fue al salón y cogió el móvil, desde allí continuó—: Porque después de lo que ha pasado no me apetece nada ir a cenar.

—¡¡Tenías una cita!! —Daniel fue a su encuentro con el rostro demudado de rabia. Unos celos inmensos recorrieron cada poro de su piel, volvió a mirarla y la imaginó en brazos de otro hombre. Vio como unas manos que no eran las suyas le acariciaban el pelo, desabrochaban esa tentación de sostén, arrancaban las braguitas y tocaban la sedosa piel de sus piernas mientras deslizaban lentamente sus medias. Y una boca ajena a la de él le borraba el carmín de sus labios.

Ruth leyó en sus rasgos signos de enfado y observó cómo se tintaban de ira. No quiso tensar más la cuerda que los envolvía y acabó quitándole hierro al asunto.

—Sí, un conocido de Bea —mintió, echándole la culpa a la pobre—. Se puso pesada la tía y me supo mal no asistir. Pero ya me he librado del compromiso, tampoco me apetecía nada.

—Nadie lo diría... —murmuró enfadado, devorando el sexy conjuntito oscuro.

—¿Decías?

—No, nada, que mejor te quedas en casita. Hoy hace una rasca... ¡será mejor que te cambies, no vayas a resfriarte! Te espero aquí. —Se sentó en el sofá.

—¿¡Estás loco!?! No pienso ni respirar hasta que esa cosa esté lejos de mi casa.

—Pero ¿y si te pones un batín...? Corre aire ahora y...

—¡¡Dan!! —vociferó, señaló hacia el pasillo—. A por ella, venga. —Él se levantó y, arrastrando los pies, fue hacia la salida. Antes de desaparecer le echó una última mirada y se recreó en sus curvas. Apenado, se dijo que le esperaba por delante otra tediosa noche donde el sueño lo evadiría y solo podría pensar en esa tentación que llevaba por nombre Ruth Lago.

Cuando desapareció, Ruth se acomodó en el sofá. Risueña, se tapó con una manta, dejando descubierta la parte superior de su cuerpo. Tony, desde su cuna, la espiaba.

—¿Qué? No me juzgues —le dijo a su perro—. Si lo quieres en esta familia, tendrás que colaborar tú también. —Aburrido de esos dos, agachó la cabeza y se puso a dormir, soltando varios ruidosos ronquidos.

Daniel inspeccionó el cuarto de baño sin encontrar rastro de la intrusa. Volvió al salón algo extrañado. Al entrar vio que la joven estaba sentada, esperándolo. Su posición le pareció de lo más sugerente. Se le hizo la boca agua. Jamás había estado tan hambriento como en ese momento, ¡anhelaba comérsela enterita!

—Ruth —pronunció con voz estrangulada por el deseo—. Ahí no hay nada. He revisado cada palmo de suelo y rincón y no la he visto.

—¿Ah, no? Qué raro... Pues igual se la ha comido Tony. —Este alzó la cabeza, indignadísimo con tal afirmación. Gruñó ofendido. Ruth, que ahora estaba de pie, clavó los ojos en el chucho indicándole con la mirada que colaborase con ella. Él la ignoró, resentido por la fragante mentira—. ¿Por qué no te sientas? Pareces tenso...

Daniel la contempló asustado. Ella sonrió y se le acercó seductora. Le rozó los brazos mientras le quitaba la chaqueta.

—¿Qué haces? —chilló con voz agudísima a causa de la hinchazón que sentía.

—Ponerte cómodo —contestó atrayente.

—Estoy bien.

—Qué va, aún no, pero lo estarás en breve —susurró hechiceramente.

—¿¡Eh!?!

Ella lo obligó a sentarse y se puso tras él. Los dedos jugaron en su nuca y fue

trazando círculos por el cuello. Bajó poco a poco mientras le daba un sensual masaje.

—Estás muy tenso, querido. Relájate y disfruta. ¡Aprovéchate de mí!

—¿¡Cómo!?

—Del masaje, claro.

—Ah. —Se mordió el labio y cerró los ojos, incapaz de concentrarse en nada más que no fuese ella, sus manos, su aroma...

—Umm —gimió ella. Él sollozó al escucharla—. Estás caliente...

—¡Qué!

—Tu piel, que quema.

«Normal. Estoy al rojo vivo».

—¿Te encuentras bien? No tienes muy buena cara... Pareces agobiado. ¿No tendrás fiebre? A ver, déjame comprobarlo.

—¿Eh? No, no. ¿Dónde vas? —Vio como daba la vuelta al sofá y se le acercaba, se dobló bajando el torso hasta su rostro. Sus pechos quedaron a la altura de su boca, Daniel sacó la lengua muriéndose de ganas de probarlos. Los labios de la joven se posaron sobre su frente, se puso a horcajadas sobre él y apoyó la mejilla en su sien. Daniel gimoteó, impotente. Tenerla tan cerca y, sin embargo..., tan imposible. Su soldadito se rebeló y de un golpetazo se hizo notar. Ella dio un brinco.

Ruth rio interiormente al ponerse encima, sintió como todo él temblaba. Y cuando su deseo se hizo palpable, la sonrisa se le borró. El juego dio un giro dejándola seriamente perjudicada, pues la pasión la llenó por entero haciéndole olvidar su desquite. Solo podía pensar en él, en cómo lo necesitaba dentro de ella, en cuanto se moría por volver a besarlo y en lo mucho que lo quería. Deslizó los labios hacia su boca, perdiéndose en las sensaciones que la asaltaban, negándose cualquier pensamiento lógico y dejándose llevar. Cruzó el marrón de sus ojos con el azul de los de él. Leyó el deseo intenso que Daniel sentía. Pero, de pronto, la cara de él quedó horrorizada.

—¿Qué es eso? —preguntó sorprendido.

—¿El qué? —Se apartó.

—Algo está chorreando, me ha empapado los pies.

Ruth se levantó y ambos observaron cómo Tony jugueteaba con su empapador, el cual mordía y restregaba sobre Daniel. La joven se tapó la boca y cerró los ojos esperando escuchar el grito que no tardaría en llegar....

—¡¡¡Toooooonyyyy!!!

El perro salió a correr, Daniel se lanzó tras él y Ruth se tumbó en el sofá resoplando. Adiós al momento mágico. Algunas veces, su querido perrito no era tan maravilloso...

Daniel tecleó las últimas palabras en el ordenador, revisó y dio a imprimir. De soslayo, divisó a su jefa, que no perdía cuenta de su persona soltando risitas a cada rato. Seguramente seguía divertida por las fotografías que le había mostrado Olivia de la sesión del lunes. Él tampoco podía olvidarlas porque le recordaban a ese maldito momento a pesar de que habían pasado casi cuatro días. Nunca borraría de su mente la cara que habían puesto sus vecinos al verlo aparecer de esa guisa, pues para su mala suerte, en el patio estaba media finca celebrando la reunión a la que él mismo debía asistir, pero que había olvidado por completo. O mejor dicho, quiso olvidar, ya que seguía sin ser bienvenido entre los propietarios a causa de la inundación que había provocado. Y ahora, cómo no, era la comidilla de todos. En cuanto lo veían, o reían o huían. Un panorama, vamos.

De pronto, su móvil sonó. Lo cogió y vio que era un mensaje de su madre preguntándole cómo estaba y riéndole por tenerla olvidada. Le contestó prometiéndole que iría a verla, ella le informó que había organizado una cena familiar y que lo esperaba, sin excusas. Daniel no tuvo más remedio que aceptar, aunque presagiaba que la noche sería movidita, pues Julián seguía reticente a perdonarlo y su padre últimamente parecía muy esquivo con él. Tras confirmar que asistiría, se puso en pie y se dirigió hacia la entrada.

Ruth aguardó pacientemente hasta que lo vio moverse, varias veces tuvo que esconderse tras la pantalla del ordenador para que no percibiese su diversión. Agarró el teléfono y marcó un número, cuando le contestaron, susurró:

—Ahora.

Daniel cruzó la puerta y pasó por delante de las chicas, saludándolas a todas. Olivia lo llamó y le pidió opinión sobre unas imágenes que acababa de retocar. Al acercarse Daniel, se vio en ellas vestido ridículamente de blanco, sosteniendo un ramo de flores rojas. Gruñó y marchó de allí escuchando las carcajadas de todas. Maldijo su suerte y, refunfuñando, accedió al pasillo que dirigía hacia la pequeña sala que guardaba la máquina impresora.

Abrió la puerta y la oscuridad lo engulló. Encendió la luz y pegó un salto, asombrado ante lo que tenía frente a sus ojos. Robert Tolley, sentado sobre el aparato, sonreía hacia él con más vestimenta que un sombrero de cowboy, un pañuelo anudado al cuello y una especie de calzoncillo rojo brillante que mostraba demasiado. En sus manos, un látigo.

—¿Qué es esto? Oye, tío, creo que he interrumpido algo, será mejor que me vaya antes de que tenga pesadillas durante una semana.

Se dio media vuelta, y el látigo sonó, cerrando la puerta de golpe.

—¿Dónde crees que vas? Ni se te ocurra dar un paso, potro salvaje, o te tendré que domar... —Tolley sonrió ladinamente. Daniel abrió la boca y pestañeó varias veces, incapaz de comprender la situación. ¿El americano lo esperaba a él? ¿Se habrían vuelto todos locos en esa agencia?

—Creo que te estás equivocando...

—Oh, no, Dan. Sé muy bien qué hago, por eso estoy aquí, así. Tenías razón la otra noche, en la cena, ahora lo veo claro. Estamos hechos el uno para el otro, me gustas y no deberíamos reprimirnos, estoy harto de callar, de disimular. Desde que te vi aparecer en nuestra cita no he podido dejar de pensar en ti. Basta de escondernos. Ven, hazme tuyo.

—¡Pero qué coño! No, no. ¿Y Silvia?

—¿Quién?

—¡La mujer que te presenté! La amiga de Ruth. Ella es la que te debe atraer.

—En mi mente solo estás tú y pienso demostrártelo...

De un salto, Tolley se acercó a él; Daniel corrió refugiándose tras la máquina, el otro lo siguió. Y así estuvieron hasta que la puerta se abrió y Ruth los observó detenidamente a uno y otro. Daniel se lamentó interiormente viendo menguadas las escasas esperanzas que tenía con ella. La joven se tapó la boca. Y huyó de allí con una débil excusa.

Daniel fulminó al endemoniado americano con la mirada y siguió a su jefa. Por el camino se encontró con Roig y, sonriendo perversamente, le indicó dónde debía dirigirse...

Se pasó el resto de jornada dando explicaciones a la joven, quien asentía a sus justificaciones y soltaba varias carcajadas. Daniel odió su representación y se dijo que debía eliminar al dichoso Dan de su vida cuanto antes.

—¿Funcionará? —Bea la miró alzando una ceja.

—¿Estás de broma, Ruth? ¿Te has visto en el espejo? No se podrá resistir.

—Bueno, tengo que reconocer que has hecho un buen trabajo. Hacía tiempo que no me sentía tan sexy —dijo Ruth observándose. El cuerpo estaba enfundado en un ceñidísimo vestido azul eléctrico, demasiado corto para su gusto. De gran escote y manga larga, recorría cada una de sus curvas, acentuándoselas. El cabello ondulado caía libremente por sus hombros, destacando un rostro maquillado a la perfección, cuyos labios rojos sintonizaban con el tono de sus taconazos. La joven dio otra vuelta sobre sí misma y asintió, llevaba toda la semana esperando ese momento, planificándolo con el más mínimo

detalle. Y al parecer, todo marchaba según lo previsto...

—Solo falta una cosa.

—¿El qué? —preguntó, confusa, Ruth.

Bea, que llevaba una falda negra de cuero y una blusa blanca, alzó el móvil.

—Nuestra víctima.

Escribió un escueto mensaje y lo mandó.

Daniel estaba acabando el delicioso flan casero que su madre les había servido cuando su teléfono sonó. Prefirió ignorar el dispositivo hasta que la cena finalizase, por miedo a romper la cordialidad que reinaba entre todos. Desde que había llegado, Julián lo recibió con un efusivo abrazo y hasta le pidió perdón por su irascible actitud, asegurándole que confiaba en él y que lo dejaría llevar el asunto de las agencias como decidiese. Y su padre, otro tanto, se alegró muchísimo de verlo e incluso le dijo que estaba orgulloso de él y le preguntó sobre sus funciones en Dart. Sin darse cuenta, Daniel se explayó apasionadamente sobre sus tareas y la morena que le quitaba el sueño; a cada frase la mencionaba y resaltaba sus virtudes. Estaba tan ensimismado que no se percató de la mirada que se dirigieron sus padres ni de la sonrisa de complicidad que cruzaron Elisa y Julián. Era el único que parecía ignorar el hecho de que el pequeño de los Argüelles por fin había entregado su esquivo corazón.

Cuando hubieron terminado, Daniel miró el móvil y maldijo sonoramente.

—Dani, cariño, ¿estás bien? —Su madre lo examinó sumamente preocupada, Julián le dio una palmada en el hombro y le hizo la misma pregunta.

—Sí, mamá. Es que tengo que irme, lo siento. —Se giró hacia Julián—. ¿Todavía tienes ropa aquí?

—Depende de lo que busques. —Contempló de arriba abajo a su hermano y frunció el ceño—. ¿Qué tiene de malo lo que llevas puesto?

—Que no es adecuado para ir a bailar salsa. —Rio. Se quitó la sudadera y subió hasta el cuarto que ocupada su hermano antes de independizarse con Elisa. Sacó del armario una camisa blanca y se la puso. Miró los vaqueros que llevaba y asintió, pasaban.

Adela movía las caderas al ritmo de la música mientras daba pequeños sorbos a su copa y hacía ojitos a su marido, que se encontraba sentado a su lado.

—¿Bailamos?

—¿Otra vez? ¡Si acabamos de sentarnos!

—Oh, Riri, no seas soso. La noche es joven y nosotros también. Además, así dejamos que las niñas confabulen a gusto. —Risueña, cogió la mano de su marido y lo arrastró a la pista, dispuesta a demostrarle que todavía era la mujer que lo había conquistado dos años atrás, cuando sus caminos se encontraron por primera vez y en ese mismo pub danzaron hasta que sus cuerpos se amoldaron y sus corazones se fundieron en uno.

—Tu madre es la mujer más divertida que conozco. —Bea rio y miró como Adela se pegaba a Enrique para bailar una bachata—. Y se mueve demasiado bien —replicó algo celosa por esos movimientos ejecutados a la perfección. Hay gente que llevaba el ritmo en las venas, y Adela Maldonado era una de ellas.

—Siempre lo dices, envidiosa. —Le sacó la lengua.

—Claro, como a ti se te da de perlas. La única que me entiende es tu hermana Sara, que es peor que yo.

Ruth sonrió y volvió a mirar hacia la puerta.

—Espero que venga, chicas.

—Tranquila, aparecerá —aseguró Andrea, que había salido con ellos. Sara y Nicolás tuvieron que quedarse en casa porque Sofía había vuelto a resfriarse. Y el resto de las chicas ya tenían planes para esa noche. Silvia, que también iba, las llamó a última hora para declinar la invitación, pues Robert le había preparado una sorpresa que consistía en un delicioso fin de semana en una retirada casita rural.

De repente, una canción muy movida de *reggaeton* comenzó a sonar. Y Ruth se lanzó a la pista tras intentar inútilmente que sus amigas la acompañasen. Estas, desde sus sillas, se maravillaban de su destreza.

—¡Ni hecho a posta! —exclamó Bea dando una palmada y señalando la entrada, donde Andrea observó a Daniel.

—Empieza la fiesta...

Daniel buscó por toda la sala a sus compañeras de trabajo. El mensaje de Bea era conciso y claro: «Te esperamos en Café Tucán. Noche de chicas. Ruth dice que hoy lo da todo. ¿Pillaré cacho? Va de lo más sexy».

¡Por encima de su cadáver! Así de claro. Aunque se tuviese que liar a ostias con todo el pub, pero esa mujer al único que tendría revoloteando a su lado sería a él.

A lo lejos vio a Bea y a Andrea, mas siguió sin divisar a su morenita. En la barra distinguió a Adela y Enrique, pero ni rastro de Ruth. Finalmente, se fijó en la pista donde se había formado un círculo; temiéndose lo que sucedía, se acercó y la vio. Vestía de azul

y se meneaba como jamás habría imaginado, ni siquiera en sus mejores sueños. Hipnotizado, siguió el movimiento de ese culo que, al compás de la música, daba círculos acentuando su magnífica figura. Loco de deseo, fulminó con la mirada a los babosos que la rodeaban; ellos, ante la ira que brillaba en sus ojos, se apartaron. Daniel aprovechó la ventaja para lanzarse a sus brazos. Se colocó tras ella y, dejando de lado las mentiras, se convirtió en Daniel Argüelles, el hombre que la deseaba por encima de cualquier cosa.

Ruth lo sintió llegar, su mirada la quemó por todo el cuerpo. Sensualmente bailó para él hasta que percibió como su firmeza se desquebrajaba y se acercaba a ella. La joven se fundió en sus brazos y durante horas fueron uno solo, sin pensar en nadie más.

Al término de la noche, tras muchos chupitos y besos, marcharon. Ruth lo invitó a su apartamento, y él accedió de inmediato. En el taxi no pudieron mantener las manos apartadas el uno del otro, ni siquiera al llegar al portal.

Subieron las escaleras tambaleándose y sin separar los labios. Llegaron al piso abrazados, sumergidos en la pasión que durante esos meses los había envuelto. Chocaron contra la puerta del salón, pero siguieron con las lenguas entrelazadas mientras iban arrojando la ropa por el suelo.

Por fin, se acercaron a la habitación de Ruth. Ella lo empujó sobre la cama y cayó encima de él. Volvieron a unir sus bocas con frenesí mientras se acariciaban los cuerpos desnudos.

Daniel se puso sobre ella y succionó sus pechos, lamiendo con ansia sus pezones, ella gimió una y otra vez. El joven fue deslizándose su lengua hasta hallar su punto más sensible, que recorrió con ternura, apretando con suavidad su clítoris mientras introducía un dedo en su interior y la hacía gritar de placer.

Ella le acarició la espalda mientras se arqueaba en busca de esa deliciosa tortura. Él la provocó perversamente, atrayendo el orgasmo y privándose cuando lo tenía en la palma de la mano. De un manotazo lo apartó y se situó sobre él, Daniel aprovechó para morderle las tetas, pero ella le puso una mano en la boca, impidiéndole seguir. Lo miró divertida y, emulando su juego, fue dejando una estela de besos por todo su cuerpo hasta que llegó abajo. Le pasó la lengua, y él brincó. Ella soltó una risita y agarró el pene con la mano, lo acarició y fue succionándolo. Daniel gimió sonoramente e intentó apartarla, pero la joven no lo dejó.

—Ruth, no puedo más... —musitó a punto de rendirse al placer.

Entonces ella dio un salto y se colocó a horcajadas, introduciéndose el firme miembro y cabalgando salvajemente hasta que ambos hallaron la rendición. Se dejó caer sobre él, exhausta y complacida. Durmieron abrazados.

Daniel despertó poco a poco. Se desperezó y abrió los ojos desorientado. Pronto, las

maravillosas imágenes del día anterior vinieron a él y una sonrisa fue ensanchando su boca. Se colocó los brazos tras la cabeza y suspiró feliz. Había mandado a la mierda su tapadera, pero no le importaba; nada más allá de Ruth lo hacía. Iba a contárselo todo, aun a riesgo de perderla, pero necesitaba sincerarse de una vez por todas.

La vio aparecer en la puerta, y las dulces palabras que pugnaban por salir se atascaron en su boca al ver a Bea a su lado. Frunció el entrecejo cuando los ojos de ella brillaron de malicia. ¿Estaría furiosa por la mentira? ¿O se arrepentiría de lo que había pasado por creer que él era homosexual? Quiso sacarla de su error, sin embargo, no pudo articular palabra, pues oyó un gemido a su lado, bajo las sábanas, que lo desconcertó.

—Vaya, vaya. Creo que alguien se lo pasó muy bien anoche —la escuchó pronunciar. Le guiñó un ojo, suponiendo que se refería a su encuentro sexual. De la cama volvió a surgir un sonido.

Cogió la sábana y la deslizo pensando que se encontraría con el mimado de Tony.

—¡Hola, gatito! —ronroneó Rafael, acurrucado y desnudo a su lado—. ¿Repetimos?

Daniel gritó horrorizado, mientras las dos jóvenes se partían de risa.

Daniel maldecía una y otra vez a su hermosa morenita, que era más taimada que él. Todavía no comprendía a qué se debía su embuste, pero por mucho que ella jurase y perjurase que no había pasado nada entre ellos el viernes, que llegaron a su apartamento los cuatro y que cada uno durmió en un sitio. Él no se engañaba, recordaba cada palmo de su piel, sus besos y caricias. Quizá lo negaba porque se sentía mal y así le era más fácil olvidarlo. Fuese cual fuese la razón, ella había sido suya. Y por supuesto, no le había tocado ni un pelo al farsante de Rafael, que buscaba la menor ocasión para acercársele.

En todo el fin de semana no quiso saber nada de nadie y tampoco pudo pegar ojo. Por eso, esa mañana, al contrario de lo que era usual en él, ya estaba de camino a la agencia y llegaría muy puntual.

Aparcó y subió hacia la planta donde compartía oficina con Ruth y las chicas. Recorrió los desérticos pasillos y se encaminó a la sala de la que salía luz. Fue a entrar cuando unas palabras captaron su atención, inmovilizándolo.

—Pobre, Dan, me da mucha pena. Marga, estamos pasándonos ya. Lo de la sesión de fotos fue gracioso, por no hablar de lo de Tolley, me estuve riendo todo el día. Ruth dijo que se pasó el resto de la mañana explicándole la absurda situación, como si ella no estuviese enterada, que fue quien lo planeó. Y vale, hasta ahí lo veo gracioso. Pero, jolines, usar a Rafael es excesivo. ¡Le ha hecho creer que se acostaron juntos! Qué lástima. Daniel nunca sabrá la verdad y seguramente se siente fatal por algo que no ocurrió. La venganza se nos ha ido de las manos.

«¿Venganza? ¿A qué se refieren?», pensó Daniel.

—María, todas acordamos que debíamos darle una lección. A la próxima se lo pensará mejor antes de engañarnos. Si Ruth no hubiese escuchado aquella conversación entre la antigua amante de Daniel y su amiga, no habría sabido la verdad.

—Sí, es cierto. Ay, ahora que lo mencionas, ahí también me reí. Mira que inventarse que a Tony le había dado gastritis... Sabes, yo lo hubiese encarado en vez de huir de Girona.

«Así que eso fue lo que pasó, morenita. Escuchaste a Patricia contar algo de mí y huiste... Pero ¿cuánto sabes?», caviló Daniel.

—Estaba hecha polvo, Mery. No hay nada peor que enamorarse del hombre equivocado.

«¿¡Enamorada!? ¿Ruth me quiere? No, no puede ser cierto, ¿o sí?», una alegría inmensa recorrió cada poro de su piel. El joven se sintió tan contento que lució una sonrisa idiota lo que restaba de día.

—Pero él no es el equivocado, Marga. —«Esa es mi María, di que sí. Yo soy el hombre que mi morenita necesita»—. Hacen muy buena pareja y cuando Ruth lo perdona y le confiese que sabe que no es homosexual y que es el hijo de Fernando Argüelles, todo volverá a su cauce y podrán sincerarse. Yo creo que habrá hasta boda.

—Demasiadas películas románticas ves tú, niña. Dudo mucho que pase así, aunque por el bien de Ruth lo deseo, ya que está loca por él.

—Sí, y él por ella. ¡Me encantan!

—Anda, calla, no sea que venga alguien y la liemos.

—¿Y quién podría entrar? Dan jamás es puntual...

Daniel se apartó de la puerta sonriente. ¡Lo sabe todo! ¡Ruth conocía la verdad! Rio por todas las cosas que su rencoroso amor le había hecho. Soltó una carcajada recordando como lo había obligado a vestirse de novia o cuando lo sedujo con la necia excusa del insecto, como había escapado del cuarto de la máquina de escribir, seguramente partiéndose de risa, y como lo había subyugado con ese vestido tan sexy. Y lo mejor, como se había entregado a él en cuerpo y alma aquella noche.

Su móvil sonó y corrió a cogerlo antes de que las mujeres se percatasen de su presencia. En la pantalla leyó que era Julián.

—¿Sí? Dime, Juli.

—*Daniel, ¿puedes pasarte por la agencia?*

—¿A qué hora?

—*Pues ya, antes de que entres a Dart.*

Daniel prefirió no mencionarle que ya se encontraba allí y simplemente dijo:

—Vale, voy para allá.

Veinte minutos después accedía a Argüelles Publicidad. Subió por las escaleras y se dirigió al despacho de su padre. Antes de entrar, le preguntó a su secretaria.

—Luisa, ¿sabes si mi padre y Julián están dentro?

—Sí, te están esperando. Pasa.

—Vale, gracias Luisi. Por cierto, hoy estás espectacular.

—Tú nunca cambias, Daniel Argüelles. —Él le guiñó un ojo—. Yo de ti me daría prisa, al parecer se cuece algo importante.

—¿Sabes de qué se trata?

—No, pero por la oficina se comenta que estamos a punto de firmar el mejor contrato

de toda nuestra existencia. Algo relacionado con una nueva clienta, ¿sabes algo del tema?
—Él frunció el ceño.

—La verdad es que no. ¿Estás segura?

—Sé lo que se dice por aquí. Según parece, es la propietaria de una tienda de bolsos que están causando furor en el extranjero. —Se apoyó en la mesa y se alzó para susurrar—: Comentan que está dispuesta a desembolsar millones de euros. Me imagino que le prepararemos una idea digna de su presupuesto. Igual te han llamado para eso.

—Puede —comentó extrañado. ¿Por qué nadie le dijo nada?

Mosqueado por el hecho de que nunca contaban con él, abrió la puerta sin llamar.

—Papá, qué es eso de que...

—¡¡¡Daniel!! —lo interrumpió alguien, dándose la vuelta con efusividad—. Dime que no estoy soñando y que mi primo favorito acaba de entrar por la puerta.

—¿¡¡Pet!!? —lo saludó, profundamente contento. Corrió y estrechó a su mejor amigo. Con tal sorpresa, olvidó lo que quería preguntar—. ¿Cuándo has regresado de París?

—Anoche. Digamos que me he cansado de ver mundo.

—Mejor di que te han despedido —gruñó Julián, celoso de la camaradería que esos dos siempre habían sentido, llegando incluso a olvidarse de su presencia, como ahora mismo sucedía y eso que Peter era de su misma edad. Sin embargo, esos cinco años de diferencia nunca fueron un problema para ellos y menos ahora que su hermanito estaba a un año de rozar la treintena—. Pedro quiere que lo contratemos —añadió mordaz, sabiendo cómo detestaba su primo que utilizase su nombre de pila.

—¡¡Pedro!! Te he dicho mil veces que es Peter, ¡Peter! Nadie salvo tú me llama así. Pedro es mundano, Peter... artístico.

—Sí, y como el personaje de Disney, tú tampoco has aprendido a crecer, Peter Pan.

—Julián... —lo riñó su padre. El aludido sonrió ladinamente y alzó las manos en señal de paz.

—Entonces —intervino Daniel, mirando a su primo y a su padre—. ¿Te quedas?

—Así es —aseguró Fernando, quien se alegraba por la felicidad de su hijo pequeño, que siempre adoró al único retoño de su hermana—. Vas a verlo durante una buena temporada. Se encargará de las sesiones fotográficas ahora que Conchín se ha cogido la baja por maternidad.

—¡Es estupendo! —Palmeó la espalda de Peter—. ¿Vamos a comer? ¡Tenemos que celebrar tu regreso!

—¿¡En su primer día!?! —protestó Julián.

—Va, papá, que hace un año que no nos vemos.

—Está bien, pero mañana te quiero a primera hora aquí, Pet.

—Así será, tío.

Los dos jóvenes marcharon alegremente. Daniel lo condujo hasta su coche mientras escribía a Ruth; al llegar al vehículo, tomaron asiento. En ese instante, le entró una llamada. Puso el manos libres.

—¿Sí?

—*Dan, acabo de recibir tu mensaje. ¿Estás bien?*

—Sí, sí, tranquila. Es solo una gastritis, como la que le dio a Tony, ¿recuerdas? —ironizó.

—*Ya. Vale. Pues que te mejores, esta tarde me paso por tu casa.*

—Gracias, pero estaré con mis padres —mintió, ya que pensaba disfrutar del día con su primo y de ahí, la excusa para faltar al trabajo—. Nos vemos mañana.

—*Si no estás mejor, no vengas. Te llamaré más tarde. ¡Que te mejores!*

Peter alzó una ceja y soltó una carcajada cuando Daniel colgó.

—¿Huyendo otra vez de una conquista, Romeo? —Daniel rio.

—¡Qué va! Es al revés.

—¡¡No!!

—Sí, primo. Me han enganchado.

—No es posible. ¡Es una tragedia, Dani! —exclamó teatralmente, dejándose caer hacia atrás y simulando un desmayo.

—¡Serás payaso! —se burló Dani.

—Tú eras mi héroe, el que conseguía a cualquiera sin pestañear, ¿qué ha pasado, grandiosos de la seducción?

—Que Ruth es única y me tiene loco.

—Eso tengo que verlo con mis propios ojos. ¡Llévame a conocerla!

Daniel rio.

—Si le acabo de decir que estoy malo...

—Le diremos que ha ocurrido un milagro, que mientras ibas al médico, me has visto y se te han ido todos los males.

—Ya, claro.

—Venga, va...

Daniel miró la hora y suspiró.

—Vale, estará en su cafetería de siempre, almorzando. Iremos, te la presento y nos vamos. Le diré que me has recogido del médico y que me llevas a casa de mis padres.

—¡Hecho!

Bea volvió a mandar otro WhatsApp. Al segundo recibió contestación: «Estoy bajando, que la Hiena me ha retenido al teléfono. Dame cinco minutos». Guardó el móvil y esperó pacientemente hasta que la vio aparecer. Fue a su encuentro.

Daniel adoraba tener a Peter a su lado, pues era un amuleto para los sitios, el tío siempre encontraba a la primera aparcamiento. Y esta vez, lo mismo. Llegaron a Colón justo cuando alguien se marchaba de la zona azul. Rápidamente lo dejó y bajaron del vehículo. Cuando depositó el ticket de la hora, guio a Peter hasta la zona de peatones, dispuestos a cruzar en cuanto el semáforo se volviese verde. Desde allí, vio a su hermosa jefa bajar de la agencia e ir al encuentro de Bea.

—¡Mira! —llamó la atención de Peter—. Allí está. —Señaló con el dedo.

Peter observó en asombrado silencio a Ruth y se deleitó con ella.

—Creo que te odio —sentenció rompiendo su mutismo—. Si no fueses mi primo querido, te retaría a duelo por ella —dijo el bohemio de Peter—. Esa mujer... encarna la más pura perfección. Una diosa digna del pincel de Rubens. Mi bella y voluptuosa Aglaya, hija de Zeus. Estoy hechizado, primo. Lo siento, pero ha sido posar los ojos en tu musa y morir lentamente al saberla prohibida. Mi dulce y hermosa Donna Angelicata. ¡Marchémonos! Antes de que inunde la calle con la sangre que se desprende de mi corazón herido —sollozó con dramatismo—. Tuya es la diosa de cabellos de oro, por verla primero. Maldito cupido que ha errado su fecha.

—¡¡Un momento!! Me parece que ha habido un error. La mujer que describes no casa para nada con mi Ruth —exclamó Daniel, ya acostumbrado a los apasionados arrebatos de su excéntrico primo. ¿Voluptuosa? ¿Rubia? De pronto, abrió los ojos y soltó una carcajada. ¡Su primo se había fijado en la alocada de Bea!—. Pet, esa no es Ruth.

—¿Cómo?

—Esa. —Movié su cabeza y señaló—. La morena que sonrío es la mujer que me tiene loco, y la rubia que va a su lado y se rasca el culo disimuladamente es Bea, una de sus mejores amigas, para mi eterna desgracia.

—No es... Ella no es... —Peter lo miró anonadado y una chispa de esperanza surgió en sus ojos—. ¡¡Tengo que conocerla!!

—Yo no te lo recomendaría...

—¡Preséntamela! —le ordenó agarrándolo de las solapas de la chaqueta.

—Que conste que te he avisado, cuando salgas escaldado, no quiero saber nada. Y por lo que más quieras, ni se te ocurra hablarle en tercera persona, sé que crees que eso funciona para ligar, pero siento decirte que no es así, y mucho menos con alguien tan estrambótico como ella. Te vapuleará a la primera.

Su primo sonrió embobado y, como siempre, ignoró sus consejos. En dos zancadas se plantó ante ellas, devorando a la rubia con los ojos. Bea arrugó la nariz y dio un paso atrás buscando ayuda con la mirada. Peter se le acercó aún más y de un salto se arrodilló y le arrebató la mano, recitando el famoso soneto de Garcilaso de la Vega:

—En tanto que de rosa y de azucena / se muestra la color en vuestro gesto, / y que vuestro mirar ardiente, honesto, / con clara luz la tempestad serena; / y en tanto que el cabello, que en la vena / del oro se escogió, con vuelo presto / por el hermoso cuello blanco, enhiesto, / el viento mueve, esparce y desordena.

—¿¡Quién coño es este? —gritó, asustada, la joven—. ¡Socorrooo! Que alguien nos ayude, por favor. Este tío se ha escapado del manicomio y va a por mí. ¡¡Policía!!

—Coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto antes de que el tiempo airado / cubra de nieve la hermosa cumbre. / Marchitará la rosa el viento helado, / todo lo mudará la edad ligera / por no hacer mudanza en su costumbre.

Bea soltó un gemido sonoro. Y empuñando el bolso, le arreó al intruso.

—¡¡Acaba de llamarme vieja el desgraciado!!

—No, mi bella Afrodita, Peter jamás osaría injuriarte de esa manera.

—¿¡Quién es Peter!?! —Otro bolsazo.

—¡¡YO!! —exclamó, intentando protegerse de su ataque, el larguirucho de nariz aguileña y ojos saltones. A Bea le recordó a una anguila. La comparación le hizo tanta gracia que lo bautizó así: Peter, la anguila. Comenzó a reír sin parar.

—¿Bea, estás bien? —preguntó Ruth, asustada ante su extraño comportamiento. La otra asintió con la cabeza mientras se doblaba en dos riendo.

Daniel, temeroso de lo que podría hacerle a su impulsivo primo, se despidió.

—Será mejor que nos marchemos. Ruth, este es mi primo, veníamos del médico cuando os hemos visto. Le he hablado de ti y quería conocerte.

—Encantada —lo saludó sonriente y muy divertida con la situación. Sobre todo, al ver la confusión de su amiga. Se rio, feliz por poder meterse con ella para variar.

—Un placer. Por lo visto, mi primo no exageraba, eres toda una belleza. —La joven se sonrojó—. Sí, hoy ha caído un mito entre los Argüelles.

—¿Cómo?

—¡Será mejor que nos vayamos ya! —Arrastró a Peter antes de que lo descubriese ante ella. El otro se resistió, clavando los ojos en la mujer que lo había cautivado.

—Mi dulce amor, rezaré para que llegue el día en que nuestros caminos se crucen de nuevo, será entonces cuando te robaré el corazón. Ahora te dejo el mío, guárdalo con tesón —susurró apasionado ante Bea, quien contrajo la cara en una mueca de repelús y lo desechó con la mano.

Bea achicó los ojos y, por respuesta, alzó el dedo corazón en un gesto que dejaba bien clara su postura.

—Yo, sin embargo, rezaré para no tener la mala suerte de volver a verte.

—Oh, claro que sí. Peter ha hallado su destino y no lo dejará escapar tan fácilmente... —señaló el propio Peter.

—Dile a Peter que por mí puede irse a tomar por culo.

—¡Qué carácter! —Sonrió—. Me encanta.

—Ajjj. —Totalmente rabiosa, cogió de la mano a Ruth y se alejaron de allí.

Peter rio y suspiró soñador.

—Algún día serás mía... —juró mientras la veía alejarse entre exagerados movimientos que probablemente iban dirigidos a él.

—Has cabreado a la fiera, primo. Yo que tú andarías con cuidado, porque si alguien es vengativo es ella, te lo digo por experiencia.

—¿Y cómo es eso?

—Bueno, me hice pasar por quien no era para espiar a Ruth y averiguar si robaban las ideas de nuestra agencia. Ellas me descubrieron y todavía me la están devolviendo. Por suerte, no saben que conozco su plan.

—Creo que ahí hay una buena historia.

—Te la contaré mientras comemos.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Tu musa. Si cree que eres...

—¡Homosexual!

—¿¡Qué!?! Primo, definitivamente quiero escuchar la historia.

—Sí, bueno, todavía hay muchos malentendidos entre nosotros.

—¿Y cómo los vas a arreglar?

—Por lo pronto le daré la vuelta a la tortilla y utilizaré su venganza en mi propio beneficio. —Sonrió pícaramente—. Ruth aun no lo sabe, pero ha sellado su destino. No tiene escapatoria. Le demostraré que soy el hombre de su vida.

Bea se desperezó en la cama y bostezó sonoramente. Odiaba madrugar con toda su alma porque para ella levantarse a las nueve era eso, madrugar. Su horario habitual eran las once; prefería acostarse tarde trabajando que levantarse temprano.

Se desplazó hasta el cuarto de baño y gruñó hacia la mujer desaliñada que se veía reflejada en el espejo. Soltó una carcajada al pensar que el pimpollo estirado del día anterior no la encontraría tan irresistible si la viese así, con la raya de ojos corrida, el rímel pegado a las pestañas y restos de labial rosa. Estaba para ser retratada.

Abrió el grifo de la ducha y justo cuando se metía, sonó el teléfono de su apartamento. Lo cogió creyendo que era su madre para avisarle que en una hora llegaría y preguntarle si ya había desayunado, si se había acostado tarde, si había trabajado mucho la noche anterior... Es decir, la típica entrevista a la que la sometía todas las mañanas.

—¿Sí, mamá?

—*Hola, ¿hablo con Trizzy Martínez?*

Bea se puso alerta.

—La misma que viste y calza. ¿Quién es?

—*Mi nombre es Almudena, te llamo del periódico Actualidad.*

—Ah.

—*Queríamos hacerte unas preguntas porque vamos a sacar en portada tu nueva colección. Nos parece novedosa y atrevida, es un soplo de aire fresco en estos tiempos que corren. Particularmente, estoy contigo, el hombre también tiene derecho a desfilarse hacia el altar con vestido blanco.*

—Espera, ¿cómo!?

—*Dan Argüelles. Su modelo estrella nos hizo llegar la sesión ayer y quedamos maravillados, vamos a darle tanto bombo que usted se convertirá en la sensación de la temporada gracias a esa tendencia. Y todo bajo el lema que les gustaba: «Tú también puedes ser ella». ¿Qué día podríamos vernos y...?*

Bea colgó. Cuando cogiese a ese cabrón le retorcería las pelotas y entonces...

El teléfono sonó otra vez.

—¡Mira! No sé quién se ha inventado que...

—¿Trizzy Martínez? —preguntó una voz ronca de hombre.

—¿Sí? —susurró temerosa.

—*Mi nombre es Pablo y soy de Antena 6, del programa Descubre a nuevos talentos. Hemos tenido la suerte de conocer a Dan Argüelles, que nos ha enseñado las imágenes de su nueva campaña, y queremos hacer un especial sobre ello...*

—¡¡NO, NO y NO!!

Dejó el auricular de mala manera. Volvió a sonar.

—He dicho que no voy a...

—¿Trizzy Martínez?

—¿Quién mierda llama ahora? No me interesa hablar con ningún medio de comunicación nada más que para decirles que hoy pienso asesinar a alguien, su nombre es Daniel Argüelles, y si mañana leen su obituario en los periódicos, que todo el mundo sepa que es obra mía.

—*Señorita* —pronunció la voz de una joven—, *la llamo de AMOV, la asociación de modelos valenciana, quería proponerle para el mes que viene un desfile con novias masculinas...*

Bea tiró el teléfono al suelo y lo desconectó. De pronto, su móvil volvió a sonar. Lo cogió cuasi aterrada.

—¿Sí?

—¿Trizzy Martínez?

—Habla usted con el contestador de Trizzy Martínez. Si es de la prensa o de AMOV, no estoy disponible nunca, si es otra cosa, diga «aaa» —indicó Bea falseando la voz para que se asemejase a la de su buzón de voz.

—Aaa.

Suspirando tranquila, contestó.

—Gracias a Dios, ¿quién es?

—Mi nombre es Osvaldo Fuentes. He visto el anuncio en Internet y querría participar en el casting. ¿Qué documentación tengo que llevar?

—¿Qué... casting?

—El de la elección de modelos para el desfile de novias masculinas.

—¡¡¡Aaaarrjjjjj!!!

Bea apagó el móvil y corrió a encender el ordenador. En efecto, comprobó que había una selección de modelos prevista para esa misma mañana, a las doce, en su casa. Desenchufó todos los dispositivos de su casa y se dejó caer en el sofá, agotada.

Cinco minutos después, la puerta de la calle sonó y fue a abrir, sin todavía lavarse la cara. Lo primero que recibió fue el flashazo de una cámara y miles de micrófonos y personas preguntándole cuándo comenzaría a recibir a los modelos... Cerró la puerta con llave y se escondió tras las sábanas, esperando que esa pesadilla pasase cuanto antes y que llegase un nuevo día en el que posiblemente mataría a alguien apellidado Argüelles.

Daniel rio fuertemente y le dio las gracias por mensaje a la excompañera de piso de Elisa, que era periodista y había movido a varias colegas de profesión para dar rienda suelta a su broma. Lo de los modelos fue un puntazo que se le ocurrió a última hora y que, para su grata sorpresa, había funcionado. Ahora, aparcado bajo el portal de la diseñadora, veía como su casa iba siendo invadida.

Muy divertido, arrancó y se dirigió a Dart para seguir con la segunda parte de su plan...

Ruth estaba tecleando en el ordenador cuando escuchó que Daniel llegaba y saludaba al resto del equipo. Se levantó y fue a preguntarle si se encontraba mejor. Al verlo, se extrañó de la enorme bolsa blanca que traía y de esa sonrisa picarona que lucía.

—¡Chicas! —exclamó—. ¡Estoy tan contento! Vosotras hicisteis realidad mi sueño el otro día y ahora yo quiero cumplir el vuestro.

«Oh, Oh», pensó Ruth. Definitivamente tramaba algo.

—¿A qué te refieres, Dan? —preguntó inocentemente María.

—¿Os acordáis que comentasteis que daríais cualquier cosa por sentir la emoción de cuando eráis niñas? Marga decía que era feliz hasta con la muñeca más horrenda, y Olivia suspiraba añorando aquellos años. Elena dijo que ojalá pudieseis volver atrás y parar el tiempo. Y tú, Ruth. —La miró chispeando de malicia—. Confesaste que echabas de menos ir al Zoo con Sara y meterte con ella porque le daban miedo los animales...

—Dan. —Ruth estaba aterrorizada, ¿qué habría inventado?—. ¿Qué has pensado?

—He juntado todas esas ideas en una y, aunque no es posible convertirnos en niñas de nuevo, sí podréis sentir de primera mano su ilusión, puesto que —miró su reloj— he organizado una excursión a la agencia y vosotras los recibiréis disfrazadas.

—¿Qué?

—No entiendo. —María miró de un lado al otro—. ¿Quién se supone que viene?

—Un colegio, por supuesto.

—Sí, por supuesto —profirió, entre dientes, Ruth. ¡Lo mataba!

—Será muy divertido. Amenizaremos la actividad con disfraces. —Sacó de la bolsa uno—. Para María tengo una preciosa cebra; Olivia, un loro; Marga será una espectacular elefanta; Elena, una leona. Y para la jefa, el mejor. —Rebuscó por la bolsa,

entreteniéndose para picarla más.

—A ver, sorpréndeme. —Rio falsamente, con los ojos echando chispas.

Dan soltó una carcajada que disimuló con una tos.

—¡Un oso panda!

—¿Verdad que es tierno?

—¿Tierno? —Ruth dio un paso, furiosa—. Yo sí que te voy a dar...

De pronto, varios chillidos resonaron por la agencia. Y muchas voces infantiles se hicieron oír.

—¡Bravo! Ya están ahí.

—Oye. —María se cruzó de brazos, mosqueada como el resto—. ¿Y tú no te disfrazas?

—Ah, no. Yo estaré en el *Photocall*.

—¿Cómo? —Estallaron todas a la vez.

—Bueno, no creerías que os dejaría sin inmortalizar este gran momento, ¿verdad? Tranquilas, luego subiré las fotografías a mi Facebook y al del colegio.

Ese día, Daniel Argüelles se ganó la enemistad eterna de esas bellas féminas. Sobre todo, cuando se le ocurrió proponer que podrían hacer un vídeo promocional de Dart en el que ellas, disfrazadas, invitasen a otros colegios o institutos a ir a verlos. Ruth le dio el día libre y le prohibió volver hasta que dejase de ser persona *non grata* en la oficina.

A él le vino genial porque gracias a eso pudo poner en marcha la tercera parte de su revancha...

Robert Tolley se acercó a su secretaria con una sonrisa resplandeciente, pues acababa de ir a almorzar con la dulce Silvia y lo que pintaba como un tranquilo picnic en su casa había acabado convirtiéndose en un encuentro de sexo salvaje.

Cada día le gustaba más y sentía que era correspondido. De hecho, se estaba planteando dar un paso y pedirle que se mudase con él, ya que pensaba quedarse una buena temporada en España. Él se encargaría de las tiendas que la marca tenía allí y su hermano podría dirigir las de Nueva York, simplemente debería viajar cada cierto tiempo para controlar que todo marchase bien...

Sí, muy pronto hablaría con ella. Y si la cosa fluía... Habría un anillo de por medio. Era lo que andaba buscando, lo complementaba y le hacía querer más a cada día que pasaba. Silvia, sin duda, se estaba convirtiendo en la mujer de sus sueños.

—Sonia. ¿Alguna novedad? ¿Tengo citas hoy?

—No, lo tiene usted libre.

—Genial.

—Espere. Han traído un gran paquete. El mensajero se ha empeñado en entrarlo a su despacho, no sé qué será, pero pesa muchísimo. El pobre hombre casi se cae.

—¿Está dentro?

—Sí.

—Vale. Gracias, Sonia.

Robert se adentró en su oficina y al ver el gran envoltorio blanco, rio. ¿Sería de su encantadora Silvia? Sin más dilación, se acercó y estiró del lazo. Enmudeciendo ante lo que vio.

Daniel, prácticamente desnudo salvo por un tanga de leopardo y un gran lazo rojo en la cabeza, saltó cuando la caja blanca en la que se hallaba agachado se abrió.

—¡¡Sorpresa!!

—¿¡Qué haces aquí!?

—¿No es obvio? He venido a por ti, a continuar lo que dejamos a medias en la agencia. Y además, tengo una sorpresa. —Alzó la mano y le enseñó un consolador que tenía dibujada la bandera de España—. Hoy conocerás al patriótico de mi amiguito...

—¡¡GUAAARDIAAAS!! —tronó Tolley. Segundos después los vigilantes irrumpían en el despacho y se lo llevaban a rastras.

Esa misma tarde, Ruth tocó impacientemente al timbre, muy preocupada por Daniel, que le había mandado un mensaje pidiéndole que acudiese inmediatamente a su apartamento pues era de vida o muerte.

Daniel se echó colonia y, muy sonriente, se acercó a abrir. Vio como ella agrandaba la boca sorprendida al observarlo. Escondió la risa y se felicitó por el ambiente que había creado, con música salsa de fondo.

—¿Estás bien?

—Sí, cariño, tranquila —le dijo sensualmente, haciéndose a un lado y dándole paso.

—¿Qué te pasaba? ¿Por qué era tan urgente que viniese?

—¿Ummm?

—¡Dan, casi me matas del susto!

—Shh. Escucha. Es mi canción favorita. —La agarró de la mano y la condujo hasta el salón. Se colocó tras ella y comenzó a moverse lentamente mientras enterraba la cara en su

pelo. Una de sus manos reposó sobre su cintura y con la otra dirigió su brazo por detrás de la cabeza. Así, tan pegados, se movieron al compás de una balada. Él acercó los labios a su rostro y descansó la mejilla contra la suya.

Ruth sintió ese cuerpo caliente pegado sobre su espalda. Daniel solo vestía unos vaqueros, ni camiseta, ni zapatos. Encima los pantalones estaban desabrochados, incitándola a recordar lo que se ocultaba tras esos negros calzoncillos. Un tesoro que cada noche la perseguía en sueños y la torturaba hasta que se liberaba con su mano, imaginando que era él quien volvía a llenarla de placer.

Tenerlo así la estaba matando, convertía sus defensas en nada y la ponía al rojo vivo. Quería lanzarse sobre él y entregarse dejándolo hacer cuanto quisiese. Sentía sus manos acariciando cada palmo de su piel y tuvo que morderse los labios para no gemir apasionadamente. La canción terminó, y ellos siguieron juntos, abrazados.

—Ruth —susurró Daniel. Ella supo que había llegado el momento de sincerarse y que por fin le confesaría todo—, te he hecho venir porque...

—Lo sé. Creo que en el fondo puedo entenderte, aunque me ponga furiosa.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Vaya. No sabía que te importaba tanto. Me avergonzaba decírtelo.

Ruth se dio la vuelta, encarándolo. Daniel desvió la mirada controlándose, ¡no podía reír!

—Pues sí. Y me duele.

—¿Te duele?

—Sí.

—Entonces he hecho bien llamándote. Sabía que me entenderías porque una vez lo dijiste. Verás, yo...

—Adelante, habla. —Le cogió la cara entre las manos, él cerró los ojos, suspiró y los abrió.

—¡He decidido depilarme las cejas! ¿Me ayudas?

Ruth abrió desmesuradamente los ojos y se apartó. ¡Pero qué mierdas! Este tío jamás dejaba de sorprenderla. Por supuesto, se marchó de allí tan pronto como lo escuchó.

Daniel oyó el portazo y las maldiciones que su preciosa jefa le dedicó. Se dejó caer en el sofá partiéndose de risa. Al día siguiente le dejaría bien claro quién era él y lo que quería de ella. Es decir, todo.

Daniel entró por la puerta trasera y caminó sigiloso hacia la cocina, donde se escuchaba el alegre tarareo de su madre. Se puso de puntillas y se acercó sin hacer nada de ruido. Dio un paso...

—Daniel Argüelles, si se te ocurre asustarme otra vez, te arreo un mazazo —le advirtió Pilar Cebrián alzando el arma en cuestión, con la que estaba dando forma a la masa que más tarde daría lugar a uno de los deliciosos pasteles de su adorada progenitora.

—¡Cómo me has escuchado! —La abrazó por atrás—. Al final creeré que papá tiene razón y tienes un tercer ojo en la nuca.

—Tu padre es demasiado listillo. Y tú, cariño, has salido de mí y conozco tus movimientos antes incluso de que los ejecutes —le indicó ella.

Daniel soltó una carcajada y se sentó en la mesa de la cocina. Su rostro abandonó la diversión para mostrar durante un segundo la preocupación. Carraspeó y jugueteó con el servilletero queriendo abordar el tema que lo machacaba, sin atreverse a dar el paso.

Pilar sonrió para sí y volvió a pensar en cómo se parecía a su marido. Julián, su otro hijo, era diferente. Más como ella, que antes de dedicarse por completo al cuidado de sus hijos y a llevar el hogar era una agente inmobiliaria muy entregada.

De hecho, fue así como había conocido a su esposo. Cuando este acudió a ella para comprar un inmueble que más tarde se convertiría en Argüelles Publicidad. El flechazo fue instantáneo y un año después nacía su primogénito, y cuando habían pasado cinco, su benjamín. A ambos los adoraba, pero Daniel era su debilidad por ser el pequeño y el más impetuoso de los dos. Daniel actuaba antes de pensar y era muy impulsivo, al igual que Fernando. Julián, comedido como ella, reflexionaba todo mil veces antes de atreverse a mover ficha. Incluso había tardado años en declararse a su mejor amiga de toda la vida por miedo a ser rechazado. Cuando todos, menos él, sabían que Elisa estaba loca por ese responsable joven que tuvo que enterarse de que se marchaba de Erasmus para ir tras ella y decirle cuanto la quería. Quizá ese fue el único momento en el que Julián se había mostrado decidido. Por supuesto, Daniel tuvo la culpa de esa reacción, puesto que lo emborrachó y lo estuvo martirizando con que la joven encontraría a otro si no corría tras ella y dejaba de ser un cobarde.

Pero así era su Daniel, apasionado. Pilar siempre supo que algún día ese chiquillo simpático e irresponsable agarraría con fuerza las riendas de su vida y los dejaría a todos con la boca abierta, así como lo había hecho Fernando, cuya juventud se asemejaba demasiado a la de su hijo pequeño. Posiblemente era tan duro con él por eso, porque ansiaba verlo madurar. Ella, por el contrario, no se preocupaba. Sabía que un día sentaría

la cabeza y que, tal y como le había pasado a su padre, encontraría una mujer que lo volvería loco porque en definitiva era un Argüelles de los pies a la cabeza, y ellos se enamoraban una sola vez y para siempre.

De soslayo observó esa mueca de indecisión que lucía su rostro y rio interiormente. Por lo visto había llegado el día. Y ella se moría por ver a esa mujer que no solo le había dado quebraderos de cabeza a su nunca imperturbable hijo mayor, sino a su marido e hijo pequeño. Estaba deseosa de conocer cara a cara a Ruth Lago, la única que había conseguido lo imposible, conquistar el corazón de Daniel.

—¿Vas a contarme lo que te pasa o prefieres que sigamos disimulando como si nada?

—No si...

—Vale, pues mira, hablaré yo. —Se relamió interiormente mientras se giraba para encararlo. Se limpió las manos en el delantal—. Quiero que te vayas de la otra agencia. Nunca estuve de acuerdo con la idea de tu hermano y creo que ha llegado el momento de ponerle fin. Además, está la tal Ruth esa. Papá me habló de ella e imagino lo que tendrás que sentir al lado de alguien como ella. Y por lo poco que me has estado contando, me da que la detestas tanto como nosotros, encara todo lo que odiamos, y para más inri, de la competencia. Ah, y Julián afirma que es egoísta, taimada, irresponsable...

Daniel apretó la mandíbula y se puso en pie, destilando veneno por los ojos.

—¡Julián no tiene ni puta idea de nada! —bramó iracundo—. Y, como siempre, todos creéis que su palabra es la ley, pero está equivocado. Y tú también mamá, no me quedaré aquí a escuchar como criticas a la mujer que yo...

—¿Tú qué? —demandó, alzando una ceja e intentando disimular la alegría que la invadía.

—¡¡Quiero!! Amo a Ruth como jamás creí que sería posible y haré todo lo que esté en mi mano para ganarme su corazón. Y te juro, mamá, que ninguno de vosotros lo impedirá porque será mía os guste o no. Y si no estás de acuerdo...

—¡¡Bravo!!! —Dio varias palmadas—. Así se habla, cariño.

—Me da igual lo que opinéis, me marcharé y... Espera, ¿qué has dicho?

—Ay, hijo, de verdad. —Se acercó a él posando la mano sobre su mejilla y besándole la otra—. Para dártelas del espabilado de la familia, a veces eres demasiado ingenuo. Por supuesto que adoro a tu Ruth. ¿Cómo no iba a hacerlo? Si es la única que te ha puesto las cosas difíciles; solo por eso ya me cae bien. Y tú la has escogido, confío en ti. Sé que has elegido a la mujer adecuada, y tanto tu padre como Julián, Elisa y yo estamos encantados. Todos esperábamos que abrieses los ojos. ¡No pongas esa cara, tonto! Papá hace mucho que dejó de sospechar de ella. Y lo mismo te digo de Julián. Estoy orgullosa de ti, de la

manera en que la defendiste ante tu hermano. Te confieso que si le hubieses pasado la campaña como él sugirió, me habrías decepcionado, porque algo me decía que ella no era culpable. No después de como la describes, la admiras y la quieres. Cariño, somos tu familia, y si tú afirmas que es inocente, te creemos.

—Pero no entiendo, ¿a qué venía lo de antes?

—A que los Argüelles necesitáis un tirón de orejas cuando estáis siendo idiotas. Tenía que ponerte contra la pared para que admitieses, sobre todo a ti mismo, que estás enamorado de ella. Y ahora te pregunto, ¿qué vas a hacer?

Daniel se descolocó. Pensó en lo que había reconocido llevado por un impulso y aceptó la verdad. Se había enamorado perdida y locamente de su morenita desde el mismo instante en el que la vio por primera vez. ¿Qué haría? Primero, la buscaría, luego le confesaría cuánto la quería, y por último, la haría gritar de placer hasta que no le quedasen fuerzas. Miró a su madre y rio pícaramente, eso último mejor se lo guardaba para sí.

Se despidieron y Daniel corrió al coche. Contempló el reloj y pensó en que Ruth todavía estaría en la oficina, siempre era la última en irse. Arrancó y en menos de veinte minutos ya recorría los pasillos de Dart gritando su nombre. Varios compañeros se quejaron del escándalo, pero a él no le importaba. Se sentía como en esas películas románticas en las que el idiota del protagonista abría los ojos e iba en busca de su chica, chillando por la megafonía de un aeropuerto o mojándose bajo la lluvia. Lo suyo era más cutre, pero aun así tenía su punto porque en cuanto la viese pensaba besarla con toda la pasión que se había estado guardando durante todo ese tiempo.

Entró en el despacho y vio que estaba desértico. Algo chafado, fue a darse la vuelta cuando descubrió que Ruth había olvidado su bufanda; la recogió del suelo y al levantarse, tiró el fajo de papeles que estaban colocados encima de la torre del ordenador. Los recogió y ojeó fijándose en uno en especial. Lo alzó y todo su mundo se vino abajo al leer el nombre de Rarax en el dossier y ver el logo de Argüelles. Se sentó en la silla, perdiendo las fuerzas, y lanzó los papeles al suelo, lleno de rabia. ¡Era verdad! Ella era quien había estado robando las ideas de su agencia. Ella, su dulce y mentirosa Ruth. ¿Cómo pudo estar tan ciego? Y lo peor, que se enamorara por una jodida vez en la vida y que fuera de una ruin traidora. Desecho, agarró con fuerza la prenda negra y se dirigió a su casa dispuesto a poner las cosas en su sitio de una maldita vez. Esa era la última vez que Ruth Lago se reía de un Argüelles.

Ruth salía de la ducha cuando escuchó el timbre de la entrada. Se anudó fuertemente el albornoz y, con la toalla todavía enrollada al pelo, abrió. Sorprendida, vio que Daniel la esperaba con cara de impaciencia, quiso preguntarle si le pasaba algo cuando él se lanzó sobre ella como una estampida, capturando sus labios con furia y arrebatándole la felpa azul, liberando con ello su cabello, que cayó en un amasijo de rizos húmedos por la

espalda. Al principio, la invasión la sorprendió, pero pronto se fundió en esas sensaciones que le provocaba y olvidó todo lo demás.

Él enredó su mano en la melena y agarró con brío los mechones. Con la otra, incursionó por la abertura del albornoz y aferró sus pechos, amasándolos y acariciándolos con ansia. Ruth quiso hablar, pero no pudo, el deseo se impuso a la razón.

De un empujón, la empujó contra la puerta que él había cerrado al avasallarla. La elevó y, mientras, enroscó sus piernas alrededor de sus caderas y deslizó la boca hasta las tetas, que permanecían erectas por la pasión que los consumía. Daniel succionó un pezón y luego el otro; jugó con la lengua hasta que la escuchó gritar. Ruth echó la cabeza hacia atrás, golpeándose contra la madera de la puerta, sintió que le fallaban las fuerzas y se dejó caer sobre él gozando de su perversa boca.

Tras sentir un jadeo por parte de ella, Daniel se apartó. Ella reaccionó buscando su mirada, que estaba plagada de algo salvaje. Creyó erróneamente que se debía al abrasador deseo que los llenaba, pero él experimentaba algo más, una furia inmensa, una sensación de traición y un dolor profundo en el pecho. Quería odiarla, castigarla, mas cuando la tocaba, perdía la perspectiva y olvidaba que era una mentirosa capaz de cualquier cosa por ascender. Deseaba gritarle cuanto la despreciaba y lo mucho que le había desgarrado enterarse que finalmente era como su familia creía. Había apostado todo a una carta por ella y había perdido miserablemente.

Ella vio cómo se oscurecía su mirada y pensó que quizá a él le preocupaba que ella no conociese quién era en realidad, que representaba un papel y que, como la última vez, se estaba acostando con alguien que realmente no sentía nada por ella.

—Dan, ¿qué haces?

—Follarte. —Se acercó de nuevo, pero ella puso un brazo de por medio, frenando su avance.

—¡¡Daniel!!

—¿Qué? ¿Acaso no era lo que querías? ¿Lo que los dos buscábamos desde que nos conocimos?

—Pero tú eres...

—Sabes muy bien quién soy yo. Dejémonos de farsas, cariño. Esta noche no. Hoy somos Daniel y Ruth, sin empresas de por medio o engaños.

—Es que no lo entiendo, ¿por qué ahora? ¿Qué ha pasado?

—Escuché a María y Olivia hablar.

—Ah —musitó Ruth, sin saber muy bien qué más decir.

—Llevo mucho tiempo deseando esto... Y tú también, pese a todo, sé que tú también —dijo él mientras le encerraba la cabeza entre las manos y la besaba.

—Si... —susurró ella contra su boca.

Daniel la condujo hacia la habitación entre besos. Tony los espiaba desde el salón y ladró varias veces para captar su atención, pero lo único que obtuvo fue un portazo en los morros al acercarse para observar más de cerca qué hacían esos dos. Arañó varias veces la madera y lanzó sollozos lastimeros. Cuando se dio cuenta de que esa vez nadie le prestaría atención, marchó hacia el salón a acurrucarse en su cuna y dormir.

—Quiere entrar, pobrecito. —Rio la joven mientras seguía besándolo. Él la tumbó en la cama y se puso sobre ella.

—Ignóralo. Esta noche es nuestra.

Y eso hizo Ruth mientras sentía la humedad de sus labios recorriendo su cuello. Él la saboreó por entero y clavó las uñas en su espalda. La lengua invasora de Daniel encontró su clítoris y la torturó sin piedad.

—Daniel, no puedo aguantar...

Él sonrió.

—¿Tienes...? —demandó jugueteando con su zona íntima, acariciándola con su pene. La última vez no habían usado protección debido a su estado de embriaguez y lo cierto era que no había pensado en ello hasta días después, sin embargo, la idea no lo horrorizó. Pero ahora las cosas eran distintas, no quería correr más riesgos.

—¡Tomo la píldora! ¡¡Entra, joder!! —Meció las caderas buscándolo, y él soltó una carcajada mientras la penetraba de una sola embestida. Cabalgó sobre ella hasta que sintió que un fuerte orgasmo la sacudía. Buscó el suyo y, al terminar, se dejó caer a su lado. Ella sonrió satisfecha y lo besó en la cara.

—Te quiero, Daniel —afirmó abrazándose a él y cerrando los ojos.

Él se quedó callado mirando al techo; cavilando sobre esas dos palabras que lo habían atravesado. «Te quiero». Sería tan fácil creerle, pero no, no volvería a caer en su red de mentiras nunca más. Esperó varias horas resistiéndose a levantarse y encarar la realidad. La observó en la oscuridad y apreció que tenía una sonrisa satisfecha. Deseó que las cosas fuesen diferentes, que ella fuese distinta. «¿Por qué, Ruth?», se lamentó con sufrimiento.

Más triste de lo que jamás estaría, se alejó de su lado, en silencio, para no despertarla. Recogió las prendas desparramadas por la casa y se vistió. Luego fue a la cocina y escribió una nota, la que destrozaría la relación que apenas acababa de nacer. Estaba tan dolido con ella que quería pagarle con la misma moneda. Volvió a la habitación y dejó la nota junto a una tarjeta que extrajo de su cartera. La miró una última vez y se alejó de allí sabiendo que

cuando despertase habría conseguido su objetivo: romperle el corazón.

Ruth despertó a la mañana siguiente tremendamente feliz. Sonrió sin abrir los ojos y sintió como el corazón le daba un vuelco al recordar la maravillosa noche anterior. Alzó los brazos, se desperezó y bostezó sonoramente.

—¿Daniel?

Al no recibir respuesta, se giró hacia el otro lado de la cama, que permanecía desértica. Extrañada, se aproximó al baño y lo buscó, pero tampoco estaba ahí. Abrió la puerta y gritó su nombre. Silvia, que habría llegado pocas horas atrás, se asomó desde la cocina y le sonrió, levantando una ceja al verla desnuda. Ruth rio.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está, quién?

—Pues Daniel.

—O sea que tú, él, vosotros...

—¿Vas a repetir todos los demostrativos, tonta? ¡Sí! Nos hemos acostado. —Dio un salto.

—Me alegro, amiga. Pero siento decirte que tu chico no está por aquí.

Ruth frunció el ceño, confusa. ¿Pasaban una noche mágica y se marchaba sin despedirse? Se tranquilizó pensando en que le habría surgido algo, le sabría mal molestarla y seguramente tendría una nota de disculpa aguardándola en la habitación.

Cuando entró, vio que efectivamente había algo escrito en su mesita de noche. Cogió la tarjeta corporativa de Daniel y luego leyó lo que le puso. Lanzó un grito y lo soltó como si le quemase. Se dejó caer al suelo y dos lágrimas solitarias recorrieron su rostro. Ella permaneció petrificada, asimilando esas venenosas palabras que habían hecho añicos su corazón.

Silvia entró corriendo en la habitación y, al verla en tal estado, se acercó lentamente. Se agachó a su lado.

—Ruth, ¿qué pasa? —La joven recogió la nota, con la vista todavía clavada al frente. Silvia examinó el papel.

—Joder... —musitó, abrazándose a su amiga que ahora comenzaba a temblar entre sollozos. Por una vez cambiarían las tornas y sería ella la que le diese consuelo.

La nota en la que se leía: «A veces, la venganza sabe bien... Joder, hacía tiempo que ninguna me hacía correr así. Si alguna vez quieres repetir, llámame, me olvidaré de que somos enemigos, al menos en la cama. La próxima vez que espíe a la competencia, me aseguraré de encontrar a una como tú. Un polvo de diez, cariño», había quedado olvidada

en el suelo.

Tony aprovechó para coger el papel y escapar con él. Esperaba que su dueña lo persiguiese riñéndole, pero no fue así. Se dio la vuelta y vio que seguía en el suelo, fue hacia ella y le lamió la mano, acariciándosela con la cabeza. Igual si le daba mimos se pondría buena y volvería a sonreír...

Daniel caminó con paso decidido hacia el despacho de su padre. En su rostro se palpaba la desolación, una profunda tristeza que venía provocada por la nota que había dejado la noche anterior y que a esas horas ya habría sido descubierta. Una parte de él quería borrar aquellas letras, pero la otra se negaba a dar un paso en esa dirección, creyendo que era un digno castigo para alguien como ella, una persona capaz de robarle a la competencia, sin escrúpulos, con el único objeto de ascender. Pero entonces, ¿por qué se sentía como el peor hombre del mundo? ¿Por qué su corazón se negaba a aceptar la verdad? Quizá fuese más tonto de lo que imaginó.

Enfiló el largo pasillo que conducía al despacho de su padre y justo cuando se aventuraba a entrar, la puerta del fondo se abrió y, para su más absoluto asombro, por ella salió Adela Maldonado. Con un movimiento de cabeza, se despidió de Luisa, que desde su mesa no perdía detalle de cuanto la rodeaba, y comenzó a andar hacia Daniel. Pasó por su lado como si fuese un mero desconocido, y él, anonadado por su presencia, fue tras ella y la sujetó del brazo.

—Adela, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella le dedicó una breve mirada de suficiencia y, recorriéndolo de arriba abajo, lo desairó; girando el rostro y cuadrando los hombros, se fue sin dirigirle la palabra.

Daniel, totalmente descolocado, fijó por primera vez la vista en sus vestimentas y abrió aún más la boca de asombro. Un vestido negro brillante, ceñido, cubría su esbelto cuerpo, a juego llevaba unos zapatos de tacón. El bolso era de la misma tonalidad que la ostentosa pámela que escondía su cabello. Rosa pastel. Y para rematar el atuendo, unos guantes blancos iban al compás del abrigo de pieles que colgaba de sus hombros. Sin duda, llevaba el sello de Bea. Pero ¿por qué? La Adela que él había tratado se distanciaba mucho de esa otra que tenía enfrente. Ella se soltó de su agarre, alzó el rostro, cuadró los hombros y, elevando la barbilla en un gesto altanero, marchó sin ni siquiera dirigirle la palabra.

Daniel arrugó la frente. Algo no encajaba, podría pensar que su actitud se debía a lo que había pasado con su hija, sin embargo, el instinto le decía que era algo más. ¿Qué habría hablado con su padre? ¿Se conocían? ¿Desde cuándo? Estaba tan ensimismado en sus propias reflexiones que no se percató que Luisa lo llamaba hasta que esta gritó su nombre.

—¡En qué estabas pensando! ¿Es que no sabes quién es esa mujer? ¿Y cómo se te ocurre llamarla así? —Daniel se acercó a ella.

—Pues porque ese es su nombre, Luisa.

—¡¡No se llama Adela, niño!! La habrás confundido. Es la señora Agatha Pompín, la

millonaria de la que te hablé. ¡No pongas esa cara de pasmo! Que sí, que te lo dije, la que está triunfando con los bolsos. ¿Recuerdas?

—Sé lo que me contaste, pero... —De pronto, una idea le vino a la cabeza y la luz se encendió. Se maldijo una y otra vez por su idiotez y dio un aplauso, sonriendo ante la treta de Ruth. La pobre Luisa se quedó a cuadros al observarlo. Daniel ni siquiera le prestó atención, pues seguía pensando en cómo había caído de nuevo en sus redes. Él preocupado por la joven, por cómo se sentiría al leer la nota, y ella tramando a sus espaldas. Y lo más ruinoso de todo era que se había servido de su propia madre para engañarlos. ¡Hacerla pasarse por una clienta! Apenado, movió la cabeza. ¡Cuánto se había equivocado con ella!

La puerta se abrió y Julián asomó la cabeza, lo buscó con la mirada y, al hallarlo, lo apremió a entrar. Daniel pasó y vio que su padre lo esperaba con el gesto contrito, parecía intimidado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No puedo visitar a mi padre?

—¿A estas horas? ¡Tendrías que estar en Dart! —señaló Julián algo atribulado.

—Pues no y no me volváis a hablar de ese sitio nunca más. No hace falta que vuelva, teníais razón. —Agachó la cabeza afligido—. ¡En todo! He sido un imbécil que ha caído en redondo. Ruth no era como creí, lo siento. Ojalá me podáis perdonar algún día. Tiene gracia, yo, que me reía de los incautos, de los que se convertían en gilipollas por una mujer y he sido el peor de todos. Podéis troncharos a gusto, ¡venga! Me lo merezco. —Abatido, se dejó caer en la silla que había frente a la mesa de su padre. Jugueteeó con el bolígrafo que descansaba en la mesa—. Y encima os he involucrado. Papá—le dijo preocupado—, ¿a qué ha venido esa mujer?

Julián se mordió el labio y su padre desvió la vista. ¿Qué estaba pasando?

—¿La has visto? —aventuró Julián.

—¡Pues claro! Me he cruzado con ella.

—Daniel, yo...

—Papá, escucha, no es quien tú crees. Te ha engañado. Su verdadero nombre es Adela Maldonado y se está haciendo pasar por otra persona para...

—Lo sé —musitó su padre, cortándolo.

—Espera —se interrumpió el joven, levantando el rostro y mirando a su progenitor directamente—, ¿qué?

—Verás, Daniel. Creo que ha llegado el momento de que sepas la verdad —empezó su hermano—. Ruth nos prohibió contarte nada y en su momento creímos que se lo

debíamos, así que nos llamamos, pero ya es hora de que te enteres. Ella es inocente.

—¡No lo es!

—Sí, Dani.

Daniel dio un puñetazo en la mesa, rabioso, y se puso en pie.

—Yo mismo lo vi con mis propios ojos, en su despacho tenía la campaña de Rarax que tú ideaste, Julián. Más prueba que esa, imposible.

—Hijo —pronunció su padre—, ella vino a verme tras vuestro viaje a Girona, descubrió que uno de los empleados de Dart, un tal Alfredo Roig, estaba involucrado junto a Carlos Álvarez.

—¿El dueño?

—Sí.

—Entonces, ¿Mavi también?

—No lo sabemos, pero Ruth duda de ella, dice que es demasiado orgullosa para robar ideas a la competencia.

—Ya, ella es más de explotar a sus empleados.

—Ruth nos habló también de *Incógnito*, que es el seudónimo que utiliza el topo que tenemos en Argüelles. Ella nos está ayudando a desenmascararlo.

Daniel volvió a sentarse, mareado con la nueva información. Si Ruth era inocente... ¡Joder, qué había hecho!

—¿Estáis seguros?

—Totalmente. Hemos puesto un plan en marcha, por eso estaba aquí Adela. Corrimos el rumor de su llegada y de la campaña millonaria que firmaríamos con ella. Ha estado viniendo varios días para que los empleados la vean. Queremos descubrir a la persona que ha ido pasando información a la competencia.

—Adela nos dirá quien está involucrado en Dart y nosotros sabremos el nombre de la persona que se hace pasar por Incógnito.

—¿Cómo?

—Hemos hecho circular distintos dossiers, en cada uno de ellos hay una marca distintiva. Cuando Adela reciba la propuesta, sabremos de quién ha venido. ¿Entiendes?

—Sí, sí. Los papeles no serán iguales y cada responsable de la campaña tendrá uno, así sabréis cuál de ellos lo ha vendido.

—¿Daniel te encuentras bien? Hijo, estás pálido.

—No, no estoy bien. ¿Por qué nadie me informó? —Los miró herido—. Si alguien se hubiese dignado, yo no... —Escondió el rostro en las manos, sintiéndose tremendamente horrorizado, pensó en Ruth, que al final era la única víctima en todo, y se sintió despreciable.

—Ella nos lo pidió. Quería darte una lección.

—¡Y la dejasteis! ¡¡Se supone que sois mi familia!!

Los dos hombres se sonrojaron, avergonzados.

—¿Y ahora que mierdas hago? ¡La he cagado!

Julián lo miró asustado.

—¿Qué has hecho?

—Me acosté con ella y luego le dejé una nota humillante. Me sentía mal, creía que era culpable, que nos había traicionado... ¡Joder, soy un capullo! —Sus ojos se plagaron de tristeza—. ¿Y si no me perdona? ¿Qué voy a hacer sin ella, Julián?

—Está claro que ahí sentado lamentándote, nada. Daniel, la has fastidiado, sí. Pero todavía puedes arreglarlo. Ve a buscarla, dile cuanto la quieres y recupérala. Si alguien puede conseguirlo, es mi embaucador hermano pequeño.

—Pero...

—¡Sin peros! Échale un par, anda.

Daniel sonrió, gratamente sorprendido con Julián.

—Gracias, hermano. —Lo abrazó. Su padre carraspeó, emocionado. Dio un paso indeciso, luego otro, y finalmente se lanzó hacia sus hijos, abrazándolos a su vez.

—Venga, hijo, corre a por ella.

Y así lo hizo.

Silvia miró por la mirilla y se giró hacia su amiga.

—Ruth, sigue ahí. Lleva todo el día acampado y el teléfono no para de sonar, ya no me quedan excusas. ¿Por qué no hablas con él?

—Porque no.

—Igual tiene una explicación...

—Que se la meta por donde le quepa, Silvia. Paso de él y de sus tonterías. Para mí, Daniel Argüelles está muerto y enterrado. —Dio media vuelta y se encerró en su habitación.

Silvia suspiró y se dirigió a la cocina, hizo un sándwich y abrió la puerta. Daniel alzó el rostro con una esperanza que se evaporó al ver quien era.

—Toma. —Le tendió el plato y una botella de agua—. Tienes que comer algo o te desmayarás.

—Eso es lo que menos me importa ahora. Silvia, por favor, déjame entrar, te lo ruego. Necesito que me escuche, la quiero y estoy muy arrepentido, creía que me había engañado y solo quise pagarle con la misma moneda, pero jamás sentí esas palabras. Ella es lo mejor que me ha pasado nunca, y si la pierdo, me perderé a mí mismo. Te lo suplico, díselo, dile que soy un idiota, que cometí un tremendo error y que la amo más que a nada.

—Lo siento, pero no quiere verte.

Él asintió y agachó la cabeza.

—Seguiré aquí. Esperando.

—Oye. —Silvia se agachó y le puso una mano en el hombro—. ¿Por qué no te vas a casa? Ahora está furiosa, pero quizá cuando se calme y su enfado se enfríe puedas hablar con ella. Hazme caso, Daniel, vete.

—No. No hasta que la vea.

La joven cerró la puerta, apenada por el sufrimiento de esos dos cabezotas que no daban su brazo a torcer y cuando se dio media vuelta, vio a Ruth tras ella.

—¿Lo has oído?

—Sí.

—¿Y?

Ruth se encogió de hombros.

—No me importa.

—Te quiere, amiga. ¿Por qué no hablas con él? Ni siquiera lo has visto, está destrozado.

—¡Más lo estoy yo! ¿De qué parte estás? Si te consideras amiga mía, no te metas. No quiero verlo, ni escucharlo, ni sentirlo, ¡nada! Lo único que deseo con toda mi alma es olvidar que existe. ¡Ojalá no lo hubiese conocido nunca! ¡¡Lo odio!!

Silvia se encogió ante el arrebato enfadado de la joven y se encaminó al salón. Durante el resto de la noche, el teléfono sonó y el móvil de Ruth no dejó de vibrar.

Ruth se alzó y divisó por la mirilla, vio que él seguía ahí, pero estaba tumbado, durmiendo en el suelo. Volvió al salón y cogió un manta, recogió su maleta y cargó a Tony. Abrió la puerta y, con cuidado de no despertarlo, lo tapó. Después se fue sin hacer

ruido, bajando por las escaleras.

Cuando Daniel despertó y se vio tapado, supo que Ruth se había marchado. Recogió la manta con la que ella siempre se cubría en el sofá y llamó al timbre. Silvia, medio somnolienta y en pijama, le abrió.

—¡Hola! —la saludó él, tendiéndole la tela. Silvia se rascó el brazo y lo miró

—Ruth no está, ni Tony.

—Lo sé. ¿No te ha dicho dónde iba?

—No, lo siento. Pero apostaría que hay alguien que sí lo sabe.

Daniel sonrió.

—Bea —sugirió él. Silvia asintió—. Gracias, te debo una.

El joven cogió el teléfono y vio que estaba sin batería, bajó de dos en dos las escaleras y voló a su coche. Se desplazó hasta la casa de la diseñadora y fundió el timbre, pero nadie le contestó. Regresó a su vehículo y enchufó el cargador. Esperó unos minutos y conectó el móvil. Marcó un número.

—*Al habla, la diseñadora más chachi del país.*

—Bea.

—*Ah. Eres tú, el rompecorazones.*

—¿Estás con Ruth?

—*No creo que eso te tenga que importar a ti.*

—Por favor, escúchame. Estoy desesperado, necesito encontrarla y decirle que la quiero mucho y que lo siento enormemente. Fui un idiota, un capullo, un imbécil que creyó que lo habían engañado y decidió vengarse, pero te juro que nada de lo que escribí es cierto. Bea, ayúdame, sin ella me muero.

—¿Qué más?

—¿Cómo?

—*Has dicho que eres un idiota, capullo, imbécil...*

—Traidor, estúpido, cretino...

—¿Y...?

—¡Un grandísimo gilipollas! Bea, si me ayudas te juro que me pondré lo que quieras, protagonizaré todos tus desfiles, vestiré de blanco y hasta luciré una de esas ridículas diademas de plumas. Dime que sí. Ayúdame a reconquistarla, eres la única que puede conseguirlo. Te lo ruego, bombón, diosa, preciosidad, bellezón...

—Vale, vale, tampoco seas empalagoso. A ver, con una oferta así, no puedo negarme... Pero me lo apunto. ¡Me lo cobraré!

—¡Gracias! —gritó.

—Ey, no cantes victoria tan pronto. ¿Qué estarías dispuesto a hacer para recuperarla?

—¡Cualquier cosa!

—Bien, me alegra escucharlo porque tengo en mente un plan.

Daniel tragó saliva sabiendo que lo que se le avecinaba no podría ser nada bueno. Sin embargo, correría el riesgo, por Ruth sería capaz de aceptar cualquier disparatada idea de la loca diseñadora.

—¿Estás loca? ¡No puedo hacer eso!

—Shh. Claro que sí. Es la única manera.

—¿Pero secuestrarla?

—¡No vas a secuestrarla! Simplemente la retendremos contra su voluntad, maniatada y amordazada.

—Ah, ya, simplemente —masculló irónico—. Bea, ¿eres consciente de que podemos ir a la cárcel?

—Hala, exagerado. Si solo serán unos minutos, yo la soltaré después. Venga, calla, que ahí viene.

Los dos jóvenes se escondieron tras la tienda de campaña y aguardaron a que la modelo protagonista del anuncio se acercase a donde estaban. Se había alzado una especie de campamento en la zona con improvisadas tiendas donde los actores podían cambiarse de vestuario, refrescarse o simplemente descansar entre toma y toma. Y a eso venía su pobre víctima. Esperaron a que entrase.

Bea miró de un lado al otro y le hizo una seña con la mano, Daniel examinó por sí mismo la situación y cuando se convenció de que no corrían peligro, se introdujo en el interior. La joven, al verlo, gritó. Bea, que acababa de darse paso, le tapó la boca.

—Shh, que nos van a descubrir. ¡Daniel, ayúdame!

Daniel dirigió una sonrisa de disculpa a la fémina que ahora echaba chispas por los ojos y la sentó, atándole los brazos por detrás e impidiéndole el habla con un fular que hizo de mordaza. Luego se dirigió a la pequeña mesita y agarró el vestido rojo de volantes, escondiéndose tras el biombo de la parte derecha de la tienda de campaña.

De fuera, alguien apremió a la modelo a salir; le informó que en dos minutos continuaba el rodaje. La mujer, al escuchar la voz, se revolvió en la silla. Bea tuvo que calmarla contándole el aparatoso plan. Al acabar el relato, la diseñadora ganó una nueva aliada que ayudó a moldear a la nueva flamenca del spot publicitario.

Tambaleante y con la sonrisa de sus dos compinches como baluarte, Daniel se dirigió al centro donde ya estaban todos colocados para rodar la escena del baile. El anuncio mostraba un campamento en el cual irrumpía un forastero; una de las bailarinas quedaba prendada por su presencia y bailaba sensualmente para él, que atraído por su Pasión, se la lleva a lomos de su corcel.

Esta vez, Dart representaba a una conocidísima firma de ropa que había incursionado

en la cosmética con la fragancia Pasión. La dueña, fiel amante de la esencia andaluza, les había exigido que la campaña circulase por ahí. Y Ruth, que ahora no tenía cabeza para pensar, había aceptado la propuesta y se lanzó de cabeza a la grabación.

Esperó pacientemente a que la bailarina se colocase en su sitio y arrancase la sensual danza. La música comenzó a sonar y la mujer se movió insinuante, o al menos así debía ser porque a Ruth le pareció un pato mareado. Se encogió, con una mueca de disgusto. ¿Pero qué le pasaba? Todos los que la rodeaban murmuraron entre descontentos y sorprendidos. Ella empezó a enfadarse con esa fémina que había decidido cubrir su rostro, lo que se salía del guion. Repitieron la escena y cada vez fue peor. La pobre mujer parecía un robot, y el actor que representaba al forajido se sentía tan intimidado que se salió también del papel.

Ruth, cansada de tal desastre, comunicó que pasarían a la siguiente secuencia, la del rapto. Ni qué decir que esa no fue mejor. Todo empezó cuando el pobre hombre intentó coger en brazos a la joven flamenca y, con un gemido angustioso, la dejó caer, tocándose la espalda. ¡Se había quedado enganchado! Luego fueron a subir, pero ninguno pudo. Al final, la chica, para el gran asombro de todos, alzó al hombre y lo colocó sobre el caballo. Se subió tras él y agarró las riendas dando una fuerte sacudida, tan potente que el caballo se asustó y acabó saliendo al galope con los dos.

Ruth chilló y corrió tras ellos, el resto de miembros del rodaje también los siguieron. Les dio alcance cuando cayeron del animal. Uno aterrizó sobre un matorral, y la otra se desplomó en el suelo. El hombre pronto se puso en pie y se giró para auxiliar a la mujer que yacía inerte. Ruth llegó hasta donde estaban y, cuando se acercó, se fijó en las formas de esa modelo, que distaba mucho de la que ella había contratado. Con mano temblorosa, agarró la máscara y se la arrebató, liberando el apuesto rostro de su Daniel.

Gimió apretándose la boca. ¿Pero qué había hecho? Desesperada, lo llamó y comenzó a mecerlo, mas él seguía inerte, sin articular sonido. Ruth contuvo las lágrimas y ordenó a cuantos la rodeaban que llamasen a una ambulancia.

Cerró los ojos y dejó escapar las lágrimas que estaba conteniendo. De pronto, una idea acudió a ella y la espantó. ¿Y si Daniel no se recuperaba jamás? Un sudor frío la recorrió. ¡No se lo perdonaría! ¿Por qué había tenido que ser tan orgullosa? Llevaba días tras ella suplicándole que lo escuchase y se había negado a pesar de que eso la estaba matando.

—Ruth... —gimió él de repente, sacándola de sus cavilaciones. Abrió un ojo, lo volvió a cerrar y gimoteó lastimero—. Tranquila, todavía queda Daniel para rato, aunque siento como si me hubiese pasado un camión por encima...

Al escuchar la voz risueña que tanto había añorado, la preocupación se convirtió en enfado. ¡Después de ese susto no tenía derecho a sonreír!

—¡Te lo mereces! —le espetó, malévola—. ¿¡Cómo se te ha podido ocurrir algo así!?
¿Es qué estás mal de la cabeza?

Una simple palabra de él lo aclaró todo.

—Bea...

—¡No me digas más!

—Por ti soy capaz de lo que sea, ¿es que no lo ves? Hasta me atrevo con las alocadas ideas de tu amiga si con ello hay una mínima posibilidad de recuperarte. En mi defensa diré que se supone que te debía raptar, no matarme en el intento. —Rio tosiendo. Ella lo riñó por el esfuerzo—. Mi amor, si muero...

—Qué vas a morir, idiota

—Pero si lo hago —protestó él, empecinado—, quiero que sepas cuanto te quise. ¡No me interrumpas! —le advirtió cuando la vio abrir la boca—. Te quiero. Te quiero desde que te vi por primera vez. Y sé que no me merezco tu perdón, pero te juro, cariño, que si me das una segunda oportunidad, te demostraré una y mil veces que eres la mujer de mi vida. Si me dejas, pasaré el resto de mis días esforzándome por hacerte feliz.

—¡Madre mía, si le dices que no, te mato, Ruth!

—Bea, ¿qué haces aquí?

—¿Bromeas? No podía perderme esto, querida. A ver quién lo contará luego. Olivia —miró a la aludida que se mantenía distanciada, asombrada por la última locura de Daniel y preocupada por su caída— seguro que no. —Al lado de Bea estaba la verdadera bailarina que se mordía las uñas mientras contemplaba al joven que yacía en la tierra hablando entre susurros.

Daniel gimió de nuevo, llamando la atención de Ruth.

—¿Entonces? —la apremió, cogiéndole la mano.

—Me engañaste.

—Lo sé.

—Me provocaste.

—Sí...

—Me destrozaste con esas palabras.

—Lo siento...

—Y... —Daniel cerró los ojos y contrajo el rostro en una mueca de desolación—. Te quiero. Por mucho que me pese, así es. Eres el dueño de mi corazón.

Los ojos de él resplandecieron destacando su tonalidad azul. Dejó escapar el aire contenido.

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

—Más bien, que me lo estoy pensando.

—Ummm... Pues déjame ayudarte. —Se incorporó rápidamente y la besó.

Ella lo apartó sorprendida.

—¿No estabas convaleciente? —lo acusó.

—Tu palabras han sido milagrosas, amor.

La joven gruñó y lo golpeó en el brazo.

—Ay, que todavía duele. —Sonrió y capturó sus labios apasionadamente. El resto del equipo de grabación estalló en vítores, y Ruth enrojeció enormemente.

—¿Y ahora qué?

Daniel sonrió pícaramente y le guiñó un ojo.

—Se me ocurre algo...

La cogió en sus brazos y dio dos pasos, solo dos porque el golpe recibido con la caída le hizo imposible seguir cargándola, la soltó y de la mano corrió con ella hasta su coche. Condujo hasta su apartamento, donde la pensaba retener una semana entera.

Pilar rebuscó en su bolso hasta hallar las llaves. Las introdujo en la cerradura y abrió la puerta del apartamento. El piso estaba a oscuras, signo de que su disparatado hijo todavía dormía. Pues bien, eso se acabaría. No pensaba dejarlo sumirse en la tristeza ni un día más, tenía que tomar cartas en el asunto y hacerlo cuanto antes. Con paso decidido, se dirigió a su habitación y agarró las cortinas dejando entrar la luz. De la cama se escuchó un gruñido.

—¡Daniel Argüelles! Levántate de una vez y vístete. Nos vamos a buscar a tu chica.

—Pero, mamá —protestó él, tapándose los ojos con la mano y rehuyendo la luz.

—Ni peros ni ocho cuartos. Julián me lo ha contado todo, y aunque estoy de parte de ella, eres mi hijo y te ayudaré.

Una risita se escuchó al lado de su hijo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, ofendidísima, Pilar—. ¡Cómo has podido! ¿Eso es lo que te importaba? ¿El gran amor que sentías? ¡Has vuelto a las andadas!

—Mamá, no es lo que parece.

—¿Que no es lo que parece? —Asió el bolso y lo golpeó.

—¡¡Mamá!!

—Qué desilusión, Daniel. No me extraña que la pobre chica no quiera ni verte. Eres un...un... ¡casquivano! —Se dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—Mamá, que es Ruth. —Cogió las sábanas que la joven se negaba a soltar—. Mira. —Sacó varios mechones negros. Su madre frunció el ceño—. ¡Es ella, lo juro! —Ruth, mortalmente avergonzaba, deslizó la sábana descubriendo parte de su rostro. Le sonrió.

—Hola —susurró acongojada. ¡Menudo primer encuentro con la suegra!

La mujer soltó un gritito y se abrazó al bolso con ojos húmedos.

—Así se hace, Daniel. ¡Qué orgullosa estoy de ti!

—Ya, claro. Ahora sí —masculló. Pilar se dirigió a la cama y se sentó al lado de la joven, a la que abrazó efusivamente.

—Cariño, que ganas tenía de conocerte. Me llamo Pilar, pero desde hoy puedes decirme mamá. Que sepas que estoy en deuda contigo, has conseguido lo imposible, que el tarambana de mi hijo se centre de una vez por todas.

—¡Oye, que estoy aquí, mamá!

—Espero que no nos guardes rencor por cómo empezaron las cosas. Mi marido no hace más que hablar de ti, y sé que te has ganado también a Julián. ¡Bienvenida a la familia, niña! —La estrechó de nuevo.

—Gracias —musitó ella algo cortada.

—Bueno, mamá, comprenderás que esto es bastante raro. —Señaló a ambos, desnudos bajo las mantas—. ¿Por qué no dejamos estas presentaciones para otro día?

—Oh. —Pilar enrojeció, comprendiendo—. Claro, claro. Me voy ya. —Sonrió y se levantó, antes de desaparecer por la puerta los volvió a mirar y asintió con la cabeza.

Cuando la escucharon marcharse, los dos jóvenes estallaron en carcajadas. Hasta que se contemplaron y la pasión surgió de nuevo. Un beso llevó a otro y otro...

Adela Maldonado estrechó la mano de esos dos y se despidió. Antes de irse, les echó una última mirada y vio como festejaban su triunfo, los ilusos creían haberle arrebatado a la competencia otro cliente. Sus ojos chispearon de malicia, menuda cara iban a poner cuando se enterasen de que todo era una trampa. En la calle, volvió a llamar a su hija pequeña, pero seguía con el móvil apagado. Resuelta a acabar con el misterio, se dirigió a Argüelles Publicidad, portando entre sus manos el tesoro que descubriría al escurridizo topo.

Entró sin esperar a que la secretaria del jefe la anunciase y nada más colarse en su despacho, depositó encima de la mesa el dossier. Fernando Argüelles la miró sorprendido y cogió el teléfono para marcar el número del despacho de su hijo Julián. En unos pocos minutos, este entró por la puerta.

—Daniel tiene el móvil apagado —señaló, preocupado de comenzar sin su hermano.

—Ruth también —informó Adela con una sonrisa.

—Vaya —exclamó Fernando riendo.

—¿Usted cree que ellos...? —preguntó Julián.

Adela lo atravesó con los ojos, ofendida.

—Nada de usted, que me hace parecer vieja. Además, vamos a ser familia, así que llámame Adela o Addy, como más os guste. —Luego, sonrió pensativa—. Si en algo conozco a mi hija, ahora mismo estará muy ocupada, así que será mejor que empecemos sin ellos. Mañana darán señales de vida.

—Oh. —Julián soltó una risita.

—Bien, pues descubramos quién es la persona que se ha estado burlando de nosotros todos estos meses. —Cogió los papeles y rebuscó en la última página, donde habían señalado los dosieres. La sorpresa le hizo abrir los ojos como platos, se quedó mudo. Julián, a su lado, respondió de la misma manera. Adela espió el documento y frunció el ceño.

—No veo nada.

—Solo había uno sin marcar... —apuntó Julián.

—¿Y a quién pertenecía? —preguntó Adela.

—A mí —confesó Fernando, confuso.

—¡Pero eso es imposible!

—Papá. La única persona que podría tener acceso es... —Padre e hijo se miraron.

—¡Luisa! —pronunciaron al unísono.

—¿La secretaria? Vaya, vaya, con la gruñona. Tranquilos. —Adela se cruzó de brazos—. Se me ocurre el siguiente paso. Llamemos a los refuerzos, mañana comienza la fiesta. —Sentenció con una alegre carcajada.

Carlos Álvarez tocó al timbre con decisión. De soslayo vislumbró cómo Alfredo Roig, el estúpido primo de su mujer, se retorció las manos. Puso los ojos en blanco y pensó lo de siempre, que era un inútil con el que jamás debió asociarse. No obstante, para su mala fortuna, él era el único capaz de hacer aquello sin remordimientos. La idea había surgido de la nada, un día cuando los otros recibieron un premio a la agencia revelación. Fue entonces, hacía un año, cuando se decidió a actuar, pues así como ellos iban subiendo y triunfando, las cifras de Dart eran cada vez más bajas y los contratos menos cuantiosos. Y si por algo no pasaba él, era por disminuir beneficios. No, señor.

Todo marchaba a las mil maravillas hasta que esa idiota de Ruth Lago había decidido meter su naricita donde nadie la llamaba. Tras su visita, la había calmado un poco, pero cuando se diese a conocer la campaña de Rarax, volvería al ataque y seguramente acudiría a Fernando Argüelles. Menos mal que para entonces, la joven sería historia. Lo tenía todo previsto, ya habían dejado en su despacho el dossier de Rarax de la competencia. De momento, nadie se había percatado, pero muy pronto haría circular rumores sobre ella y lo encontrarían. También desviaría fondos a su cuenta personal, ya que en cuanto quedase encargada de la agencia en Valencia tendría acceso al dinero. Suspiró anticipando esa jugada. La idea de que fuese la responsable fue suya. Al principio se lo propuso a Mavi porque era la que mejor trabajaba, pero ella quería dejar al frente a su primo, no obstante, cuando fue a verlo, lo tuvo claro. Ruth debía ser la directora de Valencia. Sería su conejillo de indias y pensaba vapulearla por entrometerse en su magnífico plan. Si los descubrían, la única que caería sería la perfecta y dedicada publicista. Lanzó una carcajada que asustó a Roig.

El muy idiota seguía en tensión, tenía el ridículo presentimiento de que algo no marchaba bien con este último contrato. Le parecía que Agatha Pompín ocultaba algo, y quería echarse atrás. Casi se lo comió cuando se lo dijo la noche anterior, por nada del mundo dejaría escapar ese succulento contrato, mucho menos por los temores de un estúpido que estaba aterrorizado porque lo pillasen. Mil veces le había repetido que no había peligro, que sería la otra quien cargase con las culpas, pero él seguía empecinado, temblando como el cobarde que era. ¡Quién le mandaría meterse con idiotas de su calaña!

Por fin le abrieron y entró, tuvo que gruñirle a Roig para que se diese prisa porque iba arrastrando los pies. Se adentraron en lo que parecía un estudio de arquitectura y esperaron pacientemente en la entrada.

Una mujer rubia, sumamente preciosa, los saludó y les dijo que los estaban esperando. Atravesaron un pasillo y llegaron a una puerta negra que ella tocó. De dentro, se escuchó un «adelante». La rubia se apartó y los dejó entrar.

Carlos abrió los ojos con sorpresa al ver a los ocupantes de la mesa. Agatha Pompín estaba sentada en el centro; a su derecha había un hombre que no conocían, y a su izquierda, Fernando Argüelles. Tras este, dos jóvenes que serían sus hijos, aunque uno de ellos le sonaba muchísimo. Y la odiosa de Ruth se encontraba detrás de la Pompín, al lado de una rubia atractiva. Al fondo, varias mujeres, entre las que distinguió a varias miembros de su agencia. Tragó saliva. Escuchó como Roig susurraba un «te lo dije» y quiso estrangularlo.

—Señor Álvarez —lo llamó con voz dura la mujer—. Siéntese.

—¿Qué es todo esto? ¿¡Qué hace el Argüelles aquí!?

—Bueno, he creído que su presencia era necesaria en esta firma, puesto que las ideas que me presentaron para la campaña son tuyas, ¿verdad?

Fernando alzó la barbilla, desafiante.

—¿Cómo? —intentó hacerse el ofendido. Se giró hacia Roig—. Alfredo, ¿qué tienes que decir a eso?

El aludido pestañeó y enmudeció, preso del terror.

Ruth soltó una carcajada. Sara, a su lado, le cogió la mano y le guiño un ojo. A sus espaldas escucharon un «mira cómo se escaquea el mamón», perteneciente, sin ninguna duda, a Bea. Olivia, María, Elena y Marga secundaron su afirmación con varias risitas.

—Mire —continuó Álvarez—, estoy tan confundido como usted. No tengo ni idea de qué está pasando...

—¿Igual que sucedió con Rarax? —ironizó Ruth.

—Ruth, querida, ¿qué estás haciendo aquí?

—Desenmascararte. Tras nuestra conversación, descubrí muchas cosas, pero necesitaba ponerte a prueba, por eso convencí a mi madre para que me ayudase, y con el apoyo de los Argüelles iniciamos un plan que ha puesto de manifiesto no solo a los que estabais involucrados en Dart, sino también al topo de Argüelles.

—¡Lo sabía! —manifestó Roig recuperando la voz—. Y tú —señaló a Dani—, no eras el ayudante de Ruth. ¡Traidor!

Daniel Argüelles rio y le guiñó un ojo.

—Ya ves, Roig, en Argüelles jugamos tan sucio como vosotros.

—Yo...Yo... No entiendo nada —tartamudeó Carlos Álvarez—. No sé de qué habláis... —Se cogió el cuello de la camisa y lo estiró—. Hablé con Roig de Rarax, juré frenar la campaña como te prometí, Ruth. Puede que entre él y mi mujer os estén robando y...

—Tu mujer, ¿qué? —tronó una voz tras él. Al girarse vio a Mavi sumamente enfadada.

—¡¡Mavi!! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ruth me citó, y ya veo que por una vez hizo bien su trabajo.

—Ah, pero hay más, jefa —añadió Ruth—. Quiero presentaros a Luisa. Andrea —se dirigió a su amiga, que permanecía aún en la entrada—, hazla pasar.

Segundos después. La secretaria de los Argüelles cruzó la puerta acompañada de Nicolás, su cuñado. Carlos intentó huir, pero Nicolás lo atrapó y le dio media vuelta para enfrentarse a su mujer.

—¿Quién coño es esta, Carlos?

—¡No tengo ni idea! ¡Pregúntale a tu primo!

—¿¡A mí!? —exclamó sorprendido—. ¡Si es tu amante!

—¿¡Qué!? —Mavi cogió aire y cerró los ojos. Cuando los abrió, bramó—: ¡¡Te mato!!

—Mavi, tienes que creerme, esto es un complot. Una trama contra mí para desprestigiar me, no conozco a esta mujer, te lo juro, es una mentirosa y...

—¡No! —La señora, que lloraba apartada, alzó un puño hacia él—. ¿Cómo puedes negarme después de todo lo que he hecho por ti? ¡Engañé a un buen hombre porque me lo pediste! Me juraste que la dejarías. —Cabeceó hacia Mavi—. ¡Te ibas a divorciar! Nos íbamos a quedar con todo, por eso le robé a Argüelles Publicidad. Tú me dijiste que me amabas... —Sus ojos plagados de lágrimas se posaron en los que eran de sus jefes—. Lo siento, de verdad. No os merecíais esto, yo... Lo quiero, haría lo que fuese por él.

—¡¡Mientes!! No te conozco.

—¿Ah, no? ¿Y esto que es? —Se alzó la manga del suéter negro y descubrió una esclava de oro—. ¡Seguro que tu mujer la reconoce porque era suya!

Mavi gritó y le asestó un bofetón a su marido.

—¡Desgraciado! ¡Quiero el divorcio ahora mismo!

—Señora. —Sara dio un paso—. En eso la puedo ayudar. Soy la hermana de Ruth y una de las mejores abogadas en derecho de familia, los divorcios son mi especialidad, y no es por vanagloriarme, pero suelo ganarlos siempre.

—Doy fe —intervino Nicolás, lanzándole un beso a su mujer y socia.

—Le aseguro —continuó Sara— que juntas le sacaremos hasta el último centavo, además, estoy segura que renunciará a su parte de la empresa en pro de usted, a no ser que desee que los Argüelles formulen una denuncia en su contra por plagio...

—Yo... Sí, sí. Firmaré lo que sea, pero no quiero juicios, por favor —concedió Álvarez

derrotado—. Cariño. —Mavi gruñó—. ¿Podemos hablar en privado? Todo esto es un error...

—¡El error es que me casase contigo, idiota! Desaparece de mi vista, ¡ya! Quiero que vayas a casa y recojas todas tus cosas o te las tiraré por la ventana. Y tú —Roig dio un salto— me das asco. Vete y no vuelvas jamás a aparecer por mi agencia o mi vida. ¡Fuera los dos! —vociferó. Los hombres huyeron despavoridos—. En cuanto a ti. —Dio un paso, y Luisa chilló aterrada, comenzó a correr y no paró hasta llegar a su casa.

Andrea, que permanecía con la puerta abierta, rio fuertemente al ver cómo huía Luisa.

—Papá, recuérdame que venga más a visitarte. ¡Menudas vacaciones más intensas!

Enri, situado a la derecha de Adela en la que realmente era su mesa, pues la reunión se había celebrado en su estudio de arquitectura, sonrió. El resto rio también. Todos, menos Mavi, que se sentía bullir por dentro. Con un gruñido amargo, dio media vuelta y empujó a Andrea haciéndose paso. Antes de que desapareciese, Ruth le dio alcance. Andrea, a su vez, marchó al corrillo que se había formado alrededor de su padre y Adela.

—Mavi.

—¿Sí? —La otra se giró bruscamente.

Ruth leyó en su rostro el dolor de la traición, sin embargo, su habitual rictus airado permanecía inalterable. La Hiena jamás admitiría una debilidad y mucho menos si procedía de un engaño. Al mundo entero le haría ver que le daba igual, que no le afectaba, pero Ruth sabía que no era así, sus ojos vidriosos daban cuenta de lo que sentía.

—Tengo que hablar contigo. Es importante. ¿Cuándo podríamos quedar?

—Niña, lo que tengas que decir, dilo ya. No estoy para aguantar tonterías, mañana mismo cogeré el tren y me iré a Girona. Te quedarás, como acordamos, a cargo de la agencia de Valencia, cualquier cosa, me llamas. Ah, y en una semana quisiera que vinieses, tengo trabajo para ti, necesito que supervises a mi nueva ayudante. Y hablando de eso, deberías buscar una, ya que el tuyo —señaló a Daniel, que las miraba con el ceño fruncido desde la otra punta de la sala— ha resultado rana.

—Mavi...

—Y que no se me olvide. Deberás contratar otro equipo, puesto que mi primo y sus compañeros estarán de patitas en la calle esta misma noche, también quiero que...

—¡¡Me voy!!

—¿A dónde? ¿No querías hablarme de algo?

—De la empresa. Mañana presentaré mi renuncia.

—Pero... No lo entiendo, en Dart tienes futuro. —La confusión se evidenció en su

cara.

—Lo sé y te lo agradezco. Pero con todo lo que ha pasado me he dado cuenta de que ha llegado el momento de dar un paso más. Mi etapa en Dart ha concluido.

—¿Y qué piensas hacer? —Sus ojos pronto se plagaron de rabia—. ¡Te vas con los Argüelles! ¿Acaso crees que te van a tratar mejor que yo? —la acusó. Ruth negó con la cabeza y le aseguró que no era nada de eso. La otra resopló—. Niña, a mi lado puedes llegar lejos. Sabes que te abriré las puertas que necesitas para ser la mejor publicista del país. Es el sueño de cualquiera. Si te vas, acabarás engrosando las filas del paro. Serás una fracasada.

Ruth sonrió.

—No lo necesito, Mavi. Tan solo quiero una vida normal donde pueda dedicarme a mi gran pasión, pero sin dejar que me absorba por entero. Hace tiempo que perdí la ilusión, y ahora quiero recuperarla.

—¡Jamás triunfarás!

Ella se encogió de hombros.

—Allá tú. Cuando fracases, no me llames, porque tu oportunidad se esfumará en cuanto entregues esa dichosa carta de renuncia. Y puedes llorarme a lágrima viva, que no volverás a Dart. Antes de dar el paso, ya sabes. Si te vas, no hay vuelta atrás.

—Estoy segura de mi decisión.

—Muy bien, pues adiós.

Refunfuñando y sumamente indignada, se marchó. Ruth vio cómo se alejaba por última vez la mujer que había dominado su existencia durante ocho años y por fin se sintió libre. De pronto, notó que alguien le rozaba la cintura. Sonrió sin girarse.

—Se te ve muy satisfecha, cariño.

—Lo estoy. —Daniel le dio la vuelta y la miró intensamente—. He decidido cambiar varias cosas en mi vida, y una de ellas es Dart. Es hora de volar.

—Pues con alas o sin ellas, yo te seguiré.

—Uy, que...

—¿Cursi?

—No, tonto, romántico.

Él soltó una carcajada.

—Y en esos cambios tuyos... ¿Hay un hueco para mí?

—No sé... ¿Qué me ofreces?

Él entrecerró los ojos y puso gesto de meditación.

—Umm, a ver... Por lo pronto, una noche loca en mi apartamento, un desayuno de reina y una vida plenamente feliz. A tu lado, mi morenita, la vida promete.

—Eso tendría que decírtelo yo, Dani. Que desde que te conozco te he visto hacer más locuras que Bea, y eso, amor mío, es mucho. En cuanto a la idea del apartamento...

—¿Sí...?

—¿Nos escapamos? —propuso ladinamente.

—Señorita Lago, qué perversa —susurró él mientras la empujaba hacia la salida. De la mano, se fugaron como dos adolescentes locamente enamorados.

Adela rio al observar la huida de su hija pequeña, movió la cabeza y se dijo que debería llamarla al día siguiente e informarle de lo que anunciaría a continuación. Se acercó a su marido y le cogió la mano.

—Cariño, es el momento.

Enri asintió con la cabeza y la estrechó entre sus brazos, besándola.

—Allá vamos. —Él le apretó la mano, dándole su apoyo—. ¡Familia! —tronó, llamando la atención de cuantos allí se encontraban, incluso la de los Argüelles.

—Queremos aprovechar que estamos todos —comenzó Adela— para anunciaros algo. —Hizo una pausa y los examinó atentamente mientras su rostro iba plagándose de felicidad—. Dentro de dos días, o sea el viernes, seremos uno más.

—¡Papá! —exclamó Andrea—. Eso quiere decir que...

—Sí, cariño. Por fin llega.

—¿De verdad? —Sara se acercó a su madre y le dio un abrazo.

—¡Qué alegría, papá! —expresó, emocionado, Nicolás, que palmeó la espalda de su progenitor.

—Yo no pillo ni papa —protestó Bea—. ¿Alguna sabe de qué va esto? —Olivia rio, y Elena, Marga y María negaron con la cabeza—. Eh —chilló—. Aquí las del fondo no nos enteramos, ¿quién viene?

—Raúl —le dijo Andrea, como si así lo explicase todo.

Sara se lo aclaró.

—¿Te acuerdas que iban a acoger a un nene?

—Claro.

—Pues se llama Raúl y llega el viernes.

—¿Sí? —Lanzó un alarido que causó conmoción entre aquellos que aún no conocían bien a la rubia. Adela estalló en carcajadas—. ¡Qué emoción! —Bea recorrió el espacio que la separaba de Sara y le susurró—: Oye, te veo más animada. ¿Has cambiado de idea?

—No podría oponerme, Bea. —Miró a su madre que resplandecía de dicha—. Hacía tiempo que no la veía tan feliz. Bien sabes que se lo merece. Ey, y hablando de alegrías... Ya me he enterado que vas levantando pasiones.

—¿¡Yo!?

—Ajá.

—No sé de qué hablas —renegó.

—¿Ah, no? Pues Dani me ha contado otra cosa.

—Daniel es idiota, y su primo todavía más.

—¡Vaya! Veo que te vas acordando.

—¿Y cómo no hacerlo? Tuve pesadillas con ese imbécil durante días. Soñé que me secuestraba, me amordazaba y...

—¿Te lo hacía salvajemente?

Bea gimió exageradamente y agrió el rostro.

—Eso, querida amiga, no sucederá jamás. No dejaría que ese tío me pusiese un dedo encima ni aunque fuese el último hombre sobre la faz de la tierra.

—Ay, Bea. La vida da muchas vueltas, ¿quién sabe?

—Lo sé yo, vaya que sí.

Sara la enganchó del brazo y comenzó a reír mientras la conducía junto a su madre y Andrea. Pensó en su amiga y deseó fervientemente que encontrase a su media naranja; si alguien lo merecía era esa locuela adorable.

El timbre sonó insistentemente, y Ruth, dándole un último beso a su bello durmiente, salió de la cama y fue a abrir. En la entrada se encontró con la misma mujer que vio en Girona, la examante de Daniel.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le espetó la otra, enfadada.

—Lo mismo podría preguntarte a ti.

Patricia la miró de arriba abajo, advirtiendo que la larga camiseta que la cubría era de él. Escondió el champagne que portaba tras de sí.

—Disfruta mientras puedas, porque cuando se canse de ti, que lo hará, no lo dudes, volverá a mí. Soy la única que lo entiende. —Rio despectiva.

—¿Ah, sí? Pues, ¿sabes qué? Espéralo sentada.

—¡Idiota! Qué segura estás de ti misma, ¡cómo me voy a reír cuando te de la patada!

—¿Igual que ha hecho contigo?

—¡Maldita! Dejaré que se divierta, sé que al final regresará a mis brazos. Como siempre, querida. Asúmelo.

—Oh, no. Ahora hay una enorme diferencia. Daniel es mío, y yo no comparto lo que me pertenece. Bien, si no te importa, tengo mejores cosas que hacer —Rio ante la cara indignada de la otra— que perder el tiempo contigo. El pasado, pasado está, querida. Asúmelo —pronunció el apelativo cariñoso con sorna y le cerró la puerta en los morros.

Al girarse vio que Daniel estaba apoyado en la pared del pasillo y la miraba sonriente.

—¿Se han equivocado, cariño?

Ruth se encogió de hombros. Daniel lanzó una carcajada y se acercó a ella, alzándola entre sus brazos.

—Ya veo que eres posesiva, morenita.

—Solo protejo lo que es mío. —Pasó un dedo por su pecho desnudo y fue bajando hasta alcanzar la parte preferida de su anatomía. Él gimió.

—Y ahora que has cazado al impostor, ¿qué piensas hacer con él, jefa?

—Retenerlo para siempre.

—¿Puedo preguntar cómo?

Ella se mordió el labio y fue empujándolo hacia el cuarto.

—Mejor deja que te lo demuestre.

Epílogo

9 meses después...

—¡No puedo creer que tú también me abandones! ¿Con quién voy a salir de juerga? Hicimos un trato, nada de chicos —les dijo a las dos mujeres que estaban frente a ella.

—Bea, teníamos diez años —replicó Sara ajustándose su tocado negro que destacaba sobre el elegante vestido azul que lucía.

—¿Y qué? Los pactos se respetan a pesar del tiempo que pase. —Bea se acomodó en una silla y ahuecó su falda verde, luego recolocó los hombros de su blusa negra.

—No te pongas así. —Ruth se acercó y la abrazó—. Sabes que siempre estaremos a tu lado.

—Sí, pero hoy estoy ñoña. —Sus ojos se humedecieron—. ¡No puedo creer que te cases! —La observó y lloró más. ¡Qué belleza! Su resplandeciente rostro permanecía oculto por un velo hermoso que escondía una masa rizada de cabello negro, solamente sujeto por una flor blanca. Su escultural cuerpo destacaba en ese vestido de sirena con escote de corazón—. Y con Dan. Quién nos lo iba a decir aquel primer día cuando lo vimos con ese horripilante top rosa. Y mírate, de blanco, a punto de unirte a él.

—Será mejor que no recordemos esos inicios. Sin duda, tendré una gran historia para contarle a mis hijos.

—¡Un momento! No estarás... —Su rostro se plagó de dicha—. ¿Voy a ser tía?

—¿Quién va a ser tía? —preguntó Andrea, acercándose al trío.

—¡Yo! —exclamó Sara con una gran sonrisa.

—¡Y yo también! —protestó Bea—. Cuidaré de ese niño como si fuese mío.

—¿Qué niño? —Adela se acercó a sus hijas portando en brazos a su pequeño Raúl, que la miraba con adoración.

—El de Ruth.

—Cariño, ¿estás...?

—¡¡NO!! Dejádme disfrutar de mi marido un tiempo, y luego ya veremos. Además —se aproximó al niño que sostenía su madre y lo besó—, ahora tengo un hermanito precioso al que pienso mimar durante mucho tiempo.

—Hablando de cositas guapas —manifestó Adela—. Ya está aquí tu portador de los anillos, ¿lo hago pasar?

Ruth asintió con la cabeza y esperó hasta que entró. Una lágrima rodó por su rostro al

observarlo, ¡qué guapo y elegante estaba! Iba a ser la sensación de la boda.

La música comenzó a sonar y su madre le apretó la mano. Le dio el brazo y Ruth la miró con amor. Pensó que su padre estaría orgulloso de ellas, de las tres. Al fin habían conseguido alcanzar lo que tanto les rogó antes de morir: la felicidad.

Caminó junto a Adela. Y escuchó la sorpresa de la gente al ver a su Tony portando los anillos, Daniel puso los ojos en blanco y sonrió. Ella repasó a los invitados con la mirada y fue saludando a quienes veía a su paso.

Frederike Danka y Pepe, ya casados. Elena, Javi y su pequeño hijito. María junto a Marga, Olivia y su marido, la niñera de Tony, Rafael, sus amigas de la universidad, amigos de Daniel, Peter, Silvia y Robert, los padres de Bea, sus suegros, Julián, Elisa, Nicolás, Sofía, Enri y Sara, que unida a Bea y Andrea, lloraba a lágrima viva. Llegó hasta su prometido y abrazó a su madre, luego ella tomó asiento junto a su esposo.

Daniel la miró con todo el amor que poseía, y ella lo cogió de las manos, estrechándoselas. Juntos escucharon al sacerdote, aguardando las palabras que los convertirían en marido y mujer...

Y fue en ese preciso instante cuando el móvil de Bea se oyó. Al principio decidió ignorarlo, pero cambió de idea dada la insistencia y el silencio sepulcral que reinaba en la iglesia. A causa del sonido, acaparó varias miradas reprobatorias de los invitados. ¡Y eso que estaba en vibración!

Lo cogió y observó en la pantalla que era un número desconocido. Descolgó y escuchó a la mujer que hablaba. En ese momento, el cura miraba a la audiencia y, para sorpresa de todos, dado que era algo que no se solía estilar ya, pronunció:

—Bien, pues si no hay nadie que se oponga a esta boda...

Bea, anonadada, recibió la noticia con un estallido de emoción y sin ser consciente de lo que hacía, se puso en pie y exclamó bien fuerte:

—¡Síiii, síiii, síiiii!

—¡Bea! —gritó Sara horrorizada por la intromisión de su amiga.

—Señorita —clamó el cura—, ¿se opone usted a la boda entonces? ¿Con qué motivo?

Bea, que poco a poco volvió a la realidad, dio una vuelta lentamente y se vio como el blanco de todas las miradas, tragó saliva ruidosamente y se concentró en lo que el hombre de Dios le decía....

—Mierda —vociferó de pronto.

—¡Señorita!

—Perdone, Padre, que son los nervios. Continúe usted con la ceremonia, que no me

opongo.

—¿Está segura?

—Sí, sí, del todo.

—¿Por qué ha interrumpido, pues?

«Mira que es cotilla el tío», pensó angustiada.

—Eran asuntos personales, Padre. —Ante la ceja levantada del cura, Bea resopló—. Verá, es que me acaban de comunicar que he ganado un viaje a Venecia, a la cena del Dogo. Y por la emoción he gritado.

Moviendo la cabeza de un lado al otro, él le recriminó diciéndole que la próxima vez saliese; no le gustaban las nuevas tecnologías en la Casa del Señor. Consideraba que era pecado, y así se lo hizo saber durante sus buenos cinco minutos. Al final Daniel cortó la diatriba y lo animó a continuar.

—Bien, pues si no hay más interrupciones. —Miró a Bea significativamente—. Yo os declaro marido y mujer.

Daniel se acercó al hombre que estrujaba la copa y miraba con desesperación a la mujer que ahora bailaba de forma muy extraña en la pista.

—¿Todavía sigues hechizado, Pet?

—Es perfecta, ¿verdad? Y el destino nos ha vuelto a juntar, como le dije.

—Hombre, más que el destino, ha sido mi boda, que ella es amiga de la novia y tú, mi primo, era lógico que la vieses. De hecho, llevas toda la semana en una nube y apuesto que era por el reencuentro.

—Sandeces. Lo importante es que volvemos a estar juntos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Mírala, ni siquiera me ha saludado y me ha evitado toda la noche. Encima no para de coquetear con ese musculoso rubio —resopló frustrado.

Daniel lanzó una carcajada.

—Ese es Robert Tolley, tranquilo, no es un peligro. Está locamente enamorado de Silvia, su pareja. El otro día, en la agencia, me comentó que está pensando pedirle matrimonio. Así que, como ves, ya está fuera del mercado. Y te lo aseguro, que lo conozco bien, trabajamos juntos. Es nuestro mayor cliente, gracias a él pudimos dar el paso.

Peter lo miró riendo.

—No me lo recuerdes. Todavía me acuerdo de los gritos de tu padre cuando le comunicaste que ibas a abrir tu propia agencia con Ruth.

—Sí, y tú te negaste a venirte.

—¿Y qué iba a hacer? Me amenazó con asesinarme, sobre todo cuando tu hermano se fue también. Además, tenéis el equipo completo.

Daniel pensó en sus chicas y sonrió. Sí, formaban un buen grupo. Ninguna dudó en dejar Dart y seguirlos. Ahora la otra agencia estaba cayendo en picado, mientras que la suya subía como la pólvora. Se fijó en ellas y las vio bailando alrededor de su mujer. ¡Su mujer! Qué bien sonaba. Olivia daba palmas; María, giros; Marga reía de sus amigas, y Ruth bailaba para Elena, que las miraba desde una silla, acompañada de Javi y su bebé. Dio un paso hacia ellas, pero antes de marcharse, decidió tomarse una pequeña revancha; con maliciosa mirada, contempló al extasiado de su primo, que devoraba a Bea con los ojos.

—Oye, a Bea le han dado dos entradas para un baile que se celebra en Venecia, el del Dogo, ¿te gustaría acompañarla?

Peter resplandeció.

—¿Querrá?

—Por supuesto que sí. Justamente la he escuchado quejarse de que no tenía acompañante, me da que se alegrará si vas con ella.

Peter no aguardó más, caminó directo hacia su destino.

Bea, que estaba bailando junto a Andrea, soltó un gritito.

—¡Mierda, la anguila se acerca!

—¿Quién?

—¡Tápame!

—¿Pero cómo voy a hacerlo si estamos en medio de la pista?

—Pues dile que no me has visto —susurró mientras se alejaba corriendo hacia el servicio. Andrea vio como el primo de Daniel seguía a su atolondrada amiga y, riéndose, le informó que se dirigía al baño. El pobre hombre le dio las gracias efusivamente y salió pitando tras la mujer que lo tenía encandilado.

Bea hizo tiempo y cuando escuchó que sonaba su canción favorita, decidió salir. Abrió la puerta del excusado y se dio de bruces con Peter.

—Acepto, mi amor. —La cogió de los hombros y le asestó un beso en los labios. Bea se sorprendió y enfadó al mismo tiempo—. Tú y yo juntos en Venecia, qué excelente idea.

No te preocupes más, que ya tienes acompañante. Por ti, marcharía a donde fuese. —Bea se preguntó si se iría tan gustoso a la mierda—. Y si hay que ir al baile del Dogo, pues se va.

—¿¡Qué!?

—Tendrás que agradecersele a Dani, cariño. De él ha sido la estupenda idea.

—Oh, sí, créeme que lo haré —siseó mientras planeaba distintas venganzas.

Daniel aleteó las pestañas y abrió los ojos con una sonrisa. Su mujercita estaba juguetona esa mañana... Sonrió pensando en la noche anterior y en la pasión de la joven que todavía le demostraba con esa lengua peligrosa que ahora exploraba sus partes íntimas dándole placer. Echó los brazos hacia atrás y los colocó en la nuca mientras cerraba los ojos y gemía sonoramente.

—¡Ruth! —exclamó gustoso al sentir otro lametazo.

La puerta del servicio se abrió de pronto y la joven apareció con un cepillo de dientes en la boca. Se lo apartó para preguntarle si la había llamado. La cara de Daniel mostró el más absoluto terror, y los ojos se le agrandaron antes de levantar la sábana y gritar:

—¡iiiToooonyyyyyy!!!!

FIN

Si te ha gustado

A la caza de un impostor

te recomendamos comenzar a leer

Vida de monos

de Aldo Merlino

ALDO MERLINO

Vida de monos



1

Sobre el caos y el orden

La *señora* Kupert, porque nadie habría dudado jamás de su reputación irreprochable,

que le había hecho merecedora absoluta de un tratamiento tan distinguido como anticuado, se despertó una florida mañana del mes de abril con la terrible sensación de no poder dejar de pensar en él ni un solo instante.

Alejandra, además de estar casada desde hacía más de veinte años con Emilio Kupert, un prestigioso arquitecto de origen finlandés, se había ganado a pulso el apelativo de *esposa perfecta* y demostraba día tras día ser ejemplo de abnegación y lealtad total hacia su marido, sin ninguna sombra de duda.

Hasta ahora.

¿Y quién era él? Tal vez la Sra. Kupert no deseaba hacerse esta pregunta ochenta veces al día, pues aunque inocente, la cuestión recaía en el *ahora*. ¿Desde cuándo lo conocía? ¿Cómo antes de *ahora* no había sentido que podría morir si no hablaban en toda la tarde? ¿Por qué antes de *ahora* observaba el rostro de su marido sin que el recuerdo perenne de él nublara una visión que hasta *ahora* había sido meridiana?

Aquella mañana la Sra. Kupert se miró de nuevo horrorizada al espejo de su lujoso cuarto de baño del piso familiar en el que crio de manera ejemplar a sus tres hijos: Paola, Lolita y Fermín. Nuevamente observó que una sonrisa espléndida adornaba su cara en el segundo mismo en el que el móvil le indicaba que él le mandaba el primer wasap del día. Puntual, como todas las mañanas desde hacía cerca de seis meses:

¡Buenos días, *Jueves!* ¿Cómo se presenta el lunes?

Ahí estaba, en su mundo particular, en su intimidad más honda y profunda, en su apartado de correos secreto, en el rincón más escondido del parque, en la última fila del cine, el motivo de que sus despertares desde hacía cerca de seis meses fueran si no más felices, mucho más excitantes, vivos, distintos. Cada día era como una película de estreno. Sabía cómo empezaba, pero no tenía ni idea de cómo terminaría.

¿Qué le estaba pasando? La pregunta era como para pasarse las horas desquiciada. ¿De dónde provenía el ardor que poblaba sus mejillas al sentir tan solo el sonido vibrante de que él le enviaba un nuevo mensaje? La Sra. Kupert se preguntaba, en los escasos momentos en los que no wasapeaba con él, si aquello era adecuado a sus circunstancias. Porque si de algo creía estar segura era de que no hacía nada malo. Nada, absolutamente nada que fuera en contra de los principios de lealtad hacia su familia. Porque la Sra. Kupert había crecido con la firme convicción de que una mujer es libre de pensamiento, al igual que cualquier otro ser humano, vivo, animal o vegetal —si las flores pensaran lo harían en vivos colores, y todo sería optimismo y felicidad—y es por ello que, al no poder inmiscuirse ningún otro en sus pensamientos, tenía la libertad de recordarle las veces que quisiera. Aunque estas se contaran por decenas. Por tanto no tendría que estar horrorizada ¿O tal vez sí?

Hola, Lunes, nada del otro jueves.

Suspiró. Le molestaba recibir sus mensajes cuando todavía se encontraba en casa, sobre todo los fines de semana. Pero en realidad *molestar* no es ni por asomo el verbo más apropiado para lo que sentía por dentro. Más bien le *aturdía* enormemente recibir sus wasaps cuando estaba en casa *acompañada*. Si no, le encantaba. La verdad que no confesaría a nadie era que en los últimos meses ponía cualquier excusa para no salir de casa por las tardes, cuando sus hijos y su marido estaban ocupados en los quehaceres diarios, fuera, en la universidad, el colegio o en el estudio de arquitectura. De repente prefería la soledad a los eventos. Ella, para la que no había concierto, obra de teatro o presentación de novela a la que resistirse, bien por gusto o por trabajo, elegía quedarse tranquila en casa, viendo una película o preparando todo tipo de recetas nuevas. Ahora la Sra. Kupert se había vuelto, de repente, más creativa que nunca en cuestiones culinarias: empanadas caseras, croquetas de rellenos diversos, pasteles de colores y sabores varios, batidos de frutas exóticas. Se atrevía hasta con la majestuosidad de los soufflés. Cualquier excusa servía para entretenerse al fuego del hogar, lo que hacía de paso las delicias de los suyos, que recibían la nueva afición de la matriarca con sorpresa y expectación. Lolita incluso pensaba que su madre pronto ganaría uno de esos concursos de cocina que se habían puesto de moda en los últimos años. Lo cierto es que la Sra. Kupert no había encontrado ninguna otra manera de relajarse, de ocupar las horas, a veces interminables, esas tardes en las que Lunes no aparecía por el wasap y que se hacían totalmente insoportables. Eran, por tanto, esos ratos eternos cuando Lunes no podía hablar y sin embargo mágicos y excitantes cuando comenzaba a wasapear con ella. Eran esas tardes en las que la Sra. Kupert miraba el móvil mil veces temblando de alegría como una adolescente ingenua y caprichosa cuando Lunes contestaba el último mensaje recibido en la mañana.

¿Tú crees que no me conviene, verdad?

¿Yo? No lo sé. Soy bastante cándida en estos casos.

Cándida. Angelical. Ay, Jueves, si no existieras habría que inventarte (emoticono de corazón).

Eso se lo dirás a todas, Lunes. Pero si no me cuentas lo que te pasa no te puedo ayudar.

Ahora mismo eres la persona que más sabe de mí.

Ohhhhh, qué honor, Lunes. Me siento la mujer más afortunada del mundo. (Emoticonos de muerta de risa, tacones, muñeca rubia sonriente).

Estas y otras tantas eran conversaciones en las que Lunes le contaba toda clase de historias. Eso sí, a medias, ya que jamás desvelaba nombres, detalle que Jueves no

terminaba de asumir, pues pensaba que en el fondo Lunes no confiaba plenamente en ella. La Sra. Kupert sabía que por lo general la hora idónea de recomenzar solía estar entre las cinco o las cinco y media. Aunque habían tenido días ciertamente agotadores, en los que tan siquiera habían respetado las horas de las comidas, o de las siestas. Habían wasapeado incluso cuando estaban hasta arriba de trabajo. Eran de esos días en los que por lo general la Sra. Kupert sufría algún que otro percance que, según ella, carecía de importancia: un pequeño tropezón en el rellano de la escalera, un plato que se resbalaba solo después de haber sido colocado en el lavavajillas, cepillarse los dientes dos veces en menos de media hora, o echar sal en vez de azúcar al té de vainilla y caramelo que acostumbraba a tomar durante esas tardes en casa, *tranquilas*.

Era, por tanto, totalmente lógico que aquella mañana del mes de abril sintiera una angustia desconocida hasta entonces por la Sra. Kupert. Tenía la intuición de una madre que sabe cuándo un hijo está en apuros, que sus cachorros no iban a entender lo que le estaba sucediendo. Pero cómo podía ser tan cretina: tan siquiera ella misma sabría analizar y poner una etiqueta más o menos acertada de lo que le ocurría con Lunes. A la Sra. Kupert le importaba ciertamente un bledo la opinión de los demás. Sin embargo no soportaría ser cuestionada por los suyos. «Además», pensaba, «el hecho de que ahora esconda el móvil en cualquier sitio de la casa, de la cocina o incluso me lo lleve al baño, lo tenga siempre cerca, en silencio o dado la vuelta para que no se vea la pantalla es prueba inequívoca de mi culpa». Porque aunque esto nunca se lo comentara a Lunes, Jueves, en la vida real, se veía a sí misma como una mentirosa. En su fuero interno sabía que lo que hacía con Lunes no estaba bien. Pero, exactamente ¿cuál era su pecado? ¿Qué era aquello tan extraño y vergonzoso que mantenía a través del teléfono? ¿Una relación? ¿Un *affaire*? ¿Un simple tonto inocente y fuera de todo peligro al no haber contacto físico? ¿O simplemente se trataba de un juego? Sinceramente, la Sra. Kupert todavía no había podido definir todo aquello. Aún no había encontrado la palabra exacta, el nombre común para designar la enorme tristeza y total desolación que sentía cuando Lunes no le hablaba. Y eso tenía todos los ingredientes de ser algo, si no singular, completamente nuevo para ella. Nuevo y preocupante. ¿Y si realmente sentía algo por Lunes? Algo sentía, era evidente, pero ¿el qué? Amaba a su marido ¡Dios, debía querer a su marido! Estaba segura de ello. Como siempre. Y, sin embargo, los días en los que no hablaba con Lunes sentía un vacío absurdo, una soledad a la que no estaba acostumbrada, una sensación tan incómoda como un jersey de lana en un día de primavera caluroso.